

EL CUARTO DE HORA DE ORACIÓN

Está horrorosamente desolada la tierra, porque no hay nadie que medite en su corazón. (*Jerem. XII, 11*)

Dadme cada día un cuarto de hora de oración, y yo os daré el cielo. (*Santa Teresa de Jesús*)

Dedicatoria a las Jóvenes Católicas Hijas de María Inmaculada y de Santa Teresa de Jesús.

Viva Jesús de Teresa siempre en nosotros.

Con vivas instancias me habéis pedido varias veces, oh jóvenes amadas en el Señor, un librito que en pocas páginas os facilite el ejercicio importantísimo de la oración mental, y os suministre materia escogida para pasar provechosamente todos los días el *Cuarto de hora de meditación* que os prescribe, como práctica la más esencial, el Reglamento de vuestra Asociación Teresiana.

No vacilé un momento en emprender este trabajo para satisfacer vuestra justa petición, confiando, no en mis débiles fuerzas y escasas luces, sino en el favor de Jesús y de su enamorada esposa Teresa, ambos Maestros soberanos de oración. No obstante, diferí dar comienzo a esta obrita para estos días de retiro y soledad real, en que, alejado del bullicio del mundo y de la baraúnda de los negocios, podré con mayor holgura y acierto consagrarme a tan santa y para mí tan agradable ocupación.

Aquí, a la sombra de la protección de Teresa de Jesús, bajo el techo de su privilegiada casa de oración, rodeado de almas buenas que constantemente se ocupan en orar, nuestra querida Madre Teresa de Jesús me inspirará, para común provecho espiritual cosas que sin estas circunstancias por ventura jamás me hubiesen ocurrido. Además de que todo convida a orar en este santo retiro. Los pajarillos con sus cantos, sobretodo el triste arrullar de la tortolilla; las fuentes con sus claras corrientes; las selvas con su acompasado ruido que levantan las brisas del mar al mover calladamente sus hojas; la vista del mar tranquilo que se extiende cual plateada alfombra a mis pies; la pureza del cielo, rara vez enturbiado por la tempestuosa nube, elevan sin esfuerzo el alma a la región serena del mundo de la fe.

¡Oh si supiésemos orar como debemos, hermanas en Jesucristo, cuán presto seríamos santos!, ¡con cuánto celo promoveríamos los intereses de Jesús de Teresa! Enseñanos, pues, a orar, Tú, oh buen Jesús, que enseñaste a los rudos apóstoles: por María, por José, por tu Teresa te lo pedimos. Cada página, cada línea, cada palabra de este libro está a Ti consagrada. Bendícelas, pues, oh Jesús de Teresa, y den abundantes frutos de virtud y santidad estas flores recogidas en el solitario jardín de tu Amada en horas de deliciosa quietud en estos días de universal perturbación.

Así sea, oh jóvenes católicas, y deseándoos en el Señor mil felicidades, y la más principal de todas, cual es el saber orar, se recomienda a vuestras oraciones el que os ama en Jesús de Teresa.

Enrique de Ossó,
Presbítero.

Santo Desierto de las Palmas, día consagrado a santa Teresa de Jesús, 15 de julio de 1874.

Advertencia a la presente edición

Este libro, calificado de *precioso* por el célebre misionero P. Mach, y que tanto fruto produce en las almas, a ruegos de algunos amigos lo hemos aumentado considerablemente en esta decimoquinta edición, porque en lugar de meditaciones para solo *nueve semanas*, damos para más de *doce semanas*, con lo cual hay materia variada y jugosa de meditación para todo el año, formando este librito un *Manual precioso* de meditaciones.

Como, según el aviso de nuestra santa Madre Teresa de Jesús que dice: “Desapega tu corazón de las criaturas, y busca y hallarás a Dios”, todo el fruto de la oración se dirige a conocernos a nosotros mismos y a las criaturas para odiarnos y menospreciarnos, y a conocer a Jesucristo para amarle y hacerle conocer y amar sobre todas las cosas, las tres primeras semanas versan sobre verdades de la vía purgativa, encaminadas a convencernos de nuestra vileza y al menosprecio de todo lo criado; y las siguientes principalmente versan sobre Jesucristo, que es el Camino, la Verdad y la Vida de nuestras almas, el Pan vivo que descendió del cielo, y que las sustenta y vigoriza. Y como el pan con todo se come, así la Vida, Pasión y Muerte, Resurrección y gloria de Jesucristo deben ser la materia preferente y más ordinaria de nuestra meditación.

Por fin, como este libro se dirige preferentemente a las jóvenes católicas hijas de María Inmaculada y de santa Teresa de Jesús, y está ordenado según las enseñanzas de la maestra por excelencia de la oración santa Teresa de Jesús, damos algunas meditaciones de sus queridas Madres, para moverlas a la imitación de sus virtudes, y dos sabrosísimos diálogos sacados a la letra de las obras inspiradas de la mística Doctora, en los que instruye a una de sus hijas acerca de los puntos más fundamentales de la oración.

Quiera el cielo bendecir nuestro humilde trabajo, y produzca frutos tan copiosos de santidad en todos los que de él se sirvan en la meditación, como deseamos y pedimos a Jesús de Teresa y a Teresa de Jesús. Por caridad pide una *Ave María* a los devotos de la Santa de nuestro corazón, para que crezca cada día en el conocimiento y amor de Jesús de Teresa y de Teresa de Jesús.

El Autor.

Protesta que hacen todos los devotos de santa Teresa de Jesús, para asegurar mejor su salvación

Viva Jesús de Teresa para siempre en mí corazón. Amén.

Yo..., en la presencia de Jesús de Teresa y de Teresa de Jesús hago firme propósito (cueste lo que cueste, más que se hunda el mundo) de hacer cada día de mi vida un *cuarto de hora de oración*, para asegurar infaliblemente mi salvación eterna por este medio, el más fácil, seguro y eficaz de santificación, según la doctrina de mi santa Madre y mística Doctora santa Teresa de Jesús, que enseña: “Dadme cada día un cuarto de hora de oración, y yo os daré el cielo: alma que tiene con perseverancia oración, está

salvada". Este es mi irrevocable propósito, que prometo cumplir con fidelidad todos los días de mi vida, con la ayuda de Jesús, María, José y Teresa de Jesús. Amén.

Día... del mes... año de 189...

Diálogo primero

Instrucción que santa Teresa de Jesús da a una de sus hijas acerca de la oración

Venid, hijas mías, y oídme; y yo os enseñaré a orar, temer y amar a Dios y salvar vuestra alma. (Santa Teresa de Jesús)

Hija. Madre mía de mi alma, santa Teresa de Jesús, enseñadme oración. No sé orar, y me han dicho que vos enseñáis al que os lo pide, porque sois Maestra y Doctora de oración.

La Santa. Gran consuelo me das, hija mía, con tu deseo de saber orar, porque revela tu deseo sincero de salvarte. Mas no has acertado del todo en la elección de maestra de tan soberana y necesaria virtud.

H. ¿Por qué, Madre mía? ¿No sois vos aclamada por la Iglesia Madre de los Doctores místicos? ¿Quién, pues, mejor maestra que vos? Además de que la calidad de madre os dará paciencia para sufrir mi rudeza, pues nunca he orado como debía. Si vos no me enseñáis, decidme ¿a quién debo acudir?

S. Debes acudir, hija mía, al que fue mi maestro, mi guía y consejero en este camino de oración, al glorioso patriarca san José, mi verdadero padre y señor. Acude a san José, que te enseñará a orar como me enseñó a mí, pues toda su vida fue una continua oración. Tiene, también, entrañas de padre este bendito santo, y sufrirá con paciencia tu rudeza y cortedad, e ilustrará tus ignorancias.

H. Está bien. Me encomendaré todos los días a san José para que me enseñe a orar. Mas quiero oír de vuestros labios repetidas las advertencias que debo tener presentes para que sea fructuosa mi oración.

S. Oye, pues, con atención, y aprende con fidelidad mis enseñanzas, hija mía, que no son mías, sino del cielo, como asegura la Iglesia. Será un tanto larga mi conversación, pues además del placer que siente mi alma en conversar con una hija querida de mi corazón, y ser la oración la cosa que yo más inculqué y más aprecio en un alma, hay muchas cosas que decir para no errar en este camino. Y sábetes que preferiría mil veces que no empezases este camino, a que lo empezaras mal con falsos fundamentos.

H. Por eso acudo a vos para no errar, Madre mía. Decidme qué cosa es oración.

S. Hay dos maneras de oración: mental y vocal. La oración mental no es otra cosa que una consideración con la cual el alma, puesta en la presencia de Dios, advierte con quién habla, lo que pide, y quién es quién pide y a quién pide. La vocal es la que se hace con la voz. Aquí tratamos de la oración mental tan solo, por ser la esencial, porque aun la vocal incluye la mental.

H. ¿Cómo es esto, madre mía, si yo he oído decir todos los días que basta rezar vocalmente para salvarse, y que esto de oración mental es bueno tan solo para los que viven fuera del bullicio del mundo?

S. Te repito, hija, que como sea verdadera oración, ha de ser con consideración; porque si uno rezando no advierte con quién habla y lo que pide, poco tiene de oración aunque mucho menee los labios; porque aunque algunas veces sí será aunque no lleve este cuidado, mas es habiéndole llevado otras; mas quien tuviese la costumbre de hablar con la majestad de Dios como hablaría con su esclavo, que no mira si dice mal, sino lo que se le viene a la boca, y tiene deprendido por hacerlo otras veces, no lo tengo por oración; ni plegue a Dios que ningún cristiano, y sobre todo ninguna de mis hijas, la tenga de esta suerte, porque sería caer en gran bestialidad. Todos, pues, hija mía, los que rezan vocalmente deben hacerlo mentalmente también. Ningún cristiano, por consiguiente, puede excusarse bajo ningún

pretexto de tener oración mental. Todos deben procurarla aunque no tengan virtudes, porque es principio para alcanzar todas las virtudes, y cosa que os va la vida en comenzarla todos los cristianos, y ninguno, por perdido que sea, la ha de dejar.

H. Pero quieren estorbarme este camino con decirme que hay peligros: que el uno se engañó; el otro, que rezaba mucho, cayó; al otro vinieron ilusiones. Temo, por esto, emprender oración, Madre mía.

S. No debes hacer caso, hija mía, de estos miedos y peligros; y pues este camino es el real y seguro para ir al cielo, por el que fue nuestro Rey Jesús y los escogidos y santos, y en él, dicen, hay tantos peligros y ponen tantos temores; los que pretenden ir al cielo sin este camino ¿qué son los peligros que llevarán? Son muchos más sin comparación, sino que no los entienden hasta dar de ojos en el verdadero peligro. Pues alma sin oración no necesita de demonios que la tienten para ir al infierno, que ella sola se meterá en él sin advertirlo.

H. ¿Deberé, pues despreciar estos temores vanos, y no dar oídos a los que me dicen que no tenga oración?

S. Así es, hija mía. No te engañe nadie en mostrarte otro camino sino el de la oración. Este es el deber de todos los cristianos, y quien te dijere que este es peligroso, tenle a él por el mismo peligro, y huye de él. Peligro sería no tener humildad y otras virtudes, mas camino de oración camino de peligro, nunca Dios tal quiera. El demonio ha inventado estos temores, porque sabe que alma que tenga con perseverancia oración la tiene perdida, pues por miles de pecados y caídas que tenga, en fin tengo por cierto que la saca el Señor a puerto de salvación.

H. ¿Es, pues, muy necesario perseverar en la oración?

S. Tanto como el salvarse. Yo te lo aseguro, hija mía, y Dios sabe que no miento; aunque seas gran pecadora, y estés llena de vicios y defectos, te corregirás de ellos y te salvarás si no dejas la oración. Una de dos: o dejarás la oración o el pecado. Lo sé por experiencia, pues mi alma era mejor así que se daba a la oración, y se volvía ruin tan luego como aflojaba en ella. El cuarto de hora de oración es de todas las devociones la más útil y necesaria: no excluye las demás, pero debe ser preferida a todas ellas, porque encierra en sí misma el medio de salvación más eficaz, más fácil, más indispensable y más universal. Pruébalo, y lo verás por consoladora experiencia, y comprenderás entonces con cuánta verdad afirmaba: Dadme cada día un cuarto de hora de oración mental o meditación, y yo os daré el cielo. Es cosa que te va la vida el tener oración; por eso en nada hallarás tanta repugnancia y dificultad: el mundo, demonio y tu propia sensualidad te moverán cruda guerra así que vean que te das a la oración. Todas las prácticas de piedad te dejarán sin inquietarte en su ejercicio, menos la oración. Es lo que más teme el demonio; porque alma que persevera en la oración está salvada, lo que no puede decirse de los otros ejercicios de piedad.

H. ¿Por qué, Madre mía?

S. Porque cabe ser muy devoto, y muy malo: confesar, comulgar y rezar muchas oraciones, y vivir en pecado mortal; mas no hacer la oración mental diaria, y perseverar en el pecado, porque dejarás la oración o el pecado: pecado y oración no se compadecen. Por eso, hija mía, te repito que en ninguna cosa hallarás tantos estorbos como en el ejercicio de la oración. Pero yo te indicaré los medios de superarlos y de burlar los ataques de los enemigos de tu salvación, por lo que sé por experiencia.

H. Decídmelos, Madre mía, porque yo quiero todos los días no faltar al cuarto de hora de oración que prescribe mi Reglamento, cueste lo que cueste, pues estoy resuelta a salvar mi alma.

S. Has de hacer, pues, cuenta, hija mía, al comenzar oración, que comienzas a hacer un huerto en tierra muy infructuosa y que lleva muy malas hierbas, para que se deleite el Señor, y que Su Majestad ha de arrancar las malas hierbas y plantar las buenas; y con la ayuda de Dios has de procurar que crezcan estas plantas, y tener cuidado de regarlas para que no se pierdan, sino que vengán a echar flores que den de sí muy gran olor, para dar recreación a este gran Señor; y así se venga a deleitar a este huerto y a holgarse entre estas virtudes. Hagamos cuenta que está ya hecho esto, cuando tu alma se ha

determinado a tener oración, y la ha comenzado a usar. Mas advierte que si quieres perseverar y llegar a beber del agua de la vida eterna (y esto digo que importa mucho y es el todo), has de tener una grande y resuelta determinación de no parar hasta llegar a ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino, siquiera no tenga devoción en los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo. Porque son tantas las cosas que el demonio pone delante a los principios para que no comience el alma a tener el cuarto de hora de oración, que es menester grande ánimo. Hace él esto, como quien sabe el daño que de aquí le viene, no solo en perder aquella alma, sino muchas que por su medio se ganan.

H. Pues, Madre mía, aunque flaca y débil criatura, con la ayuda de Dios y la protección de mi Inmaculada Madre María, de san José y vuestra, resuelta estoy a no volver atrás.

S. Torno, pues, a avisarte, hija mía, porque va tanto en esto, que vayas al comenzar la oración con esta determinación de no dejar ningún día la oración, porque si el descanso y todo lo que se ofreciere que tornar atrás, muy más presto te dejará; porque si el demonio te ve con esta determinación de que antes perderás la vida y el descanso y todo lo que se ofreciere que tornar atrás, muy más presto te dejará; porque aquí no tiene tanta mano para tentar, *porque ha gran miedo a ánimas determinadas*, que tiene él gran experiencia que le hacen gran daño, y cuanto él ordena para dañarlas viene en provecho de ellas. Mas si te conoce por mudable, y que no estás firme en el bien y con poca determinación de perseverar, no te dejará a sol ni a sombra; miedos te pondrá e inconvenientes que nunca acabes. Hay también otra razón que hace mucho al caso, y es que pelearás con más ánimo si sabes que, venga lo que viniere, no has de volver atrás; es como uno que está en una batalla, que sabe que si le vencen no le perdonarán la vida, y ya que no muera en la batalla ha de morir después, pelea con más determinación, y quiere vender cara su vida, y no teme tanto los golpes, porque lleva delante lo que le importa la victoria, y que le va la vida en vencer.

H. Quiero, Madre mía, vencer en esta batalla, y aunque me siento flaca y reconozco mi inconstancia, confío que todo lo podré en Dios que me conforta.

S. Aunque esta determinación que he dicho, hija mía, importa el todo por el todo, no por eso digo que, si no la tuvieras, dejes de comenzar oración, porque el Señor te irá perfeccionando, y cuando no hicieses más que dar un paso por Dios, tiene en sí tanta virtud, que no hayas miedo lo pierdas y deje de ser muy bien pagado; porque es tan mirado nuestro buen Dios, que no deja ningún servicio sin paga. Así que, hija mía, aunque no prosiguieras (lo que Dios no permita) en este camino de oración, lo poco que hubieres andado por él te dará luz para que vayas bien por otros caminos, y por cosa ninguna te hará daño el haber comenzado, porque el bien nunca hace mal. Así, pues, hija mía, empieza desde hoy el cuarto de hora de oración con ánimo resuelto de no dejarlo nunca por nada ni por nadie, como en cosa que te va la vida y vida eterna. No te desanimes, que yo te ayudaré.

H. Antes perderlo todo que el ánimo de perseverar en la oración. Si algún día por desgracia faltare, propongo al día siguiente recompensarlo y vengarme de mi inconstancia, consagrando media hora y un poco más de tiempo a la oración.

S. Vista ya tu determinación, hija mía, debo indicarte el fin que debes proponerte en la oración.

El fin para que se ordena la oración, hija mía, por muy alta que sea, es para hacer obras en que se muestre el amor que tenemos a Dios; y así el que le hubiere de ejercitar conviene que no ponga su fundamento en solo rezar o contemplar, porque si no se procura el ejercitar y alcanzar virtudes, no crecerá; siempre se quedará enano. Y plegue a Dios que sea solo no crecer; porque ya se sabe que en este camino, quien no crece decrece, porque el amor tengo por imposible esté siempre en un ser. El aprovechamiento del alma no está en pensar mucho en Dios, si no en amarle mucho; y este amor se adquiere determinándose a obrar y padecer por Dios. Por esto, hija mía, hallarás al final de la meditación que has de hacer cada día, un propósito especial de practicar alguna virtud, o desarraigar un vicio, pues este es el fruto de la oración. Entiende bien, hija mía, y no se te olvide, que toda la pretensión de quien comienza oración ha de ser trabajar y determinarse y disponerse con cuantas diligencias pueda para hacer y conformar su voluntad con la de Dios, y en esto consiste toda la mayor

perfección que se puede alcanzar en el camino espiritual. Quien más perfectamente hiciere esto, más recibirá del Señor, y más adelante está en el camino de perfección.

H. Lo haré así, Madre mía: todos los días propondré arrancar una mala hierba del huerto de mi corazón, y que brote alguna florecilla de virtud para regalar a mi Jesús.

S. Está bien. Mas debe procurar el que comienza oración no cure de unas humildad que hay, que le parece humildad no entender que el Señor les va dando dones: entendamos bien cómo ello es, que nos los da Dios, sin ningún merecimiento nuestro, y agradezcámoslo a Su Majestad, porque si no conocemos qué recibimos, no nos despertaremos a amar; y es cosa muy cierta que mientras más vemos estamos ricos, sobre conocer somos pobres, más aprovechamiento nos viene, y aún más verdadera humildad. Lo demás es acobardar el ánimo o parecer que no es capaz de grandes bienes, si en comenzando el Señor a dárselos, comienza él a atemorizarse con miedo de vanagloria. Cree, hija mía, que quien te da los bienes te dará gracia para que en comenzando el demonio a tentarte en este caso, le entiendas y te fortalezca para resistir, digo, si andamos con llaneza delante de Dios, pretendiendo contentar solo a Él y no a los hombres. Demás de esto es imposible (conforme a nuestra naturaleza) tener ánimo para cosas grandes, quien no entiende está favorecido de Dios; porque somos tan miserables e inclinados a cosas de tierra, que mal podrá aborrecer todo lo de acá de hecho con grande desasimiento quien no entiende tiene alguna prenda de lo de allá; porque con estos dones es a donde el Señor nos da la fortaleza que por nuestros pecados nosotros perdimos; y mal deseará se descontenten todos de él y le aborrezcan, y todas las demás virtudes grandes, que tienen los perfectos, si no tiene alguna prenda del amor que Dios le tiene, y juntamente fe viva: porque es tan muerto nuestro natural, que nos vamos a lo que presente vemos; y así estos mismos favores son los que despiertan la fe y la fortaleza, y pues es lícito y tan meritorio que siempre tengamos memoria que tenemos de Dios el ser, que nos crió de nada y que nos sustenta, y todos los demás beneficios de su muerte y trabajos, que mucho antes que nos criase los tenía hechos por cada uno de los que ahora viven, ¿por qué no será lícito que entienda yo, vea y considere muchas veces que solía hablar en vanidades y que ahora me ha dado el Señor que no quería sino hablar con Él? Y acordándonos que esa joya es dada de Dios, forzado nos convida a amar, que es todo el bien de la oración, fundada sobre la humildad, y a entender que no tenía el alma nada de esto, y conocer la largueza del Señor; y procura el alma sacar fuerzas de nuevo para servir y no ser ingrata, porque con esa condición nos da el Señor este tesoro; y si no usamos bien de él, nos lo tornará a tomar, y quedarnos hemos muy más pobres.

H. Gracias, Madre mía, por vuestra sublime y olvidada lección. ¡Cuántas almas nos perdemos por no considerar los beneficios generales que Dios nos ha hecho! ¡Cuántas no medran en el camino de la virtud por no considerar las mercedes particulares que Dios les dispensa! No lo haré yo así en adelante, Madre mía: una de las meditaciones más continuas será la de los *beneficios especiales* que el Señor me ha hecho para animarme y disponerme a grandes cosas.

S. Quiero fortalecer tu espíritu contra un trabajo o prueba que el divino Jardinero da muchas veces al principio, y otras a la postre de este camino, para probar a sus amadores y saber si podrán beber el cáliz y ayudarle a llevar la cruz, antes que ponga en ellos grandes tesoros, y también para que entendamos lo que somos: porque son de tan gran dignidad las mercedes que hace después, que quiere veamos por experiencia primero nuestra miseria, antes que nos las dé, porque no nos acaezca lo que a Lucifer.

H. ¿Cuál es esta prueba, Madre mía?

S. Son las sequedades y distracciones. En la oración hallarás a veces gran consuelo, otras sequedades, aridez, distracción. A los principios tendrás más trabajo para regar esas flores con sacar el agua del pozo, recogiendo los sentidos mal domados, y en discurrir con el entendimiento. Mas ten confianza, que si perseveras, el Señor te ayudará a sacar agua con noria, o te abrirá un arroyo que te las riegue, o quizás Él mismo enviará nubes celestiales que, deshaciéndose en lluvia, rieguen tu jardincito sin ningún trabajo tuyo. Lo que te importa mucho a los principios es, que no hagas caso de estas sequedades y distracciones en los pensamientos. Nadie se apriete ni aflija por ellos si quiere ganar libertad de espíritu, y no andar siempre atribulado. Comienza a no espantarte de la cruz, y verás cómo te la ayuda a llevar el Señor, y te la hará amable, y te engolosinarás de ella, con el contento con que andarás y el provecho que sacarás de todo. Estas sequedades y tormentos nacen, a veces, del demonio, que procurará

fatigarte y disgustarte para que abandones la oración. Nacen de la imaginación, esta loca de casa, que cual importuna mariposilla anda de aquí para allá sin fijarse en cosa de provecho. Nacen, a veces, de la poca solicitud de tu perfección, de tu infidelidad y cobardía, de tu mente que se ocupa en vanos pensamientos todo el día, o de tu corazón, que estando aficionado a las criaturas, vuela adonde se halla su tesoro, disgustado de Dios, a quien no ama. Muchas veces vienen de mala disposición del cuerpo. Por tanto has de notar mucho, hija mía, que el alma que en este camino de la oración mental comienza a caminar con determinación, y puede acabar consigo no hacer mucho caso de consolarse ni desconsolarse mucho porque le falten estas ternuras o gustos que suele dar el Señor, que tiene andado gran parte del camino y no haya miedo de tornar atrás, aunque más tropiece y caiga, que de esa caída sacará Dios bien; sino procure ir adelante, porque va comenzando el edificio con firme fundamento. No está el amor de Dios en tener lágrimas y estos gustos y ternuras, sino en servirle con gran justicia y fortaleza de ánimo y humildad; y así, hija mía, si no los tuvieres, no te fatigues, y entiende que no es menester, pues Su Majestad no te lo da para que seas señora de ti misma, que lo contrario es falta y no andar con libertad de espíritu. Sé, pues, hija mía, varón, y no de los que se echaban a beber de bruces cuando iban a la batalla con Gedeón, sino que te determines que vas a pelear con todos los demonios, y que no hay mejores armas que las de la cruz: no te acuerdes que hay regalo en esto que comienzas, porque es muy baja manera de comenzar a labrar un tan precioso edificio; y si comienzas sobre arena, darás con todo en tierra, y así nunca acabarás de andar disgustada y tentada.

H. Me admira, Madre mía, vuestro empeño en querer que vuestras hijas no sean en nada mujeres ni lo parezcan, sino varones fuertes y salgan de vuestra escuela, no débiles, sino esforzadas que espanten al mundo. ¿Por qué tal empeño, Madre mía?

S. ¡Oh hija mía! En este siglo sin fe ni piedad, la gente flaca hemos de confundir el orgullo del mundo, que juzga las virtudes cristianas por imposibles.

Y créeme, si hacéis lo que en vosotras, el Señor os hará varoniles, que espantareis a los hombres, y que fácil es a Su Majestad, pues nos hizo de nada. Porque sé por experiencia cuánto ayuda que sean animosos los deseos para que lo sean las obras; por eso *siempre te instaré a desear grandes cosas*. Espántame, hija mía, lo mucho que aprovecha a una alma en este camino determinarse a grandes cosas, aunque luego no tenga fuerzas.

H. Seré animosa, con favor de Dios.

S. Sí hija mía, procura tener gran confianza, que Dios ayuda a los fuertes, y quiere Su Majestad, y es amigo de ánimas animosas, como vayan con humildad y ninguna confianza de sí mismas. No perdió nada san Pedro en haberse arrojado al agua, aunque después temió, porque nadie pudo quitarle el gozo de haber andado aquel rato sobre las aguas sin hundirse. Dígote, hija mía, que estas primeras determinaciones son gran cosa.

H. Voy, pues, a determinarme a grandes cosas.

S. Sí, hija mía, pero conviene que no lo hagas sin consejo y fuera de la obediencia.

H. ¿De quién he de tomar consejo?

S. De tu confesor y director. Las cosas espirituales son todas difíciles y oscuras, y es menester guiarse por parecer ajeno. Además el demonio se transfigura en ángel de luz muchas veces, y sabe imitar todas las virtudes, menos la de la obediencia: por esto, hija mía, aunque hicieses milagros, si ibas contra la obediencia de tu padre espiritual, no me fiaría de tu virtud. Ningún obediente, hija mía, se ha condenado jamás.

H. Luego ¿me es necesario un director que me guíe en el camino de la oración?

S. Absolutamente necesario. Y si no lo tienes, debes procurártelo desde hoy, y a él oír como a un ángel que te enviase Dios, y nada hacer sin su consejo. En veinte años, hija mía, no hallé yo confesor que me

entendiese: los más me abonaban los pasatiempos y conversaciones que tenía, y por esto no adelanté en la virtud hasta que hallé uno bueno.

H. ¿Dónde hallaré uno cual conviene?

S. Para confesar, todos los sacerdotes son buenos; más no todos lo son para dirigir a toda clase de personas. No pierdas esa virtuosa libertad de escoger director, tú que vives en el mundo. “Entre mil, decía mi consultor el venerable Ávila, apenas hallarás uno”. Porque debe ser, en primer lugar, letrado o sabio, pues buen letrado nunca me engañó; y mi alma sufrió muchísimo con los medio letrados, y no progresó en el camino de la virtud hasta que halló un sacerdote letrado que la entendiese y la enseñase oración. Pide con instancia a mi señor y padre san José te envíe un buen director para tu alma, y si no lo hallares, toma al Santo bendito por tu especial director en el camino de perfección: y si acudes a él en tus dudas con humildad y confianza, ten por cierto que no errarás camino, y adelantarás mucho en poco tiempo. Mi alma no supo orar con perfección hasta que me enseñó mi padre san José, maestro de oración, de recogimiento y de familiar trato con Dios.

H. ¡Bendito sea mi verdadero padre y señor san José, que socorre en toda necesidad y a quien tanto debe mi alma! Él y vos seréis mis maestros y principales directores en el camino de la oración; y con esto y la obediencia a mi confesor, espero no errar. Ahora comprendo, Madre mía, por qué se nos encarga en nuestro Reglamento sea nuestra oración muy continua para estos que nos dan luz, o sea para que haya santos y sabios ministros del Señor.

S. Un buen maestro, sabio, temeroso, que previene los peligros, es todo el bien que un ama espiritual puede acá desear. Mis hijas todas tiene especial encargo de encomendarlos todos días al Señor. ¿Qué seríais sin ellos entre tan grandes tempestades como ahora tiene la Iglesia? Además importa mucho que tu director sea avisado y de buen entendimiento, y que tenga experiencia. Si con esto tiene letras, es de grandísimo provecho; mas si no se pueden hallar las tres cosas juntas, las dos primeras importan más. Has de mirar que sea de espíritu esforzado y no cobarde, y que no sea tal tu maestro que te enseñe a ser sapo, o a cazar lagartijas, o andar como pollo trabado, esto es, que no te anime a hacer cosas grandes en el servicio del Señor. Una vez le hayas hallado tal, procura tratar con él con toda claridad y confianza las cosas de tu alma, y síguele en todo y no errarás, y adelantarás mucho en la virtud, y vivirás en gran paz. Si no obedeces a tu confesor, hija mía, aunque te parezca que trabajas mucho y te fatigas para andar por el camino de la perfección, te sucederá lo que al caminante que da grandes pasos, pero fuera del verdadero camino. Cuanto más anda, más se fatiga en vano, porque más se aparta del último fin. ¡Oh hija mía!, ¡a cuántas que se precian de ser mis hijas, las tiene el demonio y su amor propio engañadas! ¡Pobrecillas! se afanan mucho, y recogen poco o nada para el cielo, porque obran por capricho, o lo que es peor, contra el dictamen de su director. No seas tú una de estas, pues las hijas verdaderas de Teresa de Jesús se han distinguido siempre por la obediencia perfecta a sus superiores.

H. Prometo hacerlo siempre así, Madre mía; prefiero levantar pajas del suelo por obediencia que hacer milagros y las más grandes cosas contra ella; porque obedeciendo a los que Dios ha puesto en su lugar sé de cierto que jamás erraré, y por consiguiente, que iré a l cielo.

S. Así imitarás mi ejemplo, que a pesar de las visiones y revelaciones obra siempre, no lo que el Señor me enseñaba privadamente, sino lo que me mandaba por la persona de los confesores.

H. Así lo haré siempre con el favor de Dios. Tampoco imitaré la conducta de aquellas jóvenes inconsideradas que cuentan todo lo que les dice su confesor, y hacen materia de conversación y hasta de pasatiempo lo que les manda o prohíbe su director. No, Madre mía, sino es en caso de probada necesidad, guardaré secreto, como debo de las cosas que para bien de mi alma me dice el director; pues así como él debe guardar secreto riguroso de lo que digo, no es justo que por pasatiempo yo descubra lo que me ordena para mi santificación.

S. Quiero prevenirte, hija mía, contra algunas tentaciones que muy ordinarias son a los principios de tener oración.

H. ¿Cuáles?

S. La primera es desear que todas sean muy espirituales, pues como verás el sosiego y ganancia que es, querrías todos la tuviesen. El desearlo no es malo; el procurarlo podría ser no bueno, si no hay mucha discreción y disimulación, y se haga de manera que no parezca quieres enseñar; porque el que hubiere de hacer algún provecho en este caso, es menester tenga las virtudes muy fuertes, para que no dé tentación a los otros. Porque como ven por una parte hablar grandes cosas de los bienes que hay en la oración, y por otra ven la pobreza de virtudes, tiéntanse, y no les parece se puede compadecer uno con otro. Por tanto has de tener cuidado al principio de tu alma sola, y haz cuenta que solo Dios y tu alma están en este mundo: esto es lo que te conviene mucho.

H. Lo haré, Madre mía. Dios y mi alma, cumpliendo las obligaciones de mi estado. Estos serán los objetos que ocuparán tan solo mi atención. De los demás solo me acordaré para encomendarlos a Dios.

S. Con esto, además, empezará a gozar de mucha paz, y te ahorrarás grandes disgustos, y te verás libre de otra molesta tentación que va con un celo de virtud muy de temer.

H. ¿Cuál es, Madre mía?

S. Es la pena de los pecados y faltas que verás en los otros, y hacerte creer el demonio, que es solo tu pena de que Dios sea ofendido, y querrías remediarlo; e inquieta esto tanto, que impide la oración, y el mayor daño es pensar que es virtud y perfección y gran celo de Dios.

H. ¿Pues no hemos de sentir las ofensas que se hacen a Dios, y tener celo por remediarlas?

S. No hablo aquí de la pena que dan pecados públicos, o daños de la Iglesia, como son las herejías, a donde vemos perder tantas almas; que esta es muy buena, y como lo es no inquieta. Pero, en lo demás, procura siempre mirar las virtudes, y cosas buenas que vieres en los otros y tapar sus defectos con tus grandes pecados. Esta es una manera de caminar, que aunque luego no se alcance con perfección, se viene a ganar una gran virtud, que es tener a todos por mejores que a nosotros. Quiero darte aún otras advertencias, hija mía, en vista de tu buen deseo.

H. Decid, Madre mía de mi alma.

S. La primera es que procures soledad al hacer tu oración, en cuanto te sea posible, como lo hacía Jesucristo para darnos ejemplo, que no se sufre hablar con Dios y con el mundo.

H. Pero si estoy todo el día ocupada en la labor, en las faenas del campo o de casa, ¿cómo hacerlo?

S. Es un error, hija, pensar que solo se halla a Dios en el retiro del templo. También entre los pucheros anda el Señor. ¿No llena Él el cielo y la tierra? ¿No está en todos los lugares, y especialmente en tu corazón? ¿Quién te priva, pues, de recogerte a tu interior, y allí a solas, si no puedes otra cosa, hablar con Dios, regalarte con Él, hablarle, no oraciones compuestas, sino de la pena del corazón? La gente está en lo exterior, pero no puede entrar en tu interior, y ver y estorbar lo que pasa entre Dios y tu alma, aunque de esto te daré más larga instrucción más adelante. Procura, pues, la soledad en tu habitación, en la iglesia, si puede ser, mejor, o en el campo; y allí da ese poquito de tiempo a tu Dios y a tu alma, libre el pensamiento y desocupado de otras cosas, y con toda determinación de no tornarlo a tomar. De modo que el cuarto de hora de oración podría llamarse de soledad, pues sin ella sacarás poco o ningún provecho. Mas quiero darte un compañero y fiel amigo que te alivie y haga provechosa y llevadera tu soledad.

H. ¿Cuál, Madre mía?

S. Un librito bueno, cual es el que te ofrezco en este *Cuarto de hora de oración*. Es muy buen remedio tener un libro para recoger el pensamiento, y poquito a poquito ir acostumbrando el alma con halagos y artificios para no la amedrentar.

H. Verdad, Madre, que amedrenta a los mundanos y aun a los cristianos y a muchas personas devotas el solo nombre de oración.

S. Es porque no saben lo que es; porque quieren vivir a sus anchuras; porque su alma está fea, llena de pecados; y como la oración es el espejo del alma, huyen de ver su retrato, porque no quieren corregirse de sus defectos. Mas no así tú, hija mía. Y haz cuenta, al comenzar oración, que tu alma ha muchos años que se ha ido de con su Esposo, y que hasta que quiera tornar a su casa, es menester saberlo mucho negociar, que así somos los pecadores. Tienes tan acostumbrados a tu alma y pensamiento a andar a su placer, o pesar por mejor decir, que la triste alma no se entiende, que para que torne a tomar amor a estar en su casa, es menester mucho artificio: si no es así, y poco a poco, nunca harás nada. Dieciocho años estuve que, si no era en acabando de comulgar, jamás osaba comenzar a tener oración sin un libro, que tanto temía mi alma estar sin él en oración, como si con mucha gente fuera a pelear; con este remedio que era como una compañía o escudo en que había de recibir los golpes de los muchos pensamientos, andaba consolada. La sequedad era siempre cuando me faltaba libro, que era luego desbaratada el alma, y los pensamientos como perdidos; con este los comenzaba a recoger, y como por halago llevaba el alma; y muchas veces, en abriendo el libro, no era menester más; otras leía poco, otras mucho, conforme a la merced que el Señor me hacía.

H. ¿Pues no debo leer cada día todo lo que hay en cada meditación?

S. No es necesario, hija mía. Sí a la primera línea hallas lo que deseas, esto es, que tu alma se recoge y se despierta a amar, no pases a la segunda. Por eso hay varias rayitas o puntos que te indican las paradas que debes hacer. Dime, ¿sacudirías más el pedernal con el eslabón, si al primer golpe sacarás chispas y encendías el fuego?

H. No.

S. Pues sábetelo, hija mía, que la meditación se ordena a iluminar tu entendimiento para mover tu voluntad al amor de Dios. Si al primer punto que lees hallas esto, no vayas más adelante, y pasa allí el cuarto de hora de oración. Al día siguiente podrás continuar. Guárdate del ansia o precipitación, que es la peste en todas las cosas espirituales.

H. Pues ¿por qué hay tantos libros y tantas meditaciones?

S. ¿Para qué Dios ha hecho tantas clases de frutos?

H. Para contentar todos los gustos.

S. Pues a esto se ordenan tantas y tan variadas meditaciones. Y nota que así como los frutos no vienen todos en una misma estación, así estas meditaciones no debes usarlas todas en un día, sino unos días unas, otros otras, según el gusto especial de tu alma, que en esto Dios te ha dejado libertad, y ha provisto de variedad de frutos, porque es mucho de temer el hastío, si siempre comes de un mismo manjar.

H. Pero hay manjares, Madre mía, que son de más sustento, y dan más robustez a la salud del cuerpo: también los habrá de esa condición para el espíritu.

S. Sabiamente discurre, hija mía. Y eso es lo que te encomiendo observes con mucho cuidado. De las meditaciones que en este librito, que debe ser tu compañero inseparable, te ofrezco, debes escoger las que más te despierten a conocer y amar a Dios, a aborrecer el mundo, demonio y carne, a detestar los pecados y seguir la virtud, y estas debes repetir con frecuencia todos los días, o muchos años, quizá toda la vida, o mientras saques fruto de ellas.

H. ¿Y cómo conoceré esto? ¿Qué fruto, Madre mía, debo sacar?

S. Lo que más te despierte a amar a Dios y al prójimo, esto haz toda la vida, pues lo has de hacer eternamente en el cielo.

Ya sabes, hija mía, que yo muchos años, las más noches, antes que me durmiese, cuando para dormir me encomendaba a Dios, siempre pensaba un poco en el paso de la oración del Huerto, aun desde que no era monja, porque me dijeron se ganaban muchos perdones.

H. ¿Y no os cansasteis meditando siempre lo mismo?

S. No, hija mía, antes creo que por aquí ganó mucho mi alma, porque comencé a tener oración sin saber qué era; y ya la costumbre tan ordinaria me hacía no dejar esto, como el no dejar de santiguarme para dormir. Quisiera fueras muy devota de este paso, y te acostumbrases a acompañarle todas las noches unos momentos, como yo lo hacía, al buen Jesús agonizando solo en el huerto por tu amor, pensando en aquel sudor y aflicción tan grande que allí tuvo.

H. Lo haré, Madre mía; Jesús en este paso sufre ya en conjunto todo lo que sufrió después en su Pasión dolorosa. Además, como se halla solo, admitirá mejor mi ruin compañía, y me sufrirá a mí, mujer ruin, cabe sí, como persona necesitada de consolador.

S. Esto es lo que yo pensaba al acompañar al Señor en su agonía y, como te digo, por aquí ganó mucho mi alma. Y la tuya también mejorará.

H. ¿Y es verdad que se ganan muchos perdones meditando?

S. Puedes ganar cada mes una indulgencia plenaria, si tienes o enseñas a otros a tener un cuarto de hora de oración cada día, y muchísimas indulgencias parciales. Así que, hija mía, si quieres probarme que me amas, no te contentes con hacer tú ese rato de oración, sino enséñalo además a otras jóvenes, que no conociendo ni gustando cuán suave es el Señor, cuán amoroso su trato, van derramadas en busca de amistades y placeres que el mundo les ofrece, pero que jamás podrá darles, porque solo se hallan en la amistad y trato a solas con el Señor que es nuestro Padre.

H. Enseñadme a orar vos, Madre mía, y yo os prometo, en prueba de agradecimiento por esta tan singular gracia, que enseñaré a muchas almas oración, porque veo que es el medio más eficaz para salvarse.

S. Oye, pues, hija mía, lo que debes hacer antes y después de la meditación. Solo debo advertirte que, siendo la oración trato de amistad con Dios, al principio deberás usar de estas preparaciones; más adelante quizás no te serán precisas. Porque ya sabes lo que sucede en el trato frecuente: se empieza primero por recíprocos cumplimientos, luego se visita sin ceremonias, y se llega, por fin, a la más íntima confianza. Así te sucederá en la oración, que es trato con el mejor de los amigos, que es Dios. Acostumbrada a la oración, llegarás a una santa familiaridad e ilimitada confianza con Dios, como me sucedía a mí, que le trataba con un estilo abobado, y todo me lo sufría el Señor. Y esto es lo que le agrada al Señor: verse tratado con la sencillez y confianza de un hijo con su padre. Desengáñate, hija mía, no sabrás bien orar hasta que sepas hablar y quejarte con Dios, y decirle boberías.

H. Madre mía, ¡cuán fácil sería orar, si nos conociésemos, y conociésemos la condición de Dios, que es nuestro Padre muy amado, que está más ganoso de darnos bienes que nosotros de pedirlos y recibirlos! ¡Oh Madre mía! ayúdame en esta empresa, y enseñadme en el modo práctico de tener oración mental.

S. Al empezar, hija mía, dirás con la mayor viva fe y humildad la siguiente.

Oración. Omnipotente Dios y Señor y Padre mío amorosísimo, yo creo que por razón de vuestra inmensidad estás presente en todo lugar, que estáis aquí, dentro de mí, en medio de mi corazón, viendo los más ocultos pensamientos y afectos de mi alma, sin poder esconderme de vuestros divinos ojos... Os adoro con la más profunda humildad y reverencia desde el abismo de mi miseria y de mi nada... os pido perdón de todos mis pecados, que detesto con toda mi alma, y os pido gracia para hacer con provecho este

cuarto de hora de oración, que ofrezco a vuestra mayor gloria... ¡Oh Padre Eterno! Enseñadme oración. Por Jesús, por María, por José y Teresa de Jesús enseñadme a orar para conocerme y conoceros, para amarnos siempre y haceros siempre amar. Amén.

Después de la meditación podrás decir con toda pausa y fervor la siguiente.

Oración. Os doy gracias, Dios mío, por los buenos pensamientos, afectos y propósitos que me habéis inspirado en este rato de oración... Todo os lo ofrezco a vuestra mayor honra y gloria... y os pido gracia eficaz para ponerlos por obra... ¡Oh Padre Eterno! Por Jesús, por María, por José y Teresa de Jesús dadme gracia ahora y siempre para cumplir en todas las cosas vuestra santísima voluntad. Amén.

No te olvides nunca (te lo repito otra vez, porque aquí está todo el fruto de la oración) al final de la oración de hacer algún propósito particular, de practicar alguna virtud o de abstenerse de algún vicio, en especial de mortificar tu genio, o vencer tu pasión dominante. Has de imitar al que entra en un jardín, que coge las flores que más le han gustado para hacer un ramillete y olerlas todo el día. Así tú, hija mía, la verdad o el afecto que más te ha conmovido, tráelo presente todo el día para animarte y enfervorizar tu espíritu. Aunque para cada día y para cada meditación te señalo un fruto, puedes practicar uno muchos días, u otro que te haga más devoción. Tórnote a certificar que el fin de la oración es moverte al amor de Dios y del prójimo, y así lo que más te despertare a amar, esto haz siempre hasta que vengas a gozar de la vista de Dios en el cielo en mi compañía, en prueba de tu fidelidad en el ejercicio santo de la oración. Amén.

PRIMERA SEMANA

Meditación I (para el lunes)

Del fin para que hemos sido criados¹

Composición de lugar. Imagina que ves salir todas las criaturas de Dios, y tú una de ellas.

Petición. Señor, dadme a conocer mi fin.

Punto primero. Dime, hija mía: treinta, cuarenta, cien años atrás, ¿dónde estabas?... No había memoria de ti... y hubieras eternamente estado en la nada, si Dios entre millones de criaturas posibles no te hubiese mirado con amorosos ojos, y, apiadándose de ti, no te hubiese llamado por tu nombre... ¡Qué fineza de amor ha usado contigo nuestro buen Dios! ¿Se la has agradecido como debes?

Más ¿para qué te ha puesto en este mundo? ¿Crees que será tan solo para comer, dormir, trabajar, regalarte o divertirte?... en eso solo te asemejarías a los animales... y tú vales infinitamente más que todo lo criado... Pondera la excelencia de tu entendimiento, capaz de conocer la verdad... y la nobleza de tu voluntad, criada para amar el bien... y lo portentoso de tu memoria para recordar los beneficios... y

¹ Dígase antes de cada meditación la oración preparatoria.

comprenderás, hija mía, que tú has sido criada para fin más alto: así lo dice la razón; así lo enseña la fe... tú has sido criada para conocer a Dios, amarle, adorarle y servirle... y mediante esto salvar tu alma. Dios, suma verdad: he ahí el objeto de tu entendimiento... Dios, infinita bondad: he ahí el objeto que solo puede llenar tu voluntad, saciar tu corazón.

¡Oh alma mía! admira la alteza de tu fin. Conocer a Dios... amar a Dios... alabar a Dios... gozar de Dios... ¡Capaz de todo un Dios eres, alma mía! y ¡ay de ti si te contentas con menos que Dios!... serás infeliz en el tiempo y por toda la eternidad.

Punto segundo. Pondera más aún la alteza de este fin. Quiere ser el mismo Dios tu recompensa eterna, grande en demasía... Quiere admitirte a su reino, sentarte a su mesa, hacerte partícipe de su misma felicidad... Sí, en el cielo, hija mía, serás rica con las riquezas de Dios, participante de su naturaleza... conversarás con Él cara a cara, como acostumbra un amigo con otro amigo... ¿Puede darse, hija mía, fin más sublime? No puede Dios señalarte otro mejor... ¿Cómo, pues no te aprecias en mucho, cómo no das honor a tu alma según su mérito?... Exclama con el profeta: ¿Qué tengo que ver yo en el cielo, y para mí qué cosas puede haber en la tierra dignas de mi atención y amor, fuera de Vos, Dios mío, Dios de mi corazón, mi porción, mi herencia y mi último fin?

Punto tercero. ¿Qué has hecho, hija mía, para conseguir tu último fin? Quizá todo ha ocupado tu espíritu y tu atención menos Dios y las cosas que a Él conducen. ¡Qué locura! Examina tu vida... Así no puedes vivir feliz, porque nadie ha habido que resistiese a Dios, y gozase de paz. Nuestro corazón está hecho expresamente para amar a Dios... y solo en Él halla descanso. Si no por gratitud... por justicia... a lo menos por egoísmo, por interés propio, oh hija mía, debes resolverte a servir a Dios y buscar en Él solo tu último fin. De otro modo no tendrás en esta vida paz y buena conciencia, ni en la otra gozo y felicidad eterna... ¡Oh Dios de mi corazón, mi gozo, mi descanso y mi último fin!, ¡en qué ceguedad he vivido! En la satisfacción de mis caprichos he constituido mi último fin... ¡Qué locura!, ¡qué ingratitud!, ¡qué injusticia!

Huí de Vos, oh Dios de mi corazón, en busca de la felicidad, y cuanto más creía hallarla lejos de Vos, más tormentos encontraba mi corazón... ¡Perdón, Dios mío! Propongo con vuestra gracia no olvidarme jamás de mi último fin, que sois Vos... Todo por Vos... nada sin Vos... Todo para vuestra gloria... ¡soy de Dios! A Dios tan solo debo adorar y servir. Húndase todo antes que olvidarme de mi último fin. Así será, Dios mío, con la ayuda de vuestra divina gracia.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Cuando se me ofrezca alguna ocasión de ofender a Dios, apartándome de mi último fin, repetiré con mi Madre santa Teresa de Jesús: *Húndase el mundo antes que ofender a Dios, porque más debo a Dios que a nadie.*

Examen de la meditación, que es muy provechoso hacer todos los días después de ella, para aprender a meditar bien.

1º. Antes de empezar la meditación, ¿he reflexionado a qué iba y a qué fin?

- 2º. ¿La he comenzado con deseo eficaz de hacerla bien y aprovecharme de ella?
- 3º. ¿He prevenido antes los propósitos que debía hacer, y las gracias especiales que debía pedir?
- 4º. ¿He avivado la fe en la presencia de Dios, creyendo que iba a hablar con el mismo Dios, que es mi Padre muy amado?
- 5º. ¿Le he ofrecido la meditación, y he pedido gracias para hacerla con fruto?
- 6º. ¿He descuidado la composición de lugar?
- 7º. ¿He leído con detención los puntos, pensando que Dios me hablaba, y he aplicado lo que leía al estado presente de mí alma?
- 8º. ¿He sacado de aquí propósitos prácticos?
- 9º. ¿He guardado la conveniente compostura del cuerpo?
10. ¿Me he dejado vencer del sueño o de la pereza?
11. ¿He dado lugar a pensamientos inútiles?
12. ¿Me he envanecido por el fervor sensible?
13. ¿Me he inquietado por las sequedades o desolaciones?
14. ¿He dejado los coloquios y súplicas?
15. ¿Me he detenido demasiado en discurrir, o en otra operación del entendimiento?
16. ¿Me he detenido poco en la moción de los afectos?
17. ¿He abreviado la meditación por motivos de sequedad, tentación u otro pretexto?
18. ¿Qué propósitos he sacado? ¿Pienso hoy mismo ponerlos en práctica? ¿En qué ocasiones?
19. ¿He pedido para este fin la gracia que necesito?
20. ¿He dejado de rogar por quienes estoy obligado y por toda la Iglesia?

Si se halla haber faltado, se pedirá perdón y se propondrá la enmienda; y si no se encuentra falta alguna, se darán gracias a Dios por ello.

Por fin, aquello que más habrá movido se recogerá como una flor para tenerla en el corazón todo el día a fin de animarnos a la práctica de la virtud o vencimiento de algún vicio, en especial de la pasión dominante.

Meditación II (para el martes)

Fin especial de una joven teresiana

Composición de lugar. Figúrate a tu santa Madre que te dice: “Acuérdate que has renunciado a Satanás, a sus pompas y obras”.

Petición. Dios mío de mi alma, dadme gracia de renunciar para siempre a Satanás, a sus pompas y obras.

Punto primero. Si como toda alma cristiana, hija mía, tienes un fin general de amar y servir a Dios, tú debes procurararlo con más ahínco que el común de las jóvenes que no tienen la dicha incomparable de poder llamarse y gloriarse con el honroso título de Hija de María Inmaculada y santa Teresa de Jesús. Tú has renunciado en el santo Bautismo, como todos los cristianos, por boca de tus padrinos, a Satanás, a sus pompas y obras... Mas tú has repetido esta renuncia solemne, has renovado estos votos, estas promesas con todo conocimiento ahora que has llegado al uso de razón, y conoces el bien y el mal. ¿Y en qué ocasión? Antes de ingresar en la Archicofradía Teresiana, sin cuyo requisito no se te hubiese admitido a esta arca de salvación... Delante de Jesús Sacramentado, tu Dios, tu Rey, tu Juez... En presencia de los ángeles de la guarda que han tomado acta de tus promesas... de tus compañeras y hermanas las Jóvenes católicas... de los ministros del Señor que las han aceptado en nombre de tus queridas Madres María y Teresa de Jesús. —Y ¿cómo cumples tan solemnes votos, tan formales promesas? ¿Eres joven sin palabra, perjura, pérfida?... ¡Oh! No contristes con una conducta menos cristiana a tu Padre celestial, a tus queridas Madres María Inmaculada y Teresa de Jesús. Sé fiel, cumple tu palabra, tu promesa, tus votos... y serás feliz.

Punto segundo. Mas no solo has de renunciar a Satanás, sus pompas y obras, sino que has de celar la gloria de Jesucristo, conociéndole y amándolo, y haciéndole conocer y amar por infinitos corazones... Debes coadyuvar con tus oraciones, con tus consejos, con tus buenos ejemplos a los que trabajan en la salvación y perfección de las alma; ¿lo haces?... ¿Qué celo tienes para la salvación y perfección de tu alma, de tus compañeras, de tu prójimo? ¿A cuántas almas has convertido del mal camino, o has hecho perseverar en el bueno con tus oraciones, palabras, obras, sacrificios? Quizás ninguna... ¡Qué vergüenza! ¡Oh si en el cielo ha de haber afrenta, ha de ser sin duda para aquellas de mis hijas que *solas* han ido al cielo!

Punto tercero. No seas tú, hija mía, una de esas almas arrinconadas, solo buenas para sí, víctimas de un amor propio muy refinado. No seas así, enmiéndate. Ya sabes lo que tantas veces repetía: “Mil vidas daría yo por salvar una sola alma de las muchas que se pierden. En más aprecia el Señor una alma que por nuestra *oración e industria* le ganásemos, que todos los obsequios que le podemos hacer”. Sal de tu apatía. Enmiéndate... trabaja por salvar las almas de tus hermanas... con una que salves, la tuya será salvada para siempre. ¿Quieres mejor y mayor paga? Así serás digna Hija de María Inmaculada y santa Teresa de Jesús. Óyeme.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Jesús mío de mi corazón, *renuncio para siempre a Satanás, a sus pompas y obras: ¡Viva Jesús, muera el pecado* en mi alma y en todas las de mis prójimos!

Meditación III (para el miércoles)

Fin de las criaturas

Composición de lugar. Oye a todas las criaturas, que como a san Agustín, te dicen: Ama a tu Dios.

Petición. Dios mío, que las criaturas todas me sirvan para unirme a Vos.

Punto primero. Todo cuanto hay en el cielo y en la tierra lo ha criado el Señor para tu necesidad, utilidad, salud, recreo, comodidad o regalo.

Todas las cosas son vuestras, dice el apóstol: vosotros de Cristo y Cristo es de Dios... ¡cuán bueno es Dios para contigo, hija mía! ¿Ves toda la multitud y variedad y hermosura de las criaturas?... Pues todas son limosnitas de amor de tu Creador, que pensaba en ti desde la eternidad al ordenarlas...

Pero no pueden ser estas cosas tu último fin, hija mía, porque lo terreno y mezquino no puede satisfacer las aspiraciones de tu alma, que es espíritu inmortal... Son, pues, medios que pueden ayudarte para conseguir tu último fin... ¡Todas las cosas, Señor, me claman que te ame... te admire... y alabe!... Son todas limosnas de tu amor a mi indigencia y pobreza para elevarme a Ti... ¡Feliz yo si sé usar de ellas para conocerte y mejor amarte, Señor mío, Dios de mi corazón!

Punto segundo. ¿Cómo se halla tu corazón respecto a las criaturas, hija mía?... ¿Son escalones que te ayudan a subir al cielo, o cadena que te arrastra al infierno?... ¿Amas alguna cosa con desordenado amor? Sábette que de aquí provienen todos los pecados... En tanto debes amar una cosa, en cuanto te ayude a conseguir tu último fin... y debes aborrecerla, en cuanto de él te separe... Cualquiera cosa, por querida que te sea, aunque sea tu ojo, tu pie o mano, si te es obstáculo para conseguir tu último fin, te dice Jesucristo, arráncalos y arrójalos de ti... Y si no son cosas que te apartan de tu último fin, hija mía, deja la elección al Señor, o escoge lo que más te asemeje a mi Esposo Jesús, que vino al mundo para ser tu camino y tu modelo.

Tercer punto. ¡Oh hija mía! ¿Cómo está tu corazón respecto de las criaturas?... Examínalo y arranca cualquier afecto desordenado, cueste lo que cueste, pues este es la puerta que conduce al infierno... ¡Oh Dios mío! Nada me separará de vuestro amor... No quiero ser esclava de las criaturas que han sido creadas para servirme; Vos solo seréis el amor de mi alma, el rey de todos mis afectos, el Dios de mi corazón... Atrás, criaturas mezquinas, que no podéis llenar mi corazón. Todo por Dios, con Dios y para mi Dios... Así será, Dios mío, con la ayuda de vuestra gracia. Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. En el uso de las criaturas me preguntaré a menudo: *¿Qué tiene que ver esto con la eternidad? ¿Es cosa que me ayuda a conseguir mi último fin?*

Meditación IV (para el jueves)

Vanidad del mundo

Composición de lugar. Representate al demonio mostrándote toda la vanidad del mundo, y te dice: "Todo esto te daré si postrándote me adorares."

Petición. Dios mío, hazme conocer la vanidad del mundo para despreciarla.

Punto primero. El mundo es un impostor, hija mía: promete y no cumple su palabra... Te ha prometido honores, riquezas, felicidad... ¿Te lo ha dado? Y aunque te lo diese, ¿podría calmar la sed de felicidad que arde en tu corazón?... Es imposible... porque en solo Dios hay paz y felicidad. La felicidad que el mundo ofrece con sus placeres, diversiones, honores, riquezas, solo sirve para avivar más y más esta sed. Como al hidrópico un poco de agua no le quita la sed, sino que se la aviva más, así al alma la felicidad que el mundo ofrece solo sirve para hacerla más infeliz, porque ve que no puede llenar su corazón plenamente... Dígalo tú corazón... mientras has ido a saciar la sed en los charquillos de las cisternas rotas que te ha ofrecido el mundo, jamás has gozado de paz... El fastidio... malestar... inquietud... ha devorado tu corazón... ¿Por qué, pues, no te desengañas? ¿Por qué tienes prisionero tu hermoso y nobilísimo corazón en las redes del amor mundano?... ¿Hasta cuándo serás infeliz?... rompe, rompe esas ataduras, hija mía, y conviértete a tu Dios y Señor, y hallarás paz cumplida.

Segundo punto. Pero concedamos, hija mía, que el mundo cumple lo que ofrece, ¿cuándo tiempo duraría esa felicidad?... ¿Te seguirá más allá del sepulcro?... No. ¿Qué te llevarás a la eternidad de todas las vanidades que te ofrece el mundo?... Nada. ¿Hay algún rey que se haya llevado su poderío al sepulcro? ¿Has visto algún rico o poderoso que se haya llevado sus riquezas a la otra vida? ¡Ah, hija mía! no seas necia como tantas jóvenes mundanas... Exclama con el más sabio y poderoso de los mortales: Vanidad de vanidades, y todo vanidad y aflicción de espíritu. Solo una cosa está libre de esa vanidad y es el amar y servir a Dios, porque en esto está todo el ser y toda la felicidad del corazón humano...

Punto tercero. Mas no solo el mundo es un impostor, es también un tirano. Mira, hija mía, cómo esclaviza y martiriza este cruel tirano a sus necios servidores. ¡Qué exageraciones, ridiculeces, sacrificios les impone en el vestir, en el comer, en las etiquetas, y aun en diversiones y pasatiempos inocentes, al parecer que les ofrece! ¿No es verdad, hija mía, que si Dios, cuyo yugo es tan suave y su carga tan ligera, tiene pocos servidores, tendría muchos menos si les exigiese las ridiculeces y tormentos que les exige el mundo? ¡Y a estos tales llama el mundo señores! ¡Qué sarcasmo! ¡Oh, no son señores los mundanos, sino los peores esclavos de mil miserias y caprichos! Y tú has sido en algún tiempo esclava de los caprichos de este tirano... ¡qué tiempo tan perdido! Compara la felicidad presente que gozas sirviendo a Dios, a los tormentos que sufrías cuando servías al mundo. ¿No es verdad que son más dulces las lagrimas y la penitencia por Dios que los más ruidosos placeres mundanos?... ¡Oh Dios mío de mi corazón!, gracias, infinitas gracias os doy por haberme libertado de la tiranía e imposturas del mundo, y haberme traído a vuestro servicio y amor. ¡Ojalá perseverare en él hasta la muerte!

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Exclamaré muchas veces: *Vanidad de vanidades y todo vanidad, menos el amar y servir solo a Dios.* De veras aborreceré el ser señora según el mundo.

Meditación V (para el viernes)

Todo se pasa. –Precio del tiempo.

Composición de lugar. Ver cómo pasan delante de nuestros ojos todas las cosas del mundo, sin parar.

Petición. ¡Oh Dios mío!, ámeos a Vos, que no os mudáis.

Punto primero. ¡Qué verdad tan profunda encierran estas palabras, hija mía! Si yo lograra grabarlas en tu corazón, nada de este mundo sería capaz de apartarte de Dios... En medio del ruido y baráúnda mundanal, en medio de los vaivenes y contratiempos de la vida, ¡cuán dulce cosa es para el alma que cree y espera y ama repetir: todo se pasa... todo se pasa! Pasan en verdad las amarguras y los deleites, los honores y los contentamientos... la hermosura y la gloria, la vida toda con sus miserias y grandezas... una fuerza irresistible lo empuja todo en el tiempo que clama de continuo: Pasa..., pasa. Y tú también pasas, hija mía... eres viajera... también andas embarcada en la nave del tiempo... has tomado asiento en el tren exprés que precipitado corre al mar de la eternidad... y por más que quieras, y te esfuerces y lo procures, no puedes detener la marcha de esta nave, de este tren... no puedes desandar lo andado y volver atrás. Todo se pasa, hija mía, y tú pasas también con todas las cosas... huésped eres, peregrina, viajera en este mundo, ¿por qué apegas tu corazón a él?

Punto segundo. Ven conmigo, hija mía; por unos momentos deja el bullicio vertiginoso del mundo, y ven conmigo a la soledad apacible. Siéntate, y descansa cabe las corrientes del río caudaloso de la vida... y medita unos instantes... ¿ves cómo todo se pasa?... Las aguas son símbolo de la vida, que se desliza unas veces mansa y calladamente, otras con mucho ruido y precipitadamente al mar de la eternidad... Mira cuántas cosas arrastran las aguas de estas corrientes... tronos, cetros, tiaras, capelos, mitras, títulos, condecoraciones, riqueza, honores, hermosura... en remolino y confusión espantosa, rotos y sin lustre... pasan y van al mar del olvido, de la eternidad... ¿Te gustan estas cosas miradas así desde las riberas solitarias de la vida? – ¡Oh, no Madre mía, no llaman mi atención siquiera, no pueden llenar mi corazón!... Todo es vanidad.

Punto tercero. Mira, hija mía, cuántas personas pasan arrastradas por las corrientes de la vida: jóvenes como tú, más ricas, más hermosas, más ilustradas, más aduladas o alabadas que tú... pero pasan envueltas en estas vertiginosas y precipitadas corrientes... ¡y tú un día pasarás como ellas arrastrada por las corrientes de la muerte!,

¡infeliz si no estás bien preparada!... ¿De qué les sirven ahora todas sus cosas? Nada le puede aprovechar de cuanto amaron... todo pasó... todo es vanidad.

Mira, hija mía, como algunas de estas jóvenes alargan las manos y hacen esfuerzos por asirse a los arbustos o florecillas que hay en la ribera... más no pueden, o con ellas son arrastradas también... Todo se pasa... todo pasa... y va al mar de la eternidad... no puedes pararte un instante. Desapega, pues, tu corazón de las criaturas que tan presto se pasan, y así procura asirte bien de Dios que no se muda.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Ya que todo se pasa y Dios no se muda, *fijaré mi corazón y los afectos de mi alma tan solo en lo que me ayude a ser eternamente feliz.*

Meditación VI (para el sábado)

Solo Dios basta. –Valor del alma

Composición de lugar. Considera a tu alma como un suspiro del Corazón de Dios.

Petición. Dios mío, conozca el mérito de mi alma y la salve.

Punto primero. Tienes, hija mía, un alma espiritual, inmortal, hecha a imagen y semejanza de Dios, que siente, entiende, ama, y a la que solo Dios basta. Suspiro del Corazón de Dios es tu alma, hija mía: por esto solo en el seno y cariño de Dios puede hallar descanso, vida, felicidad. Dale a tu alma cuanto gustes y puedes hallar en este mundo... dale todos los reinos del mundo y sus pompas y grandezas... si no le das con todo esto y sobre esto a Dios, no le bastarán todas estas cosas a tu alma. Vivirá inquieta... desasosegada... será infeliz... Nos has hecho, Señor, para Ti, decía el experimentado san Agustín, nos has hecho para Ti, y anda inquieto nuestro corazón hasta que descansa en Ti... Todo cansa, todo fatiga, todo atormenta si no es con Dios y por Dios... no hay descanso que no canse, porque se ve ausente del verdadero descanso... No hay más que un Dios, un alma, una eternidad, una vida, una muerte, de la que depende toda nuestra felicidad. Solo Dios basta... Dios solo basta... Solamente Dios basta... Quien a Dios tiene nada le falta; y quien a Dios no tiene, aunque tenga todas las cosas, todo le falta, porque solo Dios basta. ¡Oh alma mía!, alégrate, porque tanta es tu dignidad y grandeza, que, a semejanza de Dios nada puede bastarte si no es el mismo Dios.

Punto segundo. Considera cuánto vale tu alma, y le darás honor y honra según su mérito. Habéis sido comprados con gran precio, decía el apóstol; no con oro y plata, sino con la preciosa Sangre del Cordero sin mancha. ¡Oh alma cristiana!, si desconoces tu valor y tu mérito pregunta a Dios lo que ha dado por ti para comprarte y redimirte de la esclavitud de Satanás. No puedes alegar que este celestial mercader desconociera su valor al dar por ella el precio infinito de su Sangre, porque es la sabiduría infinita que aprecia las cosas en su justo valor. Más aún; Dios respeta al alma humana en cierto modo, porque pide su consentimiento para obrar meritoriamente.

No vendas, pues, tu alma al mundo o a Satanás por un plato de lentejas, o por un puñado de cebada, por un mendrugo de pan, por un cabello de interés o por otras cosas de aire y vanidad... Mira que tu alma ha costado a Dios el precio infinito de su Sangre... Si tanto vales, ¿por qué te vendes por tan vil precio?

Punto tercero. Cuando, pues, el mundo o el demonio o tu propia carne, hija mía, te soliciten al mal, no te olvides de lo que clamaba cuando vivía en ese destierro: No consintamos que sea esclava de nadie nuestra voluntad, sino de Aquel que la compró con su Sangre. Idos, idos de mí, criaturas mezquinas y miserables, que no merecéis el amor de mi corazón. Valgo más que todo el mundo, y no quiero vender por nada ni por nadie a un vil y bajo precio la perla inestimable que ha comprado a infinito precio el mercader celestial para engazarla en su corona en la eterna gloria. ¿Qué pueden darme los hombres y el mundo en cambio de mi alma? Mi alma es de Jesús por derecho natural, es de Jesús por derecho de conquista, es de Jesús por derecho de compra, es de Jesús por libérrima elección mía. Seas, pues, alma mía, de Jesús siempre y en todas las cosas, en vida, en muerte, y por toda la eternidad... Solo Dios basta.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Acuérdate que no tienes más de una alma, ni has de morir más de una vez, ni tienes más de una vida breve, ni hay más que una gloria, y esta eterna, y darás de mano a muchas cosas.

Meditación VII (para el domingo)

Importancia de la salvación.

Composición de lugar. Ver a Jesús que me dice: ¿De qué te aprovechará, hija mía, ganar todo el mundo, si pierdes tu alma?

Petición. Dios mío, cueste lo que cueste, quiero salvar mi alma.

Punto primero. ¿Qué es salvarse, hija mía? Es dar a este valle de miserias el último adiós... y saludar por vez primera el paraíso de delicias... Romper el esquife que entre mil tormentas nos preservó del naufragio... y aportar a las playas eternas... Salvarse, hija mía, es entrar en el gozo de Dios, verle cara a cara, conversar con Él, amarle perfectamente, alabare sin cesar nadando en un océano de delicias santas... salvarse es poseer todos los bienes sin mezcla alguna de mal; es tener satisfechas todas las aspiraciones del alma, todos los deseos del corazón... Salvarse, hija mía, es dar un estrecho y eterno abrazo a todas las personas bien queridas de nuestro corazón... Es holgarse con Jesús, Niño Dios y Salvador nuestro... con María, nuestra Madre... con san José, tu padre y señor... con todos los ángeles y santos, tus amigos y constantes bienhechores... Y esto para siempre... y sin temor de perder tanta dicha... ¡Oh hija mía! Alma salvada, todo salvado; alma condenada, todo perdido. ¿No querrás tú salvarte, hija mía?

Punto segundo. ¿Te salvarás, hija mía? Esta pregunta te hacen conmigo todos los bienaventurados. ¿Qué respondes?... En tu mano está el salvarte; es esta cuestión personal, que tú sola ha de resolver... ¿Quieres de veras salvarte?... Solo se necesita buena voluntad con la gracia de Dios, que no te ha de faltar, pues Dios así como no quiere nadie en el cielo por fuerza, así también nunca ha negado su entrada en el paraíso a las almas de buena voluntad.

¿Te salvarás, hija mía?... o mejor, ¿quieres *de veras* salvarte? ¿Quieres de todas veras salvarte? ¿Qué respondes?

Punto tercero. ¿Te salvarías si ahora murieses? La sinceridad de tu voluntad de salvarte la has de probar con las obras... Examina tu vida... ¿Cumples las promesas solemnes que hiciste a Dios en el santo Bautismo y renovaste al pretender ser mi hija?... ¿Cómo renuncias a Satanás, a sus obras y pompas?... ¿Amas la vanidad?... ¿los pasatiempos del mundo peligrosos?... ¿Cómo cumples tu cuarto de hora de oración diario? ¿Eres fiel a esta práctica?... Pues tu amor a la oración, al recogimiento y retiro probará mejor que otra cosa tu deseo sincero de salvarte... alma que tiene con perseverancia oración, está salvada... ¿Te salvarías, hija mía, si ahora murieses?... ¿qué responde tu conciencia? Jesús, que lee en tu corazón, ¿nada registra en él que le desagrada? ¿Está ordenado tu amor?... ¿Oras?... ¿Llevas vida cristiana?... Resuélvete, hija mía, y mira que nada te aprovechará ganar todo el mundo, nadar en placeres, ser objeto de mil atenciones por algún tiempo, si pierdes por fin eternamente tu alma.

¡Oh Madre mía de mi alma, santa Teresa de Jesús! Quiero salvarme y venir a donde vos estáis, para cantar en vuestra compañía eternamente las misericordias del Señor... Ayudadme contra mí misma, contra mi inconstancia y flaqueza... mil veces propongo ser buena... santa como vos; más ¡ay! Como bien no estoy arrimada a la columna de la oración, falto a mis propósitos y caigo a menudo en pecado y desaliento... Mas desde hoy propongo, con mayor eficacia, con vuestra ayuda salvar mi alma, cueste lo que cueste, pues quiero venir con vos a alabar a mi Jesús, María y José en el cielo por toda la eternidad. Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Repetiré muchas veces entre día: *¿Qué me aprovechará ganar todo el mundo, si al fin pierdo mi alma?* Examinaré cuál es mi pasión dominante, y todos los días traeré examen sobre ella para corregirme, pues es lo que más expone mi salvación eterna.

SEGUNDA SEMANA

Meditación VIII (para el lunes)

De los pecados

Composición de lugar. Imagínate como un reo cargado de cadenas delante de Jesús, tu Juez.

Petición. Lávame, Dios mío, más y más de mis pecados.

Punto primero. ¿Has reflexionado alguna vez, hija mía, qué cosa es el pecado? Pecado es una deliberada transgresión de la ley de Dios..., un insulto hecho a Dios en su misma presencia..., un acto irracional más vil que de bestia..., es hacerse esclavo de las pasiones..., del mismo demonio..., es renunciar al cielo, y escoger el infierno por morada sempiterna... ¿sabes tú lo que has hecho pecando?... Has ofendido a una Majestad infinita..., has cometido una infinita injusticia..., has querido destruir una bondad infinita... Cuando pecas, llenas de amargura el Corazón bondadoso de Dios Padre..., traspasas el Corazón de Cristo..., crucificas a Jesucristo, tu más insigne bienhechor... ¡Cuánta indignidad y vileza!, ¡cuánta malicia!... ¿Has cometido en tu vida algún pecado mortal, hija mía? Pues sábetete que cuantas veces pecaste, tomaste en tus manos los beneficios de Dios para con ellos golpearle..., maltratarle..., darle muerte si te hubiese sido posible... ¡Qué crueldad!... ¡qué horrible fiereza!... ¿Cuándo se ha visto tan horrendo crimen y monstruosa ingratitud?

¡Dios mío!... ¡y tantas veces como he pecado!... ¡Oh Dios de bondad!, ¡y tantas veces como os he ofendido!... ¡Perdón, Dios mío!... apiadaos de mí según vuestra gran misericordia.

Punto segundo. Pondera ahora la multitud asombrosa de tus pecados, hija mía, y verás que son innumerables..., más que los cabellos de tu cabeza... Antes de llegar al uso de razón, obras hacías ya pecaminosas... al llegar al uso de razón, tu primer amor ¿no lo empleaste mal?... Y en tu juventud ¡cuántos desórdenes y tal vez obscenidades!... y más tarde, multiplicándose los años, ¿no has multiplicado los pecados?... Recapacita por breves momentos los lugares..., personas..., amistades..., lecturas..., pasatiempos..., ocupaciones de tu vida..., y te asombrarás de cómo la tierra ha podido sostener tal monstruo de iniquidad... ¡Qué proceso tan largo!... ¡Qué cuenta tan terrible se te espera!...

Punto tercero. ¿Qué sería de ti, hija mía, si hubieses muerto, como otras muchas jóvenes, al cometer el primer pecado mortal?... Penarías, te desesperarías eternamente... y sin provecho. Mas ahora aún es tiempo de misericordia..., detesta de veras todos tus pecados..., clama con todo tu corazón: Me pesa, Dios mío, de haberos ofendido, por ser Vos bondad infinita... Habed piedad y misericordia de mí..., propongo nunca más pecar... Húndase todo antes que ofender a mi Dios, a mi Padre y a mi más insigne bienhechor... ¡Viva Jesús mi amor, muera el pecado!

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. En toda tentación y peligro de pecar clamaré siempre con todo mi corazón: ¡Viva Jesús mi amor, muera el pecado!

Meditación IX (para el martes)

Malicia del pecado mortal

Composición de lugar. Considera a tu alma hecha una llaga, manando inmundicias y podredumbre por todas partes.

Petición. Jesús mío, dame lágrimas de contrición sin medida.

Punto primero. El alma que está en gracia de Dios, hija mía, es como un castillo hermoso y deleitoso, todo de un diamante preciosísimo..., un paraíso donde tiene el Señor sus deleites, y por su rara hermosura nadie le puede comprender... Habita el Señor en el centro del alma del justo, y por su gran hermosura, capacidad y dignidad no hallo yo cosa con que compararla. Considera, pues, hija mía, qué será ver este castillo tan resplandeciente y hermoso, esta perla oriental, este árbol de vida, que está plantado en las aguas mismas de la vida, que es Dios, cuando cae en un pecado mortal... ¡Oh dolor! No hay tinieblas más tenebrosas, ni cosa tan oscura y negra que no esté mucho más el alma en pecado... No quieras más saber, hija mía, de que con estarse el mismo Sol que le daba tanto resplandor y hermosura todavía en el centro del alma, es como si no estuviese para participar de él con ser tan capaz para gozar de Su Majestad, como el cristal para resplandecer en el sol... Ninguna cosa le aprovecha... y de aquí viene que todas las obras que hiciere estando en pecado mortal son de ningún fruto para alcanzar gloria, porque no proceden de Dios, de donde toda virtud es virtud... Por el pecado hace placer al demonio, que como es las mismas tinieblas así la pobre alma queda hecha una misma tiniebla... por el pecado se planta en una fuente de negrísima agua y de mal olor; y por eso todo lo que corre de ello es la misma suciedad y desventura... Por el pecado pone el alma, que es como un cristal o diamante preciosísimo un paño muy negro, y por esto, aunque el sol de justicia dé en ella, no hace su claridad operación alguna. ¡Oh almas redimidas por la Sangre de Jesucristo, entendedos, y habed lástima de vosotras mismas! ¿Cómo es posible que entendiendo esto no procuréis quitar esta pez de este cristal? Mirad que se os acaba la vida, y jamás tornaréis a gozar de esta luz. ¡Oh Jesús!, ¡qué es ver a un alma apartada de esta vida! ¡Qué turbados andan los sentidos!... ¡Y las potencias con qué ceguera, con qué mal gobierno!... ¡Jesús misericordioso, habed piedad de estas almas redimidas con vuestra sangre!... Convertidlas, salvadlas.

Punto segundo. Estas desventuradas almas están como en una cárcel oscura, atadas de pies y manos para hacer ningún bien que los aproveche para merecer, y ciegas y mudas... En fin, como a donde está plantado el árbol, que es el demonio, ¿qué fruto puede dar?... ¡Oh! *no me espanto de cosas que haga una persona que está en pecado mortal, sino de lo que no hace.* Dios te libre, hija mía, de tan gran mal, que no hay cosa que merezca el nombre de mal sino el pecado, que acarrea males eternos para sin fin. ¿Quién, pues, no se compadecerá de estas almas? ¡Ay! Que tal vez algún tiempo te viste así tú, hija mía... Ruega por ellas.

Punto tercero. Es grandísima limosna rogar por los que están en pecado mortal; muy mayor que si viésemos a un cristiano atadas las manos con una fuerte cadena, y él amarrado a un poste muriéndose de hambre, y no por falta de qué coma, que tiene

cabe sí muy extremados manjares, sino que no los puede tomar para llevarlos a la boca, y aun está con grande hastío, y ve que ya va a expirar, y no muere como acá, sino eterna. ¿No sería gran crueldad, hija mía, estarle mirando y no llegarle a la boca que comiese? ¿Pues qué si por tu oración le quitasen las cadenas? Ya lo ves, hija mía: por amor de Dios te pido que siempre tengas acuerdo en tus oraciones de almas semejantes... Y si fuese tuya por desgracia, hija mía, ¡oh, ten compasión de ella! arrepiéntete..., haz una buena confesión..., y torna a recobrar la hermosura y gracia de tu alma, y serás feliz.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. No pasaré día sin rogar muchas veces por las almas que están en pecado mortal. *Jesús mío, misericordia por los pobres pecadores.* ¡Viva Jesús, muera el pecado!

Meditación X (para el miércoles)

Castigo del pecado mortal

Composición de lugar. Mira cómo cae Satanás como un relámpago del cielo al infierno por un solo pecado.

Petición. Perdona, Jesús mío, mis muchos pecados y faltas.

Punto primero. Debes, hija mía, cobrar un grande... infinito... y sempiterno horror al pecado, porque es la única cosa que puede hacerte eternamente infeliz..., y como yo me intereso por tu eterna felicidad, como Madre que te amo con tiernísimo amor, quiero que ponderes detenidamente los tormentos que Dios ha ordenado para castigarlos, para que llores tus pecados y nunca más vuelvas a cometer ni uno solo. Reflexiona por ello qué cosa es el infierno..., y verás que es *el lugar de tormentos*, que el odio que un Dios infinitamente santo y poderoso tiene al pecado ha criado para su castigo... imagina toda clase de tormentos..., los mayores y más inauditos de hambre, peste, fuego, enfermedades, dolores, rabia, muerte..., todos están en este lugar, castigando los pecados... y no un día, sino eternamente..., para siempre, siempre, siempre... ¡Dios mío! ¿Y Vos sois Dios misericordioso y justo, y así castigáis los pecados?... ¡Oh, que debe ser un mal sobre todo mal el pecado!... yo, pues, lo detesto con todo mi corazón... Húndase el mundo antes que cometer un solo pecado.

Punto segundo. Mira, hija mía, cómo castigó Dios a los ángeles, criaturas nobilísimas, por un solo pecado de pensamiento... más de cinco mil años que están en este lugar de tormentos..., y es como si hoy empezasen: para siempre, siempre, siempre penarán, y sin provecho... Ahora tus sufrimientos son aceptables, hija mía; di, pues, conmigo a visita del infierno, que tú quizás has merecido muchas veces: *Dios mío, o morir o padecer en satisfacción de mis pecados.*

Pondera cómo castigó Dios un solo pecado de desobediencia en Adán. Por este pecado entró la muerte en el mundo, y con ella todas las enfermedades, tristeza, dolores y penalidades sin cuento a que estamos sujetos todos sus descendientes... Un solo

pecado bastó para convertir el paraíso de deleites en valle de lágrimas y quebrantos que durarán lo que dure el mundo... ¡Oh alma mía! Mal sobre mal es el pecado, pues Dios, a pesar de ser bueno y justo, que tanto ama al hombre, así lo castiga ya en este mundo... Yo aborrezco, pues, el pecado, Dios mío, y repetiré ahora y siempre: *Húndase todo antes que ofender a Dios con un solo pecado. Primero morir que pecar.*

Punto tercero. Pregúntate ahora, hija mía: Los ángeles, criaturas tan perfectas, por un solo pecado de pensamiento de soberbia fueron convertidos en demonios feísimos y condenados al fuego eterno; ¿qué hará Dios conmigo, criatura ingrata que tantas veces le ofendí en pensamientos, palabras y obras?... Adán y Eva por un solo pecado de desobediencia fueron arrojados del paraíso y sujetos a tantas penas, a pesar de hacer novecientos años penitencia; ¿qué suerte me estará reservada a mí, que tantas veces desobedezco a Dios, a mis padres y superiores?

¡Oh Dios de bondad, Dios de misericordia!, ¡cuántas almas, cuántas jóvenes se habrán condenado con menos pecados que yo!... y yo, pecadora de mí, aún vivo y puedo salvarme... ¿Qué sería de mí si hubiese muerto al cometer el primer pecado grave?... Penaría, rabiaría, me desesperaría sin provecho... y eternamente... Oh hija mía, yo no cometí los pecados que tú..., jamás cometí pecado mortal... y si no hubiese abandonado aquellas galas y pasatiempos..., ciertas amistades de mi juventud..., me hubiera condenado... mostrome el Señor el lugar que me estaba reservado en el infierno.

A ti quizás el Señor también te tenía preparado en el infierno el lugar que tus pecados merecían...; pero ten confianza, enmiéndate, haz penitencia, sobre todo no abandones el cuarto de hora de oración, y apártate de las malas compañías, de las malas lecturas... de todas las ocasiones de pecar, y yo te alcanzaré la salvación eterna.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Haré todos los días algún acto de mortificación, y cuando se me ofrezca algún trabajo lo sufriré con toda paciencia, diciendo en mi interior: *Gracias, Dios mío; quien merecía estar en el infierno, mayores castigos merece todavía. Castigadme en vida, con tal que me perdonéis eternamente.*

Meditación XI (para el jueves)

Castigo del pecado venial.

Composición de lugar. Considera a tu alma escuálida, macilenta, llena de asquerosidades delante de Dios por tus pecados.

Petición. Dios mío, primero morir que pecar.

Punto primero. El pecado venial es una ofensa, aunque leve, que la criatura hace al Creador. Yo no sé, hija mía, cómo puede llamarse leve o chico un pecado, con que la criatura, vil gusanillo, ofende y disgusta a su Creador, sobre todo si es hecho con

advertencia; que ofensa grande parece es decir el hombre a Dios: Aunque veo que con esto os disgusto, prefiero mi contentamiento al vuestro... ¿Es esto poca osadía y descaros?... pues esto haces, hija mía, cuantas veces ofendes deliberadamente, aunque sea levemente, a tu Creador, a la infinita majestad de Dios... No es lícito cometer ningún pecado leve, aunque con esto pudiese salvar a todos los hombres, y sacar del infierno a todos los condenados, y liberar a todas las almas de las penas del purgatorio... es peor mal un solo pecado venial que la destrucción del orbe entero, que la pérdida de todas las almas y de todos los ángeles y santos, porque todos estos males son finitos, son males de la criatura, y el pecado, aunque leve, es ofensa de Dios, que es bien infinito. ¡Oh hija mía!, ¡tú tan poco que temes el pecado venial!, ¡bebes la iniquidad como el agua! Enmiéndate.

Punto segundo. En cierto modo debes tener más horror al pecado leve que al grave, porque más fácilmente se comete, y pocas veces nos arrepentimos de veras de él. ¡Cuántas palabras ociosas!, ¡cuántas acciones... cuántas omisiones... en el comer, beber, vestir, andar, conversar, en casa, en la iglesia, en las cosas de devoción, de obligación, en resistir a las inspiraciones de tu ángel bueno! ¡Oh! Medítalo seriamente, que son más que los cabellos de tu cabeza... Pondera los efectos que causa en tu alma el pecado venial. La debilidad para el bien, le causa hastío y cansancio en el camino de la virtud, como atacada de perlesía no puede apenas dar un paso en la vida espiritual... las gracias se retiran, Dios cobra hastío de ella y empieza a vomitarla, y está en gran peligro de caer en pecado mortal... ¿Y aún dirás que el pecado venial es nada, un escrúpulo de gentes timoratas?

Punto tercero. Mira además cómo lo castiga Dios en este mundo en sus siervos más queridos... Moisés y Aarón y su hermana María, la mujer de Lot... la muerte de los hijos de Aarón, la de Oza, la de Ananías y Safira... fueron castigos de culpas leves. Y el fuego del purgatorio, ¿no lo enciende la malicia del pecado leve?... Una falta que priva y retarda de gozar de un bien infinito, cual es la vista de Dios, y la posesión del cielo, y sujeta al alma, amiga por otra parte de Dios, a una cárcel de los más atroces tormentos, ¿puede llamarse leve?... ¡Oh hija mía! Líbrete el Señor de todo pecado, por chico que sea, sobre todo hecho con advertencia. Mejor te fuera no haber nacido que cometerlo, morir mil muertes que caer en él. Óyeme.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Jesús mío, propongo firmemente no cometer jamás pecado alguno venial, a lo menos con advertencia. *¡Nada contra mi Dios! ¡Viva Jesús, muera el pecado!*

Meditación XII (para el viernes)

Muerte

Composición de lugar. Mírate moribunda en el lecho del dolor.

Petición. Muera oh Jesús mío, la muerte de los justos.

Punto primero. ¿Qué es morir, hija mía? Es abandonar padres, parientes, amigos, conocidos... por más amigos poderosos que tengas, en aquella hora terrible no te podrán ayudar... Morir es dejar de buen o mal grado todos los placeres... comodidades... pasatiempos... regalos... Es dar el último adiós a todo lo que se ama con lícito o ilícito amor... de todo nos despoja la muerte... riquezas... honores... aplausos... vanidades... hermosura..., todo lo caduco, hasta el mismo cuerpo viene a hundirse en la sepultura... ¡Y por causas tan vanas..., oh alma mía; tan baladíes..., por naderías tan poco duraderas, he de exponerme a la condenación eterna! No..., Dios mío, no; quiero salvar mi alma ante todo, y no amar nada de este mundo sino en orden a la eternidad.

Punto segundo. Morirás, hija mía. ¡Qué nueva tan feliz y consoladora si eres buena! ¡Qué recuerdo tan triste y terrible si eres mala!... Morirás, sí, hija mía, es la única cosa cierta e inevitable... Que pienses o no pienses en ello..., que cuides o descuides de la salud de tu cuerpo, vendrá un día que se dirá de ti: Fulana ha muerto... Huye de los hospitales y lugares malsanos... busca los medios más exquisitos de conservar la vida... morirás, quieras que no... Tu hermosura... tu juventud, tus galas, las ocultará de la vista del mundo una fría losa..., siete palmos de tierra... Dios mío. Y por un placer de momento ¿he de exponer mi eterna salvación? Por un aplauso... por una vanidad... por un capricho... que acaba en la sepultura ¿he de condenarme eternamente? ¡Qué locura!, ¡qué insensatez! No, Dios mío, no; quiero salvar mi alma, cueste lo que cueste.

Tercer punto. ¿Cuándo morirás? Nada más cierto que la muerte..., nada más incierto que su hora... Puedes morir hoy..., antes de concluir este cuarto de hora de oración... Puedes morir en aquella ocasión, compañía, conversación o diversión peligrosa... ¡y cuántos han muerto! ... ¿Qué sería de ti, hija mía, si entonces te llegase la muerte? ...Ochenta mil almas pisarán hoy los umbrales de la eternidad. ¡Cuántas jóvenes como tú... que no piensan en la muerte como tú...que viven descuidadas de su salvación como tú... hoy, en este momento la muerte les corta el hilo de la vida, y toda la tela que urdieron de vanidades e ilusiones! ¡Qué cosa tan triste y espantosa ha de ser morir sin estar prevenido!

¿Cómo morirás? ¿Con los auxilios de la Religión, o sin ellos... de repente, o de larga y penosa enfermedad..., en gracia, o en pecado mortal?... Examina tu vida y lo comprenderás... El árbol cae a la parte que se inclina...; la muerte es el eco de la vida... ¿Quieres morir santamente?, empieza a vivir cristianamente... Mira, hija mía, que solo una vez has de morir. Si esta yerras, todo está perdido para ti y sin remedio... No seas necia, como tantas jóvenes vanas, y con tiempo prepárate para este lance, único importante de la vida.

¡Oh muerte, bueno es tu juicio! Todos los días me acordaré de ti, oh muerte, para engrandecer mi alma, y hollar con desprecio y con ánimo generoso riquezas, honores, placeres y pasatiempos del mundo. Quiero abandonar en vida todo lo que en la hora de la muerte puede atormentar mi corazón... ¡Oh Dios mío! graba en mi alma el desprecio de las vanidades de este mundo y el amor de las cosas celestiales y eternas, para que viviendo vida cristiana, muera la muerte de los justos. Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Besa tres veces la tierra diciendo: *Polvo eres, y en polvo te convertirás.* Al mirarte las manos o en el espejo repite hoy la misma jaculatoria: *Polvo soy, y en polvo me he de convertir. Solo lo que eternamente ha de durar merece mi aprecio y amor.*

Meditación XIII (para el sábado)

Muerte pésima de una joven pecadora.

Composición de lugar. Contempla una joven pecadora ¡infeliz! en su última agonía.

Petición. Muera yo, oh Jesús mío, la muerte de los justos.

Punto primero. Ven conmigo, hija mía, unos momentos a hacer una meditación provechosísima con poco trabajo, aplicando tus sentidos. Cobra ánimo, ten valor y no desmayes, porque es una escena desgarradora que cada día pasa, y pasa, no obstante, desapercibida a todo el mundo... Entra conmigo en la habitación de una joven liviana moribunda, y acércate al lecho del dolor. ¿Qué ves? Una joven pecadora, ayer admiración del mundo por su hermosura... hoy postrada en el lecho y olvidada de todos, objeto de dolor y llanto... sus pies no tienen movimiento... sus manos trémulas y torpes nada pueden estrechar ni sostener... sus ojos apagados y amortecidos, desencajados y tristes, apenas pueden dar más que miradas lánguidas y moribundas... sus labios fríos y balbucientes... no pueden pronunciar palabra... su cara pálida y amoratada... sus cabellos erizados y bañados del sudor frío de la muerte... su cuerpo todo estremeciéndose en convulsiones horrendas... toda anegada en un mar de angustias, sin que encuentre lenitivo a su dolor... Entretanto las fuerzas se agotan, los dolores van en aumento, su congaja es mortal... Las amigas, tristes, le dan el último adiós... los parientes, conmovidos, se retiran... todos la desamparan, porque nadie ni nada le puede valer... ¡Infeliz!, ¿por qué con tiempo no buscaba amigos fieles que la pudiesen ayudar en este trance fatal? Ahora todos la abandonan... ¡infeliz! Mejor le fuera no haber nacido.

Punto segundo. Penetremos en su corazón, hija mía... Si tan aflictivo es el estado de su cuerpo, ¿cuánto más lo será el de su alma? Recuerda su juventud pasada en la liviandad y el pecado, y se llena de confusión y vergüenza... mira los pecados de su edad adulta, y se estremece... mira su porvenir y se desespera... mira a lo alto, y ve la espada de la divina justicia que va a descargar sobre su cabeza... mira a lo profundo, y ve el sepulcro abierto para recibir su cuerpo... el infierno abierto para tragar su alma... mira a un lado y se le representan todos sus pecados clara y distintamente, que le dicen: “¿Nos conoces? Somos obras tuyas; te seguiremos eternamente donde te vayas”. Mira a otro lado, y ve al demonio, que solo espera la permisión de Dios, la última boqueada, para arrebatarse el alma, que es suya... mira dentro de sí y oye la voz de su conciencia que le dice: “Has errado el camino de la verdad... solo te resta el sepulcro y el infierno... marcha, maldita, a la casa de tu eternidad, que te has fabricado con tus pecados...” Y entre convulsiones espantosas, agonía violentísima, visajes

horrendos, congojas, furores y desesperación inexplicables expira la pobre pecadora... ¡Oh, que verdaderamente es pésima la muerte de los réprobos!...

Punto tercero. Luego arrojan su cuerpo a la sepultura... parece su memoria con la muerte... el mundo sigue divirtiéndose... y esta alma infeliz es abrasada en las eternas llamas... He ahí el fin de la gloria del mundo... aquí acaba su vanidad y soberbia, aquí su insensatez y delirios... Más aún. Contempla con horror el cuerpo muerto... antes tan hermoso y tan idolatrado, es pasto de gusanos y sabandijas, que se ceban en él... los ratones taladran la mortaja que le envuelve... juegan con el cabello... entran en la boca... registran pacíficamente, allá comen sin que nadie les estorbe su destrozo, ni les dispute su presa... enjambres de gusanos pululan por todas partes... la carne desaparece toda devorada por ellos... mueren también los gusanos... y solo quedan unos huesos descarnados, negruzcos y calcinados que también se encargará de destruir el tiempo... así se acaba la comedia de la vida, sus pompas, sus vanidades, sus castillos de aire... Eso mismo pasará, hija mía, a tu cuerpo que tanto regalas y que por regalarlo tanto pecas. ¡Qué insensatez!, ¡qué locura! Conviértete.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Castigaré mi cuerpo y lo sujetaré al yugo de la ley del Señor, para librarle de la perdición eterna

Meditación XIV (para el domingo)

Muerte preciosa de una joven justa.

Composición de lugar. Representate a una joven buena en el lecho del dolor, admira su paz.

Petición. Muera, oh Jesús mío, la muerte del justo.

Punto primero. Profundamente impresionada te considero, hija mía, con la meditación del fin pésimo de la joven pecadora. Mas, consuélate, que en tu mano está evitar tanta desgracia... No todas mueren así. Consuélate con la contemplación de la muerte de la joven justa... acércate al lecho del dolor... nada hay aquí que repugne ni dé pena al corazón... ¿No ves? Su sonrisa angelical es un destello de la alegría de su alma, un trasunto de la gloria de los cielos... Su pasado la llena de consuelo y de paz... su vida, aunque ha sido alguna vez empañada con alguna ligera mancha de pecado, las lágrimas de penitencia y dolor se la han borrado... ha recubierto las roturas que los extravíos de su mocedad hicieron en la blanca estola de su inocencia, con hermosas perlas recamadas de oro que le dan más brillo y esplendor.

Punto segundo. Su estado presente la alegra, porque su conciencia tranquila, en paz con Dios, con el prójimo y consigo mismo, es un banquete de felicidad... ¡Oh hija mía!, ¡qué gozo da a esta alma el recuerdo de las buenas obras! El cuarto de hora de oración, al que deberá quizás su salvación y la felicidad de que ya goza; las comuniones, confesiones, obras de caridad espirituales y corporales, sobre todo las

veces que se ha vencido a sí misma y ha celado la gloria de Dios, la forzarán a exclamar: ¡Oh Dios mío! Jamás podía pensar fuera cosa tan apacible el morir ¡Benditas obras, benditas penitencias, que tanta paz me proporcionan en este último instante!

Punto tercero. Pero lo que más alegra al alma justa en la hora de la muerte es el porvenir... La muerte acaba con todos los dolores y miserias y pecados... y abre la puerta de la vida, de la paz y felicidad eternas... Para el corazón que gime y llora en este destierro es alegría grande el anuncio de que se acaba su destierro, y se le abre la patria... Que muero porque no muero, canta el alma que espera y ama a Dios, y con una de mis hijas repite en el lecho del dolor: Ven, muerte, tan escondida –que no te sienta venir, –porque el gozo de morir –No me torne a dar la vida... El ángel de paz, mensajero de su Amado, hace resonar en sus oídos: Ven del Líbano, esposa mía, querida mía, amiga mía, hermosa mía...; pasó ya el tiempo del invierno, del trabajo, de la lucha y del dolor; ven a descansar eternamente en los brazos de tu Amado... Voy, responde el alma fiel, y desatada ya de esta cárcel y de estos hierros, sube, el cuello reclinado en los dulces brazos del Amado, a descansar en la celeste Sión... Así mueren los justos, hija mía: más bien que muerte es un sueño plácido, un despertar feliz en la aurora de la vida eterna... Contempla el cuerpo muerto que fue morada de un alma justa... la sonrisa del alma, que es como el último beso de paz y amistad que le ha impreso al despedirse por unos días de Él, está pegada a sus labios... Su frente serena... todo su rostro, aunque lleva señales de profundos padecimientos, respira reflejos de gloria y majestad. Atrae, así como el cuerpo del alma pecadora inspira repulsión y horror... ¿te agrada esta muerte? Pues vive como los justos, que la muerte es el eco de la vida.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Aprenderé a morir bien, viviendo santamente, obrando siempre como si a cada instante hubiese de morir. Me preguntaré antes de obrar: Si hubiese de morir ahora ¿cómo obraría, pensaría, hablaría?

TERCERA SEMANA

Meditación XV (para el lunes)

Juicio particular

Composición de lugar. Mírate delante del juez como reo cargado de cadenas.

Petición. ¡Oh Jesús! Cuando vengas a juzgarme, no quieras condenarme.

Punto primero. No sería cosa tan terrible, hija mía el morir, si después no viniese el juicio que todos habéis de sufrir: juicio rigurosísimo, porque el Juez será *sapientísimo...*; todo lo ha visto y ha oído, todo lo sabe: tus palabras, tus obras, tus pensamientos y deseos más íntimos y ocultos... Puedes engañar y encubrir tus cosas al

confesor, a tus padres, a tus amigas...; pero no a Jesucristo, Dios y Señor de tu alma, que te ha de juzgar, quieras que no.

El Juez es *rectísimo*... No podrás hacerle torcer con halagos, con promesas, con lágrimas... arrepentimiento... Pasó ya el tiempo de la misericordia...

Es *santísimo*... aborrece con odio infinito el pecado, y tiene infinito poder para castigarlo... ¡Oh infeliz de mí, que tantos pecados he hecho, y no sé si se me han perdonado! ¡Oh Jesús mío!, ¿serás para mí Jesús o Juez?... ¡Cuando vengas, oh Jesús mío, a juzgarme, no quieras condenarme!

Punto segundo. El examen será rigurosísimo... Pensamientos, palabras ociosas, obras, distracciones, vanidades de que ahora no haces caso, todo se pesará en la balanza de la Divina Justicia... El mal que has hecho, lo poco bueno, y aun las imperfecciones con que lo has hecho, el bien que has dejado de hacer...; las gracias, las inspiraciones, todos los beneficios naturales y sobrenaturales que no has sabido agradecer...; de todo se te pedirá estrecha cuenta... ¡Dios mío!, ¡pecadora de mí! ¿Quién se salvará, pues, si el justo apenas podrá subsistir en tu presencia? ¡Cuando vengas, oh Jesús mío, a juzgarme, no quieras condenarme!

Punto tercero. ¿Qué sentencia te tocará, hija mía? Una de dos: ¡Ven, bendita! o ¡Vete maldita!... ¡Dios mío! ¿y no hay remedio?, ¿no hay otra alternativa? ¿Seré vuestra hija bendita eternamente, o réproba sempiterna?... Si ahora murieras, ¿qué sentencia oirías?... Examina... y propón...

Porque será irrevocable entonces; y, reflexiónalo bien, Jesucristo no hará sino ratificar la sentencia que tú te escribes ahora con tu vida, y rubricarás con tu muerte... En tu mano está...; de ti depende el oírlo favorable... Y puede ser que hoy, en este mismo instante, Dios te llame a este juicio... ¿Qué haces, pues? ¿Qué debes hacer? Resuelve ahora mismo, y conviértete a tu Jesús, que es tu Salvador.

Oh María, Madre de misericordia, sed en aquella hora mi abogada... Padre mío san José, protector de los moribundos, alcanzadme muerte feliz... santa Madre Teresa de Jesús, haced que Jesús me mire con amorosos ojos al ir yo a su presencia... Oh Jesús, que ahora eres mi Salvador y un día has de ser mi Juez: por María, por José, por Teresa de Jesús, cuando vengas a juzgarme, no quieras condenarme. Sálvame.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Haré examen todos los días por la noche, de mis pecados, y pediré perdón a Dios de todo mi corazón, diciendo el acto de contrición, y confesándome cuanto antes pueda si por desgracia cometo un pecado mortal. Siempre que me confiese, que será a lo menos una vez al mes, haré cuenta que me presento a juicio, para hacer con fruto mi confesión.

Meditación XVI (para el martes)

Juicio universal

Composición de lugar. Ver como todas las cosas del mundo se desquician.

Petición. Oh Jesús, no seáis, mi juez, sino mi salvador.

Punto primero. Habrá, hija mía, una destrucción universal de que no ha habido ejemplo. El sol se oscurecerá, la luna será teñida en sangre, las estrellas caerán del cielo, el mar saldrá de sus términos, las aguas cubrirán la tierra, los montes caerán unos sobre otros, y los hombres quedarán atónitos, secos de terror y espanto, hasta que serán consumidos por el fuego, y nada quedará con vida sobre la faz de la tierra... Sonará la trompeta en los cuatros ángulos del universo, y resucitarán todos los muertos para ir al juicio... El alma se unirá al cuerpo desde el cielo o desde el infierno, y se darán un abrazo eterno... ¡Qué felices los que mortificaron el cuerpo!... ¡Qué desgraciados los que le dieron gusto pecando!... Irán todos los hombres al valle de Josafat a recibir la sentencia. ¿No los ves? ¡Qué largas hileras de todas las partes del mundo!... ¡Qué tristes y demudados los unos!... ¡Qué alegres y hermosos los otros!... ¿De quiénes serás entonces, alma mía?... Si ahora murieses, hija mía, ¿en qué fila formarías?

Punto segundo. Aparecerá entonces la señal de la cruz, y el Juez de vivos y muertos, Jesucristo, con inmensa majestad y grandeza, rodeado de todos los ejércitos de ángeles, se sentará en su trono y juzgará a todo el orbe postrado de rodillas a sus plantas, como Creador, como Padre, como Redentor... como Creador te pedirá cuenta, hija mía, de todos los beneficios y dones naturales que te ha hecho, y de los que tú tan mal has usado... Como Padre te exigirá estrecha cuenta de la correspondencia a su infinito y tiernísimo amor... Como Redentor te pedirá cuenta de la sangre que derramó por ti, de las gracias sobrenaturales que te ha dispensado... ¿Qué responderás a estas preguntas?... ¿Como el siervo inútil del Evangelio habrás de exclamar: He escondido, Señor, tus talentos: he usado mal de ellos?... ¡Qué confusión!... Todos tus pecados ocultos, los que sabes, alma insensata, que callas en la confesión, se leerán, se conocerán por todo el mundo... Tus hipocresías..., tus pensamientos..., deseos..., tus escándalos, todo será revelado a la faz de todos los hombres... todos tus pecados, abuso de las gracias, resistencia a las inspiraciones de tu ángel bueno... todo, todo será descubierto a todas las gentes... ¡Infeliz!, ¡qué confusión!, ¡qué desesperación! Mas sin provecho... Confiesa ahora tus pecados, todos, hija mía, sin callar uno, y evitarás esta vergüenza.

Punto tercero. A una señal serán separados los buenos de los malos... los buenos a la derecha... los malos a la izquierda del Juez, que con rostro placentero dirá a los justos: Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino de los cielos que os está preparado desde el principio del mundo... ¡qué gozo!... Y con rostro airado dirá a los malos: Id, malditos al fuego eterno, que está preparado para los ángeles malos y sus secuaces... apartaos de Mí...; y en un momento los justos con cantares de júbilo se elevarán por los aires, y con su Rey Cristo Jesús subirán al cielo para gozar eternamente..., y los réprobos serán despeñados a los calabozos del infierno con los demonios para padecer eternamente... Maldición eterna al pecador obstinado... bendición eterna al inocente,

y al pecador arrepentido. ¿Qué sentencia oirías, hija mía, si ahora murieses?... Mira tus obras, y responde... No seas insensata, y no te dejes seducir del padre de la mentira: hoy puedes morir, y ser juzgada y eternamente condenada... Confiesa tus pecados, y muda de vida, que ahora es tiempo de misericordia. No quieras, hija mía, perderte eternamente; conviértete de veras, sé buena, y vendrás conmigo a cantar eternamente las misericordias del Señor. Si eres mala, eternamente experimentarás su ira. Enmiéndate.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Examina tu conciencia, y haz una buena confesión con un sacerdote celoso, y prevenite para este día con una vida cristiana. *Teme al demonio mudo, y no te avergüences jamás de confesar todos tus pecados mortales.*

Meditación XVII (para el miércoles)

Eternidad

Composición de lugar. Contempla a Dios adorado de los ángeles en el cielo.

Petición. Dios mío, solo quiero amar lo eterno.

Punto primero. Todo lo que tiene fin, hija mía, no merece nuestro aprecio. Viajeros que no tenéis aquí vuestra casa... desterrados que vais en busca de vuestra patria, nada de lo que en el tiempo sucede debe merecer vuestro aprecio y atención, hija mía. Todo se pasa, y vosotras con todas las cosas pasáis también, y solo la eternidad que se acerca, que es lo último que os espera, el término de vuestro viaje, puede interesaros, porque no tiene remedio... Todo se muda en este mundo. Todo lo eterno está fijo, inmovible, invariable... Millones de millones de siglos pasarán, y al cabo será como si entonces la eternidad empezase... Eterno quiere decir que no tendrá fin jamás, que siempre durará, que mientras Dios sea Dios permanecerá en un mismo ser invariable... La eternidad nos da toda y simultáneamente la perfecta posesión de las cosas... ¿Quién podrá comprender la profundidad y los misterios que encierra esta palabra? ¡Oh eternidad!, ¡oh eternidad!, ¡oh eternidad!, ¡quien no te temerá, pues como un vestigio y un monte inmenso me amenazas sepultarme entre tus brazos para siempre, y no sé si será por mi felicidad y desdicha!

Punto segundo. Lo mismo será eterna la gloria del cielo que los tormentos del infierno... Eterno el fuego... eterno el gusano roedor de la conciencia... eterno el cuerpo... eterna el alma... eterno el decreto de Dios... eterna su ira que enciende el fuego del infierno... eterna la pena, porque la culpa lo será también... continua será la pena... sin interrupción, sin tregua ni descanso. Oh tú que no sabes sufrir la picadura de un mosquito, ni el dormir sobre la blanda cama recostado siempre de un lado, ¿cómo podrás habitar en los ardores sempiternos? ¡Oh ánimas mostradas a los deleites y regalos de la carne, que sois las que más peligro corréis de experimentar estos tormentos sin fin y sin lenitivo, habed lástima de vosotras mismas! Despertad, arrepentíos y enmendaos...

Punto tercero. Eterno será el premio... eterna la gloria... eternos los abrazos y caricias de todo un Dios... eterna la felicidad... eterna la vida... eterno el gozo y deleites de la casa de Dios... ¡Oh eternidad feliz! ¿Quién no sufrirá con resignación y hasta con alegría todas las penas temporales por adquirir este peso de eterna gloria? ¡Oh paraíso!, ¡oh gloria!, ¡oh hermoso cielo! ¿Cuándo te poseeré? Comparados todos los trabajos de este mundo con tu gloria, nada me parecen... Lo sufriré todo... lo padeceré todo, con la esperanza de la eternidad feliz... Recreo serán los cuidados para mi alma con la esperanza de la gloria eterna. ¡Oh momento del que depende mi eternidad!... ¿Cómo no obrar con temor y temblor mi salvación?

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Cuando me tienta para pecar el mundo, demonio o carne, exclamaré: *Momentáneo es lo que deleita, eterno lo que atormenta.*

Meditación XVIII (para el jueves)

Aquella vida de arriba es la vida verdadera.

Composición de lugar. Mira a los santos del cielo que claman: “Arriba los corazones”.

Petición. Oh hermoso cielo, ¿cuándo te poseeré?

Punto primero. No sé cómo llamas vida, hija mía, a la vida tan baja que llevas. Más bien es sombra de muerte, vida pesada, vida amarga, vida lastimera, vida de dolor... ¿cómo puedes sustentarte estando ausente de la verdadera vida?... ¿Qué haces, hija mía, pues todas tus obras son imperfectas y faltas?... ¿Qué te consuela en ese tempestuoso mar?... ¿Cómo puedes amar y desear tener lo que cada instante vas perdiendo al poseerlo?... Puesta en cárcel tan penosa como es esa mortalidad, todo le estorba a tu pobre alma... ¡Oh vida mía! ¿Quién te deseará, pues la ganancia que de ti se puede sacar o esperar, que es contentar en todo a Dios, está tan incierta y llena de peligros? ¡Oh con cuánta razón se ha de vivir con temor, pues mientras dura esta vida temporal corre peligro la eterna! Con todo esto, ¡ay de mí, Señor! Que mi destierro es largo: breve es todo tiempo, para darle por toda la eternidad, y muy largo es un solo día y una hora para quien no sabe y teme si os ha de ofender. ¡Oh libre albedrío, tan esclavo de tu libertad si no vives enclavado con el amor y temor de quién te crió!, ¡oh amor mío de mi corazón! ¡Cuándo será aquel dichoso día que te has de ver ahogada en aquel mar infinito de la suma verdad, donde ya no serás libre para pecar, ni lo querrás ser, porque estarás segura de toda miseria, naturalizada con la vida de tu Dios! ¡Oh cuánto tarda! ¡Qué penosa dilación! ¡Oh vida larga! ¡Oh vida penosa! ¡Oh vida que no se vive! ¡Oh qué sola soledad! ¡Qué sin remedio! ¿Pues cuándo, Señor, cuándo gozaré de Vos? ¡Oh muerte, muerte! No sé quién te teme, pues está en ti la vida.

Punto segundo. Entonces, hija mía, entrarás en tu descanso, cuando te entrañares en el sumo Bien, y entendieres lo que entiende, y amares lo que ama, y gozares lo que goza... Ya que vieres perdida tu mudable voluntad, ya no habrá más mudanza, porque

la gracia de Dios en aquella vida de arriba hará tanta operación que te hará partionera de su divina naturaleza, de manera que no puedas ni desees poder olvidarte del sumo Bien, ni dejar de gozarle junto con su amor... Allí verás al sumo Bien... amarás la suma Bondad... alabarás la suma Majestad por los siglos de los siglos. ¡Qué felicidad!

Punto tercero. Engrandece y loa, ánima mía, al Señor, que te ha criado para aquella vida de arriba, que es la vida verdadera... ¡Oh bienaventuradas ánimas celestiales, que ya gozáis sin temor de vuestro gozo, y estáis siempre embebidas en alabanzas de mi Dios! Venturosa fue vuestra suerte... Ayudad a nuestra miseria. Dadnos a entender qué es lo que se da a los que pelean varonilmente en este sueño de esta miserable vida... Alcanzádanos, oh ánimas amadoras, a entender el gozo que os da ver la eternidad de vuestros gozos, y como es cosa deleitosa ver cierto que no se han de acabar... Ayudadnos, pues estáis tan cerca de la fuente; coged agua para los que acá perecemos de sed... Y en tanto llega tan suspirada vida, donde cesarán todos los suspiros y miedos, tú, hija mía, espera en Dios, y confiesa a Él tus pecados y sus misericordias, y de todo junto haz cantar de alabanza con suspiros perpetuos al salvador mío y Jesús mío, Dios de tu corazón... Entre tanto, en esperanza y silencio será tu fortaleza... No me desampares, Señor mío, porque en Ti espero; no sea confundida mi esperanza; sírvate yo siempre, y haz de mí lo que quisieres. Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Más quiero vivir y morir en pretender y esperar aquella vida de arriba, que es la vida eterna, que poseer todas las criaturas y todos sus bienes, que se han de acabar.

Meditación XIX (para el viernes)

Cómo se vence al demonio

Composición de lugar. Ver al demonio rabioso que en todas partes te arma lazos para perderte.

Petición. Jesús mío, dadme vigilancia y fe para resistir al demonio.

Punto primero. El demonio es un enemigo astuto, que todo se emplea en tentar y perder a los hombres. Importa sobremanera que conozcas el carácter de este doloso enemigo, hija mía, porque por maravilla evita alguien el caer en sus redes. Es padre de la mentira el demonio, o la misma mentira, y solo medra entre trampas, mentiras y enredos... Es orgulloso y padre de todos los soberbios, su cabeza, su jefe... Es homicida desde el principio, pues por su envidia entró el pecado en el mundo y la muerte... es espíritu turbulento, de desorden, de desconfianza, porque vive entre rabia y desesperación y odio... ¡Oh hija mía!, ¿sabes quién es este capital enemigo? Oye lo que a mí dijo un día al preguntarle quién era: “Yo soy aquel infeliz que no puede amar”. He ahí el rasgo que caracteriza a Lucifer. ¿Y querrás tú tener parte o asociarte a tan infeliz criatura, maldecida por Dios, sin poder amar a Dios, ni a la virtud, ni a ninguna cosa buena...? Sería la mayor desdicha.

Punto segundo. Conocido ya el carácter de Satanás, fácil será vencerle. Si el demonio es espíritu de mentira, anda tú en verdad delante de Dios y de los hombres, y no caerás jamás en sus redes, ni serás de él engañada... Si es Lucifer el padre de la soberbia, anda tú con humildad, y le vencerás siempre... Si es el diablo homicida de tu prójimo, guarda tú caridad con todos los hombres, y no podrá darte muerte... Si anda Satanás furioso y desesperado, tú procura, hija mía, servir a Dios, que es tu Padre muy amado, con paz, confianza y amor filial... Si el demonio es aquel infeliz que no sabe ni puede amar, esmérate tú, esfuérate con todo ahínco en conocer y amar a Dios con todo tu corazón, con todo tu entendimiento, con toda tu alma y con todas tus fuerzas... Este es el remedio de los remedios para vencer a Satanás: amar a Dios con todo tu corazón... Como es espíritu helado, no puede sufrir los incendios y el calor del amor divino... Este es el remedio más eficaz para ahuyentarlo y vender todas sus tentaciones: amar a Dios. ¡Oh hija mía! Ama a Dios con todo tu corazón, ten confianza en Dios, y una higa para todos los demonios, a quienes no temerás más que a las moscas. Óyeme.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Ya que el demonio en todas las tentaciones pretende apartarme del amor de Dios, para vencer las tentaciones haré actos de amor repitiendo mientras dure la tentación: *¡Viva Jesús mi amor! ¡Viva Jesús mi amor!*

Meditación XX (para el sábado)

Cómo se vence a sí mismo

Composición de lugar. Considera a tu alma como un huerto, y a Jesús divino jardinero que quiere deleitarse en él.

Petición. Conózcame a mí y conózcate a Ti, mi Dios; para aborrecerme a mí, y amaros a Vos.

Punto primero. La vida del hombre sobre la tierra es una continua guerra, hija mía. De todas las victorias la más difícil y la más rara es la victoria de sí mismo... Hallarás, hija mía, grandes conquistadores de ciudades, imperios, del mundo entero; pero que sepan vencerse a sí mismos hallarás apenas uno entre millones... fácil cosa es vencer a los demonios, al mundo, al infierno, pero difícil es vencerse a sí mismo. Nos amamos con desordenado amor, y este amor nos ciega y no nos deja conocernos, y por consiguiente vencernos, aborrecernos... La pasión siempre busca su propia satisfacción, aunque sea a costa de la justicia, de la caridad, de Dios y del prójimo... Muchas veces nos parece virtud lo que es vicio, verdad lo que es error, acierto lo que es desacierto... Somos ciegos por el pecado original, y no nos entendemos, ni sabemos lo que deseamos, ni atinamos lo que pedimos... ¡Oh hija mía! la más alta y provechosa filosofía es conocerse el hombre a sí mismo por lo que es; dando gloria a Dios, o sea dando a Dios lo que es de Dios, y a nosotros lo que es nuestro... Pide, pues, hija mía, al Señor conocimiento propio, pues sin este es imposible que trabajes en vencerte,

porque te crearás ya perfecta en todo, y por lo mismo no trabajarás por alcanzar la victoria de ti misma.

Punto segundo. Cuanto más difícil es una victoria, más honroso es alcanzarla y más noblemente solicita el ánimo generoso y esforzado... Luego que te conozcas, hija mía, por ruin y pecadora, examina cuál es tu pasión dominante, o sea aquella que más veces te vence, y allí dirige tu batería, porque vencido este enemigo, cortada la cabeza a este Goliat, derrotados quedarán todos los filisteos... A este fin has de dirigir tu examen de previsión, tu examen particular, tus oraciones, misas, comuniones, mortificaciones... y yo te aseguro, hija mía, que si emprendes esta batalla con ánimo animoso y determinada determinación, en breve vencerás a todos tus enemigos, los sujetarás bajo tus pies, serás dueña de ti misma, y en tu corazón y en tu alma no reinará otra cosa que la justicia, la verdad, el santo amor.

Punto tercero. ¡Oh hija mía!, ¡qué linda cosa es, qué espectáculo tan sublime a los ojos de Dios, de los ángeles y de los hombres ver a una jovencita dominar sus pasiones, y no obrar en todo sino conforme a razón y justicia!, ¡qué encantador y hermoso ejemplo ver al sexo frágil enseñorearse del mundo y de sí mismas! ¿Dónde se hallará tan divino ejemplo? ¡Oh! Solo en el alma que teme a Dios, que con humildad implora su auxilio, y con constancia pelea contra sí misma... ¡Oh hija mía! seas tú una de estas dichosas y nobles heroínas para gloria de Dios y de la religión, para confusión del mundo y de Satanás. Sé varonil... Vécete a ti misma.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Pediré de continuo en la oración al Señor con el grande Agustín: *Señor conózcame a mí y conózcaos a Vos, para aborrecerme a mí y amaros a Vos.*

Meditación XXI (para el domingo)

Vida feliz del alma que sirve solo a Dios

Composición de lugar. Mira a una alma justa que vive en paz con Dios.

Petición. Oh Jesús mío, mi Amado para mí, y yo toda de mi Amado.

Punto primero. No hay cosa tan hermosa y deleitosa en este valle de lágrimas que sea comparable con el alma que sirve puramente a Dios... Ni la vista del cielo sereno tachonado de esplendentes astros en noche apacible y silenciosa; ni la contemplación de la vistosa pradera esmaltada de hermosas y variadas flores... ni todas las perlas y piedras preciosas y de más valor que la creación atesora pueden parangonarse con la hermosura del alma que sirve puramente a Dios. Entra en este castillo primoroso y bien dispuesto, hija mía, y verás el concierto con que andan las potencias del alma... ronda alrededor de él, o desde sus almenadas torres dirige una mirada a su exterior, y admirarás la compostura que reina en los sentidos... todo es orden, todo es paz, todo es armonía, felicidad y luz... Admira esta gradación y concierto, hija mía, y enamorada de él, te moverás a ser buena, virtuosa, santa, para gozar tanta felicidad... Los sentidos

obedecen a la razón, la razón obedece a la voluntad, la voluntad obedece a Dios, y Dios, autor de toda paz y felicidad, reina en el centro del alma, y desde allí como un rey desde su trono dirige potencias y sentidos, atentos siempre a cumplir las más ligeras indicaciones de su Esposo, de su Rey y de su Dios... ¿No es verdad, hija mía, que no puede darse en este mundo mayor dicha que ser gobernada por Dios, dirigida por Dios, sujeta y conformada nuestra voluntad en todo con la de Dios?... ¿Cuándo, hija mía, gozarás de tal dicha? ¿Por qué no la gozas ya desde ahora? ¿Qué hacer, cobarde? Resuélvete... sé toda de Jesús. Dale la llave de tu voluntad sin reserva... Hazlo, hija mía; cree a tu Madre que te ama, y así serás feliz... ¿Aún no estás desengañada de la infelicidad que da el mundo y el pecado? ¡Infeliz! ¿Cuándo serás feliz?

Punto segundo. Es verdad que en este cielo sereno hay a veces nubes tempestuosas, hija mía, porque la vida del hombre sobre la tierra es una continua guerra, y a la bonanza sigue la tempestad, como al día la noche; mas también es cierto que esas nubes solo sirven para purificar mejor la atmósfera, para probar la fidelidad de los servidores de Dios... Todas las cosas cooperan al bien de los que aman a Dios, y como Dios es fiel, no permite que esas tempestades del alma sean sobre sus fuerzas, sino que de todas ellas saca provecho para los que le sirven... El soldado noble que sirve de balde a su rey, se goza con las ocasiones que se le ofrecen para probarle su fidelidad y su amor... y todos los trabajos, y si se quiere heridas que recibe en el servicio de su rey, son otros títulos de gloria que él codicia mejor que los mundanos los honores. Si esto hace el amor al rey de la tierra, ¿cuánto mejor lo hará el amor del Rey de los cielos y tierra?

Punto tercero. Como aman, el amor endulza todos los trabajos, porque donde hay amor no hay trabajo... Se engolosinan con la cruz como los mundanos con los regalos... y así sobreabundan en gozo en medio de los más grandes tormentos y tribulaciones... ¿Quién nos separará, exclaman, del amor de Jesucristo, de su paz y felicidad? Nada ni nadie, porque el amor es fuerte como la muerte, y sus llamas, ninguna cosa de la tierra ni del cielo las puede apagar... Si, pues, las tribulaciones y trabajos son deleites para el alma que sirve puramente a Dios, ¿qué cosa podrá amargar su felicidad? Nada, ni nadie, hija mía, pues solo Dios basta, y quien a Dios tiene nada le falta.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. *Buscaré en todas las cosas primeramente el reino de Dios y su justicia, pues todo lo demás se me dará por añadidura.*

Diálogo segundo

Instrucción que santa Teresa de Jesús da a una de sus hijas sobre la oración de recogimiento.

La Santa. Si has practicado con fidelidad, hija mía, las instrucciones que te di al comenzar el *Cuarto de hora de oración*; si todos los días has hecho con atención una de

las meditaciones de la primera y segunda semana, estoy persuadida de que tu corazón se hallará mejorado, animoso y con deseos de adelantar en la virtud. Estoy más que convencida, que reconocerás conmigo la importancia, necesidad y facilidad de la oración, camino real para ir al cielo, puerta por donde Dios nos comunica sus secretos y mercedes, delicias del alma, rocío del cielo, fortaleza de los débiles, sabiduría de los ignorantes y victoria segura del mundo, del demonio y de nosotros mismos.

Hija. Por consoladora experiencia sé y he gustado, Madre mía de mi alma, las dulzuras de la oración. ¡Infelices años y tiempo el que no he gastado en oración! Ahora reconozco la verdad de lo que vos decís: *Es tiempo perdido el que no se gasta en oración.* Mi corazón, es verdad, Madre querida, se halla trocado en mejor, y mi vida es más cristiana y ordenada desde que he gustado y visto cuán bueno es el Señor para los que le buscan y le temen. Pero quisiera ser mejor, Madre querida; quiero y pretendo ser de todas vuestras hijas y devotas la que más ame al Señor, la más querida de Jesús como vos. ¡Oh, quién me diera ser toda de Jesús como vos! Descubridme un secreto para ser toda de Jesús y para que nadie me gane en conocerle y amarle, y en extender el reinado de su conocimiento y amor por todo el mundo.

S. Jesús te ama mucho, hija mía, en vista de tus buenos deseos porque es amigo de ánimas animosas. ¿No es verdad que tú le amas con pasión?

H. Sí, Madre mía, porque además de ser el más hermoso, de todos los hijos de los hombres, es mi Dios, mi Redentor, mi Jesús.

S. Pero tú no conoces bien a este Jesús, motivo por el cual tu amor no es perfecto. Aunque le amas sobre todas las cosas, no amas todas las cosas por Jesús. Por esto no eres toda de Jesús.

H. Pero quiero serlo, Madre mía. No me negaréis el deseo, aunque las obras no lleguen a tanto. ¡Oh! Yo también quiero ser otra Teresa de Jesús, a lo menos verdadera hija de Jesús de Teresa, porque de justicia debo serlo, le pertenezco. Todo cuanto soy y valgo lo he recibido de Jesús. Ayudadme vos, que sois con toda verdad Teresa de Jesús y Jesús es de Teresa, ayudadme en esta empresa.

S. Sí, hija mía, cuenta con toda mi protección, pues mi ansia toda es que tú y todas seáis de Jesús, como Jesús en todo vuestro. Las meditaciones de las semanas que siguen se dirigen a este fin. Si oyes mi doctrina inspirada por Jesús, y la practicas, yo te prometo que en menos de un año podrás decir con toda verdad: *Yo soy toda de Jesús.*

H. ¡Oh Madre mía, qué dicha la mía si esto logro! Gozaré ya anticipadamente de la felicidad de los bienaventurados, que consiste en ver a Jesús, amar a Jesús. ¿Cuándo, Madre mía de mi alma, no habrá en mi memoria recuerdo que no sea de Jesús, y en mi entendimiento pensamiento que no sea de Jesús, y en mi corazón afecto, ni latido, ni suspiro, ni fibra que no clame: Viva Jesús, soy de Jesús? ¡Un año decís que se tardará si cumplo vuestras enseñanzas con fidelidad!... ¿No es plazo demasiado largo?... ¿Y si muero en este tiempo sin ser toda de Jesús?... ¿No me descubriríais un atajo en este camino, Madre querida, vos que sois Maestra práctica?

S. Tus deseos, hija mía, me conmueven y plenamente me satisfacen. El buen Jesús los aceptará, y yo voy a suplicarle te descubra el camino más breve, más eficaz, más seguro para hacerte toda de Jesús.

H. ¿Cuál es Madre mía? decidlo luego.

S. El camino más breve y seguro, hija mía, es que no te imagines vacía en tu interior. Esto es lo que pierde a la incauta e irreflexiva juventud. No puede vivir sin amar y ocupar su actividad. Ignora el tesoro que encierra su alma, y se desparrama afuera buscando amores, atenciones, caricias. ¡Oh si supieses, hija mía, quién está en tu corazón! Pues como buscas soledad exterior para tener tu cuarto de hora de oración, procura, pues, no estar sola, buscar compañía.

H. ¿Qué compañía? ¿No me estorbará la oración?

S. No, hija mía, antes te ayudará a ella. Esta compañía debe ser la del buen Jesús, representándote dentro de tu corazón, y acostumbRANDOTE a enamorarte mucho de su sagrada humanidad, y traerle siempre contigo y hablar con Él, pedirle por tus necesidades, y quejártelo de tus trabajos, y alegrarte con Él en tus contentos, sin procurar oraciones compuestas, sino palabras conformes a tus deseos y necesidades.

H. ¿Y no llevará a mal tanta franqueza?

S. No, hija mía. La santa simplicidad y llaneza es lo que ama el Señor.

Acuérdate que sus secretos solo los descubre a los pequeñuelos, y que si no te haces como los niños por la humildad y sencillez, no entrarás en el reino de los cielos. Este modo de traer a Cristo presente en nuestro interior, es excelente manera de aprovechar y muy en breve: aprovecha en todos estados, y es un medio segurísimo para ir aprovechando en el primero y llegar en breve al segundo grado de oración, y para los postreros andar seguro en los peligros que el demonio puede poner.

H. Pero, Madre mía, si mi entendimiento anda casi derramado siempre, ¿cómo sujetarlo al recogimiento de la oración?

S. Pues por eso te conviene que te representes a Jesús en tu interior, porque es una de las cosas que ata mucho al entendimiento y vuelve cuerda a la loca de casa, la desaforada imaginación, y hace recoger el alma. San Agustín dice que después de haber buscado a Dios en muchas partes, le vino a hallar dentro de sí mismo. Importa mucho para un alma derramada entender esta verdad, que está Dios dentro de nosotros, y que para hablar con Él y para regalarse con Él, no hay necesidad de ir al cielo ni hablar a voces. No te extrañes de tan buen huésped, porque tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres, y es templo de toda la Santísima Trinidad el alma que está en gracia; sino con grande humildad háblale como a Padre, pídele y cuéntale tus trabajos como a Padre, entendiendo que no eres digna de ser su hija.

H. ¿Y no será falta de humildad pensar que un Rey tan santo y noble viene a habitar en la sucia y pobre morada de mi alma, y tomar allí recreación?

S. Déjate de esos encogimientos, que algunas personas piensan que es humildad. ¡Donosa humildad, que me tenga yo al Emperador del cielo y de la tierra en mi casa, que se viene a ella por hacerme merced y por holgarse conmigo, y que por humildad ni le quiera yo responder, ni estarme con Él, ni tomar lo que me da, sino que lo deje solo!, ¡Y, que estándome diciendo y rogando que le pida, por humildad me quede pobre y aún le deje ir de que ve que no acabo de determinarme!

No te cures, pues hija mía, de estas humildades sino trata con el buen Jesús, como con Padre, y como con Hermano, y como con Señor, y como con Esposo, a veces de una manera, a veces de otra, que Él te enseñará lo que has de hacer para contentarle. Déjate de ser boba; pídele la palabra. Mira que te va mucho, hija mía, tener entendida esta verdad, que está el Señor dentro de tu corazón, y que allí te estés con Él. Llámase esta oración recogimiento, porque recoge el alma todas las potencias y se está dentro de sí con su Dios. Aquí metida puedes pensar en la Pasión y representar al Hijo y ofrecerle al Padre, y no cansar el entendimiento andándole buscando en el monte Calvario, y al Huerto, y a la Columna.

H. ¿Y con esto adelantaré mucho en el amor de Jesús?

S. Sí, hija mía. Los que de esta manera se pudieren encerrar en este cielo pequeño de nuestra alma, en donde está el que hizo a él y a la tierra, y se acostumbraren a no mirar ni estar en donde se distraigan estos sentidos exteriores, crean que llevan excelente camino y que no dejarán de llegar a beber el agua viva de la fuente, porque caminan mucho en poco tiempo. Es como el que va en una nave, que con un poco de buen tiempo se pone en el fin de la jornada en pocos días, y los que van por tierra tárdanse más. Voy a proponerte unas comparaciones para facilitarte este santo ejercicio y acostumbrarte a este modo de oración de recogimiento.

H. Hablad, Madre mía, pues me gusta todo lo que sale de vuestros labios.

S. Hagamos cuenta que dentro de nosotros está un palacio de grandísima riqueza, todo su edificio de oro y piedras preciosas (en fin, como para el Señor), y que tú eres parte para que este edificio sea tan hermoso y bello. Y es así, hija mía, que no hay edificio de tanta hermosura como una alma limpia y llena de gracia; y mientras estas son mayores, más resplandecen las piedras, y que en este palacio está este gran Rey, y que ha tenido por bien ser tu huésped ordinario, y que está en un trono de grandísimo precio, que es tu corazón. Esta comparación, para gente ruda y sin letras, puede ser de provecho, para que entiendan con verdad, que hay alguna cosa más preciosa sin ninguna comparación dentro de nosotras de lo que parece por de fuera. Porque tengo por imposible que si trajeses cuidado de acordarte que tienes tal huésped dentro de ti, que hicieses tanto caso de las cosas del mundo; porque verías cuan bajas son para las que dentro de nosotros poseemos, porque el reino de Dios dentro de nosotros está.

H. Y cuando, Madre mía, no puedo pensar ni discurrir con el entendimiento, ¿qué hacer?

S. Lo que has de hacer es pedir como pobre y necesitada delante de un grande y poderoso Emperador, y luego bajar los ojos, y esperar con humildad; cuando por sus secretos caminos entendiéramos que nos oye, entonces es bien callar, pues nos ha dejado estar cerca de Él. Este Señor es tan bueno, que si le acostubrámose a traer con nosotros, y Él ve que lo hacemos con amor y que andamos por contentarle, no le podremos (como dicen) echar de nosotros. Aunque no puedas, hija mía, sacar consideraciones o delicados conceptos, conténtate con mirarle: llégate con humildad y pídele su compañía, que no te dejará sin ella. Pues puedes mirar cosas muy feas, ¿quién te quita volver los ojos del alma a este Señor? Como le quisieres, le hallarás. Si estás alegre, mírale resucitado, que solo imaginar cómo salió del sepulcro, te alegrará. Si estás con trabajos, mírale camino del Huerto: qué aflicción tan grande lleva en su alma, pues con ser el mismo sufrimiento, dice y se queja de él; y mírale atado a la columna, lleno de dolores, todas sus carnes hechas pedazos, por lo mucho que te ama: perseguido de unos, escupido de otros, negado de sus amigos, desamparado de ellos, sin nadie que vuelva por Él: helado de frío, puesto en tanta soledad, que el uno con el otro os podéis consolar; o míralo cargado con la cruz, que aun no le dejaban huelgo. Mirarte ha Él con unos ojos tan hermosos y piadosos llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores por consolar los tuyos, solo porque te vas tú con Él a consolar y vuelvas la cabeza a mirarle.

H. Ahora comprendo, Madre mía, cómo estas cosas de oración son todas de paz y suavidad.

S. Sí, hija mía. Debes tener muy fijo en tu memoria que todas estas cosas interiores son todas suaves y pacíficas; y hacer cosa que sea penosa, antes daña que aprovecha. No se negocia bien con Dios a fuerza de brazos, ni es amigo de que nos quebrems la cabeza hablando mucho. Procura, hija mía, entender de Dios y de sus cosas en verdad, que no mira tantas menudencias como tú piensas, y no dejes que se encoja el ánimo y el ánimo, que se podrán perder muchos bienes. La intención recta y la voluntad determinada de no ofender a Dios, y no dejes arrinconar tu alma, que en lugar de procurar santidad, sacará muchas imperfecciones, y no aprovechará a sí y a los otros como pudiera.

H. Mas ¿podré, Madre mía, intentar procurar este recogimiento?

S. Sí, hija mía, está en tu mano, presupuesta la gracia de Dios, porque no es cosa sobrenatural del todo. Tú no te canses de irte acostumbrando a enseñorearte de tus sentidos y retirándoles siempre a tu interior. Aquel recuerdo de que tengo compañía dentro de mí, aun en las mismas ocupaciones exteriores, es gran provecho. Si hablaras, procurarás acordarte que hay con quien hables dentro de ti misma. Si oyeres, acuérdate que has de oír a quien más cerca te habla. En fin, trae cuenta que puedes, si quieres, nunca te apartar de tan noble compañía, y pesarte cuando mucho tiempo has dejado solo a tu Padre, que estás necesitada de Él.

H. ¿Y cuántas veces lo he de hacer al día?

S. Si pudieras muchas veces en el día, si no, sea pocas; como lo acostumbrares, saldrás con ganancia, o presto o más tarde. Después que te lo dé el Señor, no lo trocarás por ningún tesoro, pues nada se aprende sin un poco de trabajo. Por amor de Dios, hija mía, que des por bien empleado el cuidado que en esto gastares: y yo sé que si lo tienes un año, y quizás en medio, saldrás con ello con el favor de Dios. Además, hija mía, con esto harás buen fundamento para si quiere el Señor levantarte a grandes cosas, porque hallará en tu alma aparejo, hallándola cerca de Sí; porque como está tan cerca del fuego, con una centellica que le toque se abrasará toda el alma, que como no hay embarazo de lo exterior, estase sola con su Dios, y hay gran aparejo para encenderse el fuego del amor divino.

H. De todas veras quiero adquirir esta oración, ya que tantos provechos resulta, aunque sea trabajosa.

S. Al principio, hija mía, te costará un poco trabajo recoger tus sentidos exteriores, acostumbrados a andar derramados a su antojo por las cosas exteriores, porque el cuerpo torna por su derecho; mas si lo usas algunos días y te haces fuerza, verás clara la ganancia. Muchas veces viendo el Rey de este castillo, que es el centro del alma, que la gente de este castillo, que son las potencias, andan fuera del castillo con gente extraña, enemiga del bien de este castillo, visto este Rey la buena voluntad y deseo de esta alma, por su gran misericordia quiérellos tornar a Él, y como buen Pastor, con un silbo tan suave que casi ellos mismos no lo entienden, hace que conozcan su voz, y recógelos en su morada y tiene tanta fuerza en su silbo, que desamparan las cosas exteriores en que estaban enajenados y métense en el castillo, lo que es grande ayuda para buscar a Dios dentro de nosotros. Otras veces el alma álzase al mejor tiempo, como quien se entra en un castillo fuerte para no temer los contrarios, retiran estos sentidos de las cosas exteriores, que sin entenderse se les cierran los ojos por no verlas, porque más se despierte la vista del alma.

H. ¿Y es cosa buena cerrar los ojos cuando se reza, Madre mía?

S. Es admirable costumbre, hija mía, para rezar con recogimiento, que se echa de ver que el alma se fortalece y esfuerza a costa del cuerpo, y que le deja solo y desflaquecido, y que allí toma bastimento contra él.

H. Si es así, resuelvo al hacer mi cuarto de hora de oración tener cerrados los ojos del cuerpo, para que no estorben a los del alma contemplar a su placer el buen Jesús, que está en mi corazón.

S. Pronto verás en tu alma mejoría y rezarás mejor. El punto está, hija mía, que con toda determinación le demos ese palacio (nuestra alma) por suyo, y lo desembaracemos para que obre en él. De mí te confieso, hija, que nunca supe qué cosa era rezar con satisfacción hasta que el Señor me enseñó este modo de recogimiento dentro de mí, y he hallado muchos provechos en esta costumbre. El Señor te lo enseñará a ti que no lo sabes.

H. ¡Oh!, ¡cuánto se alegrará mi alma de poder hablar al Señor y orar como debo este poco tiempo que le doy! A lo menos, Madre querida, ya que yo por mis ocupaciones no puedo pasar dos horas de oración como vuestra hijas predilectas, a lo menos, digo, alcanzadme que dé al Señor desocupada mi alma, toda entera, por este cuarto de hora.

S. Ya lo alcanzarás, hija mía, si practicas mi documentos. Ten confianza, y verás grandes cosas.

H. ¿Qué cosas, Madre mía?

S. Cuando el alma ha estado dentro de sí a solas en este paraíso con su Dios, cerradas las puertas tras sí a todo el mundo, verás en poniéndote en oración que se vienen las abejas a la colmena, y se entran en ella para labrar la miel. Quiero decir, los sentidos se recogen, y esto sin cuidado nuestro, porque ya parece, que está la voluntad con tanto señorío sobre ellos, que en haciendo una señal no más de que se quiera recoger, la obedecen los sentidos y se recogen a ella. Y aunque tornen a salir, al fin salen como rendidos y cautivos, y no hacen el mal que antes pudieran hacer. Y en tornando a llamar la voluntad, viene con presteza, hasta que a muchas entradas de estas, quiere el Señor se quede en contemplación perfecta, que ya es otro grado de recogimiento más sobrenatural.

Cumple, pues, hija mía, con fidelidad mis enseñanzas, y yo te prometo que sabrás orar con satisfacción, y con las meditaciones de las siguientes semanas lograrás andar recogida, vivirás unida a Jesús, le conocerás y amarás cada día con más perfección, hasta que puedas exclamar conmigo y con el enamorado apóstol de Jesucristo san Pablo: “Vivo yo, mas no yo, porque vive en mí Cristo Jesús”.

H. Así sea, Madre mía santa Teresa de Jesús, y en prueba de mi sincero propósito de aprovecharme de vuestras instrucciones, quiero vivir y morir dentro del Corazón de Jesús, y que sobre mi sepulcro se grave esta divina expresión: *Yo descanso en Jesús, porque en mi corazón y en mi alma, en mi cuerpo y en mis sentidos llevé siempre impreso: ¡Viva Jesús, soy toda de Jesús!*

CUARTA SEMANA

Meditación XXII (para el lunes)

Los dos señores

Composición de lugar. Ver a Jesús, manso y humilde de corazón, que te dice: “Ven y sígueme, y hallará paz tu alma”.

Petición. Jesús mío, hacedme la gracia de ser la primera en conoceros y amaros, y haceros conocer y amar.

Punto primero. Nadie puede servir a dos señores, hija mía, y nadie puede vivir sin servir a un amo. Jesucristo y Satanás se disputan el reinado de tu corazón... ¿a cuál prefieres?... Aquel sin duda cuya voluntad cumples.

Mira la condición de estos dos señores, hija mía... Jesús es el mejor de los reyes...; Satanás el más despótico de todos los tiranos..., Jesús nos ama con infinito amor...; Satanás nos odia con odio infinito. Jesús, rey manso y humilde de corazón, reina en la paz, habita en lugar apacible...; Satanás, rey de los orgullosos e iracundos, reina en la perturbación, y mora en lugar de tinieblas, de horror y desorden... Jesús hace felices a sus servidores en este mundo y en la eternidad...; Satanás los hace desgraciados eternamente, después de haberlos hecho vivir vida infeliz. ¿A cuál de estos dos señores quieres servir?... ¿No es verdad que a Jesús?... Sí, oh Jesús mío, y en prueba de mi elección irrevocable clamaré siempre con toda mi alma, con todo mi corazón, con todas mis fuerzas: *¡Viva Jesús, y muera el pecado!*

Punto segundo. Si escoges, como debes, servir a Jesús, que es tu Dios y Redentor, menester es que observes todos sus mandamientos... Jesús ha de reinar en tu entendimiento por la fe: ¿crees todo lo que cree la santa Iglesia, esposa de Jesús?... Jesús ha de reinar en tu corazón por la caridad: ¿le amas sobre todas las cosas, y estas las amas por Jesús?... Jesús quiere mandar en tu alma por la paz, ¿vives en paz con Dios... con el prójimo... contigo misma?... Jesús quiere reinar en tu cuerpo por la mortificación: ¿sujetas tus pasiones a la razón, haces servir los miembros que obraron pecado a la justicia?... En esto conocerás a qué amo sirves, y si Jesús es el señor de tu corazón.

Punto tercero. ¡Oh mi amado Señor mío Jesucristo! Satanás dice que es mi Señor; el mundo se alaba de que soy esclava suya, el orgullo pretende que soy su secuaz, mi carne que soy suya; pero yo digo en alta voz, y protesto ante el cielo y la tierra, que soy y quiero ser siempre única y exclusivamente de Cristo Jesús; que Jesús es mi Señor, mi Dios y mi Redentor, y que Jesús será mi glorificador... ¡Oh mi Jesús! Si me asistes con tu gracia, ¿quién será capaz de separarme de tu amor? Nada ni nadie. En prueba de mi fidelidad mi grito será siempre: ¡Viva Jesús mi amor, mi Dios y Salvador! ¡Húndase el mundo antes que desagradar a mi Soberano Señor!

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Renueva de todas veras en este día las promesas del santo Bautismo, repitiendo diez veces con toda el alma: *Renuncio para siempre a Satanás y a sus obras y pompas.* Examina y arranca de tu corazón, de tu modo de vestir y vivir, todo lo que te haga esclava de Satanás, y te aparte del yugo suave y dulce del Señor Jesús.

Meditación XXIII (para el martes)

Las dos banderas

Composición de lugar. Ver a Jesús, que tiene por lema de su bandera: “Breve penar, eterno gozar”. Y la del demonio, que dice: “Breve gozar, eterno penar”.

Petición. Jesús mío juro morir antes que abandonar vuestra bandera.

Punto primero. Hija mía, dos señores, dos príncipes, dos reyes se disputan el imperio del mundo, el dominio de las almas, de tu corazón, de tu amor: Jesucristo y Satanás, Dios y el demonio... Y cada uno de estos señores o príncipes tiene su bandera, su divisa, sus secuaces, sus promesas, su fin... Satanás, negrilla asqueroso y abominable, sentado en cátedra de humo y de fuego en la gran Babilonia o confusión del mundo, de figura horrible y de aspecto terrible, comunica su fastidio, tristeza, terror, horror y odio a cuantos le siguen... Su bandera es de soberbia, que se rebela contra Dios y contra su Cristo... Su divisa: ¡Viva el pecado, muera Jesús!... Sus secuaces, esparcidos por todo el mundo, aman con desordenado amor los honores, riquezas, placeres e independencia, con lo cual los arrastra a la perdición eterna. Sus promesas: Breve gozar, eterno penar... Su fin: Vida amarga, muerte pésima, fuego eterno en el infierno... ¡Oh hija mía!, ¿cuántas veces quizá tú también tomando en tus manos la bandera de Satanás has gritado, formando coro con los judíos y todos los pecadores: Muera Jesús, viva Satanás? ¡Qué locura! ¡Qué pecado! ¡Qué horror! Arrepiéntete, y jura no seguir más tan deshonrosa bandera, y morir antes que pecar.

Punto segundo. Jesús, el más hermoso y amable entre los hijos de los hombres, de aspecto dulce y de mirar apacible, sentado en el ameno campo de la paz, cabe Jerusalén, ciudad santa y pacífica, tiene también su bandera, su divisa, sus servidores, sus promesas, su fin, en contraposición a Satanás. Contempla cómo comunica a todos sus fieles seguidores la paz, la felicidad y el amor en que rebosa su Corazón divino... Mira cómo con su blanca mano tremola la inmaculada bandera de humildad y mansedumbre... “Aprended de Mí, que soy manso y humilde de Corazón”, les dice de continuo. Su divisa: ¡Viva Jesús, muera el pecado!... Sus amadores, esparcidos por todo el mundo, huyen y aborrecen las riquezas, honores, placeres; y aman la pobreza, la humildad, la obediencia; con lo cual gozando ya acá, de un paraíso anticipado, se preparan para gozar de la felicidad eterna... Sus promesas: Breve penar, eterno gozar; finge trabajos en el cumplimiento de su ley, cuyo yugo es suave y su carga ligera... Su fin: Vida apacible, muerte preciosa... felicidad eterna en el cielo, viendo, amando y alabando a Dios... ¡Oh, hija mía! ¿No es verdad que de hoy más no servirás a otro Señor que a Jesús?

Punto tercero. Dime, ¿qué fruto has sacado de seguir a Satanás?... ¡Insensata! Vergüenza, rubor, remordimiento... Renueva, pues, tus promesas, tus pactos, tus votos, tus juramentos de renunciar a Satanás, sus obras y pompas; y promete seguir a Cristo Jesús hasta la muerte. Sí, Jesús mío, renuncio a Satanás, sus obras y pompas, y jamás abandonaré vuestra bandera para pasarme al bando de Satanás. Mí divisa será: ¡Viva Jesús, muera el pecado!

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Diré en la tentación: ¡Viva Jesús, mi amor; muera el pecado traidor!

Meditación XXIV (para el miércoles)

Jesucristo

Composición de lugar. Contempla a Jesús, que mostrándote su Corazón te dice: “Si hallas otro que te haya amado tanto como Yo, bien puedes amarle más que a Mí”.

Petición. Jesús mío y todas las cosas, Tú todo mío, y yo toda tuya eternamente.

Punto primero. Sin un amigo fiel a quien comuniques tus alegrías y pesares, no puedes vivir bien, hija mía. Y si Jesús no fuera tu principal amigo, vivirás muy triste y desolada... ¿Es Jesús tu amigo a quien más amas?... Sin amado no puede pasarse tu ardoroso corazón, hecho expresamente para amar... mas si Jesús no es el Amado de tu alma sobre todas las cosas, no tendrás sosiego ni paz... Este Amado es de tal condición, que exige ser Rey de tu corazón, o nada... ¿Amas a Jesús sobre todas las cosas?... ¿Y todas las cosas las amas en Jesús..., por Jesús..., para Jesús?... Sin señor a quien estés sujeta y sirvas no puedes pasarte tú, criatura débil y miserable... Y si Jesús no es tu Señor y soberano Dueño, no gozarás de verdadera libertad... ¿Y es Jesús el Señor de tu corazón, el Dios de tu alma, el Rey de todos tus afectos? Examínalo, pues te va en ello la paz y felicidad de esta vida y de la eterna.

Punto segundo. Pondera cuánto debes a tu Jesús, verdadero Dios, y reconocerás que no puedes defraudarle la más mínima parte de tu amor... Descendió del cielo... por ti... vivió pobre y mortificado... por ti..., padeció y murió en cruz... por ti...; está en el cielo de continuo intercediendo... por ti; se quedó sacramentado... por ti y será tu gloria y recompensa eterna en el cielo... ¿Qué más pudo hacer Jesús para probarte su amor? Y tú, ¿qué has hecho para probarle tu agradecimiento?... ¿Eres toda de Jesús, hija mía?... ¿Todos tus amores son por Jesús?... ¿tus pesares por Jesús?... ¿tus trabajos por Jesús?... ¿tu celo, tus cuidados y afanes por Jesús?... ¿Qué has hecho por aumentar los intereses de Jesús?... ¿Qué haces? ¿Qué te falta por hacer?... ¿Qué harás?... Resuelve no pasar día sin hacer algo para dar a conocer y amar a Jesús, el más fiel de los amigos... el mejor de los esposos... el más cariñoso de todos los padres... el más hermoso de todos los amantes... el Dios de tu corazón, tu parte y tu herencia eterna... ¡Viva Jesús! ¡Muera el pecado! He ahí el fin de todos tus pensamientos, deseos, palabras y obras.

Punto tercero. ¡Oh mi buen Jesús! Vivifica mi alma y mi cuerpo con tu divino amor. Que todo cuanto hay en mí clame siempre: ¡Viva Jesús! Mi lengua, mi corazón, mis pensamientos, mis recuerdos, mis obras todas, selladas estén siempre con esta divina expresión: ¡Todo por Jesús; viva Jesús!... ¡Oh mi amado Jesús! Tú eres todo mío..., haz que yo sea también toda tuya, y como tu esposa privilegiada y Madre mía dulcísima santa Teresa, pueda llamarme y ser toda de Jesús. Este es mi deseo y lo único porque suspira mi corazón, y no hallaré descanso hasta que, como mi enamorada Madre, oiga

de tus labios: *Ahora ya eres mía, y Yo soy tuyo*. Ayúdame, santa Madre mía, seráfica Virgen, santa Teresa de Jesús, a ser como tú toda, toda de Jesús. Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Repetiré entre día al emprender una obra cualquiera: *¡Todo por Jesús!* En las tentaciones y peligros de pecar exclamaré mientras dura la tentación y el peligro: *¡Viva Jesús, mi amor!* Cuando oíré una blasfemia clamaré en desagravio: *¡Viva Jesús! ¡Muera el pecado!*

Meditación XXV (para el jueves)

Nacimiento de Jesucristo

Composición de lugar. Contempla al Niño Jesús solito y pobre en el pesebre... por tu amor.

Petición. Yo te adoro y te amo, pobrecito Niño Jesús, con todo mi corazón.

Punto primero. Ven, alma mía, a contemplar una de las escenas más tiernas que han admirado los siglos, los ángeles y los hombres. Entra en ese desmantelado portal, y verás a un Niño el más hermoso y agraciado envuelto en pobres y limpios pañales... recostado sobre paja en un pesebre... ¿sabes quién es, cómo se llama?... Es tu Jesús... A un lado verás a una joven tierna que es su Madre, y llámase María, Virgen Inmaculada. Un varón respetable llora de ternura al contemplar este cuadro, y es ¿no le conoces? el glorioso san José... el más feliz de todos los mortales, que mereció ser tenido por padre de Jesús... Y tú, alma mía, ¿qué haces?... ¿qué le dices a ese Niño?... ¿No te atreves a llegar, por respeto, a su cuna?... Acércate con humildad; no temas, que nadie te dirá: atrás. Toma al Niño Jesús en tus brazos, como María y José, y si de ello no te reconoces digna, adórale a lo menos con los sencillos pastores, besándole sus piecitos.

Punto segundo. Párate un poco al lado de esa cuna... Mira y remira a tu Niño Jesús... ¿No observas que te sonrío?... es que piensa en ti... ¿oyes sus vagidos?... ¿no ves correr sus lágrimas por sus sonrosadas mejillas?... Pues es que llora de amor por ti... ¡Oh qué dicha la tuya, hija mía! Jesús piensa en ti... sufre por ti... llora por ti... y todo eso antes que tú fueses, le conocieses y amases..., a pesar de no quererle conocer y amar y agradecer tanta finezas de amor... Mira al Niño Jesús y tórnale a mirar... ¡Cuán bueno es Jesús! ¡Cuán hermoso es Jesús!, ¡cuánto te ama el divino Niño Jesús!... ¿Y aún continuarás negándole o regateándole tu amor?

Punto tercero. Pondera que este Jesús a quien arrullan unos pobres padres y festejan unos sencillos pastores en vil establo, es al propio tiempo adorado, alabado y recreado con música suavísima como Dios de cielos y tierra por miles de ángeles... Y mientras padece frío, viste los campos de flores, y esmalta de verdor las praderas, y cubre de hojas los árboles... Y en tanto se duerme en cuna de bestias, es honrado en un trono de gloria eterna en lo más excelso de los cielos...

¡Oh mi Niño Jesús! ¡Oh mi amado Jesús! ¡Oh mi adorado Jesús! Cuanto os veo más pobre y más abatido por mi amor en ese establo, tanto sois más amable a mi corazón... ¡Oh María, oh José! Disponed una cuna en mi corazón, que quiero albergar en ella a vuestro hijito Jesús... No la desprecies, Jesús de mi alma; ven y acepta tal cual es, la casa pobrecita de mi corazón... Adórnala Tú, purifícala Tú, con todas las virtudes, y conságrala para tu morada, y sea mi corazón tu lugar de descanso y recreo eternamente. Si más tuviera y cosa mejor poseyera, bien sabes, Niño hermoso, que sin reserva te la diera. Dame, pues, lo que me mandas, que es un corazón puro y humilde, y mándame lo que quieras. Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Representarnos en nuestro corazón al divino Niño Jesús, recién nacido, con María y José, y retirarnos a menudo en nuestro interior haciendo muchos actos de adoración, amor y reconocimiento. Yo te adoro, Jesús mío, y te amo con todo mi corazón.

Meditación XXVI (para el viernes)

Jesús en el templo

Composición de lugar. Ver a Jesús en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles.

Petición. Imitar la modestia y respeto con que Jesús está en el templo.

Punto primero. Contempla a Jesús a los doce años orando en el templo... ¡con qué modestia!, ¡con cuánta reverencia y fervor!... ¿Lo haces tú así, hija mía?... Con tu recogimiento ¿inspiras devoción a los demás, o quizás eres como esas jóvenes casquivanas, que con su vestir, mirar, hablar y reír hacen el oficio de demonio o ladrones de la gloria de Dios, distrayendo las almas del recogimiento de la oración?... Mis hijas, oh joven católica, deben distinguirse en todas partes por su recogimiento y modestia, pero en ninguna con más esmero que en el templo de Dios... ¿Lo haces tú así, hija mía?

Punto segundo. Jesús abandona en esta ocasión a sus padres terrenos para hacer la voluntad de su Padre celestial... Podía Jesús ahorrarles este dolor y disgusto mortal declarándoles antes los designios del Altísimo. Mas no, es voluntad de su Eterno Padre, y la cumple, por más que lo hayan de sentir María y José... ¿Por qué me buscabais con dolor? les replicó Jesús. ¿No sabíais que conviene que esté en las cosas de mi Padre celestial?

¡Qué admirable respuesta! ¡Con qué celo y exactitud antepone Jesús el cumplimiento de la voluntad de Dios a todos los respetos y afectos humanos!

Punto tercero. Y tú hija mía, ¿estás en donde quiere tu Padre celestial, o te detienen ciertos respetos humanos, lazos de sangre o afectos de amistad en un estado que no es el que Dios exige de ti?... Pues rompe, rompe esos lazos, corta esas afecciones por caras que ellas sean, si se oponen a cumplir la voluntad de Dios... Primero Dios salvando tu alma, que tus deudos condenándola. Examina y obra con prontitud... Mira que Dios lo quiere... Sí, ¡Dios lo quiere, hija mía! cumple, pues, su santísima voluntad, cueste lo que costare, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera se llegue allá, más que se hunda el mundo... ¡Dios lo quiere! Cúmplase, pues, siempre en mí, oh buen Jesús, tu santísima voluntad. Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Examinar detenidamente qué es lo que quiere y exige Dios de nosotros, y resolvernos a cumplir en seguida su santísima voluntad, cueste lo que cueste. Si tus padres se oponen al cumplimiento de los designios que Dios tiene sobre tu alma, pasa por todo, aunque sea hollándolos. *Primero es Dios que nadie.*

Meditación XXVII (para el sábado)

Elección de estado

Composición de lugar. Mira a Jesús que te dice: “Deja que los muertos entierren a los muertos; mas tú ven, y sígueme”.

Petición. ¡Oh buen Jesús! Dadme gracia eficaz para seguiros siempre, cueste lo que costare.

Punto primero. Es esta, hija mía, una de las meditaciones más importantes de cuantas puedes hacer. Se trata de la elección de estado, de la que depende tu felicidad temporal y eterna; o sea que viva Jesús por amor en tu alma en el tiempo y en la eternidad... para acertar en ella has de presuponer que todas las cosas de Dios son ordenadas, y que Nuestro Señor, infinitamente sabio, todo lo ha hecho en número, peso y medida. El Señor logra en las criaturas todas su fin, que es su gloria, y lo dispone todo fuerte y suavemente... Cuando, pues, el Señor elige a una alma para un estado o fin especial: 1º le da los medios proporcionados a este fin; 2º le da inclinación a dicho estado o fin; 3º o si por razón se mueve a abrazar dicho estado o fin, se asegura que es vocación de Dios con la oración, consejo y meditación... Dos cosas, pues, hija mía, debes mirar en ti al decidirte a abrazar un estado: la aptitud debida y la inclinación de tu voluntad. La aptitud especialmente para el estado religioso se reconoce en el recto juicio, buena índole, docilidad y sumisión para soportar el yugo de la obediencia, en la ciencia o talento suficiente, y en la carencia de defectos del cuerpo y del alma, que repugnen al estado que tratas de abrazar... La inclinación natural y constante de la voluntad, espontanea o hija de la meditación, debe ser *recta*, esto es, hija de una intención pura o deseo de asegurar la salvación, dar mayor gloria a Dios, o salvar mayor número de almas... ¿Tiene estas señales tu vocación? ¡Oh hija mía! En cosa tan importante ninguna precaución y seguridad son excesivas... Ora, medita, pide consejo: yo te ayudaré.

Punto segundo. ¿Cuál es tu vocación, hija mía? ¿A qué te sientes llamada? ¿Al matrimonio o al estado religioso?... Bueno y santo es el matrimonio, pues es un sacramento instituido por Jesucristo; pero más excelente es el estado de virginidad o el estado religioso... Cuánto va del oro a la tierra, de la tierra al cielo, eso va del estado virginal al estado del matrimonio... Si eres llamada a consagrar a Dios tu virginidad y a consagrarte a su servicio escogiendo la mejor parte, ten presente, después de las reglas de acierto en la elección que te he dado antes, en que hay delante de ti tres géneros de vida en el estado religioso: vida principalmente activa, que es la que se dedica con preferencia a las obras de misericordia corporales... vida contemplativa, que es la que se consagra con preferencia a la oración... y vida mixta que es la que abraza la vida contemplativa y la activa, y esta es la vida de Jesucristo y de los apóstoles, la más perfecta, según santo Tomás, porque la suma de la perfección en este mundo no está solo en contemplar, sino en comunicar al prójimo las cosas contempladas, así como es más perfección, dice el mismo Santo, iluminar a otros, que brillar solamente. Medita seriamente, hija mía, a qué te sientes inclinada, para qué tienes más aptitud, dónde hallas más razones de provecho para tu alma y para aumentar los intereses de Jesús...

Considera qué querrás haber hecho en la hora de la muerte... qué aconsejarías a una amiga muy querida de tu corazón que se hallase en tu caso.

Punto tercero. Yo solo, hija mía, te encargo que escojas aquel estado en que puedas dar más gloria a Dios, hacer conocer y amar a Jesucristo con la mayor extensión posible, salvar el mayor número posible de almas, en una palabra, emplear tus talentos, fuerzas, riquezas, hermosura, salud y vida en aquel estado en que no solo atiendas con todo ahínco a tu propia salvación y perfección, sino también extiendas en el mayor grado posible el reinado del conocimiento y amor de Cristo Jesús por todo el mundo, orando, enseñando y sacrificándote... Esta es, hija mía, la mayor perfección, porque este fue el empleo de Jesucristo y de los apóstoles, que son los príncipes del cielo; y cuanto más imites a Jesucristo y a sus apóstoles más perfecta serás... Feliz mil veces si el Señor te da esta sublime vocación y la sigues con todas tus fuerzas a pesar de las dificultades que te levanten el mundo, demonio y carne... Pasa por todo para seguir el llamamiento de Dios, porque primero es Dios que nadie, hija mía... ¿Quién sabe si serás en estos malaventurados tiempos, que tantas cátedras hay de perversión y de error, que apenas se conoce y ama a Jesús nuestro Salvador, otra Teresa de Jesús que le allegue millares de almas a su servicio y amor?... Óyeme. Sé fiel a la gracia de tu vocación, y espera... y verás grandes cosas...

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Me pondré indiferente delante del Señor, y le repetiré con mi seráfica Madre: *Vuestra soy, para Vos nació; ¿qué queréis, Señor, de mí?* Solo pediré con toda instancia a mi Dios que, ya que soy toda suya, me elija en aquel estado y género de vida en que *todo lo emplee en lo que haya de darle más gloria y aumento de sus divinos intereses.*

Meditación XXVIII (para el domingo)

Jesús en Nazaret

Composición de lugar. Mira a Jesús trabajando de carpintero en la casita de Nazaret, obediente a María y José.

Petición. Imitar a Jesús en la obediencia y amor al trabajo.

Punto primero. Contempla a Jesús en su vida oculta. ¿En qué pasa Jesús los treinta primeros años de su vida?... *En orar, obedecer, trabajar.* He aquí tu modelo, joven católica.

Jesús pasa por ti las noches en oración, para enseñarte y moverte con su ejemplo. ¿Y tú le negarás un cuartito de hora de oración de los noventa y seis de que consta el día?, ¿tan poco amarás a tu alma?... La oración es maná del alma; ¿cómo vivir y reparar las fuerzas sin alimento?... Es la oración luz; ¿cómo andar sin ella en esta tierra de tinieblas?... Es el único sostén en las vías del espíritu; ¿cómo no tropezar sin este eficaz apoyo?... Es la única escalera que lleva con seguridad a Dios y a su posesión; ¿cómo llegar hasta el palacio en que habita y hace felices con su vista a los bienaventurados, no subiendo por ella? Sin oración serías, hija mía, como un soldado sin armas; una nave sin timón ni velas; un ave sin alas; una heredad infecunda, estéril por falta de lluvias y rocío... la más desgraciada de las criaturas en las tribulaciones, porque solo la oración puede hacértelas llevaderas... Ora pues, hija mía; sigue el ejemplo que te da el buen Jesús en su vida oculta.

Punto segundo. Obedece Jesús a María y a José... a otros amos que le alquilaban para trabajar... tal vez hombres necios, groseros... Y eso que era el Rey de los cielos y de la tierra..., y de cuya voluntad, en aquel entonces, pendían los ángeles y los hombres... Y obedece sin replicar... con prontitud... *Les estaba sujeto...* ¿Lo haces tú así, hija mía? ¡Ah!, ¡cuántas faltas de respeto y de obediencia a tus mayores!... ¡Cuánta libertad con tus iguales!... ¡Qué rasgos de genio con tus inferiores!... tú, vil gusanillo y menudo polvo... ¿tú, no te sujetarás al hombre por Dios, sujetándose Dios a los hombres por ti?, pues sábetete que sin la obediencia no hay virtud, y con la obediencia están todas las virtudes.

Punto tercero. Jesús trabaja. ¡Gran Dios! ¡El Hijo del Eterno Padre, el deseado de las naciones, el libertador del mundo, reducido a la pobre condición de un artesano!... ¡Un Dios barriendo... recogiendo astillas... transportando maderas... aserrando leña... cepillando tablas!... ¡Un Dios!... ¡aquellas manos benditas que fabricaron los cielos, trabajando sin descanso apenas, para que tú seas heredera de su rica herencia! Y tú, hija mía, pasas las horas, los días, los meses, los años enteros en la ociosidad... en diversiones y pasatiempos frívolos... ¡Ah! Advierte que la ociosidad es el origen de todos los males y la maestra de todos los vicios... Sábetete que rica o pobre, noble o plebeya, debes sujetarte a la ley indefectible del trabajo, según tu clase y condición. Imita al buen Jesús... Sé hacendosa, pues sin ello no te reconoceré por mi hija.

¡Oh buen Jesús! Sois mi maestro en todas las virtudes; sedlo en especial en la del trabajo, para que siendo hacendosa como vuestra esposa Teresa de Jesús, nunca me coja el enemigo ociosa... y así evite las tentaciones.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Proponte nunca estar ociosa, sino siempre ocupada en labores, oración, meditación... Para esto hazte un plan de vida o distribución de las horas del día. Mujer ociosa, mujer viciosa.

QUINTA SEMANA

Meditación XXIX (para el lunes)

Ayuno y tentaciones de Jesucristo

Composición de lugar. Contempla a Jesús en el desierto orando y ayunando.

Petición. ¡Oh buen Jesús! Hacedme alma de oración y unión con Vos.

Punto primero. Después que Jesucristo fue bautizado por san Juan y bajó el Espíritu Santo sobre Él, oyendo la voz del Padre que decía: “Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas todas mis complacencias, oídle”; y se fue al desierto guiado por el Espíritu Santo, para ser tentado, ayunar y prepararse a la vida pública o apostólica... Cuarenta días estuvo Jesucristo en el desierto solo, en silencio, ayuno y oración, sin hablar palabra, sin probar ningún manjar, sin ver a persona humana, sufriendo toda clase de inclemencias... He ahí el ejemplo que debes imitar, hija mía, antes que quieras emprender alguna cosa de importancia: retirarte a la soledad, mortificarte, orar. Así todas tus empresas saldrán con gloria de Dios y provecho de las almas y de ti misma... No lo olvides.

Punto segundo. Medita cómo Jesucristo fue tentado, hija mía para ir delante de ti con su ejemplo, para vencer las tentaciones, para compadecerse de los tentados, y para merecernos la gracia de resistirlas... Tienta primero el demonio a Jesús por la parte más flaca, la gula, porque ve que tiene hambre, y dícele: “Si eres Hijo de Dios di que estas piedras se conviertan en pan”... tienta a Jesús por vanagloria, y llevándolo a lo más alto del templo dícele: “Si eres Hijo de Dios échate de aquí abajo, porque escrito está que los ángeles te guardarán para que no tropiece tu pie contra la piedra”. Por fin, viendo que con estas tentaciones no podía vencer a Jesucristo, tíntale por la avaricia y ambición, y dícele el tentador después de haberle subido a lo más encumbrado de un monte, y mostrándole todos los reinos del mundo y su pompa: “Todas estas cosas te daré si postrándote, o cayendo a mis pies, me adorares”... He ahí al demonio con toda su astucia y malicia. Embiste siempre por la parte más flaca, halagando, adulando, prometiendo, mintiendo... ¿No es verdad, hija mía, que así te ha tentado a ti siempre, y te ha hecho caer en la tentación?... Aprende y cautélate para lo sucesivo.

Punto tercero. ¿Cómo vencerás las tentaciones, hija mía? Es imposible no ser tentada, porque la vida del hombre sobre la tierra es una continua guerra... ¿Tienta a Cristo y no tentará a ti Satanás? Vigilancia y oración necesitas para no caer en la tentación. Imita a Jesucristo... Las tentaciones de la gula las vencerás con el desprecio. *No de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*, decía Jesucristo. La de vanagloria se vence descubriendo la ilusión de Satanás. *Escrito está: No tentarás a tu Dios y Señor...* La de avaricia y ambición, que es servidumbre de ídolos, se vence rechazándola con grande indignación, diciendo: *Apártate, Satanás: escrito está: Adorarás a tu Dios y Señor, y a Él solo servirás...* Resiste, pues, con fe, y huirá Satanás, y vencerás todas sus tentaciones, y los ángeles te servirán, te consolarán, te confortarán... ¡Oh hija mía! Vive preparada y vigilante, que Satanás no duerme... Vigilancia y oración... vigilancia y oración, y así no caerás jamás en la tentación.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Con desconfianza propia y confianza en Dios, con vigilancia y oración me prepararé para vencer la tentación.

Meditación XXX (para el martes)

Conducta de Jesús con el prójimo. –Conversión de la Magdalena

Composición de lugar. Contempla a la Magdalena a los pies de Cristo Jesús.

Petición. Dadme, Jesús mío, arrepentimiento de mis pecados.

Punto primero. Había en la ciudad una mujer llamada Magdalena, que por sus pecados de impureza muy arraigados y escandalosos era llamada la pecadora, la cual, o por haber oído algún sermón de Cristo, o por saber el amor con que recibía a los pecadores, junto con la inspiración del cielo que la tocó con una gran luz, acudió a los pies de Cristo Jesús para alcanzar perdón de su desastrada vida... Contempla, hija mía, este corazón enfermo, esta alma herida, esta oveja descarriada a los pies de Cristo Jesús, médico y pastor de las almas, y ánimo, si eres pecadora, con tal ejemplo... ¿Qué hace la Magdalena, y qué hace el buen Jesús en esta ocasión? Medítalo, que hallarás gran consuelo, aliento y confusión... La Magdalena, ejemplar de las almas arrepentidas, todo lo que primero había empleado para ofender a Cristo, lo empleó después en su servicio... Vence los respetos humanos: dirígese a casa del fariseo, donde está el Salvador; se postra a sus pies... los besa con sus labios... los riega con sus lágrimas... los unge con preciosos olores... los limpia con sus cabellos... convirtiendo en instrumentos de satisfacción todas las cosas que habían sido ocasión de pecado y perdición... ¡Qué penitente tan fervorosa, hija mía! Bien dijo Cristo que era el alma que más amaba cuando vivía sobre la tierra. ¿La has imitado en el pecado? Imítala en la penitencia, y serás tú también amada del Señor con preferencia.

Punto segundo. Observa la conducta de Cristo Jesús en la conversión de la Magdalena. ¿Dónde la recibe? En el mismo convite... ¿Cómo la recibe? Con amor y reverencia...

¿Cómo la defiende? Con prudencia y eficacia, haciéndole ver al malicioso fariseo por medio de la hermosa parábola de los dos deudores, que Magdalena amaba más que él, porque más se le había perdonado, y que porque amaba más por eso hizo más obras en su obsequio... “¿Ves esta mujer?, le decía al fariseo malicioso y que presumía de justo; ¿ves sus suspiros y sus lágrimas, su humillación y confusión y las intenciones para aplacar a Dios?, ¿ves todo esto? Pues considéralo bien, y confúndete por lo poco que tú amas y sirves a Dios, por lo poco que tú haces para alcanzar perdón o dar a Dios satisfacción de tus pecados”...

Punto tercero. Luego dijo Jesús a la Magdalena: “Perdonados te son tus pecados”; y turbándose los circunstantes de esta palabra, decían dentro de sí: “¿Quién es Este que perdona los pecados?” Pero Jesús dijo segunda vez a la mujer: “Tu fe te ha hecho salva; vete en paz”... ¡Oh, hija mía!, ¡qué entrañas tan amorosas las de Jesús!, ¡qué palabras tan dulces para los pobres pecadores! ¿Quién mirando a la Magdalena, si es pecador, no le vienen deseos de echarse a los pies de Cristo para oír de su boca: Vete en paz, tus pecados te son perdonados?... Oh, hija mía, hazlo así... ¿Ves esta mujer? te dice Jesús. En ella te ves tú retratada... Ven a mis pies, y te perdonaré como a ella... ¡Oh mi adorado Jesús! ¡Oh misericordiosísimo Jesús! A vuestros pies se llega esta pecadora con grande confianza, y los abraza con amor. Propongo seguir vuestros pasos con gran firmeza, y no apartarme de Vos hasta que me digáis: Vete en paz, porque tus pecados te son perdonados.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Repetiré muchas veces al día: *Jesús mío, misericordia y enmienda para mi pobre alma pecadora.*

Meditación XXXI (para el miércoles)

Qué debe la mujer a Jesucristo

Composición de lugar. Considera a Jesús Salvador del género humano.

Petición. Oh, Jesús mío, os pido gratitud a vuestros beneficios.

Punto primero. ¡Oh, hija mía! Como todo mi afán es que te enamores de Jesús, único camino, verdad y vida de las almas, quiero darte otra meditación de los beneficios que hizo Jesús a las mujeres cuando vivía en el mundo, porque no hay cosa que así nos despierte a amar como el contemplar un corazón que verdaderamente nos ama... No aborrecisteis, oh buen Jesús, cuando andábades por el mundo a las mujeres, antes las favorecisteis siempre con mucha piedad... Nació de una Virgen, la Inmaculada María, y fue cuidado en su infancia y adolescencia por tan tierna Madre. Fue sustentado durante su predicación por las liberalidades de las buenas Marías... Al pie de la cruz quiso tener el amor inocente y el amor penitente a sus dos lados: María su Madre y María Magdalena... Convirtió y perdonó a la Magdalena, a la samaritana y a la mujer adúltera... resucitó a la hija de Jairo, resucitó a Lázaro por los ruegos de sus hermanas, a quienes amaba Jesús, Marta y María... Oyó a la madre de los hijos de Zebedeo, y

despachó su petición favorablemente... Oyó los ruegos de la cananea, e hizo un milagro... Atendió a la fe de la hemorroisa, y la curó del flujo de sangre solo con tocar sus vestiduras...

Punto segundo. Hizo el primer milagro en las bodas de Caná por consideración a su Madre... Consoló a las hijas de Jerusalén... Se acordó de su Madre en la cruz, y la encomendó a su discípulo Juan... Una mujer limpia a Jesús el sudor en su camino de amargura... Una mujer, la de Pilato, es la única que le defiende cuando todos sus discípulos le abandonan en su Pasión... Por fin, unas devotas mujeres le asisten en sus últimos momentos, colocan su cuerpo en el sepulcro, van a ungrirle con aromas... Lloran porque no le hallan, y son las mujeres las primeras que merecen verle resucitado... Las mujeres están en el Cenáculo cuando la venida del Espíritu Santo, así como antes reciben la última bendición del Salvador del mundo al subirse Este a los cielos... Ama, pues, hija mía, con todo tu corazón a Jesucristo que tanto nos amó.

Punto tercero. A Jesucristo, además, hija mía, debe su consideración, respeto y aprecio la mujer cristiana... Donde no reina la Religión de Cristo, la mujer solo halla desprecio, esclavitud, degradación... Mira lo que sucede a la mujer idólatra, musulmana... Contempla la degradación y envilecimiento a que llega cuando pierde la fe, la gracia de Jesucristo... Hasta deja de ser considerada como persona... trátanla como cosa, a veces con menor miramiento y consideración que a las bestias... ¡Oh hija mía! ama con todo tu corazón a Jesús, que tanto te amó, y a quien debes todo lo que tienes... Respeta su Religión divina, defiéndela, propágala, practícala con fidelidad, que es la mejor o única salvaguardia de tu dignidad y felicidad en este mundo y en el cielo. Óyeme.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Como las devotas mujeres amaré y seguiré siempre a Jesucristo, y le reverenciaré y socorreré en la persona de sus ministros, de sus pobres y en su culto.

Meditación XXXII (para el jueves)

Conducta de Jesucristo con su Padre celestial

Composición de lugar. Contempla cómo Jesús ora con gran reverencia a su Padre, y habla de Él.

Petición. Oh buen Jesús, haz que adore y reverencie y ame siempre a mi Padre celestial.

Punto primero. La conducta de Jesucristo con su Padre celestial está cifrada en aquellas palabras del mismo Salvador: “Yo siempre hago lo que es agradable a mi Padre. La voluntad de mi Padre celestial es mi alimento. Y su ley en medio de mi corazón”... He ahí, hija mía, por qué el Verbo se encarna en el seno de la Virgen María; por qué Jesucristo nace en un pesebre, es circuncidado, huye a Egipto, trabaja en el taller de Nazaret, obedece y vive oculto hasta los treinta años... porque esta es la voluntad de su Padre celestial. “No he venido al mundo, dice, a hacer mi propia voluntad, sino a

hacer la de mi Padre celestial que me envió”. Ayuna, predica, se fatiga, sufre hambre, sed, contradicciones, agonías, azotes, corona de espinas, muerte de cruz, y todo por hacer la voluntad de su Padre celestial... ¡Con qué reverencia ora a su Eterno Padre!... ¡con qué respeto habla de Él!... ¡Con qué extremada fidelidad cumple no solo sus mandatos, sino aun sus más leves indicaciones!... Imita tan divino ejemplo, hija mía, y serás feliz.

Punto segundo. ¿Cuál es tu conducta, hija mía, con tu Padre celestial?... ¿Su voluntad es tu alimento, su agrado la norma de todas tus acciones?... Pues tú también has venido al mundo para hacer la voluntad de Dios, y solo cumpliéndola con fidelidad puedes ser feliz acá y en el cielo... Desengáñate, hija mía; nadie ha habido en el mundo que haya resistido a la voluntad de Dios y haya tenido paz... No hay paz para los impíos... mas sí que hay mucha paz para los que aman la ley de Dios...

Punto tercero. No busques en tus obras hacer tu voluntad, que está inclinada al pecado, sino busca en todas las cosas hacer la voluntad de Dios... reverencia al Padre Eterno como Jesús..., ora con gran respeto, y pídele con gran confianza... Es tu Padre que está en los cielos, que te ama con infinito amor, que vela por ti día y noche, y no permitirá que cosa alguna te dañe... ¡Oh hija mía! Renuncia a tu propia voluntad, niégate a ti misma, toma la cruz y sigue a Jesús, y hallarás ya el cielo en la tierra. Óyeme.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Diré en las cosas prósperas y adversas: *Hágase, Señor, tu voluntad así en la tierra como en el cielo.*

Meditación XXXIII (para el viernes)

Conducta de Jesús con los niños

Composición de lugar. Contempla a Jesús rodeado de pequeñuelos, abrazándolos, acariciándolos, regalándolos y bendiciéndolos.

Petición. Oh Jesús mío, haz que te imite en tu amor de predilección por la niñez.

Punto primero. El amor del corazón de Jesús se manifestó de un modo portentoso con dos clases de personas: con los pecadores arrepentidos y con las almas puras, inocentes. Testigos de esta verdad la Magdalena, la mujer adúltera, Pedro, Mateo, Zaqueo, el hijo pródigo y tantos otros de que nos habla el santo Evangelio... Mas el amor de Jesús a las almas puras vióse principalmente en la predilección que mostró a los niños...a los niños abrazaba, bendecía, acariciaba... A los niños defendía contra los escandalizadores, amenazándoles con muerte eterna... A los niños ponía por modelo y ejemplar a los que querían entrar en el reino de los cielos... A los niños resucitaba, tomaba en sus brazos y les besaba en señal de amor, de preferencia, porque veía en ellos los representantes de las generaciones venideras... almas hechas a imagen y semejanza de Dios... no inficionadas por el pecado... templos vivos del Espíritu Santo...

paraísos de delicias, de todo un Dios, por su pureza e inocencia... He ahí los motivos de su predilección por la niñez... ¿La amas tú, hija mía, como Jesús?... Es señal de predestinación este amor santo y puro a los párvulos a semejanza de Jesucristo. Cultiva, pues, en tu alma tan nobilísimo amor.

Punto segundo. Lo que hicieréis, dice Jesucristo, con uno de estos pequeñuelos, a Mí lo habéis hecho... ¿Quién no se animará con esta promesa a trabajar para que los párvulos vayan a Jesucristo?... Las palabras, el ejemplo, las promesas, las amenazas de Cristo Jesús, todo nos convida o nos mueve a amar la niñez, a mirar por su porvenir, a vigilar por su inocencia, a cuidar de su educación cristiana. ¡Oh hija mía! Piensa qué sería de ti si no hubieses tenido buenos padres, buenos maestros, buenos ejemplos... quizás serías hoy piedra de escándalo... estarías perdida para siempre...

Punto tercero. Además, hija mía, es la única gente de bien que queda en el mundo, entre la poca que hay en él... En todos, si los tratas, hallarás más o menos dolo, falsedad, traición, ingratitud, desvío, perfidia... solo en la niñez hallarás verdad, sencillez, candor, amor desinteresado... Feliz mil veces, hija mía, si el Señor te llama a cultivar esta parte la más hermosa y preciosa del jardín de la Iglesia por el apostolado de la enseñanza: hallarás gran consuelo, harás bien inmenso, y contentarás al Corazón de Jesús, y asegurarás tu salvación eterna. Trabaja, pues, con todo ahínco por amor de la niñez, y Jesús premiará este amor.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Trabajaré con mis palabras y obras y buen ejemplo y buenos libros, para que la niñez y la infancia vayan a Jesús su Salvador.

Meditación XXXIV (para el sábado)

Jesucristo, camino, verdad y vida

Composición de lugar. Considera a Jesús como Maestro que te enseña el camino del cielo y te dice: "Sígueme".

Petición. Jesús mío, haz que ame y practique vuestra doctrina.

Punto primero. Yo soy el camino, dice Jesucristo... Es el camino por sus méritos, por sus ejemplos: camino recto de justicia, abierto a todo el mundo... Camino fácil, llano, expedito, que guía infaliblemente al cielo y a la felicidad... Camino único de salvación, fuera del cual no hay más que precipicios, ruina, perdición eterna... Por Jesucristo, y solo por Jesucristo, podemos llegar al Padre, agradarle y merecer su eterna bendición... ¡Oh hija mía! Reconoce que no es tiempo de creer a todos, sino tan solo a los que vieres van conformes a la vida de Cristo, verdadero e infalible camino y verdad. Óyeme.

Punto segundo. Jesús es la verdad, porque en Él se cumplieron las profecías y se realizaron las figuras de la antigua ley: es la verdad en sus dogmas, en sus misterios, en sus promesas, en sus amenazas, en su Evangelio, en su Iglesia... es la verdad por la que debemos dar la vida, si necesario fuere, para defenderla: es la verdad única, infalible, inmutable, eterna, fuera de la cual no resta más que falsedad, errores, mentiras... El mundo, la sectas, las pasiones, los sentidos, todo en fin lo que no es Jesús, o a Él conduce, es puro error, o malicia, o mentira... ¡Oh hija mía! De esta verdad nacen todas las otras verdades. Conoce y ama a Jesucristo, y andarás siempre en verdad, la conocerás y la poseerás siempre en el tiempo y en la eternidad.

Punto tercero. Jesucristo es la vida. El hombre busca, y busca sin tregua ni descanso la vida, la vida verdadera, la verdadera felicidad... Y solo Jesucristo es esta vida. Vida en Dios, eterna y esencial... vida en nosotros por su gracia, por su espíritu, por su amor... vida con que vivimos en Dios y nuestro corazón en la paz, nuestro espíritu en la luz, nuestro cuerpo en la gloria inmortal por la resurrección... vida única, vida del alma, vida del corazón, vida de amor, vida de Dios... vida sin la cual solo hay muerte muy pesada, muerte eterna, muerte para el corazón, muerte del alma... ¡Oh verdadera vida de mi alma, Jesús, Dios de mi corazón! Acábase ya esta vida, o mejor, esta muerte, y vívase solo por Vos, que sois el camino, la verdad y la vida de todos.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Viviré solo para Jesús, con Jesús y por Jesús. *Todo por Jesús.*

Meditación XXXV (para el domingo)

La vida de Jesucristo es camino verdad y vida

Composición de lugar. Contempla a Jesús que clama: “Venid a Mí, y Yo os daré vida, y vida eterna”.

Petición. Oh Jesús, haced que no ame más que a Vos, verdadera vida de mi alma.

Punto primero. Como no es posible dar todas las meditaciones de la vida de Cristo, hija mía, me ha parecido muy conveniente condensar en esta algunos de los dichos y hechos más notables de su vida admirable, para que te sirvan de guía y de vida. Contempla con qué celo mira por la honra de su Padre celestial, arrojando a latigazos a los que profanaban el templo de Dios... Cómo condena a los hipócritas y los llama raza de víboras, sepulcros blanqueados... Cómo confunde al orgulloso fariseo, y justifica al pobre publicano que humilde y compungido le pide perdón... Cómo escoge por discípulos a doce pobres pescadores, rústicos e ignorantes, para confundir a los sabios del mundo... Mírale rodeado de pueblo y de gente necesitada y enferma, y con qué paciencia los recibe, atiende a sus súplicas y los sana... Multiplica los panes en el desierto para saciar las turbas, movido a compasión porque no desfallezcan en el camino... Anda sobre las aguas, como rey sobre plateada alfombra; calma la tempestad con sola su palabra, cuando estaba a punto de zozobrar la barca de Pedro... En una palabra, pasa por el mundo haciendo bien a todos y curando toda clase de dolencias...

¿No es verdad que es Jesucristo, hija mía, el único y verdadero Salvador del Mundo y de los hombres todos? ¿Quién ha obrado, hablado y amado al hombre como Jesucristo? ¡Oh hija mía! Si hallas quien haya obrado mejor y te haya amado más que Jesús, ya te doy permiso para que le ames más que a Él... Mas no le hallarás; imposible, imposible.

Punto segundo. Mira la paciencia y sabiduría admirable de Jesucristo al instruir al pueblo... Todo se lo entendían al revés y no obstante no cesa de instruirles. Desde el sermón del monte de las Bienaventuranza hasta el sermón último del monte del Calvario en la cruz, Jesucristo siempre se presenta como Maestro de la verdad... El criado que no quiso perdonar a su deudor estando él también adeudado... el hijo pródigo... el rico avariento y Lázaro... los convidados... la higuera estéril... la higuera seca... las parábolas del sembrador... de la cizaña... del grano de mostaza... del mercader que busca perlas... del Buen Pastor que busca la oveja perdida... del que cayó en manos de ladrones y fue remediado por el samaritano... del siervo que debía diez mil talentos... del mayordomo que desperdiciaba la hacienda de su señor... del padre de familia que llamó obreros para su viña... de la viña... de la diez vírgenes... de los talentos y minas... de los dos hijos enviados a la viña... del sarmiento cortado de la vid... ¡Oh, hija mía!, sería interminable si quisiera reducir a cuenta la doctrina de la Sabiduría Eterna. Basta decirte que sin parábolas no hablaba al pueblo, y que dado por Maestro del mundo por su Eterno Padre, cumplió perfectamente su divina misión. Oye, pues, las palabras de vida eterna de Jesús, y noerrarás.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. ¡Oh Jesús, camino, verdad y vida de mi alma, salvadme! Haced que no ande por otro camino, ni conozca otra verdad, ni viva otra vida que la vuestra, oh Jesús mío y todas mis cosas. Amén.

SEXTA SEMANA

Meditación XXXVI (para el lunes)

Imitación de Jesucristo

Composición de lugar. Contempla al Eterno Padre que, mostrándote a su Hijo Jesús, te dice: “Este es mi Hijo muy amado, oídle”.

Petición. Oh Padre Eterno, hacedme gracia de imitar a Jesús.

Punto primero. Si no imitas a Jesucristo, hija mía, es imposible que reines con Él. El Padre Eterno ha jurado no admitir a su gloria sino a los que fuesen conformes a la vida de Jesucristo... Ponte, pues, delante, hija mía, tan divino modelo, y procura en lo posible conformar tus pensamientos, palabras, obras y deseos con los de Jesucristo... Pregúntate a menudo: ¿Qué pensaría, qué diría, qué haría Jesús en este caso?... Con

esta pregunta, mucho te podrás ayudar a obrar santamente, divinamente... Contempla cómo conversaba Jesús con los hombres, e imítale... Eres cristiana, discípula de Jesús; por consiguiente debes asemejarte a tu divino Maestro... ¡Cuán raras veces, cuán brevemente, cuán sobriamente Jesús conversó con los hombres!... ¡Cómo amó el silencio, la soledad, aunque nada tuviese que temer del trato de las gentes! De los treinta y tres años pasó treinta en soledad y silencio... los tres últimos los empleó en bien de sus hermanos en los ministerios de la vida apostólica; mas ¡cuánto tiempo empleó en la oración!... Aprende de aquí, hija mía, a huir las conversaciones y pláticas de los hombres, siempre peligrosas, muchas veces nocivas, y ordinariamente inútiles, y ama cuanto puedas el silencio y la soledad. Imita a Jesucristo.

Punto segundo. ¿Qué norma, qué leyes observa Jesucristo en su trato y conversación con los hombres?, ¿con quiénes trataba? –Con todos y con preferencia con los pobres, sencillos y humildes, sin ninguna acepción de personas. –¿De qué hablaba? Del reino de Dios y de su justicia; no de cosas vanas y dañosas. –¿De qué modo? –Con paciencia, mansedumbre y caridad sobrellevaba los defectos del prójimo, los corregía con benignidad, con ánimo igual y constante... ¡Con qué modestia, afabilidad y dulzura atraía a todos los corazones y los ganaba para Dios!...

Punto tercero. Siempre grave, jamás se valió de chocarrerías y chistes de mal género; lloró muchas veces, jamás rió, según el santo Evangelio... jamás habló sino con intención recta y pura de la gloria de Dios. Por complacer a su Padre celestial empezaba, continuaba y cortaba la conversación... Conversaba con los hombres, de modo que siempre estaba presente con Dios... Atendía a sí, de modo que evitaba las celadas y dolos de sus enemigos... Trataba con cada uno de los hombres acomodándose a su carácter, necesidad, utilidad, y haciéndose todo para todos, para ganarlos a todos... ¿Es este tu espíritu?, ¿así te portas con los hombres en tu trato?... ¡Oh hija mía! Procura en todas las cosas conformar tu vida con la de Jesús, y serás santa muy pronto. Imita, hija mía, a Jesús, y reinarás con Él y serás siempre de Jesús.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Antes de hablar a los hombres de Dios, hablaré a Dios de los hombres. Amiga de todos; familiar solo a Dios y a los ángeles. ¡Oh Jesús, sed para mí Jesús!

Meditación XXXVII (para el martes)

Jesús en los años de su predicación

Composición de lugar. Contempla a Jesús rodeado de niños, de pobres y de pecadores.

Petición. Conocerme a mí y conoceros a Vos, Jesús mío de mi alma.

Punto primero ¡Cuán humilde se presenta Jesús en su vida pública! Mírale rodeado de doce pobres y toscos pescadores, hombres rudos, impertinentes... Estos forman su corte... Contéplale rodeado de niños a quienes abraza, bendice y enseña con singular complacencia... Observa con qué mansedumbre trata a los pecadores... La mujer

adúltera... la escandalosa Magdalena... la vanidosa y marisabidilla samaritana se acercan a Él, y son perdonadas...; le siguen, y son santas, distinguiendo a la Magdalena, después de su Madre, en muestras de cariño y amor... ¿Quién, pues, temerá arrojarse a los pies de este Dios y Jesús, por pecados que haya cometido, hija mía?... ¡Oh mi amado Jesús! Habed compasión de esta alma que tantas veces os ha ofendido, y admitidme, como a la Magdalena, a vuestro servicio. No aborrecisteis, Jesús mío, cuando andabais por el mundo, a las mujeres, antes las favorecisteis siempre con mucha piedad... Habedla, Salvador mío, de esta pobre pecadora, gusanillo vil que así se os atreve; y hacedme santa, pues jamás quiero separarme en adelante de Vos.

Punto segundo. Jesucristo en todas sus obras no busca sino la gloria de su Padre, lo que es de su agrado... Cumple la ley y ceremonias, aunque no le obligaban, como el menor de los súbditos... ¡Qué idea tan elevada y amorosa da de Dios Padre!... Su voluntad es su alimento.

¡Qué celo por la salvación de las almas! ¡Cómo va en busca de los pecadores, y come con ellos para atraerlos a Dios!... ¡Cuánta paciencia en sufrir a sus discípulos, en soportar las calumnias que contra Él levanta la envidia de sus enemigos que todo lo tergiversan! ¡Qué paz en su interior! ¡Qué modestia en su exterior!...

Punto tercero. Su mirar... su andar... su hablar... en suma, todo el porte exterior e interior de Jesús es siempre digno de un Hombre Dios... Por eso atrae en pos de sí a todos los corazones. –¡Oh mi divino Maestro Jesús! ¡Qué diferencia hallo entre mi conducta y la vuestra!... ¿Cuándo seré toda de Jesús, y me revestiré de vuestras divinas cualidades?... Ayudadme, santa Madre mía Teresa de Jesús, a ser como vos, toda de Jesús, pues justo es que si con mi conducta escandalosa o mala he robado algunas almas a Jesús, con mi vida ejemplar le gane otras muchas. Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Tener por modelo de todas nuestras acciones a Jesucristo, obrando siempre como si le tuviésemos presente. Preguntémonos al hallarnos en sociedad: *¿Cómo se portaría en esta ocasión Jesucristo? ¿Qué piensa Jesús, qué dice de mi modo de vivir?* Y con este cuidado ir conformando nuestra vida a la de Jesucristo.

Meditación XXXVIII (para el miércoles)

Entrada de Jesús en Jerusalén

Composición de lugar. Contempla a Jesús montado sobre un pollino, que huella la vanidad mundana.

Petición. ¡Oh Jesús! Dame a conocer los sentimientos de tu Corazón en este paso.

Punto primero. Cinco días antes de padecer muerte tu amado Jesús, hija mía, sabiendo que los judíos trataban en Jerusalén de matarle, quiso ir allá desde Efrén, donde se había recogido con sus apóstoles; y en este camino iba Jesús delante de ellos con paso

extraordinario, de modo que le seguían los apóstoles admirados y llenos de temor... A padecer va Jesús con paso extraordinario, hija mía, para mostrarte la prontitud de su voluntad en cumplir la del Padre en las cosas más difíciles, y cómo lleva la delantera a todos cuando se trata de deshonras y tormentos... Díceles en secreto: Mirad que subimos a Jerusalén, y allí se cumplirán todas las cosas que están escritas del Hijo del hombre por los profetas, porque será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, y estos le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles para que escarnezcan de Él y le azoten y crucifiquen, y al tercer día resucitará. ¡Oh hija mía! Cuando te veas atribulada di con ánimo esforzado: Mira, alma mía, que subimos a Jerusalén con Jesús, y antes de llegar a la Jerusalén celestial con Él, has de padecer en la Jerusalén terrestre. O morir o padecer.

Punto segundo. Cristo sentado sobre un pollino aderezado con las pobres capas de sus discípulos, hollando la pompa mundana y manifestando su pobreza, humildad y mansedumbre, camina a Jerusalén y a deshora por inspiración del cielo, le sale a recibir innumerable gente, y unos echaban sus vestiduras en el suelo para que pasase por ellas, otros cortaban ramas de los árboles y olivos que estaban en aquel valle, otros venían de Jerusalén con palmas en las manos en señal de victoria, y todos con gran gozo alababan a Dios, diciendo a voces: “¡Hosanna, gloria al Hijo de David, Rey de Israel! ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor!”... Considera, hija mía, que este triunfo y aplausos espontáneos de un pueblo agradecido, dignos de Dios y Jesucristo, sobrepujan a todos los triunfos de los césares y reyes del mundo. Tres cosas concurren aquí necesarias para la verdadera devoción: el corazón, las manos y la lengua. Acércate, hija mía, a esta devota y entusiasta comitiva, mézclate con ellos y clama con mucho gozo y con todas tus fuerzas: ¡Hosanna! ¡Gloria, bendición, salud, honor, y acción de gracias a Mi Rey Cristo Jesús: Bendito y prosperado sea su reino, paz sea en el cielo y gloria sea a Dios en las alturas! ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna!, ¡gloria, bendición!...

Punto tercero. Mira, hija mía, cómo Jesús, si admite estos aplausos por cumplir la voluntad de su Eterno Padre, y para que sea después mayor su afrenta, en llegando a ver la ciudad de Jerusalén llora sobre ella, diciendo: “¡Si conocieses tú en este día las cosas que son para tu paz y ahora te están escondidas!”... Lloro Jesús en medio de los gozos... aquel triunfo parece que nada le pertenece... Así, hija mía, no debes pegar tu corazón a las alabanzas... Al entrar en la ciudad, se conmueve toda. Los corazones sencillos se gozan diciendo: “Este es Jesús, profeta de Nazaret”... Los escribas y fariseos, carcomidos de la envidia, le mandan que haga callar al pueblo, y sobre todo a los muchachos que en el templo gritaban: “Hosanna al Hijo de David”... mas Jesús les responde: “Dígoos que si estos callaren, las piedras hablarán. ¿No habéis oído lo que dice la Escritura (*Psalmi VIII, v. 3*): De la boca de los infantes y de los que maman sacaste perfecta alabanza?” Así confunde su malicia...

Al entrar en el templo arroja a los vendedores y compradores, sana a los cojos y ciegos, enseña al pueblo, y después de estar todo el día trabajando en predicar y hacer tantas maravillas, siendo ya tarde, miraba a todos para ver si alguno le convidaba y hospedaba en su casa, y no hubo quien se moviese a ello por temor de los fariseos, y así se volvió ayuno con sus apóstoles a Betania, que distaba dos mil pasos de

Jerusalén... ¡Oh hija mía!, ¡cómo se descubre la liberalidad de Dios infinita, y la infinita cortedad y desagradecimiento de los hombres contra Dios!.. ¡Cuán poco, hija mía, se puede fiar de los hombres, pues tan presto desamparan, por temor y respetos humanos, al que había recibido con tantas muestras de amor y de regocijo!... Acompaña a Jesús, hija mía, como los apóstoles, lo mismo en su entrada gloriosa y triunfante de Jerusalén que en su salida ignominiosa, para que Él te reciba en su compañía eterna, después de haberle servido acá con honra y con deshonra.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. No haré caso de los palillos de romero seco, que son las ayudas de los hombres, porque tan presto se quiebran y se mudan, y solo me asiré bien de Dios que no se muda.

Meditación XXXIX (para el jueves)

Del lavatorio de los pies

Composición de lugar. Contempla a Jesús a los pies de Judas.

Petición. ¡Oh Jesús, hacedme humilde de corazón!

Punto primero. “Sabido Jesús que era llegada su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos, que estaban en este mundo, amolos hasta el fin. – Acabada la cena legal del Cordero, habiendo el demonio puesto en el corazón de Judas Iscariote, que entregase a Jesús a la muerte, sabiendo Jesús que el Padre puso todas las cosas en sus manos, y salió de Dios y volvía a Dios, levantose de la mesa, y quitándose la vestidura de encima, tomó un lienzo y ciñose con él; y echando agua en una vasija comenzó a lavar los pies de sus discípulos, y a limpiarlos con el lienzo que tenía ceñido. Acabado el lavatorio, Cristo, Nuestro Señor se desciñó el lienzo, y tomando sus vestiduras, tornó a sentarse a la mesa y dijo a sus apóstoles: ¿Sabéis lo que he hecho con vosotros? Llamáisme Señor y Maestro, y decís bien, porque lo soy. Pues si Yo, siendo vuestro Señor y Maestro, os he lavado los pies, ¿cuánto más vosotros debéis lavar los pies los unos a los otros? Porque Yo os he dado ejemplo, para que vosotros hagáis lo que Yo he hecho. Si sabéis estas cosas, seréis bienaventurados si las hiciéredes. No digo esto de todos vosotros, porque Yo sé los que he escogido. – Con gran deseo he deseado comer con vosotros este cordero pascual, antes que padezca... Y cuando estaban cenando tomó el pan, dio gracias, lo bendijo, y lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: Tomad y comed, este es mi Cuerpo que se da, será entregado por vosotros: haced esto en memoria de Mí. Y tomando de la misma suerte el cáliz, dio gracias, y se lo dio a ellos, diciendo: Bebed de esto todos; porque este es el cáliz de mi Sangre del Nuevo Testamento, que por vosotros y por muchos será derramada en remisión de los pecados”... ¡Qué palabras, hija mía, tan regaladas! ¡Qué finezas nunca oídas! ¡Oh exceso del divino amor!... Medita y adora, y da gracias en silencio por tan inmenso don...

Punto segundo: Tal vez, hija mía, la loca de casa (tu imaginación), como a mí cuando vivía en este destierro, se va como caballo desbocado a lo vedado, a cosas impertinentes; por eso quiero en esta ocasión darte esta meditación por aplicación de sentidos, que ayuda mucho, como sabes, para fijar la imaginación y las potencias del alma. Aplica, pues, hija mía, tus sentidos a este magnífico y nunca visto espectáculo que ofrece un Dios lavando los pies de sus criaturas ingratas y malas. –La vista: mira a Jesús, a los apóstoles, a Judas; contempla su exterior, su compostura, los afectos de su corazón... El oído: escucha las palabras que se dicen mientras Jesús lava los pies de sus discípulos... la resistencia de san Pedro, la amenaza que Jesús le hace, su rendimiento. El olfato: aspiremos el santo recogimiento de los apóstoles... el buen olor, el bálsamo celestial que esparce las palabras y el ejemplo del buen Jesús... El gusto: saboreemos la inefable dulzura y dignación del Corazón de Jesús... la confusión de san Pedro... la infernal dureza de Judas, a quien nada conmueve...

Punto tercero. El tacto: ofrécete a Jesús para sostenerle el barreño... besa aquellos pies que fueron lavados por las manos de Jesús... No tengas a menos imitar al Salvador del mundo, hija mía; está pronta para hacer en bien de tu prójimo aun aquello que más humillante parezca a tu orgullo... Tú que merecías por tus pecados estar eternamente bajo los pies de Satanás en el infierno, ¿no querrás postrarte a los pies de tus hermanos con Jesús en este mundo?... Humíllate, y sigue a Jesús.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Diré muchas veces: ¡Vos, Jesús mío, a los pies del traidor Judas! ¿Y yo no sufriré una palabra de humillación?

Meditación XL (para el viernes)

Sermón último de despedida de Jesús

Composición de lugar. Oye, mi hija, los latidos del Corazón enamorado de Jesús.

Petición. Dadme a conocer, Jesús mío, la inmensidad de vuestro amor.

Punto primero. Considera al Corazón de Jesús en el sermón último que dirigió a sus discípulos, que es como su testamento y última y eficaz voluntad, y verás, hija mía, cómo este Corazón se dilata, se enfervoriza y como Maestro exhorta a sus hijos a actos heroicos de virtud, como Consolador les hace grandes promesas para su consuelo, y como Abogado ruega por ellos a su Eterno Padre con tiernísimo ruego... Les recomienda su amor y la guarda de los divinos preceptos; la mutua dilección; el estudio de la oración; la confianza en Dios en medio de las pruebas y adversidades que han de pasar por Él, prometiéndole a este fin el Espíritu Santo... Mas oye, hija mía, las palabras que son como los latidos de este Corazón divino, y escúchalas con gran reverencia, que el mismo Jesús dará la materia sabrosísima de esta meditación. Si estás cansada, reclina como el discípulo amado tu cabeza sobre el pecho de Jesús en esta última hora, la más solemne de su vida; y si a tanto no te atreves por tus pecados, a lo menos póstrate a sus pies como María Magdalena, asóciate a los apóstoles, y

guarda tan divinas enseñanzas, rúmialas en tu corazón... ¡Oh Jesús mío! Tú solo tienes palabras de vida eterna... A tus pies tienes a tu hija muy querida; suene tu voz suave y dulce en medio de su corazón... Oye, pues, hija mía y no olvides las últimas encomiendas de tu Padre, Esposo, Rey, Maestro, Señor y Dios, y serás feliz.

Punto segundo. “Hijitos míos, aún estoy con vosotros un poco; vosotros me buscaréis, mas donde Yo voy, vosotros no podéis venir ahora... No se turbe vuestro corazón... Creed y confiad en Dios y en Mí, porque en la casa de mi Padre hay muchas moradas, y Yo voy a aparejaros el lugar que habéis de tener, y volveré por vosotros, y os llevaré conmigo, para que donde Yo estoy, allí estéis gozando de mi compañía y de mi gloria... No os dejaré huérfanos, Yo volveré a vosotros: no se turbe vuestro corazón, ni tema, pues os he dicho que voy y vengo a vosotros: un poco no me veréis, y de ahí a poco me veréis y se gozará vuestro corazón, y ninguno podrá quitaros el gozo que Yo os diere... En el mundo tendréis apreturas; pero tened confianza, que Yo vencí al mundo... Acordaos de las palabras que os he dicho: No ha de ser el siervo mayor o más privilegiado que su Señor: si a Mí persiguieron, también perseguirían a vosotros. Echaros han de las sinagogas, y vendrá hora en que quien quiera que os mate, piense que hace servicio a Dios, y estos trabajos os vendrán por mi causa”...

Punto tercero. “Si el mundo os aborrece, prosigue Jesús, sabed que primero me aborreció a Mí: si fueseis del mundo, el mundo amara lo que es suyo; mas porque no sois del mundo, sino Yo os escogí y saqué del mundo, por eso os aborrece el mundo... Cuando Yo no rogara por vosotros, que lo haré, sabed que el Padre os ama, porque me amasteis y creísteis que salí de Dios”... ¡Oh Padre mío amantísimo! No quiero otro consuelo en este mundo sino saber que Tú me amas, porque si me amas nada me puede faltar, pues no sabes amar y desamparar a tus hijos... Ámete como Tú me amas, y vengán trabajos y contradicciones, que nada podrá apagar el fuego de tu celestial amor. ¡Oh, qué Padre!, ¡qué Amigo!, ¡qué amado!, ¡qué buen Dios!... Ámete, oh Dios de mi corazón, siempre y en todas las cosas con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas, y haz de mí, tu sierva y tu hija, lo que quisieres.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Repetiré muchas veces: *Dame, Señor, lo que mandas, y mándame lo que quieras, y te amaré con todo mi corazón.*

Meditación XLI (para el sábado)

Últimos latidos de un Corazón divino

Composición de lugar. Aplica tus oídos, y descansa sobre el Corazón de Jesús.

Petición. Ámete, Amado mío, más que a mí y a todas las cosas en Ti.

Punto primero. “Hijitos míos, como el Padre me amó, así os he amado; permaneced en mi amor... Si me amáis, guardad mis mandamientos; el que guarda mis mandamientos, ese es el que me ama, y el que me ama, será amado de mi Padre, y Yo le amaré y le

manifestaré a Mí mismo: si alguno me ama, guardará mis palabras, y mi Padre le amará, y ambos vendremos a Él, y haremos morada en Él... Si guardáis mis mandamientos permaneceréis en mi amor, como Yo guardé los preceptos de mi Padre y permanezco en su amor, así en el amor que me tiene como en el que Yo le tengo... Un mandamiento nuevo os doy; que os améis unos a otros como Yo os amé: y con esto conocerán que sois mis discípulos, si tuviereis amor unos con otros... Este es mi precepto; que os améis unos a otros como Yo os amé: ninguno tiene mayor amor que este, que es dar la vida por sus amigos... Estas cosas os mando, que os améis unos a otros"... ¡Oh, Amado mío y Amador de las ánimas, Cristo Jesús! ¡Ame a tu Padre celestial cumpliendo sus preceptos! Ámete como Tú me amas, y ame al prójimo como Tú le amaste, pues sin esto no puedo ser tu discípulo. Y pues me mandas que ame a tu Padre, a Ti y a mi prójimo, dame lo que me mandas, para que pueda amar como Tú quieres.

Punto segundo. "Hijitos míos, el que cree en Mí, hará las obras que Yo haga, y otras mayores, porque voy al Padre, y cualquier cosa que pidieréis al Padre en mi nombre, la hará, para que el Padre sea glorificado en el Hijo: y si me pidieréis alguna cosa en mi nombre también la haré... Si permaneciereis en Mí, y mis palabras permanecieren en vosotros, todo lo que quisieréis pediréis, y dárseos ha... De verdad, de verdad os digo, si alguna cosa pidieréis al Padre en mi nombre, Él os la dará: hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre: pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea lleno... Si vosotros, siendo malos, dais a vuestros hijos los bienes que habéis recibido, ¿cuánto más vuestro Padre celestial, que por naturaleza es bueno, dará su buen espíritu a cualquiera que se lo pidiere?... Tened fe de Dios, pues todo lo que pidieréis con esta fe, lo recibiréis... Yo os dejo la paz, Yo os doy mi paz; no os la doy como la da el mundo... Yo soy la vid verdadera, y vosotros los sarmientos, y mi Padre es el labrador: el que permanece en Mí, y en quien Yo permanezco, da mucho fruto, porque sin Mí nada podéis hacer... si alguno no permanece en Mí, será echado fuera como el sarmiento, y se secará; y le cogerán, y le echarán al fuego y arderá... En esto es glorificado mi Padre, en que deis muchísimo fruto, y seáis mis discípulos... Como mi Padre me ha amado, así os he amado Yo: permaneced en mi amor... Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que Yo os mando: ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; mas a vosotros os llamé amigos, porque os he manifestado todo cuanto vi de mi Padre... No me escogisteis vosotros, sino Yo a vosotros; y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca, a fin de que mi Padre os conceda todo lo que le pidieréis en mi nombre"... ¿Pueden darse palabras que inspiren más confianza y amor?... ¡Oh! No es posible.

Punto tercero. "Padre, llegada es la hora, clarifica a tu Hijo, para que tu Hijo clarifique a Ti... Esta es la vida eterna, que te conozcan por el solo verdadero Dios, y a quien enviaste, Jesucristo... Yo te he clarificado en la tierra, y acabado la obra que me encomendaste... Clarifícame, pues, oh Padre, cerca de Ti mismo, con la claridad que tuve cerca de Ti, antes que el mundo se hiciese... No ruego por el mundo, sino por estos que me diste, porque son tuyos... Padre Santo, en tu nombre y por tu gloria guarda estos que me diste, para que sean una sola cosa, como Yo y Tú lo somos... el mundo los aborrece, porque no son del mundo... no te ruego que los saques del mundo, sino que los libres del mal... Santifícalos en verdad; tu palabra es la verdad...

Así como Tú me enviaste al mundo, Yo los envío también al mundo. Yo me santifico a Mí mismo por ellos, para que ellos queden santificados en verdad... No ruego solamente por estos, sino por todos los que han de creer en Mí por medio de su palabra, para que todos sean una misma cosa; y como Tú, Padre, estás en Mí, y Yo en Ti, así ellos sean uno en nosotros, para que crea el mundo que Tú me enviaste... Yo en ellos, y Tú en Mí, para que sean consumados en la unidad, y conozca el mundo que Tú me enviaste; y que los has amado, como me amaste a Mí. Padre, quiero para los que me diste, que a donde Yo estoy, allí estén ellos conmigo, para que vean la claridad que me diste. Padre justo, el mundo no te ha conocido; mas Yo te he conocido, y estos han conocido que Tú me enviaste; y Yo les hice conocer tu nombre, y se lo haré conocer, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y Yo también en ellos"... ¡Qué corazón, hija mía! ¡Qué suspiros! ¡Qué latidos tan divinos! verdaderamente solo Dios puede hablar este lenguaje tan sublime... oye y medita estas palabras, y sea tan celestial doctrina la norma de tus pensamientos, deseos, amor y obras, y vivirás vida divina, vida del Corazón de Jesús.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. En todas las cosas procuraré conservar *la un unidad de espíritu en vínculo de paz y amor con mi prójimo.* Padre santo, consérvanos en unidad de fe y de amor a todos los hombres por Jesucristo Nuestro Señor.

Meditación XLII (para el domingo)

***Oración de Jesús en el huerto*²**

Composición de lugar. Contempla a Jesús sudando gotas de sangre, solo, en el huerto de Getsemaní.

Petición. Conozca, Jesús mío, la grandeza de vuestro amor y de vuestro dolor.

Punto primero Despierta y ven, alma mía a contemplar cómo la alegría de los cielos se entristece, y teme la fortaleza de Dios, y siente tedio y congoja mortal el que forma las delicias de los ángeles... Ven a acompañar en su soledad y agonía al que es la fuente de la vida y de la dicha... Bajo sombríos olivos... en la frondosidad de un huerto... verás al través de pálidos reflejos de la luna cómo ora, suda sangre y agoniza tu divino Redentor Jesús... y esto por tu amor... –Se aparta de la compañía de los apóstoles, y postrado en tierra ora con grandísima reverencia tres veces al Padre celestial diciéndole: “Padre, si posible es, traspasa de Mí este cáliz; mas no se haga como Yo lo quiero, sino como Tú”... Aprende de Jesús a orar con reverencia. ¿Lo haces tú así? – Tres horas ora Jesús, y se queja a los apóstoles que dormían, porque no habían podido a lo menos velar con Él una hora... Cuántas veces te reprende Jesús y te dice: “Hija mía,

² Como la meditación de la Pasión de Jesucristo es una de las más eficaces para amar a Dios y detestar el pecado, asegurando muchos autores que más gana un alma meditando con devoción media hora en la Pasión del Señor, que ayunando una semana a pan y agua; damos un poco más largas estas meditaciones, por si se desea pasar en cada una de ellas más días o una semana entera.

¿una hora, un cuarto de hora a lo menos no has podido acompañar mi soledad con tu oración?"... Consuela a Jesús en su soledad y agonía, para que nunca jamás en adelante te dirija esta sentida queja.

Punto segundo. A la tercera vez que oró el Señor fue puesto en tan grande agonía, que comenzó a sudar gotas de sangre, que corrían por todo su Cuerpo sacratísimo, hilo a hilo hasta caer en tierra... ¿Qué es esto, Jesús de mi alma?... No os azotan ahora los verdugos... ni os coronan los soldados... ni descubro clavos ni espinas que os hagan salir la sangre... ¿Por qué, Dios mío, este sudor de sangre, este dolor?... ¡Oh ánima mía! tus culpas son las espinas que le punzan... esos los verdugos que le atormentan... esa la carga tan pesada que le hace sudar este sudor... ¡Oh Corazón de mi amado Jesús! ¡Cuán caro te cuesta mi remedio y salud!... ¡Si a lo menos me aprovechase de ella, y esa sangre divina ablandase la dureza de mi corazón!

Punto tercero. Contempla el rostro de tu amado Jesús en este paso: aquella frente serena que esclarece la lumbre del cielo... aquella cara tan reverenciada de los ángeles, ¡cuán demudada está!... ¡Goteada y cubierta toda de sudor de sangre! Aquellos ojos tan hermosos y piadosos, ¡cuán desfigurados!... Mira a Jesús, alma mía, en este paso, y tórnale a mirar... mirarte ha Él con unos ojos tan hermosos y piadosos, que al cruzarse su mirada con la tuya te hará mucho bien... Dile: ¿Qué puedo hacer para consolarlos, Salvador mío?, ¿qué debo hacer?... ¡Estáis solo! ¿Admitiréis mi ruin compañía?... Sí, la admitirá Jesús, hija mía, si procuras secar las fuentes de su tribulación y de su dolor. Tus pecados y los de todo el mundo... el olvido y desagradecimiento de tantas almas, que no habían de reconocer este beneficio, ni querer aprovecharse de tan costoso remedio: he ahí las causas de la agonía de Jesús... ¿Puedes tú hacer conocer y amar a Jesús, salvar muchas almas? Pues con eso complacerás y consolarás al divino Redentor.

¡Oh Jesús mío! Quiero de veras enjugar vuestro sudor, aliviar vuestros dolores, trabajando con mis oraciones y buen ejemplo en la conversión y santificación de las almas... No quiero que vuestra sangre caiga en el suelo; caiga mejor en la tierra de nuestros corazones, para con ella ablandar su dureza y convertirlos a Vos. Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Procura todas las noches al acostarte pensar unos momentos en este paso de la agonía de Jesús en el huerto, rezando un *Padre nuestro* por los agonizantes. Repite entre día muy a menudo, a lo menos cuando dan horas: *Corazón de Jesús puesto en agonía, apiadaos de los que mueren en este día. –Corazón de Jesús agonizante, apiadaos de los que mueren en este instante.*

SÉPTIMA SEMANA

Meditación XLIII (para el lunes)

Traición de Judas. –Negación de san Pedro

Composición de lugar. Oye cómo Jesús dice a Judas al besarle: “Amigo, ¿a qué has venido?”

Petición. Jesús mío, quiero primero morir que seros traidora.

Punto primero. Dos discípulos, hija mía, afligieron sobremanera el Corazón de Jesús en su Pasión: Judas vendiéndole, y Pedro negándole. Como el diablo hubiese puesto ya en el corazón de Judas Iscariote el designio de entregar a Jesús, fue Judas a hablar con los príncipes de los sacerdotes y ancianos del pueblo sobre el modo con que se lo entregaría, y ellos se alegraron mucho oyéndole, y le prometieron dinero, y como era avaro, díjoles: “¿Qué queréis darme, y yo os lo entregaré?” Y ellos convinieron con él en treinta monedas de plata, y Judas les dio su palabra, y desde entonces esperaba oportunidad de entregarles a Jesús sin ruido... Y estando Cristo nuestro Señor en el huerto con sus once apóstoles, llegó Judas con un escuadrón de soldados con su tribuno, y con otros magistrados y ancianos, y muchos criados de los Pontífices y fariseos, a los cuales dijo Judas: “A quien yo besare, ese es Jesús; prendedle, y llevadle con cautela”. Y acercándose a Jesús, besole, y díjole: “Dios te salve, Maestro”. El Señor le respondió: “Amigo ¿a qué has venido? ¿Y cómo, Judas, con un beso entregas al Hijo del hombre?”... Pondera y detesta, hija mía, la enorme perfidia de Judas traidor. Mira a lo que conduce una pasión no reprimida; cómo busca lograr su perverso intento aun fingiendo amistad... Admira la caridad y mansedumbre de Jesús, sus trazas amorosas por convertir a este traidor... No tiene asco de que boca tan maldita llegue a su divino rostro, y le llama amigo, y le nombra por su nombre para que se convierta y se ablande aquel corazón duro... ¡Oh dulcísimo Jesús!, ¡cómo no admitirás mis lágrimas y besos, aunque pecadora, pues admitiste no solo los de la Magdalena arrepentida, sino los de Judas traidor!... Bendita sea tan infinita misericordia.

Punto segundo. San Pedro, elegido por Jesucristo para cabeza y fundamento visible de su Iglesia, para vicario suyo, uno de los apóstoles más animosos y amantes del Señor, que blasonaba que no se escandalizaría aunque todos se escandalizasen, y estaba dispuesto a ir con Jesús a la cárcel y aun a la muerte y dar la vida por Él; no obstante, le niega tres veces como Jesús le había predicho, y fue de esta manera... Después que hubo cortado Pedro la oreja de un siervo del pontífice llamado Malco, que era de los que fueron a prender a Jesús, y haber dado permiso Jesús para que le prendiese, porque era arribada la hora y el poder de las tinieblas; viendo los apóstoles lo que pasaba, que prendían a su Maestro, todos huyeron, dejándolo solo en manos de sus más fieros y encarnizados enemigos. Mas después que todos los apóstoles huyeron, Pedro volvió a seguir a Cristo, pero desde lejos, y con Él iba otro discípulo, el cual por ser conocido del pontífice entró dentro del patio, y entrando también Pedro, se juntó con los demás criados al fuego, porque hacía frío. —A esta sazón llegó una mujercilla, criada del pontífice y portera de la casa; la cual, mirando a Pedro y reconociéndole por discípulo de Cristo, dijo a los que estaban allí: “este con Jesús andaba”. Y volviéndose a Pedro, dijo: “¿Por ventura tú no eres discípulo de este hombre? Sin duda; tú con Jesús Nazareno estabas”. Respondió Pedro: “No soy su discípulo, ni le conozco, ni sé lo que dices”... Viendo a Pedro otra criada, dijo: “Este estaba con Jesús Nazareno”. Y negó otra vez con juramento, diciendo: “No conozco tal hombre”. Y los que estaban al fuego

decían a Pedro: “Tú eres uno de ellos, porque eres galileo, pues tu lenguaje te descubre”. Otro decía: “Yo le he visto en el huerto con Él”. Entonces Pedro volvió a negar, y a maldecir y a jurar, diciendo: “yo no conozco a este hombre que decís”. Y en seguida cantó el gallo segunda vez, y al mismo tiempo, volviendo el Señor sus ojos a Pedro, mirele, y acordándose Pedro de lo que Cristo le había dicho, saliose afuera, y lloró amargamente...

¡Ah, hija mía! ¿Quién no temblará al ver caer a la voz de una mujercilla a la principal columna de la Iglesia?

Punto tercero. Pedro, por la secreta presunción y confianza que tenía de sí mismo, por haber seguido de lejos a Cristo y haberse entibiado en su fervor, y por meterse en ocasiones de pecar y malas compañías, niega a su Maestro con juramento y maldición, y en castigo de sus tres presunciones permite Dios las tres negaciones... Mas, ¡cuán poderosa es la mirada con piedad de Cristo, hija mía! Ella convirtió a Pedro, y le hizo llorar amargamente su pecado toda la vida, en tal grado, que se dice de él que tenía los lagrimales de sus ojos surcados y cavados por la muchedumbre de las encendidas lágrimas que por ellos vertía... ¡Oh, Jesús mío! Ya que por mi cobardía, respetos humanos, presunción y flaqueza os he negado, peor que Pedro, tantas veces, dadme gracia para llorar amargamente mis pecados, y alcanzar de ellos completo perdón y no ofenderos más.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Temeré los pecados de malicia, mirando el fin desastroso de Judas, y me animaré a alcanzar misericordia con la conversión de san Pedro.

Meditación XLIV (para el martes)

Jesús ante Anás, Caifás y Pilato. –Silencio de Jesús

Composición de lugar. Contempla a Jesús callado delante de los jueces.

Petición. Dadme, Jesús mío, imitar vuestro silencio y virtud.

Punto primero. Ven, hija mía, a contemplar un espectáculo el más cruel y desgarrador que han presenciado los siglos; verás a un inocente castigado, a un varón santísimo y justísimo condenado con sentencia injustísima, cruelísima y afrentosísima. Después que el buen Jesús fue llevado a casa de Anás, y recibió la afrentosa bofetada de un siervo del pontífice por su respuesta mesurada; después de ser llevado a casa de Caifás, sumo pontífice aquel año, y callar Jesucristo a las acusaciones que se le dirigían; después de recibir aquella noche sangrienta toda clase de injurias y tormentos, como fue escupirle en el rostro aquella chusma de soldados y pueblo y ministros de Satanás; vendarle sus divinos ojos para más a salvo herirle y escarnecerle; herirle con las manos, ya dándole puñadas y golpes en la cabeza y en el rostro, pecho y espalda, con gran rabia y porfía, ya con las palmas dándole de bofetadas, que es más ignominioso; mesarle las barbas y arráncarle los cabellos con crueldad excesiva, decirle palabras

afrentosas cuando le daban bofetadas y puñadas diciéndole: “Profetízanos, Cristo, ¿quién es el que te hirió?” y otras muchas blasfemias, las cuales dejan los sagrados evangelistas a nuestra consideración; después de irse a reposar los príncipes y sacerdotes dejando al mansísimo cordero Jesús atado en aquella sala a merced de lobos carnívoros, hecho el Hijo de Dios gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desecho de la plebe, harto de penas y lleno de oprobios y de desprecios; llevaron a Jesús atado, luego en siendo de día a Poncio Pilato, presidente, por medio de las calles de Jerusalén, con grandes voces y alaridos... Judas, al ver esto, pesole de lo que había hecho, y fue al Templo, y dijo a algunos sacerdotes: “Pequé entregando la sangre del Justo”. Ellos respondieron: “¿Qué se nos da a nosotros de eso? Miráraslo primero”... Esto mismo dice el diablo al pecador después de su pecado. Y Judas, arrojando los dineros en el Templo, fuese y ahorcose. ¡Qué fin, hija mía, tan desgraciado! Es el que merecía su obstinación.

Punto segundo. Presentado Cristo Jesús ante Pilato en su pretorio, salió el presidente y preguntó a los judíos: “¿Qué acusación traéis contra ese hombre?” Ellos respondieron: “Si no fuera malhechor no lo entregaríamos a ti”... Así es juzgado el santo de los santos, y calla. “Tomadlo y juzgado según vuestra ley.” “A nosotros, dijeron los judíos, no nos es lícito matar a alguno”. Entonces le comenzaron a acusar diciendo: “Lo hemos cogido alborotando a la gente con mala doctrina, prohibiendo dar el tributo al Cesar, y diciendo de sí ser Cristo-Rey”. Le imputan falsamente tres crímenes públicos los más odiosos y calumniosos. Mas sabiendo Pilato que por envidia le habían entregado, dijo a los judíos: “Yo no hallo en Él ninguna causa para condenarle”... No obstante, perseverando en acusarle los sumos sacerdotes, Cristo no respondía, y díjole Pilato: “¿No ves de cuántas cosas te acusan y cuántos testimonios dicen contra Ti? ¿Cómo no respondes algo?” Con todo esto Jesús no respondía palabra, sino callaba, de modo que el presidente se admiró vehementemente... ¡Oh hija mía! admira el silencio de Jesús. Admirable es Jesús por su mansedumbre, admirable por su paciencia y sufrimiento, pero no sé si es más admirable por su silencio.

Punto tercero. Las acusaciones eran muchas y falsas, en cosas gravísimas y de gravísima deshonra, opuestas por personas de mayor calificación, para condenarle a muerte la más cruel e ignominiosa. El juez le provocaba a dar su descargo, porque conocía su inocencia y quería darle libre; mas Jesús, calla, nada responde... No temía Jesús la deshonra, los tormentos y la muerte, pues ni aun hablar quiso para defenderse de ella, y esto admiró a Pilato, y te ha de admirar a ti, hija mía, que como hija de Eva, sabes maravillosamente excusarte y defender tus culpas... Menester era tal silencio de un Hombre Dios para castigar tu parlería, para darte ejemplo eficaz de callar, sufriendo con paciencia las injurias... ¡Oh mi amado Jesús! Pon guarda a mi boca, y puerta muy justa a mis labios, y no permitas que mi corazón se incline a palabras de malicia para dar vanas excusas de mis pecados. Y ya que nunca me pueden culpar sin culpas como a Ti, oh silencioso e inocente Jesús, cuando las malas lenguas se levanten contra mí callaré y enmudeceré, humillándome para que me perdones mis pecados de lengua tantos y tan graves.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. No hablaré sin pensarlo bien y encomendarlo antes de veras al Señor.

Meditación XLV (para el miércoles)

Jesús presentado a Herodes. –Flagelación de Jesús

Composición de lugar. Mira a Jesús tratado como loco. Mírale azotado.

Petición. ¡Oh Jesús mío adorado! ámeos con todo mi corazón.

Punto primero. Después que Pilato mandó a Jesús atado a Herodes para que conociese la causa por ser de Galilea, hízole este muchas preguntas, y a ninguna respondió Jesús, a pesar de que los príncipes de los sacerdotes y escribas estaban allí acusándole pertinazmente... Así, callando, castiga Jesús la curiosidad pueril de un hombre soberbio, voluptuoso y cruel. –Y viendo Herodes que Cristo no le hablaba, despreciele con su ejército, y burlando de Él, vestido con una vestidura blanca, le remitió a Pilato... ¡Oh humildísimo Jesús! ¿Quién deseará ser tenido por cuerdo y sabio, viéndote a Ti tenido por loco? ¡Oh, verdaderamente eres loco, pero loco de amor por los hombres que así te enloquecen y burlan!

Punto segundo. Pilato, queriendo libertar a Jesús, propuso, según costumbre, dejar libre a Barrabás, infame ladrón y homicida, o a Jesús, y les dijo: “¿A quién queréis que os suelte, a Cristo o a Barrabás?” El pueblo, sobornado y persuadido por los sacerdotes y ancianos, todos con gran clamor dijeron: “Quita la vida a Jesús y suéltanos a Barrabás; no queremos sino a barrabás”. ¿Quién fiará del juicio de los hombres, que tan presto se muda?... ¡Oh amantísimo Jesús! Verdaderamente sois reputado por el más vil y desechado de la plebe... “¿Qué he de hacer de Jesús?” replicó Pilato por tercera vez: y el pueblo clamaba, levantando cada vez más el grito: “¡Crucifícale, crucifícale!”... ¡Cuántas veces, hija mía, has dado tú también estos gritos desaforados y rabiosos, y has preferido a Barrabás, el pecado a Jesucristo! ¡Qué villanía! ¡Qué maldad!

Punto tercero. Viendo Pilato la pertinacia del pueblo en pedir que Cristo fuese crucificado, dio contra Él la primera sentencia, que fuese azotado, entregándolo a los soldados, para que luego la ejecutasen, después de confesar su inocencia, como tantos falsos cristianos que oprimen o permiten sean oprimidos los inocentes, queriendo complacer a Dios y a los hombres... Mira a este manso Cordero en manos de los verdugos... le entran en una sala, le despojan de sus vestiduras, hasta la túnica inconsútil, y le atan a la columna para desollarle vivo con crueles azotes... ¡cómo se burlan al verle desnudo!, ¡qué confusión para el castísimo y modestísimo Jesús!... ¡qué crueldad despliegan los sayones! Cuatro son los que se renuevan a menudo, y renuevan su fiereza instigados por los sacerdotes, por el demonio, por la masedumbre y silencio de Jesús... Los instrumentos del castigo son varas verdes llenas de espinas, y ramales tejidos de nervios de bueyes, con abrojos de hierro al remate de ellos, y unas cadenillas de hierro que penetraban hasta los huesos... El cuerpo de Jesucristo es tierno y delicado, y muy sensible y muy quebrantado con el

sudor de sangre que precedió, y con el trabajo de la noche y aquel día. El número de azotes pasa de cinco mil... ¡Oh pacientísimo Cordero! Mis pecados y los de todo el mundo, innumerables y gravísimos, y el deseo vehementísimo de satisfacer abundantísimamente por todos los pecados del mundo, exigían que los azotes con que se pagaban al Eterno Padre nuestras deudas, fuesen innumerables y cruelísimos... ¡Oh Padre Eterno! Yo soy el culpable: castigad mis pecados, descargando sobre mis espaldas pecadoras los azotes, y no sobre el inocentísimo Jesús. Misericordia y perdón para este pobre pecador.

Punto cuarto. Aplica tus sentidos, hija mía en este paso. Contempla la soledad de Jesús... cómo no hay quien de Él se duela y compadezca... Mírale como por todas partes se va desangrando y enflaqueciendo... Pondera cómo arañan los pecadores sobre sus espaldas, y surcan su carne los azotes hasta penetrar en lo interior de ella... Considera todo su cuerpo hecho una llaga desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza... Mira su sangre, que por todas partes se derrama... oye el chasquido de los azotes, el clamor de los verdugos... Escucha el silencio de Cristo, que habla con más elocuencia que todos los discursos... Toma los azotes teñidos con sangre divina, siente las punzadas de las varas, los golpes, los cardenales y las heridas... besa la tierra bañada con la sangre de tu Creador... recoge con suma veneración los pedazos de piel y de carne del divino Jesús esparcidos por el suelo con los azotes... abraza aquella santa columna esmaltada con la sangre del Hijo de Dios... percibe el olor y gusta estas bodas que elevan al cielo olor de suavidad con toda clase de virtudes, sobre todo de paciencia, mansedumbre, fortaleza, humildad, amor... ¡Oh Padre Eterno!, ¿por qué consientes que tu Hijo sea tratado como ladrón, despreciado y el más abatido de los hombres, varón de dolores, y le tengamos por leproso y herido de Dios? ¡Oh el más hermoso de los hijos de los hombres, mi enamorado Jesús!, ¿quién te ha quitado la figura bellísima que tenías?... ¡Oh resplandor de la gloria del Padre!, ¿quién oscureció la lumbre de tu rostro y de tus ojos hermosos y piadosos?... Ya lo veo, Señor; fuiste llagado por mis maldades, molido por mis delitos: el castigo causador de nuestra paz descargó sobre Ti, y por tus llagas hemos sanado todos. Yo soy, pues, quien pecó; este Cordero ningún mal ha hecho: conviértete, oh Padre Eterno, tu mano contra mí, descarguen los azotes contra mis espaldas, porque muy justo es que pague la pena quien cometió la culpa.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Tomaré una disciplina los viernes, o haré otra penitencia en satisfacción de mis pecados y en unión de lo que padeció Jesús inocente por mí, pecadora, ingrata y ruin.

Meditación XLVI (para el jueves)

Coronación de espinas

Composición de lugar. Contempla a Jesús coronado de espinas que te dice: "Mira cuánto te amo."

Fruto. Ámete yo, Dios mío, con todo mi corazón.

Punto primero. Poco fue para Cristo el padecer los sufrimientos comunes y ordinarios, y así para expiar y refrenar el deseo desordenado de inventar nuevos modos de entregarse a los placeres, quiso inventar nuevos modos de padecer por ellos y derramar sangre. Por sugestión del demonio sin duda, los soldados convocan a toda la cohorte para que asistiese a la burla o farsa de la coronación de espinas, con el fin de que fuese la afrenta y el escarnio mayor.

¡Oh alma mía! a vista de Cristo coronado de espinas busca tú nuevos modos de agradecerle y de padecer por Él... Desnúdanle de sus sagradas vestiduras pegadas a sus llagas. ¡Qué dolor! Y le visten por escarnio una vestidura que llaman clámide, de grana o púrpura, que solía ser vestidura de los reyes, para motejarle de rey falso y fingido... Pónenle una corona tejida de agudas espinas, que cubría toda su cabeza; y como eran muchas y muy agudas, rompían la cabeza y sacaban la sangre que los azotes habían dejado en aquella más noble parte del cuerpo, y corriendo hilo a hilo por el rostro y por los ojos, los afeaba y enturbiaba, atormentando el sagrado cerebro y las sienas con grandísimo dolor... Pónenle esta corona de ignominia, como reyecillo falso, como Dios fingido y como triunfador vano... ¿Quién podrá ponderar el dolor de Jesús en este paso?... ¿Quién medir su afrenta?

Punto segundo. Levántate, alma mía, en espíritu, y como una de las hijas de Sión, sal a contemplar a este verdadero rey Salomón, con esta cruel corona que le ha puesto su madre o madrastra la Sinagoga, ataviándole con ella para los desposorios que ha de celebrar en este día en el tálamo de la cruz... Mira, hija mía, a tu Rey celestial, cuyo reino no tendrá fin, cómo tiene puesta también en su mano derecha en lugar de cetro una caña por escarnio, y para mostrar que su reino era hueco y vano, y que era rey de palillos y movedizo como caña, y falto de juicio en llamarse rey, y en desprecio de las palmas y ramos de árboles que llevaba el pueblo al solemnizar cinco días antes su entrada en Jerusalén... Pondera cómo Jesús recibe la caña, y la conserva con su benditísima mano como enseña de su gloria que le proporcionaban estos desprecios, para mostrarte estima grande de los desprecios, y que si quieres reinar con Cristo has de padecer antes ignominias y desprecios por Él.

Punto tercero. A estas injurias añaden otra mayor, hincando la rodilla delante de Jesucristo sentado, adorándole por escarnio y diciéndole: “Dios te salve, Rey de los judíos”... Así le adoran los impíos, los sacrílegos, los hipócritas, cuya religión es un insulto, no un sacrificio grato a Dios... Con la injuria de palabra cada soldado juntaba una injuria de obra. Unos le daban bofetadas en el rostro; otros le escupían en la cara, afeándose con sus asquerosas salivas; otros, por fin, tomaban la caña, y con ella herían la cabeza de Jesús enclavándole más las espinas... Estos tormentos quiso sufrir Cristo segunda vez de los gentiles, en casa de Pilato, como primero de los judíos en casa de Caifás, porque por todos venía a padecer, a todos venía a salvar... Adora tú, hija mía, en espíritu y en verdad, con toda tu alma a tu Rey, Cristo Jesús, Rey de los ángeles y de los hombres... Dile de corazón: Dios te salve, Rey de los judíos y de los gentiles. Rey del cielo y de la tierra. Rey de mi corazón: viva Jesús, mi Rey y Señor... Yo te adoro y te saludo con todas las veras de mi corazón, con los ángeles del cielo, Rey inmortal. Bien está la corona de espinas al Rey de las almas atribuladas... bien sienta el

centro de caña en manos del Rey, que muestra su poder subyugando al universo con la debilidad y no con la fuerza... Bien viste manto de púrpura el Rey que establece y propaga y conserva su reino, no derramando sangre ajena, sino la suya propia... ¡Oh alma mía! gózate que tal sea tu Rey, y sírvele no como los soldados viles, por la paga, sino como los nobles, de balde, puede sobrada paga es ser soldado de un Rey a quien el servir es reinar... ¡oh Jesús mío! Reina en todos los entendimientos por fe, en todos los corazones por amor, y en todas las almas eternamente por lumbre de gloria en el cielo. Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. En la tentación y cuando oyere blasfemar de mi Rey Cristo Jesús, exclamaré en alta voz: *¡Viva Jesús, mi amor: Viva Jesús, mi rey y Señor!*

Meditación XLVII (para el viernes)

Del Ecce Homo

Composición de lugar. Contempla al *Ecce Homo*, que te dice: “¡Cuánto me cuesta tu amor, hija mía!”.

Petición. Detesto el pecado, Dios mío, y os amo con todo mi corazón.

Punto primero. Pilato, viendo a Jesús tan mal tratado y desfigurado, juzgó que con solo mostrarle al pueblo aplacaría su furor. Salió, pues, Pilato afuera otra vez, y les dijo: “Ved aquí que os lo trigo afuera, para que conozcáis que no encuentro en Jesús delito alguno”. A esa sazón salió Jesús a vista de todo el pueblo, vestido con la púrpura y coronado con las espinas... ¡Qué vergüenza para Jesús al verse en aquel traje tan abatido delante de todo el pueblo y aquella horrenda figura! Y Pilato les dijo: *Ecce Homo.* Ved aquí al Hombre... Mira, hija mía, a este Hombre Dios, afeado con salivas, llagado con azotes, acardenalado con bofetadas, vestido con vestiduras de escarnio, y coronado con corona de dolor e ignominia... por tu amor. Mírale, hija mía, y tórname a mirar, porque tiene tanta eficacia la mirada con piedad de Cristo, que si te mira y le miras, en verdad te encenderás en su amor... Mírale bien, que aunque está tan afeado que no hay cosa que se pueda ver en Él ni desear, no obstante es el más hermoso de los hijos de los hombres... ¡Oh Hombre, más que hombre, honra del linaje humano, Salvador, Redentor y glorificador de los hombres! Yo te adoro, te honro y glorifico como a Dios único y verdadero... seas, oh Jesús Hombre Dios, mi salvación y mi gozo eternamente.

Punto segundo. *Ecce Homo*, veis aquí, al Hombre, clama a la vez el Eterno Padre. Veis a mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas todas mis complacencias... Veis a mi imagen, a mi Verbo, figura de mi sustancia, que sostiene todas las cosas con la virtud de su palabra; por quien han sido hechas todas las cosas, esplendor de la gloria eterna, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero... Primogénito ante toda criatura... Este es el Hombre que padece, por vosotros hombres, porque os ama con infinito amor... He aquí al Hombre salvador del hombre, imagen del hombre perfecto que ha de reinar en

el cielo eternamente... Ved a mi Hombre, pero que es más que hombre, que es Hijo de Dios vivo, Mesías prometido en la ley, cabeza de los ángeles y de los hombres, amador de los hombres y su consolador, camino, verdad y vida... Adórenle, alábenle, sírvanle y denle millones de gracias todos los hombres, pues por solo amor de los hombres, y por pagar sus deudas, abrirles el cielo y librarles del infierno, ha tomado esta figura tan dolorosa y lastimosa... Ved aquí al Hombre maestro de todas las virtudes... Ved al Hombre humilde entre tantos desprecios, pobre en tanta desnudez, manso entre tantas injurias, paciente en tan terribles dolores, modesto entre tantos blasfemadores, obediente entre tantos perseguidores, amante y enamorado en medio de tantos que le aborrecen, le afrentan, le calumnian... Ved ahí al Hombre dechado de todas las virtudes que predicán su inocencia, demuestran su divinidad, autorizan su persona... Escucha, hija mía, escucha la voz del Padre celestial. Mira con fe, compasión y amor a este Hombre Dios; imítale, pues solo conformándote con la imagen de este Hombre serás reconocida por hija de Dios.

Punto tercero. A estas palabras de Pilato y a la vista de Jesús coronado de espinas, respondieron todos con grandes voces, y los pontífices y los ministros: “¡Crucifícale, crucifícale!”. Amedrentado Pilato porque le decían que si soltaba a Jesús no era amigo del Cesar, sacó segunda vez a Cristo Nuestro Señor afuera, y díjoles: “Mirad a vuestro Rey: *Ecce rex vester*”. Los pontífices respondieron a esto: *tolle, tolle; crucifige eum*: “Quítale, quítale de ahí; crucifícale”. Dijo Pilato: “¿A vuestro rey tengo que crucificar?” Respondieron ellos: “No tenemos otro rey sino a Cesar”... ¡Qué provechosa materia para largas meditaciones, hija mía! Pilato dice a los judíos que miren aquel pobre miserable que con la corona, cetro y púrpura que trae solo puede ser rey de farsa y de burla; más Jesús te dice: “He aquí a tu Rey, manso y humilde, dadivoso y amoroso, que por tu amor se disfrazó de rey de burla”... Mira a tu Rey, cuyo reino no tendrá fin, Rey del cielo y tierra, Rey de gloria y de todos los siglos... ¡Oh alma mía, adora y bendice a tu Rey Cristo Jesús, y clama: Viva Jesucristo mi Rey eternamente!

Punto cuarto. Pondera la rabia increíble de esta gente, que ni aun ver a Cristo querían, y por eso grita: “Quítale de ahí” como si dijeran: Crucifícale de una vez, y no le vean más nuestros ojos, para que de una vez se acabe. ¿Y por qué esto? porque su vida es muy desemejante y condena la nuestra. Pesada es, hija mía, la vista de Jesús para los malos; mas muy apacible para los buenos... Contempla por fin, hija mía, la ceguera y perversidad de esta gente, que dejan a su verdadero Rey y Padre, y en odio de Cristo escogen y aceptan por rey al tirano que les quitaba sus haciendas y su libertad, y en castigo de esta enorme maldad permitió el Señor que perdiesen al verdadero Rey y Mesías, y que el rey terreno que escogiesen se volviese contra ellos, y los asolase y destruyese... ¡Oh perfidia y perversidad del pueblo judío! ¡Cuán cara te cuesta! –Mas tú también has imitado tan pérfida conducta cuantas veces dejaste al Rey del cielo por el de la tierra, y por puntos de vana honra e interés, viviendo como si no tuvieses otro rey que a Cesar... ¡Oh Dios de mi corazón! cuando era del mundo decía que no tenía otro rey que mis pasiones; mas ahora, Señor, digo que solo Vos sois el rey de mi alma, de mi voluntad y de todos mis afectos... No quiero otro Rey ni Cesar sino a Cristo, a quien deseo servir y obedecer de todo corazón... Me pesa de todo corazón por las veces que os he dejado y os he ofendido, más insensata y pérfida que los judíos, Jesús

mío... no reconozco otro Rey que a Vos, rey de reyes y Señor de los que dominan, a quien sea honra y gloria por los siglos de los siglos. Amén. Amén. ¡Viva Jesús mi Rey!

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Haz cuenta que el *Ecce Homo* te dice: *aquí tienes a tu Redentor que te pide toda tu confianza; tu Jesús que te pide todo tu amor; tu Rey y Modelo que te pide tus servicios e imitación.*

Meditación XLVIII (para el sábado)

Sentencia de Cristo. Cómo llevó nuestro Señor la cruz a cuestas.

Composición de lugar. Contempla a Jesús fatigado con la cruz a cuestas.

Petición. ¡Ámeos yo, Señor, en todos mis trabajos! y diga: Todo por Jesús.

Punto primero. Viendo Pilato que nada aprovechaba, sino que crecía el tumulto, habiéndose sentado en su tribunal para sentenciar a Cristo, envíele su mujer un recado que decía: “No te metas en la causa de este Justo, porque muchas cosas he padecido hoy con visiones por Él”. Mas Pilato pidió agua, y delante de todo el pueblo lavó sus manos diciendo: “Inocente soy de la sangre de este Justo; vosotros mirad lo que hacéis”. Todo el pueblo respondió: “Su sangre venga sobre nosotros y sobre nuestros hijos”. Entonces Pilato juzgó que se debía cumplir la demanda del pueblo, y entregó a Jesús a su voluntad, para que hicieran lo que querían... Mira en Pilato, hija mía, a un juez corrompido por respetos o temores humanos; sabía de cierto que era inocente Jesús, y lo proclamó hasta el último instante; sabía que por envidia le habían entregado; su mujer además le avisa secretamente que no se meta en la sangre de aquel Justo; pero cobarde, contemporalizador, tímido, fue poco a poco violando la justicia hasta parar en deicida... ¡Oh cuántos males causa el temor y respeto humano! Para que escarmientos, solo a Pilato se recuerda en el *Credo* y se nombra... Ten, hija mía, como católica y española e hija de María y de Teresa de Jesús, ten carácter y firmeza en la fe, en la verdad, en la justicia; lucha por ellas, y rompe con todos, cuando hayas de faltar contentando a las criaturas con mengua del Creador. Sé varonil y esforzada. *Húndase el mundo antes que ofender a Dios.*

Punto segundo. Oída y aceptada la sentencia por Jesús, quítanle los soldados las vestiduras de burla y le visten las suyas propias, para que de todos sea conocido; quítanle la caña y cárganle con la cruz, para que deje de representar el papel de rey, y represente el de ladrón y malhechor; y para que sea mayor su ignominia sacan de la cárcel dos ladrones para que fuesen con Jesús por el camino y muriesen juntos... ¡Oh hija mía! entra en el Corazón de Jesús, y verás con qué afecto de amor inmenso acepta la sentencia de muerte y recibe la cruz. ¡Cómo se regalaría a la vista de la cruz! Tanto a lo menos cuanto amó la pena y aborreció la culpa; y mejor que su discípulo Andrés, diría: “Dios te salve, cruz preciosa, que por tantos años has sido deseada por mí con gran deseo, amada con gran solicitud y buscada con gran continuación, aparejada para el que desea verse contigo; ven y abrazarte he con mis brazos, porque me has de

recibir en los tuyos; ven y te daré un beso de paz, porque tengo que reclinar en ti mi cabeza, y dormir sobre ti en paz el último sueño de la muerte”... Con esta ternura, hija mía, abrazaría nuestro Salvador la cruz y la besaría, y la tomaría en sus manos, y la pondría sobre sus afligidos hombros. ¡Oh dulcísimo Jesús! Ya que soy hija de la cruz, dame gracia para que la mire con estos ojos, y la abrace con este abrazo, y la bese con este beso, y la lleve con este amor, gloriándome solo en la cruz y en mi amado Jesús que en ella se puso. Amén.

Punto tercero. Cargándose Jesús la cruz salió caminando hacia el Calvario en medio de dos ladrones o facinerosos con voz de pregonero que publicaba sus delitos, y con grande griterío del pueblo y concurso innumerable de gente... La cruz era pesadísima, y por lo mismo exprimiría con su peso la sangre que quedaba aún en las venas de Jesús, regando las calles con la que corría de sus llagas... La cruz era dolorosísima, porque tenía que llevarla sobre sus hombros llagados, y por estar el cuerpo muy flaco y debilitado por los tormentos... menester eran hombros de Dios para llevarla, porque el Señor puso sobre Él la maldad de todos nosotros. ¿Quién podrá imaginar los efectos del Corazón de Jesús camino del Calvario?... ¡Oh, en el cielo lo verás, hija mía!

Echan mano de Simón Cirenense para ayudar a llevar la cruz a Jesús; porque temían que se les muriese en el camino y no pudiesen saciar su sed rabiosa de verle morir en la cruz... Nadie quiere la cruz de Cristo. Los judíos la tienen por maldición, los gentiles por afrenta, los amigos de Cristo, acobardados por el miedo, no se atreven. Solo este extranjero merece esta distinción... Todos los fieles han de llevar la cruz, hija mía, detrás de Jesús... esto es inevitable. Llevarla por Jesús es obligatorio, llevarla después de Jesús es glorioso, llevarla con Jesús es la suma felicidad... ¿Cómo la llevas tú?... ¿La llevas tal vez arrastrando? ¡Qué infelicidad!

Seguía a Jesús gran muchedumbre del pueblo y de mujeres llorando y lamentando, y volviéndose a ellas les dijo: “Hijas de Jerusalén, no queráis llorar sobre Mí, sino sobre vosotras y sobre vuestros hijos, porque vendrá tiempo en que se dirá: Bienaventurados los vientres que no concibieron y los pechos que no criaron... porque si en el madero verde se hace esto, ¿qué se hará en el seco?”... ¡Oh Corazón compasivo de mi adorado Jesús, que te olvidas de tus tormentos por consolar a las devotas mujeres que se compadecían de Ti! Enséñame a llorar sobre Ti y sobre mí: sobre Ti por lo que padeces por mí; sobre mí por lo mucho que pequé contra Ti... Llore yo mis pecados y los de mis prójimos, y alivie tu cruz y tus dolores con mis buenas obras. Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Al considerar al Señor con la cruz a costas, me acordaré del encuentro de Jesús con su Madre, y les consolaré con mi amor.

Meditación XLIX (para el domingo)³

³ En esta meditación puede emplearse con gran provecho una o más semanas.

Crucifixión de Cristo Nuestro Señor

Composición de lugar. Mira a Jesús pendiente de la cruz... oye a Jesús cómo clama... considera cómo muere.

Aviva tu fe, alma mía y representate en medio de tu corazón la dolorosa escena del Calvario. Después de desnudar a Jesús con la mayor crueldad, y darle vino mirrado, que no quiso beber, clavan sus pies y manos los sayones en la cruz, y la levantan en alto, dejando caer de golpe la cruz en el hoyo, estremeciéndose todo el cuerpo con grandísimo dolor... Jesús está en alto clavado en la cruz, como Maestro en su cátedra... Su Madre dolorida en pie a un lado con María Magdalena... y san Juan al otro lado... Levántate también tú, alma mía, en alto con tu Señor y Maestro: puesta a los pies de la cruz, levanta los sentidos y los afectos de tu corazón, para enclavarlos con Jesús en la cruz, para conocer y penetrar todo lo que allí hace y representa.

Vide pendentem. –Audi clamantem. –Considera morientem

Vide pendentem. Mira a Jesús pendiente de la cruz. Óyele cómo clama. Considera cómo muere. Mira pendiente de la cruz a Jesucristo. Consideráronme y miráronme... Desde la planta del pie a la coronilla de la cabeza no tiene parte que no esté llagada... Su cabeza, coronada con agudas espinas, no tiene dónde reclinarse: ¡qué dolor!... Sus manos, sujetas con duros clavos... se le están rasgando con el peso del cuerpo...; las heridas de los pies se van abriendo... y dilatando con la carga del cuerpo...; los miembros descoyuntados... los huesos desencajados... las venas agotadas por los arroyos de sangre que salían de sus llagas...; los labios secos...; la lengua amargada, y todo Él despedazado... ¡Varón de dolores, su lecho de descanso es el duro leño de la cruz! ¡Cuántos tormentos en uno!... Mira, hija mía, que no hay dolor comparable a este dolor... La compañía de los ladrones, el título irrisorio de la cruz dado por Pilato...; la repartición y sorteo de sus vestiduras entre los soldados...; el lugar infame...; el tiempo de la Pascua...; la hora del mediodía...; el concurso inmenso de gente de todas las partes del universo que presencian su suplicio...; su vista atormentada por la presencia de los soldados, verdugos, judíos, pontífices y ancianos, de la multitud inmensa que le está contemplando... Ve los meneos de los que le insultan, burlan y mofan... Ve a su Madre, al discípulo amado, a María Magdalena al pie de la cruz... Ve a los otros amigos y conocidos que miran de lejos... y todos aumentan maravillosamente su tormento y su dolor... Oye Jesús los sollozos y gemidos de sus pocos amigos, los alaridos y clamores, las burlas e irrisiones, los silbidos, escarnios, y blasfemias de muchos o de todos sus enemigos... Jamás ningún facineroso así fue tratado... Verdaderamente es Jesús reputado por el oprobio de los hombres y la hez del pueblo... Mira a Jesús pendiente de la cruz, y pondera la acerbidad de sus dolores, la continuidad, la duración... Exteriormente padece en todo el cuerpo; en cada uno de los miembros... en todos los sentidos... en el olfato por el hedor del lugar... en el gusto por la sed, por la hiel y vinagre. Interiormente padece en todas las potencias del alma... Mira a Jesús pendiente... su cabeza inclinada mirándote con amor... sus brazos extendidos para recibirte en su seno... su corazón abierto para encerrarte en él... Todo Jesús respira amor y dolor por ti... por tus pecados... ¡Oh Amado de mi alma!, ¡cuánto te cuesta mi

amor!, Y yo, pecadora de mí, ¿qué he padecido por ti, Jesús mío, para probarte mi amor?

Audi clamantem. Oye, hija mía, a Jesús cómo clama. Mas antes aviva tu fe. Ese hombre reputado como facineroso, clavado en cruz, es Dios eterno e inmenso, cuyo trono es el cielo, cuyo estrado es la tierra, y sustenta con tres dedos la redondez del orbe, y anda sobre las plumas de los vientos; por quien fueron criadas todas las cosas, los ángeles y los hombres... es Sumo Sacerdote que sube a la cruz a ofrecer un sacrificio sangriento, un holocausto que todo se abrasa con fuego de amor y de dolor, y queda con él Dios contento y aplacado... Es doctor y Maestro, que desde la cátedra de la cruz hace un epílogo de todas las virtudes y de la divina doctrina que ha enseñado y practicado toda su vida... Ponte, pues, hija mía, a los pies de la cruz, y oye con atención su lección divina, y ponla por obra, de suerte que puedas decir con el apóstol: "No me precio de saber otra cosa sino a Cristo, y a este crucificado".

Primera palabra, de Sumo Sacerdote: Después de haber callado Jesucristo con grandísimo silencio, abrió su santísima boca, y dijo: *Padre, perdónalos, porque no se saben lo que se hacen...* La primera palabra, hija mía, es de regalado amor, de perdón, de oración por los que le crucifican, de excusa de su crimen enorme... *Padre,* palabra de amor; de perdón general, *perdónalos,* de oración por los que le crucifican; y de excusa, *porque no saben lo que se hacen...* Por ti oró también Jesús, alma mía, porque cuantas veces pecaste crucificaste al Señor... Mas ¿no es verdad que no sabías lo que hacías?... Jesús mío, misericordia y enmienda por mí y todos los pecadores... No, no más pecar contra Vos.

Segunda palabra, de Redentor: *De verdad te digo, hoy serás conmigo en el paraíso...* Esta palabra dijo Jesús a uno de los ladrones crucificados con Él; el cual ladrón al ver la heroica paciencia y mansedumbre de Cristo, y la rara caridad con que rogaba por sus enemigos y crucificadores, le confesó Rey, le defendió, y convertido y humillado, le suplicaba: "Señor acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino"... Palabra de Cristo es esta, de liberalidad y misericordia, de bondad y caridad inestimables, de eficacia, de oración y de su sangre... Le pide el buen ladrón que se acuerde de él cuando esté en su reino, y Cristo le asegura que aquel mismo día estará con Él en su reino... Las primicias de la oración, enseñanzas y sangre de Cristo en la cruz, es la conversión de un ladrón, malhechor, facineroso; ¿quién, pues, podrá desconfiar de la misericordia y liberalidad de este gran Rey, hoy que goza ya de la plenitud de su gloria?... ¡Oh Rey soberano, dulcísimo Jesús y Salvador mío! Merezca yo también oír de tus labios en mi última agonía como el buen ladrón, al rogarte que te acuerdes de mí ahora que estás en tu reino: "Hoy estarás conmigo en el paraíso". Amén.

Tercera palabra, de Hijo y Maestro: *Mujer, ves ahí a tu hijo. Ves ahí a tu Madre.* Estas palabras dijo Jesús al ver a su Madre y al discípulo que amaba, al pie de la cruz, olvidándose de sus dolores en cierto modo, para proveer a sus obligaciones de buen Hijo en aquella última hora, enseñándonos con este ejemplo que no hemos de faltar a nuestros deberes por vernos rodeados de trabajos... Yo me voy de este mundo al Padre, dice Jesús a su Madre; no te dejaré sin apoyo. Mi discípulo amado, hará oficio de hijo contigo en mi ausencia... y tú, discípulo amado, cumple con fidelidad tu cargo,

pues es justicia... ¡Oh Salvador mío! Pues tan generoso os mostráis que, después de habernos dado vuestro Cuerpo y Sangre, y vuestro Padre por Padre, dais al discípulo amado y a todos en su persona vuestra Madre; dadme espíritu de hijo verdadero con el que ame y sirva a tal Madre todos los instantes de mi vida, pues es señal de segura predestinación... ¡Oh feliz de mí!, ¡la Madre de Dios es mi madre!... ¡Yo soy hija de María!... ¡hermana de Jesús!... Muestra, pues, que eres mi Madre, oh María, para que te imite como san Juan en el amor y la pureza, y forme coro en tu compañía en la gloria. Amén.

Cuarta palabra: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste? Habiendo sido crucificado Cristo Nuestro Señor cerca de la hora de sexta, que es al mediodía, poco después sucedieron unas grandes tinieblas en toda la tierra que duraron hasta hora de nona, que es a las tres de la tarde. Con estas tinieblas manifestó Dios la ira que tenía contra aquel pueblo ingrato y deicida; manifestó la inocencia y majestad de Cristo, cubriéndose la creación de luto por la muerte de su Hacedor, y mostrando compasión de sus dolores e ignominias, y escondiendo su luz, quitó la ocasión a los perseguidores de mirarle con nuevos escarnios y blasfemarle, haciéndoles retirar con aquella oscuridad. Quiso el Señor estas tinieblas además para que, cesando con esta repentina noche el bullicio de la gente, pudiese a sus solas y con quietud ocuparse en oración, como quien se aparejaba para morir con gran fervor y lágrimas. Estando, pues, en el monte Calvario, tendidas sus manos en la cruz, después de cumplidos los oficios de piedad con el prójimo, quiso el buen Jesús en aquellas tres horas de tinieblas ocuparse totalmente en orar y negociar con el Padre por la salud de las almas, de las que era una la mía... por mí oró Jesús; por todos los pecadores... ¿quién podrá calcular los frutos de esta oración efficacísima de Jesús?... En el cielo lo verás. —Poco antes, pues, de expirar, dijo Jesús con gran clamor la cuarta palabra: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?* Palabra es de afligidísimo corazón, porque, primeramente, le dejaba padecer el Padre sin librarle de aquellos terribles trabajos, y en segundo lugar, porque la divinidad desamparó a la humanidad cuanto a los consuelos sensibles, dejándola padecer con las tristezas y agonías del Huerto, que le duraron hasta la muerte. Y porque no se creyese que su paciencia era insensibilidad, viéndose por todas partes afligido, quiso el buen Jesús con esta palabra declarar sus penas, y como eran tan grandes, levantó al cielo la voz con gran clamor, diciendo: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*... ¡Oh Jesús, amparador de las almas! También os quejáis de otro desamparo mayor, y es el ver que los discípulos os desamparan, y el pueblo hebreo os desampara, y millares de hombres y pueblos y naciones os desamparan, porque no quieren recibir vuestra fe y amor, o los dejan; y otros, por fin, os desamparan eternamente, desechando los frutos de vuestra Pasión, y pisoteando vuestra sangre se precipitan al infierno... Dios mío, Dios mío, por el desamparo que sufrió tu Hijo en la cruz, no me desampares ahora y en la hora de mi muerte, y a todos los pecadores. Amén.

Quinta palabra: Sed tengo. Sabiendo Jesús que todas las cosas estaban cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo esta palabra misteriosa: *Sed tengo.* Sed terribleísima aquejaba al Señor, pues no había bebido desde la noche anterior, andando muy aprisa muchas jornadas, y vertido mucha sangre con los azotes y espinas, y en las tres horas que estaba en la cruz. Esta sed sufrió y disimuló el Señor hasta momentos antes de

expirar, y entonces lo declaró para que supiésemos lo que padecía por nuestras glotonerías y embriagueces, y se lo agradeciésemos... Sed tiene Jesús, no tanto de beber agua, cuanto de gustar el vinagre, por obedecer a su Padre, cumpliendo lo que de Él estaba escrito... Sed tiene Jesús de padecer más y más por nuestro amor, y por eso manifiesta su sed, no para pedir refrigerio, sino para padecer nuevo tormento... Sed tiene Jesús, y no pide de beber, sino manifiesta sencillamente su necesidad... Sed tiene Jesús de la salvación de las almas que con su pasión redimía, y en especial de la tuya, hija mía... ¿Y le negarás este consuelo?... ¿Le darás vinagre de ingratitud como los judíos?... ¡Ay! A un moribundo nada se le niega... ¿y negarás algo a Jesús agonizante por tu amor?... Tiene sed Jesús de que obedezcas a Dios su Padre... de que padezcas por Dios... y le sirvas tú y le ganes muchas almas... ¿Lo harás así, hija mía?... Calma la sed del buen Jesús... Dale tu alma, dale las de tus hermanos, y calmarás su sed divina y la sed de la felicidad de tu alma, porque solo los que tienen sed de justicia serán hartos... Líbrame, pacientísimo Jesús, de la sed del pecado, y de la de los condenados del infierno, y sepa sufrir por tu amor la sed y todos los trabajos de esta vida. Amén.

Sexta palabra: Consumado es. En recibiendo Jesús el vinagre, dijo Jesús esta palabra, para que se entendiese con qué fin había dicho que tenía sed. Y gustando aquella bebida con la cual daba fin a sus trabajos, como guerrero después de alcanzar completa y ruidosa victoria de todos sus enemigos, exclama satisfecho: "Acabado y cumplido es"... Sí, acabado es todo cuanto mi Eterno Padre me mandó obrar y padecer. He acabado la obra que me encomendó mi Padre. Acabada es la obra de la redención del mundo: satisfecho queda el pecado de Adán, quebrantada la cabeza de la serpiente infernal, destruida la muerte y el infierno, abiertas las puertas del cielo, enseñada la doctrina de salvación de las gentes, practicados los consejos evangélicos, e instituidos los Sacramentos y sacrificios propios de la nueva ley... Ya se han cumplido las semanas de Daniel, y se acabó la prevaricación, y tiene su fin el pecado, y se borró la maldad, y vino la justicia sempiterna... Ya he cumplido todo lo necesario para que mis escogidos sean consumados y acabados en unión de caridad, como Yo y mi Padre lo somos... Acabado es todo lo que era sombra y figura: acabados son ya los sacrificios y ceremonias antiguas: acabada la pesada ley de la circuncisión: cumplida es la ley y los profetas... ¡Oh Padre mío! *Ecce venio*: Vuelvo a Ti, de donde salí, cumplida ya en todo tu santísima voluntad... ¡Oh Jesús mío, mi Salvador, mi Rey y mi Juez! No te pido otra gracia sino vivir de tal manera que en la última hora pueda decir contigo: Consumado y acabado he mi carrera; he guardado la fe y la lealtad que debía a Ti, mi Dios: en tus manos, Padre mío, encomiendo mi espíritu, para que me des la corona eterna de la gloria. Amén.

Considera morientem

Séptima y última palabra. Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Esta postrera palabra de amor y confianza dijo Cristo, clamando con grande voz. Considera, alma mía, cómo muere tu Sacerdote, tu Redentor, tu Padre y Maestro, tu Rey, tu Dios... Asiste con un corazón de hija llena de respeto, de compasión, de dolor y de amor a estos últimos momentos, y acompaña a su Madre dolorida... Dice Jesucristo esta postrera palabra con grande clamor y grito, para significar que aún tenía fuerza para

prolongar la vida si quisiera, y si moría era porque quería morir; para declarar el natural sentimiento que tenía el alma al separarse del santo cuerpo, que por treinta y tres años le había hecho buena compañía, y ayudado a la obra de la Redención; en señal de la victoria insigne que muriendo en la cruz este Dios de las venganzas reportaba del pecado, de la muerte, del demonio y infierno, sembrando con esta voz sonora y milagrosa terror y espanto en las huestes infernales; moría para vencer y reinar desde el madero, y en su muerte estaban escondidas su fortaleza y su victoria...

No le llama Dios sino Padre, porque en la hora de morir nos es en extremo necesaria la confianza, y ninguna palabra la despierta mejor que la de Padre, que es palabra toda amor y confianza... En manos de su Padre encomienda no su honra, ni su cuerpo, ni sus haberes, sino su espíritu, que es lo principal, y de cuya suerte depende nuestra eterna felicidad o desdicha... ¿Y qué manos sabrán cuidar de lo que más vale, sino las de nuestro Padre celestial, que nos formaron, nos tienen escritos y guardan nuestras suertes?... *y en diciendo esto inclinó la cabeza*, como llamando y dando permiso a la muerte para que se acercase y cortase el hilo de su vida; para declarar que moría por obediencia, que moría sin tener donde reclinar la cabeza, que moría agobiado con la enorme gravedad y carga de todos nuestros pecados y de los de todo el mundo, y para señalar el lugar del limbo a donde su espíritu se encaminaba... *y expiró...* Expiró el Señor de los ejércitos, el Dios de las batallas y de las venganzas; mas después de haber presentado en el campo raso del monte Calvario a las *potestades* del infierno y a los príncipes de este mundo de tinieblas la batalla decisiva... Expiró después de pelear con ellos y vencerlos, y destruir su reino del pecado... Expiró este guerrero fortísimo, y vengó en su cuerpo las injurias hechas contra su Padre, y puso debajo de sus pies a todos sus enemigos y los quebrantó, y desmenuzó su poderío eternamente...

Muere Jesús... llorad, humanos; todos en Él pusisteis vuestras manos... muere Jesús por la terribilidad de los dolores que padeció en la cruz, y por el desfallecimiento de la sangre que por sus llagas derramaba sin pesar, por la falta de las fuerzas... Muere Jesús, sumo Sacerdote, después de haberse sacrificado a Él mismo en el ara de la cruz... Muere Jesús, Redentor del mundo, después de haber dado el precio infinito de su sangre por la redención de todos los cautivos... Muere Jesús, Maestro soberano, después de haber leído en la cátedra de la cruz la más alta lección de justicia y santidad... Muere Jesús, el buen Pastor, después de haber dado la vida por sus ovejas...

Muere Jesús, Rey de reyes, después de triunfar de la muerte y de todos sus enemigos muriendo... Muere Jesús, Padre amantísimo, después de haber dejado la herencia del cielo a todos sus hijos... ¡Oh verdadero Sol de Justicia, Cristo Jesús, que como gigante salisteis del Oriente recorriendo vuestra carrera, alumbrando y vivificando a la tierra hasta parar en el occidente de la muerte! Gracias infinitas os doy por lo que habéis padecido por mi amor: tiempo es ya que descanséis de vuestras fatigas, dando fin a vuestras penas: descansad en paz: dormid sobre vuestros laureles. Bien ganados los tenéis...

¡Oh hija mía! ¿Qué son las vidas y muertes de los grandes héroes que nos ofrece el mundo y la historia comparadas con la de Jesucristo? Vidas de hombres llenos de miserias; muertes llenas de debilidad... solo la vida y muerte de Jesús es la vida y

muerte de un Dios... Encomienda a menudo a Jesús tu alma, tu cuerpo, tus potencias y sentidos... Ponlo todo en sus manos, guarécete en el agujero de la peña, donde no pueden llegar las aguas del diluvio de la culpa: esto es, éntrate, hija mía, por las puertas de sus llagas y de su alanceado Corazón... En el Corazón y llagas de Jesús hallarás salvación, porque el Corazón de Jesús y sus llagas son el arca mística en que se salvan cuantos a ella se acogen. No temas: mil caerán a tu lado, y diez mil a tu diestra; mas, guarecida en el sagrario del Corazón de Jesús, nada podrá dañarte... Las tempestades de la vida, las borrascas de este miserable mundo, no llegan a este cielo sereno ni turban el gozo de los que habitan en esta mansión de paz. Vive siempre encerrada en estas sacratísimas llagas, consagrada a dilatar la gloria y el amor de tan hermoso Corazón, y Jesús morará siempre en tu alma. Pon tu espíritu y tus alegrías y pesares, tus amores y dolores en manos de Jesús, dentro del Corazón de Jesús, y pasarás con seguridad el puente de la vida que conduce a la felicidad eterna.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Repetiré cuando alguna criatura quiera robarme el amor de Jesús: *Atrás, que soy toda de Jesús, y llevo escrito en mi corazón: ¡Viva Jesús; todo por Jesús!*

OCTAVA SEMANA

Meditación L (para el lunes)

Pasión de Jesús

Composición de lugar. La misma parábola.

Petición. Pídoos, Jesús mío, amor y agradecimiento por lo que padecisteis por mí.

Punto primero. Parábola. 1º. Un hombre, vil esclavo, es acusado al rey como traidor y reo de lesa majestad, por haber conspirado contra el rey y reino, y por lo mismo, confesado su crimen, es condenado a muerte. El rey jura que ha de vengar tan atroz delito con la muerte del reo.

2º. Sabe esto el único hijo del rey, que forma sus delicias por su bondad e inocencia, y es el heredero del trono, y llevado del amor al siervo, aunque no lo merece, se empeña en salvarlo, y pide a su padre una gracia. El rey con juramento promete concederle lo que pida, y entonces el príncipe pide la vida del siervo, y para satisfacer el juramento del rey y a la vindicta pública se ofrece en su lugar a morir por el siervo. El rey, obligado por su juramento, consiente con dolor y acepta la dura ley.

3º. Insta el príncipe cercano a la muerte, que por el amor que su padre le profesa le conceda que el siervo sea adoptado en su lugar, y sea instituido heredero del reino, lo que, a vista de los votos y lágrimas de su hijo, no puede menos de conceder el rey.

4º. Entonces va alegre al suplicio el príncipe, y manda que se haga saber al siervo que presto va a morir por él, para asegurarle la vida, salud, gracia del rey y la corona; y en cambio solo le pide que se acuerde de él y ame a quien tanto le ama.

5º. Estando el esclavo jugando con sus compañeros en la cárcel le dan tan alegre nueva; mas él ni quiere creer al nuncio, ni deja el juego, antes bien insulta de palabra al príncipe. Luego le sacan en libertad, y oyendo un gran tumulto acude con otros a ver lo que pasa, y primeramente con frialdad lo mira, luego se junta con los verdugos, insulta de obra y de palabra al príncipe su bienhechor, y por fin le mata villanamente con sus propias manos... ¿quién ha oído jamás cosa semejante? Esto es increíble, no es verosímil. Mas si así fuese, ¿quién podría admirar bastante la caridad y bondad del príncipe con su siervo, y la clemencia y liberalidad del rey? ¿Y quién podría execrar bastante la conducta bastarda, ingrata y cruel del infame esclavo?... ¿qué sentiría tu corazón de este villano?

Punto segundo. Aplicación de la parábola. La sencilla verdad excede incomparablemente a esta ficción. Dios hizo por cada uno de los hombres lo que ninguno de los hombres quisiera hacer por otro hombre.

1º. ¿Quién es el siervo delatado al tribunal de Rey? Soy yo, delatado no por crímenes supuestos, sino por la evidencia de los hechos. Yo soy reo convicto y confeso de lesa majestad, justamente condenado por mis pecados al fuego y cárcel eterna, y a ser entregado a los demonios, ministros de la venganza divina, si por mí no hubiese intercedido y salido fiador el Hijo de Dios.

2º. Jesucristo, Hijo de Dios, es el Príncipe del Rey de reyes, Hijo Unigénito, esplendor del Padre, figura de su sustancia y heredero universal, el que por mi remedio se ha ofrecido fiador. Y como según la ley de la Divina Justicia no puede obtenerse mi perdón sin satisfacción cumplida, se ofreció Él mismo para satisfacer por mí, y por la cruz y la muerte suya me sacó a mí de la muerte, y me hizo hijo adoptivo de Dios, heredero de su reino.

3º. Para lograr este fin se humilló, se anonadó, tomó la forma de siervo, se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz, e intercediendo por mí con clamor grande y lágrimas, fue oído por su reverencia.

4º. El Padre eterno, Rey de reyes y Señor de los señores, libre y de plena gracia, por su nimia caridad con que nos amó aunque éramos sus enemigos, aceptó la satisfacción ofrecida por su Hijo Unigénito. Y de tal modo amó al mundo, que entregó a su Hijo: no le perdonó, sino lo entregó por todos nosotros: más aún, puso en Él las iniquidades de todos nosotros para que pagase por ellas. ¡Oh inestimable amor de caridad! ¡Oh dignación admirable de tu piedad, Señor, para con nosotros! ¡Entregaste el hijo para redimir al siervo!

5º. Más yo, siervo ingrato, pecador de mí, ¿qué he hecho para agradecer esta incomparable fineza? ¡Oh cielos!, ¡pasmaos de mi ingratitud y perversidad! ¡Más malvado que los judíos, he vuelto a crucificar a mi bienhechor divino! He hecho coro

con sus perseguidores... He gritado: "Quítalo, quítalo; sea crucificado"... ¡Qué horror! Cielos, ángeles, hombres, ayudadme a llorar mi pecado, a detestar mi ingratitud.

Punto tercero. Mas ¿en qué puedo mostrar mi agradecimiento a tan insigne bienhechor? En tres cosas principalmente. 1ª. Haciendo memoria frecuente de su Pasión y muerte. No te olvides de la gracia de tu fiador, porque ha dado por ti su vida... ¡Oh Señor! Yo me acordaré de Ti, y mi alma se inflamará en tu amor. 2ª. Amando, deseando y abrazando la cruz, de modo que no me gloríe en otra cosa más que en la cruz de mi Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, yo para el mundo. 3ª. Fomentado y avivando en mi corazón el celo de la salvación de las almas, no consintiendo en cuanto de mí dependa que perezca ninguna alma por la cual Cristo ha muerto, y en este divino empleo sacrificareme gustosamente. ¡Oh Jesús, Salvador de las almas! No consientas que ninguna eternamente se pierda de las que has redimido con tu preciosa sangre. Yo te ofrezco la mía y mi vida si necesario fuere, para ayudarte a salvarlas. Acéptala en satisfacción y desagravio de mis pecados y ruin vida. Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. No pasaré día sin acordarme de Jesús Crucificado, mi principal bienhechor. Al mirar la imagen de Jesús Crucificado diré con devoción: *Me amó Jesús, y se entregó a la muerte por mí.*

Meditación LI (para el martes)

Descendimiento de la cruz y sepultura del Salvador

Composición de lugar. Contempla a Jesús muerto en los brazos de María.

Petición. Compasión de los dolores de María.

Punto primero. A la muerte del Salvador "el velo del templo se rasgó en dos partes, y la tierra tembló, y las piedras se partieron y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían muerto resucitaron"... El Centurión y los que estaban con él guardando a Jesús, viendo el terremoto y las cosas que sucedían, llenáronse de temor, y dieron gloria a Dios diciendo: "Verdaderamente era justo este hombre; verdaderamente era este Hijo de Dios", y todo el pueblo que había asistido a este espectáculo, y veía lo que acababa de suceder, se volvía dándose golpes de pecho. Y todos los conocidos de Jesús y las mujeres que le habían seguido y servido desde Galilea, estaban viendo desde lejos estas cosas... Y los soldados como viniesen a Jesús, y le viesan ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de ellos abrió con una lanza su costado, y luego salió de él sangre y agua. Y como se llegase ya la tarde, vino José de Arimatea, varón bueno y justo y discípulo de Jesús, aunque oculto, por miedo de los judíos, y osadamente entró a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Y Pilato maravillose que ya fuese muerto, y como supiese del Centurión que era muerto, concedió a José el cuerpo. Vino también con él Nicodemus, aquel que había venido a hablar a Jesús de noche, el cual traía casi cien libras de unguento hecho de mirra y

áloe: José compró una sábana limpia, y bajándole de la cruz, envolviéronle en aquel lienzo con aquellos olores, según que los judíos tienen por costumbre sepultar los muertos. Y había en aquel lugar que le crucificaron un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, cavado en la peña, donde ninguno había sido sepultado. Allí, pues, por razón de la Pascua de los judíos, porque estaba cerca la sepultura, pusieron a Jesús, y José puso una gran piedra a la puerta del sepulcro y se retiraron. Y María Magdalena y María madre de José miraban el lugar donde le ponían. ¡Cuánto hay que meditar en este paso, hija mía!... Mientras te dejo a solas llorando la muerte del Hijo de Dios, y consolando a su Madre en su soledad, voy a cantar un cántico a mi Amado, que, cual guerrero invencible y victorioso de la muerte, del pecado y del infierno, descansa recostado sobre los laureles de sus triunfos en el sepulcro.

Cántico de adoración y hacimiento de gracias al Rey del cielo y tierra Cristo Jesús, mientras descansa en el sepulcro.

Yo te adoro, cuerpo de Cristo, desfigurado, muerto y llagado... por mi amor.

Bendito seas... Cielos y tierra te glorifiquen y den loor.

Yo os adoro, llagas sagradas del Redentor.

Seáis benditas, porque os recibe... por mi amor.

Yo te adoro, taladrada por las espinas, cabeza del Hijo de Dios.

Bendita seas, porque padeciste... por mi amor.

Yo os adoro, sagradas sienes, desgarradas por corona de dolor.

Seáis benditas, porque sufristeis tan gran tormento por mi amor.

Yo te adoro, hermoso rostro, afeado y demudado por el dolor.

Bendito seas, pues lo sufriste... por mi amor.

Yo os adoro, ojos piadosos y amorosos, eclipsados por la muerte.

Seáis benditos, pues la aceptasteis... por mi amor.

Yo te adoro, lengua divina, amargada con la hiel y vinagre, órgano del Espíritu del Señor.

Bendita seas, porque enmudeces... por mi amor.

Yo os adoro, oídos santos, cerrados al mundo, que oísteis los clamores del pobre y del pecador.

Seáis benditos, porque os cerrasteis... por mi amor.

Yo os adoro, manos divinas de mi Salvador, heridas por hacer bien a los hombres.

Seáis benditas, pues trabajasteis... por mi amor.

Yo te adoro, pecho florido, lugar de gloria, torre de fuertes, casa de bienes, centro de amor.

Bendito seas, pues tus tesoros son ricas dádivas al pecador.

Yo te adoro, costado abierto, puerto del cielo, nido del alma, lecho florido, fragua de amor.

Bendito seas, amor de mi alma, costado abierto del Redentor.

Yo te adoro, Corazón santo, amor del alma, fuente de amor.

Bendito seas, porque Tú eres mi cielo y gloria, mi bien y amor.

Yo os adoro, pies lastimados, buscando en vano al que huye del Salvador.

Seáis benditos, pues os cansasteis... por mi amor.

Yo te adoro, Sangre de Cristo, rubí precioso, rosa florida de suave olor.

Bendita seas, porque manaste... por mi amor.

Yo te adoro santo sudario porque envuelves a mi Amor.

Bendito seas, porque provees a su pobreza... por mi amor.

Yo te adoro, santo sepulcro: feliz encierras, rico tesoro, mi Salvador.

Bendito seas, tan glorioso, en ti me encierro, y te ruego guardes mi corazón.

Santo sepulcro, llagas sagradas, cuerpo de Cristo, noble sudario, todos os loen y den honor.

Porque benditos son tus tesoros, y en la mi muerte con ellos duerma, muera y repose mi corazón. Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Viviré sepultada al mundo y al pecado con Cristo, para resucitar con Él.

Meditación LII (para el miércoles)

Dolores de María.

Composición de lugar. Contempla a María al pie de la cruz.

Petición. Dadme a sentir vuestro dolor, Virgen María.

Punto primero. Después que la Virgen hubo recibido en sus brazos el cuerpo despedazado de su adorado Hijo Jesús, apretolo fuertemente en sus pechos, metió su cara entre las espinas de la sagrada cabeza, juntose rostro con rostro, tiñose la cara de la Madre con la Sangre del Hijo, y regose la del Hijo con las lágrimas de la Madre... ¡Oh, Virgen Santísima!, ¡qué diferente abrazo es este a los que dabais a Jesús en el portal de Belén y camino de Egipto!... ¡oh Belén y Jerusalén!, ¡qué diferentes días y recuerdos traéis a su memoria!... Contemplaba esta Virgen, muda y silenciosa, el destrozo sangriento que en aquel Cuerpo sacratísimo habían hecho mis pecados; miraba los huesos desencajados, besaba los agujeros de las manos y enderezaba los dedos encogidos... Registraba con amor y solicitud maternal las llagas del costado y de los pies, quedando su espíritu llagado con la vista de estas llagas, lleno de amargura y embriagado con ajenjos, y después de haber adorado las llagas, limpiado el rostro y quitado la corona de espinas, recogeola con los clavos como haz de mirra muy amarga y joyel muy precioso... Lloraban entretanto las santas mujeres, lloraban aquellos nobles varones, lloraban todas las criaturas, y los cielos y la tierra acompañaban el llanto de la Virgen Madre... Lloraba sobre todos el discípulo amado, lloraba la Magdalena penitente, regando y lavando con lágrimas el cuerpo de su Señor... ¿y tú no llorarás, alma mía, que con tus culpas eres la causa principal de estas lágrimas?

Punto segundo Llegada la hora de la sepultura, ungiéron con la mirra el santo Cuerpo, lo envolvieron en una sábana limpia y la cabeza en un sudario, y puesto encima de un lecho, caminan con él toda aquella devota compañía de mujeres llorando con la Madre del difunto, al lugar del sepulcro, y allí depositan aquel precioso tesoro... Únete a tan devota y atribulada comitiva, y llora con tu Madre la Virgen María, ya que eres la causa de su llanto con tus pecados.

Punto tercero. El sepulcro se cubrió con una losa, y el corazón de la Madre con una oscura niebla de tristeza... Allí se despide por última vez de su Hijo; allí comienza a sentir su soledad, allí queda sepultado su corazón, donde lo está su tesoro... Allí María queda sola... ¡Oh Madre desolada! ¡Oh Virgen afligida! Grande es como el mar tu quebranto; ¿quién te consolará?... Aceptad, Madre mía de mi alma, mi consuelo, si en algo puede serviros en medio de vuestro dolor; soy vuestra hija, aunque pecadora. No me desechéis, Madre mía de mi alma, y Madre de dolores por mi amor.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. No pasaré día sin agradecer a María, mi Madre, lo que padeció por mí, compadeciéndola en sus penas.

Meditación LIII (para el jueves)

Soledad de María

Composición de lugar. Contempla a María sola llorando por la muerte de su Hijo Jesús.

Petición. Hacedme gracia, Virgen de los Dolores, de acompañaros en vuestro llanto.

Punto primero. Considera, hija mía, la soledad de María al regresar del Calvario, y después de haber adorado, la primera, la cruz del Hijo, y dado gracias a los dos varones José y Nicodemus por la caridad que habían hecho con su Jesús... Contempla a María sola, sin amigos ni compañía, retirada en su aposento o retrete... Sola está María, huérfana sin padre, viuda sin esposo, sola sin su Maestro y dulcísima compañía... Sola está María sin su Hijo, que para Ella era todas las cosas... ¿Qué hará sin Jesús?, ¿a dónde irá?, ¿quién la podrá remediar?... Sola sin su Hijo: ¿quién la consolará? ¡Oh alma mía! hora es ya de llorar y lamentar tan triste soledad, y decirle con doloroso corazón las palabras del Profeta: “¿Cómo estáis sentada en soledad la que solíades ser como ciudad llena de mucho pueblo? ¿Qué hacéis como viuda sola y desamparada, la que por derecho sois Señora de las gentes?... Llorando, lloráis de noche, y vuestras lágrimas corren hilo a hilo por vuestras mejillas. No hay quien os consuele entre vuestros amigos, porque estáis sola... ¿cómo sois tributarias de tan gran pena sin tener ninguna culpa, inocentísima Virgen?”

Punto segundo. Soledad de María dolorosísima, por lo que recordaba, por lo que veía, por lo que amaba... sola estaba María, con un mundo lleno de recuerdos: la Anunciación del arcángel, la espada de Simeón, la huida a Egipto, la pérdida de Jesús en el templo, todas y cada una de las injurias, escarnios, contumelias, blasfemias, calumnias de los judíos, de los soldados, de los ladrones; los clavos, las espinas... eran otras tantas espadas agudas que en tropel se agolpaban y traspasaban su corazón maternal... y como al recuerdo de los tormentos que se le esperaban entró Jesús en agonía y sudó sangre, María con el recuerdo vivo y simultáneo de los tormentos de su Hijo, agonizó en su soledad con indecible dolor... Las siete palabras de Cristo, en especial el cambio de Juan por Jesús, el siervo por el Señor, el hijo de Zebedeo por el Hijo de Dios, un puro hombre por el verdadero Dios, desgarraban el pecho de María... Y sobre todo esto, la lanzada que abrió el costado y el Corazón del Hijo muerto traspasó y alanceó el corazón de la Madre, que no podía arrancarse del Corazón de su Hijo aun después de muerto...

Punto tercero. En su soledad María veía y penetraba perfectísimamente la dignidad de la persona que padeció, las circunstancias todas de su pasión, y por la unidad de su espíritu y la simpatía del corazón, experimentaba en sí los dolores de su Hijo, y este conocimiento le aumentaba el amor y el dolor... Veía la perdición de Judas, la reprobación de su pueblo, los sacrilegios y profanaciones y esterilidad de la Sangre de su Hijo para innumerables almas, y su mayor condenación por haberla hollado con sus pecados... y revolviendo en su espíritu todas esas cosas en la soledad, aumentaban inmensamente su dolor. Amaba María a su Hijo, y por eso su dolor en su soledad es incalculable, indecible, sumo. Madre tierna y sensible, amaba a su Hijo como primogénito, y unigénito, como singular y único, concebido sin padre y nacido sin

lesión de su virginidad, perfecto de alma y cuerpo, sumamente amable, semejante a sí en todo, de quien lo recibió todo, y sobre todos esos títulos lo amaba, por fin, como a Hijo de Dios y Dios suyo. Como, pues, el amor de María natural y sobrenatural superó a cuantos podemos imaginar, su dolor en su soledad al verse de Él privada debió ser sobre todo dolor... ¡Oh Madre de dolor y de amor! Verdaderamente no hay dolor comparable a tu dolor... hazme sentir este dolor, ¡oh Madre afligida! para acompañarte en tu llanto y después en tu gloria; pues los dolores de la vida son los escalones para subir al cielo.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Meditaré a menudo la soledad y dolores de María, para consuelo de mis penas y merecimientos de la gloria.

Meditación LIV (para el viernes)

La madre de Dios es mi Madre. –Confianza en María.

Composición de lugar. Mira a Jesús que te dice: Hija mía, quiero que mi Madre sea tu Madre.

Petición. Mostrad, oh María, que sois mi Madre.

Punto primero. La Madre de Dios es mi Madre, Madre mía de mi alma, Madre mía de mi corazón... Jesús al morir me ha dado a María por madre, y su última voluntad otorgada en testamento tan solemne es irrevocable. Él me dijo: “He ahí a tu Madre” y desde aquella hora la acepté por mía. ¡Bendito Jesús, Bendita Madre, feliz hija! ¡La Madre de Dios es mi Madre, Madre mía de mi alma, Madre mía de mi corazón! ¿Qué entendimiento humano ni angélico podrá comprender tanta dicha?... ¿Qué corazón podrá saborear la dulzura que encierran estas palabras misteriosas, palabras del alma, palabras del corazón?... ¡La Madre de Dios es mi Madre! Luego soy hija de María, hermana de Jesucristo, hija de Dios... ¿Puedo apetecer mayor dicha, mayor honra, más encumbrada dignidad?... Feliz mil veces si sé aprovecharme de ella, y llevar con honra, por mi conducta cristiana, títulos tan divinos... ¡Oh María! Mostrad que sois mi Madre en mis tentaciones y peligros, que yo quiero mostrarme hija vuestra por mi modestia, pureza, caridad y humildad.

Punto segundo. La Madre de Dios es mi Madre... ¡Qué motivos de confianza! Como niña tierna, cuando algo me falte para mi felicidad temporal o eterna, iré a mi Madre, la Virgen María, y le diré: Mostrad que sois mi Madre; me falta pan, trabajo, virtudes... dádme... No tengo vino de caridad, y vos, como en las bodas de Cana, me habéis de socorrer; que ya estáis acostumbrada a socorrer necesidades, porque también fuisteis pobre y necesitada como yo... ¡Qué gozo y fortaleza dará a mi alma en la tentación al recordar que la Madre de Jesús es mi Madre!... ¡Qué consuelo y dulcedumbre derramará en mi corazón al verme afligida el exclamar: La Madre de Dios es mi Madre!... ¡Qué confianza renacerá en mi pecho en las dudas al invocar a la Madre de Dios por mi Madre!

Punto tercero. Verdaderamente soy feliz, porque tengo una Madre que no me puede faltar, porque tengo una Madre la más buena, la más santa, la más amante y amada de Dios... que puede socorrerme en todas mis necesidades, porque es todopoderosa; que sabe y quiere socorrerme, porque es buena, porque es Madre de Dios y es mi Madre... ¡Feliz de mí! En mis alegrías y pesares, en mis dudas y resoluciones, en la abundancia y en la necesidad, en las caídas y en las tentaciones, en la vida y en la muerte podré siempre exclamar con la confianza de ser oída: Madre, Madre, Madre mía de mi alma, Madre mía de mi corazón, soy vuestra hija, socorredme, salvadme... ¡Oh María, Madre de Dios y Madre mía! Vos sois la vida y la esperanza mía... Con esta confianza, ¡oh María, Madre de Dios y Madre mía! viviré en paz y moriré gozosa, hasta daros un eterno y cariñoso abrazo en el cielo, al ver que por vuestra intercesión soy salva, repitiendo con todos los bienaventurados: Verdaderamente la Madre de Dios ha sido, es y será siempre mi Madre, Madre mía de mi alma, Madre mía de mi corazón... *Fiat, fiat, fiat.*

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. En las tentaciones y al dar la hora rezaré una *Ave María* y la jaculatoria *Bendita sea tu pureza*, diciendo: *Oh María, Madre mía, guardadme como a la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegedme.*

Meditación LV (para el sábado)

Amemos a María Inmaculada

Composición de lugar. Contempla a María que te dice: Hija, si soy tu Madre, ¿dónde está mi honor?

Petición. Dadme un corazón agradecido a vuestras bondades, oh María.

Punto primero. ¿Qué es María para Dios, hija mía? Es la hija más amada de Dios Padre... Por eso le dio todo poder en el cielo, en la tierra y en los infiernos... es la Madre más honrada de Dios Hijo... que quiso elevarla a la dignidad infinita de Madre de Dios... Es la Esposa más privilegiada de Dios Espíritu Santo... por eso le comunicó un amor el más subido, y la enriqueció con toda clase de gracias, dones y excelencias... Virgen y Madre, Inmaculada, Purísima, sin igual... Solo Dios es superior a María... Todo lo demás, ángeles, santos, criaturas todas le son inferiores... Esta es tu Madre, hija mía... Ámala, pues; admira y reverencia tan incomprensible grandeza.

Punto segundo. ¿Qué es María para ti, hija mía? Es la Madre más tierna, más solícita de tu felicidad... y por lo mismo tu vida... dulzura... y esperanza... No puedes vivir en gracia y perseverar sin amar a María... Es María la respiración del alma cristiana... ¿Amas a María, hija mía?... ¿La invocas a menudo?... En esto conocerás si vives vida de la gracia, y tus adelantos en la virtud y perfección.

En este valle de lágrimas, en este lugar de destierro, nadie vive sin penas, sin gustar grandes amarguras de desengaños... ¿No es verdad, hija mía?... Pero en estos casos duros, ¿es María tu dulzura?... ¡Ah! Quizás no te acuerdas que en el cielo tienes tan dulce Madre, y vives por ello llena de desabrimiento, de despecho y de desolación... ¡Pobrecilla! Vuelve, vuelve al seno de la mejor de las Madres...; llama a María Inmaculada, invócala con confianza, y renacerá en tu alma la fe... la confianza... la caridad... la paz... el perdón.

Punto tercero. Es María tu mejor esperanza después de Dios. ¿Qué esperas de María? ¿Esperas alcanzar por su medio el perdón de tus pecados, la gracia de la perseverancia, ver, por fin a Jesús después de este destierro?... Examina tu corazón, y persuádetes, hija mía, que nunca te excederás en amar a María, en honrarla, en imitarla y extender su devoción... Jesús te va delante con su ejemplo... Ningún mortal por más que haga podrá honrar a María tanto como la honró el Hijo de Dios... ¡Oh María, Madre querida de mi corazón, vida, dulzura y esperanza mía! en vida, en muerte, en el tiempo y en la eternidad mostrad que sois mi Madre... En todos mis peligros y tentaciones os invocaré con confianza, y saldré siempre victoriosa de mis enemigos... ¿No es verdad, Madre mía de mi alma, María Inmaculada?

Punto cuarto. ¿Qué eres tú para tu Madre María? Hija ingrata tal vez... carga molesta... nueva cruz... quizás espada de dolor que lacera tu pecho... ¿Y tendrás corazón, hija de mis entrañas, para lacerar otra vez al corazón inmaculado de María clavándole nuevas espadas de dolor?... ¿Tendrás corazón para cometer tan enorme crimen?... Pues sábetes que esto has hecho y estás haciendo cuantas veces cometes un pecado mortal... Madre mía de mi alma, María, Madre mía de mi corazón, piedad y perdón; no quiero, no, hundir más en vuestro amoroso pecho nueva espada cruel, sino arrancároselas todas para calmar vuestro dolor... Así lo haré en adelante, Madre querida, con mi conducta cristiana, con mi modestia y celo por la salvación de las almas. Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. No pasaré día sin encomendarme a María rezándole a sus tres purezas tres *Ave Marías*. Ayunaré, o a lo menos guardaré abstinencia todos los sábados y vigilias de sus festividades, y haré que otras jóvenes la amen de corazón. Cada día, en cuanto lo consientan mis ocupaciones, le rezaré el santo Rosario.

Meditación LVI (para el domingo)

Amemos a santa Teresa de Jesús

Composición de lugar. Contempla a Jesús, que al dar un clavo de su mano a la Santa, le dice: "Mi honra es tu honra".

Petición. Dame, Jesús mío, que ame a santa Teresa como Tú la amaste.

Punto primero. Santa Teresa de Jesús es la más sabia de todas las vírgenes... Es Teresa de Jesús, dicen los Sumos Pontífices Gregorio XV y Clemente XIV, un prodigio de ciencia y santidad: la maestra de los sabios... Sus escritos están llenos de celestial sabiduría, asegura la Iglesia, con los que ilumina a las almas y las excita sobremanera a desear las cosas del cielo... No hay quien lea los escritos de esta seráfica Doctora que no busque luego a Dios, y no sienta mejorado su espíritu... ¡Oh! si Dios nos diese a conocer las almas que se han convertido y que se han salvado... los corazones que se han animado a la más alta perfección con las sabias lecciones de esta Doctora incomparable... veríamos que son en mayor número que las estrellas del cielo.

Punto segundo. Santa Teresa de Jesús es la más amada de todas las esposas... Dios todo nos lo da, lo cede todo a sus criaturas, menos su honra y gloria. “Mi gloria no la cederé a otro”, dice por Isaías. Mas con Teresa de Jesús hizo excepción. Después de haberle dado todo sus méritos para que los ofreciese como cosa propia al Eterno Padre, y con ellos negociase cuanto quisiese, al desposarla consigo, dándola por arras un clavo de su mano, le dijo: *De aquí adelante mirarás mi honra como verdadera esposa mía. ¡Mi honra es ya tuya, y la tuya mía!* ¡Oh fineza nunca oída! ¡Qué confianza y amor de predilección no tendrá Jesús en su Teresa cuando tantos tesoros le fía!... ¡Oh Jesús de Teresa! Verdaderamente Teresa es toda de Jesús, pues quien a ella honra, a Ti te honra; y quien a ella deshonra, a Ti deshonra también... Admitidme, oh mí Jesús y Teresa, en vuestra comunidad de bienes, y no consintáis que con ninguna de mis palabras, obras y deseos amengüe vuestra honra, antes la promueva siempre en todas mis cosas y con todas mis fuerzas. Amén.

Punto tercero. Santa Teresa de Jesús es la más fecunda de todas las Madres... Teresa de Jesús, virgen, sin conocer la menor rebelión de la carne... renunciando los placeres que el mundo le ofrecía... consagró a Jesucristo perpetuamente su virginidad; y aceptó el Señor este sacrificio con tanto agrado, que la hizo Madre espiritual de numerosísimos hijos que engendró en Jesucristo por su doctrina y ejemplos heroicos de todas las virtudes... ¡Cuántas delicadas doncellas, nobles y plebeyas, ricas y pobres han corrido descalzas tras el olor de las gracias de Teresa a abrazarse con la cruz y seguir a Jesús pobre y despreciado!... y lo que es más de maravillar, cosa de que no hay precedente en la historia, esta virgen santa y pura ha sido Madre y Maestra, guía y luz de una multitud innumerable de varones fuertes y esclarecidos por su virtud y sabiduría... Y duran y se multiplican estos hijos de Teresa en premio de su virginidad, y continuarán multiplicándose mientras duren los siglos... ¿Puede darse Madre espiritual más fecunda?

Y ahora que los tiempos son contrarios a las Ordenes monásticas, ha suscitado el Señor el ejército escogido de sus Hijas (más de cien mil), que en el mundo tratan de imitarla con la perfección posible, renunciando a Satanás, sus obras y pompas, como prometieron a Dios en el santo Bautismo... Ha suscitado su Compañía de preferencia, que se esfuerza en amenguar el imperio de Lucifer, y extender el reinado del conocimiento y amor de Jesucristo por todo el mundo por el apostolado de la oración, enseñanza y sacrificio... ¡Y cómo van multiplicándose esta esforzadas hijas de la nueva Débora Teresa de Jesús, a pesar de mil contratiempos!

¡Oh Madre la más feliz y fecunda, Teresa de Jesús! Yo os felicito por vuestra espiritual familia... Alzad, Madre querida, vuestros ojos, e inclinadlos a vuestra España... ¿No veis cómo se multiplican vuestras hijas en el siglo?... ¿No observáis cómo todos los pueblos y ciudades de España y del mundo os van conociendo y amando cada día más?... Yo os felicito por ello, y os suplico que veamos pronto todos, que así como no hay pueblo en España que no experimente vuestra protección, pues sois su patrona, así tampoco exista lugar ni aldea que no tenga muchos coros de doncellas animosas, a las que, aclamándoos con María Inmaculada Madre y patrona, no hayáis robado todo el amor de su corazón para hacerlas todas de Jesús. Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Todos los días por la mañana me preguntaré: *¿Qué debo hacer para dar a conocer y amar a Jesús de Teresa y a Teresa de Jesús?...* Y por la noche examinaré qué he hecho, qué podía hacer a este fin; dando gracias si he practicado mis propósitos, y pidiendo perdón, con propósito de la enmienda, si no he extendido el reinado del conocimiento y amor de Jesús de Teresa y de Teresa de Jesús según mis fuerzas.

NOVENA SEMANA

Meditación LVII (para el lunes)

Resurrección de Jesucristo

Composición de lugar. Contempla a Jesús cómo sale del sepulcro más resplandeciente que el sol.

Petición. Jesús mío, haced que resucite con Vos para nunca más morir.

Punto primero. Jesús resucita perfectamente. No abandona Jesús el sepulcro como Lázaro, envuelto en el sudario y ligado con las ataduras, sino libre de todo impedimento... vencedor de la muerte y del infierno... triunfador del pecado y de Satanás... todo glorioso, resplandeciente, lleno de gracia y majestad... Solo el resplandor de los ángeles aterró a las mujeres, amigas de Jesucristo... ¿Qué hará, pues, la vista del Rey de los ángeles cuando descubra su gloria a sus perseguidores?... Yo os felicito por vuestra gloriosa y perfecta resurrección, Jesús mío... Triunfaste, rey mío y capitán esforzado; triunfaste de la muerte, del pecado y de todas las humanas miserias... ¡Ojalá cante yo contigo victoria completa de todos mis enemigos! Amén.

Punto segundo. Jesús resucita para nunca más morir. Jesucristo resucita de modo que la muerte jamás volverá a dominarle. Resucitó para nuestra santificación, y no es posible que el autor de la vida y vencedor de la muerte sea otra vez esclavo de su enemiga... Cristo resucita inmortal, para enriquecernos con el premio de la inmortalidad... ¡Qué dicha la tuya, hija mía, tener por Rey y Señor al que jamás podrá experimentar mudanza, ni estar sujeto a ninguna miseria de esa tierra de maldición!...

¡Oh Rey inmortal y de todos los siglos, Dios mío y de todas las cosas! No me dejes perecer en manos de mis enemigos, antes bien revísteme de tu fortaleza, para que pueda cantar eternamente victoria de la muerte y del pecado.

Punto tercero. ¿Es así tu resurrección a la gracia, a la vida espiritual y fervorosa, hija mía? Tú también resucitaste a la vida de la gracia, hija mía, cuando hiciste aquella buena confesión, aquellos días de santos ejercicios... Mas ¿no te quedan resabios pecaminosos aún?... ¿No te cercan todavía las ligaduras de los malos hábitos?... ¿Cómo has vencido y vences tu pasión dominante?, ¿no has vuelto a morir, a recaer en tus antiguos pecados?... Pide a Jesucristo glorioso que te dé gracia para jamás recaer en la muerte del pecado, y para vivir vida santa, perfecta, toda espiritual o según las enseñanzas de la fe, y de esta suerte acompañarle un día en la gloria del cielo. Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Pedir a Jesucristo glorioso la gracia de vencer siempre a nuestros enemigos, en especial a la *pasión dominante*, que es la que nos puede precipitar con más facilidad a la muerte eterna. Hacer seis actos de la virtud opuesta a dicha pasión en esta semana todos los días.

Meditación LVIII (para el martes)

Vida gloriosa de Jesús sobre la tierra

Composición de lugar. Contempla a Jesús tratando del reino de los cielos con sus apóstoles.

Petición. Viva, Señor, vida de amor.

Punto primero. Cuarenta días se quedó Jesús con sus apóstoles después que resucitó. *¿Qué hace Jesús?* Medita sus obras, sus apariciones... Consuela a su Madre afligida... a la Magdalena penitente... a Pedro pecador... a los discípulos y apóstoles miedosos y cobardes... Los fortalece en la fe... devuelve la paz a su turbado espíritu... les da el Espíritu Santo y la potestad de perdonar los pecados... No sosiega el corazón paternal de Cristo...; y como amaba tanto a sus hijos, aunque pecadores e ingratos, se multiplica, digámoslo así, apareciéndoseles innumerables veces, y siempre animándoles a la confianza, a la paz, al amor... ¡Oh Corazón de Cristo glorioso! Las aguas de la tribulación y de la muerte no han podido apagar el incendio de tu caridad, antes bien se ha avivado más con ellas. Cuéntame en el número de tus hermanos, aunque alguna vez, como Pedro, te haya negado.

Punto segundo ¿De qué habla Jesús? Loquens de regno Dei. Les habla siempre del reino de Dios... de su Iglesia... de los trabajos y de los triunfos que les esperan... “No puede ser más el discípulo que el Maestro, les repetía Jesús; si a Mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros... Mas tened confianza, que así como Yo he vencido al mundo y al infierno, también los venceréis vosotros, porque Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos”... ¡Oh Cristo y Señor mío! Habla a mi corazón

palabras de aliento y consuelo... Mira, Bien mío, que me dejaste acá, en tierra enemiga de tu nombre, donde es continuo el batallar, sin tregua el combate y la pelea... Ven, Maestro mío, sostenme con tus palabras de vida eterna en esta continua lid, y burlaré las asechanzas del mundo y de los enemigos de tu nombre. Amén.

Punto tercero. ¿Son así tus obras y palabras después de resucitada a la vida espiritual o de oración, hija mía?... la abundancia del corazón habla la boca. ¿Son vanas tus palabras?... ¿de orgullo?... ¿de murmuración?... ¿de ira?... ¿Son tus obras de pecado?... ¿de tibieza?... Pues no imitas la conducta de Jesús resucitado... Si no amas al prójimo como a ti misma, y esto lo pruebas con las obras; si no tienes celo por los intereses de Jesús, que son la salvación de las almas y aumento de la Iglesia; si no aspiras con tu oración, consejos y buen ejemplo a embalsamar con el buen olor de Jesucristo el mundo corrompido, tu vida no es perfecta: aún yaces en el sepulcro del pecado... de la tibieza... de la muerte eterna... ¡Oh tú, alma descuidada, que duermes al borde del abismo de la perdición eterna! Levántate de tu postración, y te iluminará Jesucristo con la luz de sus obras y palabras gloriosas... Feliz tú mil veces, hija mía, si al herir la vista interior de tu alma el rayo de la divina claridad que despide Jesús con su vida gloriosa, le sigues, recibéndole con cariño y agradecimiento... Será para ti luz, vida y camino que te llevará a la felicidad eterna. Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Me presentaré a Jesucristo en mi corazón en el día de hoy, y cuidaré de ajustar mis actos y mis palabras en lo posible a las suyas, y diré muchas veces: *Todo por Jesús; todo en unión con Jesús.*

Meditación LIX (para el miércoles)

Ascensión de Jesucristo a los cielos

Composición de lugar. Mira a Jesús subiendo glorioso a los cielos.

Petición. Desapegad, Dios mío, mi corazón de todas las cosas criadas.

Punto primero. ¿Qué hace Jesús antes de subirse a los cielos?... Pasados cuarenta días después de la Resurrección, habiendo el Señor aparecido a los discípulos muchas veces, como llegase la hora de su gloriosa subida al cielo, llamó a todos y los llevó al monte Olivete. Allí estaba María Santísima... allí María Magdalena... allí Pedro pecador... Jesús quiere hacer partícipes de sus alegrías a los que le habían acompañado en las tristezas.

Junta tan gloriosa compañía díceles el Salvador palabras de consuelo y aliento. “Vosotros, hijos míos, les dice, recibiréis la virtud del Espíritu Santo, y esforzados con ella, seréis testigos míos en toda la tierra. No se contriste vuestro corazón ni tema; conviene que Yo me vaya, porque así vendrá el Espíritu Consolador; no os dejaré huérfanos, sino que estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos”... ¡Oh

Corazón de Cristo, Corazón verdaderamente paternal! dame tu gracia y esfuérmame, para que sea con mis obras testigo fiel de tu vida y doctrina. Amén.

Punto segundo. ¿Qué hace Jesús al subir a los cielos?... Contempla cómo sube Jesús a los cielos... ¡Con qué gloria, con qué majestad!... acompañado de innumerables ángeles y santos... como triunfador glorioso de la muerte y del infierno... Jesucristo iba subiendo por su propia virtud... y los discípulos atónitos y suspensos de ver ir por el aire a su Señor volando... ¡Qué miradas!... ¡qué sentimientos!... ¡qué impresión de ojos en ojos, de corazón en corazones!... “Y levantadas las manos en alto subía al cielo, y les daba su bendición”... ¡Oh bendición del Padre amorosísimo, más fecunda que la de Isaac y de Jacob! ¿Quién se hallara allí presente para que le alcanzara parte de esta bendición! ¡Oh Padre mío Jesucristo! Permíteme quejarme dulcemente de Ti con tu siervo Agustín, y decirte: Fuiste consolador mío, y no te despediste de mí... subiendo a lo alto diste la bendición a los tuyos, y yo no lo vi... los ángeles prometieron que volverías otra vez al mundo, y yo no lo oí... Mas una cosa me consuela, y es que al subirte a los cielos me viste, Jesús mío, porque llevabas escrito mi nombre en tu Corazón, y aunque pecadora e ingrata, ¿no es verdad, Padre mío, que me miraste con amorosos ojos, y te compadeciste de mí, y a través de los siglos me bendijiste?... Renueva tu bendición en este día, Jesús mío, para asegurar mejor mi salvación eterna. Amén.

Punto tercero. ¿Subirás con Jesús al cielo, hija mía?... Examina tu vida, y observa si sigues a Jesucristo pasible, y esto te dará confianza de estar a su lado glorioso... Porque descendió y se humilló debajo de todos acá en la tierra, el Padre Eterno le ha exaltado en el cielo en un trono de majestad superior a todo lo criado... Allí está sentado a la diestra de Dios, Juez de vivos y muertos, Rey inmortal y de todos los siglos. Príncipe de los reyes y Señor de los que dominan, doblando la rodilla al oír su solo nombre los cielos, la tierra y los abismos... ¡Oh alma mía!, ¿quieres reinar y ser gloriosa y exaltada con Cristo?... Hazte sierva de todos por su amor... humíllate en todas las cosas... esfuérmate en ser humilde y mansa de corazón... porque escrito está: “El que se humilla será ensalzado... El que padece con Cristo en la tierra, reinará con Él en el cielo”.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Mirar con indiferencia cristiana todas las cosas de la tierra, desapegando de ellas el corazón, repitiendo a menudo con el apóstol: “No tenemos aquí ciudad permanente, sino que vamos en busca de la que nos espera, donde está Jesucristo”. ¡Arriba los corazones con Jesús!

Meditación LX (para el jueves)

Vida de Jesucristo en los cielos

Composición de lugar. Contempla a Jesús en el cielo adorado por todos los ángeles y bienaventurados.

Petición. Padre mío que estáis en los cielos, haced que yo vaya al cielo.

Punto primero. ¿Qué hace Jesús por ti en el cielo, hija mía?... Sentado a la diestra del Eterno Padre, recibiendo las adoraciones de los ángeles y justos, no está Jesucristo, nuestro hermano y salvador, ocioso... Allí está siempre vivo e interpelando por nosotros... Quedose las llagas de pies, manos y costado, como recuerdos y monumento eterno del amor que nos tiene, y de lo que por nosotros sufrió... y muéstralas de continuo al Padre airado por los pecados de los hombres, para desarmarle y volverle misericordioso... Tiene Jesús el pecho y las manos llenas de gracias...; mas como manirroto cuélanse estas mercedes y caen como lluvia benéfica sobre la tierra sedienta de nuestros corazones... Ora Jesús por ti, hija mía, en el cielo... piensa siempre en ti, y negocia con el Padre todo lo que te conviene..., y con amorosa providencia pone a tu servicio los ángeles y los hombres, los cielos y la tierra, para que te ayuden a ser feliz acá en la eternidad... ¿Cómo, pues, no amar a tan insigne y constante bienhechor?... Menester fuera no tener corazón.

Punto segundo. ¿Qué haces tú, hija mía, por Jesús en la tierra?... ¿Cómo celas los intereses de Jesús?... ¿procuras aumentarlos con tus oraciones, palabras y buenas obras?... ¿A cuántas almas has descubierto las bondades y amores de Jesús?... ¿Cuántos corazones has encadenado a su amoroso servicio?... Y tú misma, hija mía, ¿estás enamorada de Jesús?... ¿Eres toda de Jesús?... ¿estás cautiva en las redes y encantos de su infinita hermosura y bondad?... ¿Qué has hecho por Jesús?... ¡cuán poco!... ¿Qué haces por Jesús?... ¡casi nada!... ¿Qué harás en lo sucesivo por mi Jesús y tu Jesús, hija mía? –Todo, Madre mía de mi alma, santa Teresa de Jesús: por Jesús, todo lo haré desde este momento... Mis oraciones serán para que sea conocido y amado Jesús: mis lágrimas y mis pesares por ver menospreciado a Jesús; mis suspiros, mis afanes, mis trabajos, para consolar a Jesús; mis palabras para enamorar a las almas de Jesús... Hora es ya, Jesús de Teresa, que imite tu vida celestial aquí en la tierra, pues ha de ser mi ocupación eterna en el cielo... Ayúdame en esta empresa, oh tú la gran enamorada de Cristo, Teresa de Jesús, a fin de que en vida y en muerte, en el tiempo y la eternidad pueda decir con verdad: Soy toda de Jesús; hago por Jesús en la tierra lo que Jesús hace por mí en el cielo. Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Propongo en este día orar de un modo especial, hablar y obrar para que Jesús sea conocido y amado de mis amigas, que deben serlo de Jesús. Hágase, Señor, tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

Meditación LXI (para el viernes)

Vida de Jesús en la Eucaristía

Composición de lugar. Admira la bondad de Jesús encerrado por tu amor día y noche en la cárcel estrecha del Sagrario.

Petición. Ámeos, Jesús mío, y adóreo con todo mi corazón.

Punto primero. ¿Qué hace tu Jesús en la Eucaristía, hija mía?... Ora... te llama... te espera.

Ora Jesús en la Eucaristía a su Eterno Padre por ti continuamente, hija mía... ¡Qué pensamiento! Mientras tú vives distraída, mientras estás atareada, y olvidada de tu Jesús, Él desde el Sagrario ora por ti... piensa en ti... te ama con infinito amor... Estás durmiendo... y Jesús vela en el Sagrario por ti...: estas divirtiéndote, y en medio de la sociedad, rodeada de tus amigas, pasas muchas horas en conversación alegre... ¡y Jesús está solo en el Sagrario, horas, días y noches, y todo esto por ti! ¡Qué fineza de amor! ¡Qué amor tan incomprensible!

Punto segundo. ¿Qué hace Jesús en el Sagrario?... Te llama... te envía inspiraciones... Él no puede moverse si no es llevado, pues se ha constituido prisionero voluntario por tu amor... Mas, aunque cautivo de amor, este Pastor de las almas tiene la lengua libre, y da silbos amorosos: continuamente vocea y llama a las puertas de tu corazón... Yo estoy a la puerta, y llamo. Envía sus ángeles de paz, las santas inspiraciones, para que despierten tu dormido espíritu... ¿no has notado muchas veces, hija mía, que cuando más distraída te hallas en las cosas del mundo, han resonado en tu corazón voces dulcísimas, han cruzado por tu mente recuerdos terribles que te han conmovido fuertemente?... Pues sábetete que son las voces de este divino Pastor... ¡Oh si las oyeses!... ¡cuán presto serías toda de Jesús y feliz!

Punto tercero. ¿Qué hace Jesús en el Sagrario?... Te espera... ¿Cuántos años que te espera Jesús a que seas toda suya, como Él es en este Sacramento todo tuyo?... Espera Jesús que vuelvas a tu corazón, que abandones los falsos placeres del mundo, y te conviertas a Él... Espera que, desengañada de las criaturas, tornes a sus brazos para recibirte con amor... Espera Jesús que vayas a recibirle a menudo... cada mes, cada semana, todos los días... Sí, debieras comulgar cada día, como yo lo hacía, si pudieses. ¡Oh hija mía muy amada!, ¿por qué retardas tanto el recibir a Jesús?... ¡Oh si conocieses las ansias que tiene su Corazón de que le recibas!... ¡cuán a menudo comulgarías!, ¿por qué no quieres calmar estas ansias? ¡Ingrata! Por ello te encuentras débil en el camino de la virtud, sin fervor, sin entusiasmo santo.

¡Oh Madre mía de mi alma, Maestra de la acción de gracias después de la Comuni3n, Doctora Eucarística, santa Teresa de Jesús! Propongo de todas veras no pasar día sin recibir espiritualmente muchas veces a Jesús Sacramentado, y todas las semanas, y más a menudo aún sacramentalmente, si me lo permite mi confesor... Yo lo pediré con instancia, pues quiero salir de mi vida tibia, y unir muy a menudo mi corazón con el Corazón de Jesús Sacramentado, a fin de que lo perfeccione y divinice... ¡Oh Jesús mío!... yo toda tuya... y Tú todo mío... en el tiempo y en la eternidad... Amén. Amén. Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Recibiré todas las semanas, o a más tardar cada quince días, a Jesús Sacramentado con grande aparejo y pureza de alma. Pasaré a lo menos un cuarto de hora dando gracias y pidiendo mercedes a tan magnífico Huésped después de

comulgar, cerrando los ojos del cuerpo para abrir los del alma, contemplándole como Rey en el trono de mi corazón. Moveré a otros a que comulguen con frecuencia.

Comunión espiritual. Yo creo, oh Jesús de mi alma, que estáis en el Santísimo Sacramento; os adoro, os amo y deseo mucho recibirlos; venid a mi corazón; yo os abrazo, no os ausentéis de mí. Os amo, os adoro, os doy gracias, Jesús de mi corazón, por los que no os aman y os ofenden en este Sacramento de amor.

Meditación LXII (para el sábado)

Amemos al Espíritu Santo

Composición de lugar. Contempla a tu alma como templo del Espíritu Santo.

Petición. Ven, oh Espíritu Santo, e inflama mi corazón en tu amor.

Punto primero. Quiero darte, hija mía, a lo menos una meditación del Espíritu Santo, porque es de las más necesarias su devoción, y de las más olvidadas, lo que arguye grande ingratitud, que es el pecado más funesto, u olvido de lo que más te importa. Hazla, pues, muchas veces, y con gran fervor, porque será para ti un manantial de infinitas gracias. El Espíritu Santo, hija mía, es la tercera Persona de la Santísima Trinidad, igual al Padre y al Hijo, Dios vivo y verdadero... Es el amor sustancial del Padre y del Hijo... Es como el corazón del Padre y del Hijo, y así Dios enviándonos al Espíritu Santo nos ha entregado su corazón... No solo nos dio su Hijo para redimirnos y todos sus dones, sino al mismo dador de todos los dones, al Espíritu Santo, para que nos santifique y consume la obra que Jesús empezó. Nos da no solo los frutos sino el árbol, no solo el agua sino la fuente de todas las aguas de la gracia... Es un Espíritu puro, benigno, modesto, pacífico, caritativo. Es Espíritu de vida, que nos anima; de gracia, que nos santifica; de sabiduría, que nos instruye; de amor, que nos consuela y une a Dios... El Espíritu Santo de criaturas nos hace dioses; de pecadores, justos; de débiles, fuertes; de ignorantes, sabios; de tristes, alegres; de fríos, fervorosos; de soberbios, humildes; de iracundos, mansos; de tímidos, animosos... ¿Has recibido, hija mía, el Espíritu Santo?... Mira si te anima su espíritu de verdad, humildad, de paz, de caridad.

Punto segundo. Tres espíritus hay contrarios al Espíritu Santo que le contristan y no le dejan morar con gusto en el alma, y son: el espíritu del mundo, del demonio y de la carne. El espíritu del mundo inspira vanidad; el espíritu del demonio, tedio, cólera, venganza, odio; el espíritu de la carne inspira sensualidad... Mas el Espíritu Santo nos inspira humildad, mansedumbre, mortificación de los sentidos, caridad con el prójimo, paciencia, paz y gozo del alma que sacia el corazón... El espíritu malo te inspira todo lo que te mueve al amor de las riquezas, de los honores, de los placeres, pues son las tres concupiscencias que reinan en el mundo opuestas a la gracia del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo, hija mía, vive en tu corazón por la gracia; permanece en ti por la caridad; reina en ti por el amor, y reposa en ti por la paz... Contristas al Espíritu Santo

por el pecado venial; le das muerte por el pecado grave; le pierdes por el amor del mundo; le despidas con el odio del prójimo; le crucificas con la delicadeza y deleites de la carne... ¿Contristas al Espíritu Santo? ¿Eres gobernada por su Espíritu, o es el mundo, o el demonio, o tu concupiscencia los que te agitan?

Punto tercero. Teme, hija mía, sobre todos los pecados, los que son contra el Espíritu Santo, que son, de un modo especial, los que son contra la verdad, la caridad, la docilidad a sus inspiraciones... No resistas a la verdad, no la impugnes, no presumas ni desesperes de tu salvación; no envidies el bien de tu prójimo, ni te obstines en el pecado, porque morirías impenitente... Sé verdadera, caritativa, pura, y este Espíritu morará siempre en ti. No desciende el Espíritu Santo sobre los corazones falsos, porque es verdadero; ni reposa en los corazones inquietos, porque es pacífico; ni mora en las almas impuras, porque es casto; ni habita en los espíritus frívolos, vanos y ambiciosos, porque es santo; sostiene guerra contra la carne, porque es espíritu, y no consiente afecto desordenado a cosa alguna, porque es celoso del amor de las almas... Teme sobre todas las desgracias el resistir a las inspiraciones de Espíritu Santo, porque si no puedes tener ni un buen pensamiento, ni deseo, ni decir una buena palabra si no es con su auxilio, si le resistes ¿qué cosa buena podarás hacer?

Lo que más necesitas en ese mundo, hija mía, es luz, fortaleza, consuelo, y esto lo hallarás invocando al Espíritu Santo... La docilidad al Espíritu Santo es prenda segura de salvación, de acierto en los negocios, de paz y de felicidad temporal y eterna. Invoca, pues, a menudo al Espíritu Santo, y dile de corazón: Venid a mi alma, oh Espíritu Santo, Padre de los pobres, consolador de los afligidos, dador de todo bien, fuente de todas las gracias, lumbré de los corazones... Llenadme con vuestra gracia, gobernadme con vuestra sabiduría, santificadme con vuestro amor, sostenedme con vuestra fortaleza, penetradme con vuestra unción, adoptadme por vuestra hija, pacificadme con vuestra presencia, inflamadme con vuestra caridad, salvadme con vuestra infinita misericordia después de haber morado con gusto en mi alma... Ven, oh Santo Espíritu, lléname de tus dones y abrázame en tu amor. Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Pondré todo mi cuidado en evitar los pecados y faltas de advertencia por no contristar al Espíritu Santo.

Meditación LXIII (para el domingo)

Amor de Dios

Composición de lugar. Contempla a Dios como sumo Bien, del que salen todos los otros bienes.

Petición. Ámeos yo, Dios mío, con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas.

Punto primero. Dios te ama muchísimo, hija mía. Antes que tú existieses te miraba nuestro buen Dios, ya con amorosos ojos, y te llamaba por tu nombre... En caridad perpetua te amé, dice el Señor, que es como si te dijera: Desde que soy Dios te amo; desde que me amo a Mí, amo a ti; tan eterno es el amor que te tengo cuan eterno soy Yo y el amor con que me amo... Y en esto, hija mía, reconoce su caridad, porque Él te amó primero que tú le amases y le pudieses amar tan solo, sin ningún interés suyo ni mérito tuyo, y esto porque es bueno... Y porque te amó se comunicó a ti, se derramó a ti, y te atrajo a Sí con infinita bondad y misericordia de la nada al ser racional, haciendo de ti un mundo abreviado, en el cual se resumen las cualidades de todos los seres criados: el ser de los inanimados, el vivir de las plantas, el sentir de los animales, y el entender de los ángeles... Estos cuatro modos de ser y de perfección son, hija mía, como aquellos cuatro ríos que nacen de la fuente del paraíso, los cuales riegan por diversas partes los cielos y la tierra, y después todos cuatro se recogen en el hombre, rey de la creación, haciéndole muy semejante al paraíso de donde salieron... ¡Oh Dios bondadoso! Admiro la sabiduría infinita que mostráis en esta comunicación, gózome de vuestra omnipotencia, agradezco vuestra largueza y amo vuestra inmensa bondad. ¡Oh bondad infinita de mi Dios! ¡Con cuánta razón me mandáis que os ame con todo mi corazón, con toda mi alma, con toda mi mente y con todas mis fuerzas! Broten de mis entrañas, oh suma Bondad, cuatro ríos de agua viva por tales beneficios, llenos de fervientes afectos de amor y de gozo, de alabanza y de agradecimiento.

Punto segundo. ¿Qué más puede hacer Dios para probarte su amor, hija mía? Mas no paró aquí el amor de Dios, porque del ser racional te elevó al ser sobrenatural, que excede inmensamente a todo el ser natural, y nadie puede comprender su excelencia y su alteza. Por la gracia, hija mía, te ha hecho Dios hija suya regalada; por la gloria, desea hacerte participante de su misma felicidad; por la Encarnación, el mismo Hijo de Dios se hizo hombre porque el hombre se hiciese Dios, tomando la naturaleza humana la segunda Persona de la Santísima Trinidad; y no contento su amor de comunicarse de esta suerte a una sola naturaleza, por la Eucaristía su bondad infinita inventó otro milagro, el máximo entre las invenciones de su amor al hombre, cual es el comunicar aquel Ser divino con las dos naturalezas divina y humana a todos los hombres, juntándolas de un modo inefable con las especies de pan y vino, y comunicándose por ellas todo Cristo-Dios y hombre verdadero... De este modo, hija mía, no conviniendo que la Bondad divina comunicase su ser personal a todas las naturalezas criadas, escogió una en que estaban todas, que es la humana, y así se comunicó y honró a todas del modo más conveniente. ¡Oh hija mía! admira y considera y pondera el amor de tu Dios. No solo te crió a su imagen y semejanza, sino que quiso que uno de los hombres fuese el mismo Verbo, que es la misma imagen y semejanza del Padre y un Dios con Él. ¡Oh Amador infinito de los hombres! ¿Cómo podré yo retornaros el debido amor por tan inmensas finezas de amor? ¿Cómo podré amaros debidamente, Amador eterno mío? ¿Cómo podré amaros, Amador altísimo e inmenso?... Amarte y amarme ha sido tu eterna ocupación... Sea siempre también la mía en este destierro hasta que te ame en la eternidad. Amén.

Punto tercero. Mas pondera, hija mía, las pruebas particulares de amor que te ha dado Dios, que esta consideración moverá con más eficacia tu corazón a amarle... Dios me amó, y se entregó a la muerte por mí, ¡qué pensamiento tan tierno y amoroso y

conmover, hija mía! De tal suerte te amó a ti, como si sola estuvieses en el mundo, a la manera que el sol alumbrase cualquiera porción de la tierra como si otra cosa más no alumbrase... Me amó el Hijo de Dios a mí, gusanillo despreciable... a mí que tantas veces vio que le ofendí... a mí me hizo cristiana, me ha prevenido con miles de gracias... a mí me ha hecho nacer de padres católicos... a mí me ha conservado la vida, y no me ha arrojado al infierno al primer pecado, a pesar de haberlo merecido y haberlo hecho con tantas otras personas... a mí me ha dado miles de miles de inspiraciones... buenos ejemplos... santas lecturas... avisos... correcciones... los santos Sacramentos... Porque entre miles de jóvenes católicas te ha llamado, hija mía, por gracia especial a la Archicofradía de Hijas de María Inmaculada y mía; y en esta arca de salvación te ha deparado nuevos medios sencillos y eficacísimos para asegurar tu eterna felicidad... El cuarto de hora de oración diario, la lectura de mis celestiales escritos, la frecuente confesión y comunión, el buen ejemplo de tantas jóvenes hermanas tuyas, el día de retiro al mes, los santos ejercicios anuales... ¡Oh qué prácticas todas tan fáciles, sencillas y eficaces para asegurar tu salvación!... ¿Cuántas jóvenes mundanas y distraídas, si el Señor les hubiese hecho las gracias especiales que a ti, serían santas? ¡Y tú eres ruin y pecadora todavía!... ¡Ingrata!... ¡qué confusión!, ¡Oh cuánto te quiere Dios, hija mía! ¡Cuánto te quiere!, ¡con cuánta predilección te ama!... mas tú ¡cuán poco le amas!

Punto cuarto. ¡Cuánto te ama Dios, hija mía! mas tú ¡cuán poco le amas! Examina tus pensamientos, tus palabras, tus deseos y obras... Dime, desagradecida, de los noventa y seis cuartos de hora que tiene el día, ¿cuántos empleas en probar a Dios tu amor?... ¿No es verdad que Dios tiene muy poca o ninguna parte?... ¿Tu corazón no admite toda clase de amores de las criaturas, de la vanidad, del pecado... y solo Jesús, peor que en Belén, no halla lugar, ni siquiera un rinconcito desocupado en él para hospedarse y descansar allí con amor? ¿Regateas tu amor a tu Señor y Dios?... ¿temes amarle demasiado, porque temes ¡necia! que te hará infeliz, porque te obligará a desprenderte de aquellos profanos amores, indignos de un alma racional y cristiana?... ¿Qué has hecho, hija mía, para probar tu amor a tu Dios? ¿Qué haces? ¿Qué piensas, qué debes hacer?... Resuelve hoy, ahora mismo, amar a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, porque esto es tu primer y principal obligación. ¡Oh Dios mío! No podéis hacer ya nada más para probarme vuestro amor... Jamás ni yo ni hombre alguno en un exceso de soberbia se hubiera atrevido a pedir lo que Vos habéis hecho graciosamente por mí. Yo os miro, Dios mío, hecho hombre por mí, y llamaros Jesús por mí, y que clamáis de continuo: Te amé, hija de mi corazón, y me entregué todo por ti... Yo soy todo tuyo, ¿cuándo serás toda mía? ¡Oh Dios mío y todas las cosas! Desmenuza todos los ídolos de falsos amores que dominan en mi corazón, y vive Tú y reina en él por amor y gracia como Dios y soberano Dueño y único Señor. Amén

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Todos los días al levantarme me preguntaré: ¿Qué debo hacer hoy para probar mi amor a Dios? Y por la noche me examinaré de lo que haya hecho, dándole gracias o pidiendo perdón.

DÉCIMA SEMANA

Meditación LXIV (para el lunes)

Amemos a Jesús sobre todas las cosas

Composición de lugar. Representate a Jesús que llama a las puertas de tu corazón y te dice: hija mía, dame tu corazón.

Petición. Tomad todo mi amor, Jesús mío, pues Vos solo lo merecéis.

Punto primero. ¿Qué quieres hacer tú de tu corazón, de tu amor, de tu voluntad, hija mía?... ¿Quién te lo ha dado? ¿Quién te lo pide? ¿De quién es? ¿Quién lo merece más que tu Señor Jesucristo?... Cristo Jesús lo ha formado con sus manos, lo ha rescatado con su sangre, lo ha santificado con su gracia, y lo anima con su espíritu... ¿Y no amas tú todavía a Jesús?, ¿mas cómo le amas? ¿Le amas sobre todas las cosas, o amas alguna más que a Jesús?... ¿Amas de veras, de todas veras a Jesús, o le amas solo en apariencia, a medias, a temporadas?... Mira, hija mía, que solo Jesús merece todo tu amor, y amándole cumples toda la ley. Porque si toda la ley se contiene en el amor de Dios y del prójimo, amando a Jesús, que es Dios y hombre verdadero, amas a tu Dios y a tu prójimo con toda perfección. Si no amas a Jesús sobre todas las cosas, hija mía, ni vivirás vida de gracia, ni vida de gloria; porque sin el amor de Jesús nada bueno puedes hacer, ni pensar, ni merecer. Jesús es el autor y consumidor de la salud; Jesús es el camino y la puerta de la gloria, y sin su amor no hay victoria, ni triunfo, ni corona eterna... Si no amas con todo tu corazón a Jesús, solo te resta ser anatema eterno. ¡Oh dulcísimo Jesús mío, Rey único del amor de mi corazón! Vivir sin tu amor es un horrible infierno; vivir amándote es un delicioso paraíso. Ámete pues, sobre todas las cosas, Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, y viva y muera abrasada en tu amor. ¡Oh amorosísimo Jesús! Tú solo eres mi Jesús y todas las cosas. O amarte o morir.

Punto segundo. Ama a Jesús sobre todas las cosas, hija mía, porque así te lo manda. ¿Qué te manda tu Jesús y Dios de tu corazón? ¿Cuál es el primero y principal de todos los mandamientos de Dios? Amarás a tu Señor y Dios sobre todas las cosas, y Jesús es tu Señor y Dios y Redentor... Debes, pues, amarle con todo tu corazón, no deseando sino a Jesús con todas tus fuerzas, no trabajando ni afanándote sino por conocer y amar a Jesús y hacerle conocer y amar. Este es el mandamiento primero y principal en la obligación, en la dignidad, en la necesidad, en la autoridad, en la dulzura, en la eficacia, en el mérito y en el premio... Si no amas a Nuestro Señor Jesucristo, aunque tengas todos los bienes y grandezas de este mundo, de nada te aprovecharán al fin, eres anatema a los ojos de Dios, eres como un sarmiento separado de la vid, apto solo para el fuego eterno... Si no amas a Jesús sobre todas las cosas, eres la más bárbara, más cruel, más ingrata, más injusta, monstruosa y miserable de todas las criaturas; eres nada, peor que nada, porque eres una réproba, enemiga de Dios, émula y compañera de aquel infeliz que no sabe, ni quiere, ni puede amar.

¿Cómo cumples, pues, este precepto del amor de Jesucristo sobre todas las cosas? ¿Eres tardía y escasa en darle tu amor?... Oye atentamente a Jesús que te pide tu corazón, hija mía, y dáselo sin reserva, porque es suyo por todo derecho... ¡Oh Señor y Dios mío Jesucristo! ¿qué soy yo, vilísimo gusanillo podrido, ante tus ojos, para que así me ames y mandes que te ame, y me amenaces con penas eternas si no te amo?, ¿por ventura no es ya la mayor pena y miseria el no amarte? Pues me mandas que te ame, y no puedo contentarte sino amándote sobre todas las cosas, dame, Señor mío Jesucristo, lo que me mandas, y mándame lo que quieras. O amarte o morir.

Punto tercero. Ama a Jesús sobre todas las cosas, hija mía, porque nadie es más digno de tu amor. ¿A quién amarás si a tu Jesús no amas?... Nadie hay ni puede haber que sea tan amable, tan amante, tan suave, tan hermoso, tan bueno y amoroso, como Jesús... Todas las cosas las tienes en Cristo Jesús, y todas ellas te es Cristo Jesús. Jesús es el más amoroso de todos los padres, el más grande de todos los reyes, el más hermoso de todos los hombres, el más fiel de todos los amigos, el más poderoso de todos los señores, el mejor de todos los esposos... Jesús es médico y medicina, pastor y pasto de tu alma, tu salud y Salvador, tu amigo y felicidad temporal y eterna... Jesús te ama con todo su corazón, con toda su alma, hija mía. Naciendo se te dio por compañero, viviendo por maestro y modelo, en el Sacramento del altar se te da en alimento, muriendo se te dio en precio... Todo lo ha empleado Jesús para probarte su amor; ni un suspiro de su corazón, ni una obra de sus manos, ni un sufrimiento de su cuerpo, ni una gota de su sangre dejó de ofrecerla por tu amor... Está en pie Jesús a la puerta de tu corazón, y te llama un día y otro día, y te pide una y otra vez una limosnita de amor. ¿Se la negarás, ingrata? ¡Oh Jesús mío, amor de todos los amores, y corazón de todos los corazones! Os amo con todo mío corazón. Haced que os ame como Vos me amáis y como Vos merecéis, y que no ame cosa alguna sino en Jesús, con Jesús y por Jesús. ¡Viva Jesús mi amor! Jesús mío y todas las cosas, en vida, en mi muerte y por toda la eternidad. Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. No resistiré a los llamamientos del amor de Jesús, y le amaré con todo mi corazón.

Meditación LXV (para el martes)

Amemos a Jesús nuestro buen Padre.

Composición de lugar. Representate a Jesús como buen Padre abrazando al hijo pródigo.

Petición. Jesús mío, dame a conocer los afectos paternos de tu Corazón adorable.

Punto primero. Entre todos los títulos de que se gloria el Corazón de Jesús, dos son los que más campean en su boca en el santo Evangelio: el de Padre y el de Pastor. Corazón amorosísimo y tiernísimo, que bajó del cielo para inspirar a los hombres confianza y ganarles el corazón por el amor y la compasión, no podía verdaderamente escoger

otros títulos más adecuados a este fin. Todo el mundo sabe y ve por experiencia lo que es un buen Padre y buen pastor. Pues he ahí, alma mía, al Corazón de Cristo: Corazón de Padre, corazón de buen Pastor. *Tam Pater nemo, tam bonus Pastor nemo*. Nadie hubo ni puede haber tan buen Padre ni tan buen Pastor... ¡Qué Padre tan padre es el buen Jesús!... Mírale retratado su corazón paternal en la parábola del hijo pródigo. El hijo le pide la porción de su herencia, y luego de recibida, huye lejos de su casa y de su vista sin pedirle permiso, y contra su voluntad malversa su herencia en mala vida; padece hambre, miseria, es un miserable haraposito, un pillete... Mas este mal hijo, al volver en sí, recordando el buen trato de su padre, vuelve a su casa, y el padre corre a su encuentro, le abraza, le pone el mejor vestido, el anillo, celebra un espléndido banquete con música y convidados, con transportes de alegría, y al mal hijo ni siquiera le recuerda sus extravíos, ni le deja confesar su culpa, porque ¡ay! lo tenía perdido y lo ha recuperado, lo creía muerto y está vivo, y con esto está satisfecho su corazón paternal. ¡Qué Padre tan padre!... ¡Oh Corazón de mi Padre Cristo Jesús! Al contemplarte en este paso, ¡qué ganas no me dan de arrojarme a tus brazos, aunque hijo pródigo, para gozar de tus paternales abrazos, y sentir el calor y los latidos amorosos de tu adorable Corazón!... Tan Padre como Tú nadie lo es ni lo puede ser, porque nadie nos ama, ni nos sufre, ni nos espera con tan subido amor... Dime, Corazón de Jesús, ¿qué sentiste cuando estabas abrazado con tu hijo pródigo, pecador? ¿Cómo no te dieron asco sus vestidos haraposos y mugrientos? ¿Cómo juntaste tu ropa a su ropa, tu corazón a su corazón, tus abrazos a sus abrazos, tu boca a su boca, tu adorable Persona al más vil de los hombrecillos? ¿No recuerdas sus extravíos, el agravio y la injuria que te hizo al dejar tu casa, al disipar todo tu patrimonio? Todo lo recuerda, o mejor, todo lo ha olvidado mi Corazón de Padre, dice Jesús, *quia tam Pater nemo*, porque nadie tan buen Padre como Yo. Venid, pecadores y tristes y necesitados y atribulados, venid todos a Mí y os consolaré, os confortaré, os refocilaré, os perdonaré, porque no hallaréis, ni hay, ni puede haber en todo el mundo otro Padre mejor que yo... Vayamos, pecadores todos, con confianza y humildad y contrición, al Corazón paternal de Jesús, fuente inagotable de dulzura, de clemencia y de amor. No importa hayamos sido grandes pecadores, peores que el hijo pródigo... Jesús es Padre, es nuestro Padre... Nadie tan Padre nuestro como su corazón y esto basta: ¡oh qué Padre tan Padre...! ¡Padre mío de mi alma! Yo también pequé delante del cielo y pequé contra Ti. Perdóname... perdóname, que con tu gracia jamás ya me separaré de tu servicio y de tu amor.

Punto segundo. Pondera seriamente, alma mía, estas dos verdades, que te serán de gran consuelo y te alentarán a perseverar en el servicio y en la casa de tu Padre. La primera es que no puede acontecerte cosa alguna que no venga colada por las manos de este tu amorosísimo Padre, y que sin su permiso nadie te puede dañar, ni caer siquiera un cabello de tu cabeza... La segunda es que todas las cosas que te acontezcan, tanto prósperas como adversas, las ordena tu buen Padre para tu bien temporal y eterno, y puede, y sabe, y quiere, porque es infinitamente bueno, sabio y poderoso, hacer que su voluntad se cumpla siempre y en todas las cosas... ¡Oh Padre mío amorosísimo! ¡Con que ninguna pena, adversidad ni trabajo me pueden venir ni acontecer que no venga colada y registrada por tus manos! Todas las cosas que me vienen y acontecen por la mano de tan buen Padre mío, me vienen todas para mi bien y provecho... ¡Oh cuánto me animan estas verdades! Porque de una voluntad tan

buena como la de Dios mi Padre, y que tanto me ama, bien cierto y seguro puedo y debo estar que no quiere para mí sino lo bueno y mejor, lo que más me conviene, aunque yo no lo comprenda bien.

Esta providencia tan paternal y tan particular que Dios tiene de mí, es una de las mayores riquezas y tesoros de que gozan los que aman y sirven por la fe a tan buen Padre. Rodeado estoy, Jesús mío, como con escudo por todas partes de tu buena voluntad. ¿Qué tengo que temer? ¿Quién me podrá dañar? Como a la niñeta de tus ojos me tienes guardado, Jesús mío; en lo más secreto de tu Corazón me tienes escondido... ¡Qué verdad es esta tan rica, tan preciosa, tan estimable!

Punto tercero. ¡Qué corazón y amor de Padre tienes Tú, Señor mío Jesucristo, tan hermoso y bondadoso con todos tus siervos! Si te entregaste a Ti mismo a la muerte por mí, ¿qué no harás por mí?, ¿qué no me darás? Si me has dado lo más, ¿cómo no me darás lo menos? Porque mi padre y mi madre me dejaron, mas por su cuenta el Señor me tomó. ¡Oh alma mía! ¡Cuándo acabarás de entender esta verdad tan fundamental y consoladora! ¡Oh cuán amparada y socorrida te sentirías en todas tus necesidades y trabajos!... Dime, alma desconfiada, con cuya desconfianza injurias sobremanera mi paternal Corazón, te dice Jesús, si acá tuvieses un padre muy rico y poderoso y bondadoso y muy privado y favorecido del rey, ¿qué confiada y segura estarías en todos los negocios que se te ofreciesen que no te faltaría el favor y amparo de tu padre? ¿Pues con cuánta mayor razón ¡alma de poca fe! has tú de tener esta confianza y seguridad, considerando que me tienes por Padre a Mí en cuyas manos está todo el poder del cielo y de la tierra, y que no te puede acontecer cosa alguna de la tierra sin que primero pase por mi mano?... Si esta manera de confianza tiene un hijo con su padre que le puede faltar, y con ella duerme seguro, ¿cuánto más la debes tener en Mí, que soy más Padre que todos los padres, y que en mi comparación no merecen los otros el nombre de padres? Porque no hay entrañas de amor que se puedan comparar a las que Yo tengo contigo, porque sobrepujan infinitamente todos los amores que pueden tener todos los padres de la tierra... De Mí, tal Padre y Señor, ¿no puedes estar bien confiada y segura que todo lo que te enviare será para tu mayor bien y provecho? Mira mi Corazón alanceado por ti; mira mi sangre toda derramada por ti; mira mi vida dada por ti; mira mi cruz, mis espinas, mi Iglesia, mis Sacramentos... ¿Puedes dudar de mi amor? ¿Qué más puedo hacer por ti para moverte con toda eficacia a la confianza en mi amor, providencia y protección tan paternal y particular que tengo de ti y de todas tus cosas? Haz lo que es en ti y déjame tú a Mí y no te inquietes por nada. Mi Padre se deleita contigo, y el Espíritu Santo te ama y Yo te amo en caridad perpetua... ¡Oh Padre mío y Dios mío! A vuestros paternos brazos me arrojo con toda confianza. Recibid en vuestra casa otra vez a este vuestro hijo pródigo que tanto os ha ofendido, y contadme a lo menos como uno de vuestros criados, pues no soy digno de ser llamado hijo vuestro, porque he pecado delante del cielo contra Vos... Olvidad mis yerros pasados, que quiero siempre serviros y amaros y dar gusto a vuestro paternal Corazón. Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Jaculatoria. Guárdame, Jesús mío, como a la niña de tus ojos en lo más recóndito de tu amoroso Corazón.

Obsequio. Servir al Señor con confianza y afecto filial como al mejor de los padres.

Meditación LXVI (para el miércoles)

Amemos a Jesús nuestro buen Pastor

Composición de lugar. Representate a Jesús rodeado de innumerables almas que las regala y les dice: “Yo soy el buen Pastor”

Petición. Dame, Jesús mío, que siempre sea oveja dócil de tu manada, la más querida de tu Corazón, y que siempre oiga tu voz.

Punto primero. “Yo soy el buen Pastor, dice Jesús, que da la vida por sus ovejas, que las lleva a los pastos de salud, que las protege, defiende y regala... Yo soy el buen Pastor, que entra por la puerta, y oyen las ovejas mi voz, y las llamo a cada una por su nombre, y las llevo a pacer, y voy delante de ellas, y las ovejas me siguen porque conocen mi voz... Yo soy el buen Pastor, la puerta de las ovejas... Yo soy el buen Pastor, que viene para que tengan vida mis ovejas, y vida más abundante... Yo soy el buen Pastor y conozco a mis ovejas, y mis ovejas me conocen... Yo soy el buen Pastor, que tengo otras ovejas que no son de este redil; y conviene traerlas, y oirán mi voz, y se hará un solo redil y un solo Pastor”. Con estas regaladísimas palabras parécenos ver al Corazón de Cristo Jesús cómo se dilata y se recrea y se goza repitiendo que Él es el buen Pastor. Así como no hay otro tan Padre como Jesús, así tampoco hay ninguno tan buen Pastor. Vedle saltando los montes y traspasando los collados para hacer su oficio de Pastor. Baja del cielo y se viste de pastor en el seno de una Virgen en Nazaret. Sale vestido de pastor, y ¡qué pastorcito tan agraciado! No han visto ni verán jamás las más lindas zagalas otro igual en los siglos... Sale vestido de pastorcito, y es presentado al Templo, y marcado con la marca de sus ovejas, y huye a Egipto, y vuelve a su patria, y trabaja y anda y se ensaya en su oficio de Pastor.

Deja las noventa y nueve ovejas en el aprisco y va en busca de la descarriada, y al hallarla la lleva otra vez sobre sus hombros a su redil, lleno de gozo... Mírale cargado a este divino y gallardo Pastor Jesús, lleno de gozo con la oveja descarriada, que se llama unas veces samaritana, otras Zaqueo, o Magdalena, o Mateo, o mil otros... Contéplale llorando a tan divino Pastor a la vista de las ovejas extraviadas de Jerusalén, porque rechazaban sus silbos amorosos, sus voces, sus amenazas... Mírale discurriendo sin descanso por todas las villas, ciudades y aldeas y montes de la Judea, para recoger las ovejas perdidas... ¡Cómo trabaja todo el día y se fatiga, y la noche pásala en oración rogando al Padre para que envíe más pastores!... Pondera cómo clama al ver tantas gentes como ovejas sin pastor: *Misericor super turbas...*

Tengo compasión de estas turbas, porque son a mis ojos como manadas de ovejas sin pastor... Contéplale, por fin, después de haber cumplido su misión divina sobre la

tierra, cómo este Pastor de las almas se sube a un árbol encumbrado, y allí extiende sus brazos, y deja abrir su pecho, del amor muy lastimado, y da su vida, y derrama toda su sangre, y se queda en alimento, y deja los pastos de salud en vida, doctrina y carne, todo para salud y vida, recreo y salvación de sus ovejas. ¡Oh buen Pastor, Cristo Jesús mío!, ¡oh!, ¡nadie tan buen Pastor como Tú, mi Jesús! Tú solo, Jesús mío, eres el verdadero Pastor de las almas que das la vida por tus ovejas... A Ti solo siga mi alma, ame y adore con todo mi corazón. Amén.

Punto segundo. Entremos en el Corazón amoroso de tan divino Pastor, y midamos si es posible la profundidad, latitud y longitud, la extensión de la caridad que arde en su pecho para la salvación de sus ovejas, que son las almas. Aun en la cruz no se olvida de su oficio de buen Pastor, y olvida sus trabajos para introducir en su redil a la oveja descarriada del buen ladrón... Apenas muere se convierte el centurión, y los soldados se dan golpes de pecho y confiesan que verdaderamente era Hijo de Dios... Contéplale en el cielo, y allí sentado a la diestra del Padre le verás cómo muestra sus llagas y le pide por nuestro amor... Mírale en la Eucaristía de día y de noche ofreciéndose al Padre como víctima, a los hombres como alimento y consolador... Encerrado está en verdad y como muerto este Pastor en el Sagrario, pero tiene la lengua libre y de continuo vocea a sus ovejas... ¿Qué son los remordimientos y los buenos pensamientos sino silbos de este amoroso Pastor?... Tiene las manos libres y derrama sus tesoros de gracias. Tiene sobre todo su Corazón libre, y de continuo clama y bate las puertas de todos los corazones, diciendo: Ábreme, hermana mía, ovejita mía... ¿No me conoces?, ¿no conoces mi voz?... Soy tu Jesús, a quien persigues, dice a los malos como Saulo. Volved, prevaricadores, al Corazón, dice a los pecadores. Dame, hija mía, tu corazón, dice a las almas perfectas. Y a todos: Yo soy Jesús, el buen Pastor, que estoy a las puertas de vuestro corazón día y noche, y llamo... Abridme, porque el que me abra cenará conmigo en las praderas de eterna flor vestidas de la gloria, y no temerá al lobo infernal, ni podrán dañarle los pastos venenosos, ni temerá la muerte, porque Yo seré su vida y su pasto, su gloria y su Pastor eterno.

¡Oh Corazón de Jesús! ¡Pastor y pasto, vida y dulzura de las almas!, haz que siempre siga tu voz, y sea ovejita tuya la más regalada y más fiel en amarte y seguirte. Amén.

Punto tercero. ¡Oh buen Pastor mío Cristo Jesús! Yo sé que Tú me amas, y que amas a todas tus ovejas, porque por todas y por cada una de ellas has dado la vida como buen Pastor; pero también sé que tienes tus ovejitas predilectas, y que están más cerca de Ti, están como Juan el discípulo amado, y a estas más regaladas, y les das bocadillos más sabrosos, y las tratas con más fino amor... Yo quiero ser de tus ovejitas, Jesús mío, mas quiero ser de aquellas más allegadas a Ti, que forman las delicias de tu Corazón, que son las que más te aman y son amadas de Ti... Ya sé, oh buen Pastor, y lo reconozco y lloro, que yo he sido por algún tiempo oveja descarriada, que contristé tu buen Corazón, que erré buscando pastos de salud en el vicio, y solo hallé veneno; pero el mal está hecho ya, y aquí me tienes deseosa de reparar el tiempo perdido probándote mejor mi amor... Acuérdate, Pastor mío, que me buscaste y te cansaste buscándome, y por fin me hallaste y me volviste a Ti... Acuérdate del gozo grande que yo di a tu Corazón y al cielo cuando me convertí, porque oí y seguí tu voz... Por este gozo, Jesús mío, hazme la gracia de andar siempre cerca de Ti, a tu lado, y de ser la

más enamorada de tu Corazón... Si yo no lo merezco, lo mereces Tú, oh buen Pastor, para que brille más en mí tu misericordia, y este ejemplo mueva a otros corazones a amarte y servirte... Olvida lo pasado, oh Tú, Pastor todo bondad, todo misericordia, y no me dejes más en manos de mi propio consejo... Introdúceme y guárdame en tu Corazón hasta verte en el reino de tu gloria. Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Jaculatoria. Jesús, Pastor de las almas, multiplicad y enviadnos sabios y santos sacerdotes.

Fruto. Rogaré todos los días a Jesús que envíe pastores según su Corazón a su Iglesia.

Meditación LXVII (para el jueves)

Amemos a Jesús Esposo de las vírgenes

Composición de lugar. Representate a Jesús que te dice: “Yo soy Esposo virginal que me apaciento entre azucenas”.

Petición. Jesús mío, no ame más que a Ti y a todas las criaturas por Ti.

Punto primero. Son las vírgenes que alcanzan la inestimable dicha de consagrar al amor de Jesucristo el cándido lirio de su pureza, las que se granjean de Dios un amor igual al que profesa a los ángeles del cielo... Porque son como ángeles de Dios en el cielo, ya que solo en el cielo se ha podido hallar el verdadero ejercicio de esta virtud, porque únicamente allí ha encontrado a su verdadero Esposo Jesucristo. La doncella que consagra su virginidad a Jesucristo, consigue hacerse esposa suya, cuyo desposorio se efectúa por medio de la fe... Esta inapreciable virtud ha sido concedida a los mortales por los méritos de Jesucristo, porque nadie puede poseerla dignamente sino por su gracia: por esta razón las vírgenes van en pos de Jesucristo, Cordero de Dios, en el cielo, do quiera que vaya... Es verdad, hija mía, que toda alma justa es esposa de Jesucristo; no obstante, llámense y son especialmente esposas tuyas las vírgenes que le han sido consagradas, que por eso se llama esposo de todas las sagrada vírgenes. Estas son las flores del jardín de la Iglesia, la porción más noble del rebaño de Jesucristo, sus primicias, las columnas y la corona de la fe y las perlas de la Iglesia... Las vírgenes, libres de los inevitables riesgos que cercan necesariamente a las casadas, tienen su alma libre de pensamientos inútiles, para ser santas en cuerpo por la castidad, y santas en el alma por la familiaridad con Dios... Son las predilectas de Jesucristo, porque después de consagrarle el alma y el cuerpo, cifran toda su atención en complacerle y agradarle... Las vírgenes son las primicias para Dios y para el Cordero, porque se atraen más señaladamente su amor y predilección... ¡Oh hija mía! Feliz tú si eres llamada a tan alta dignidad y honra... No la rehuses.

Punto segundo. Aun cuando, hija mía, las vírgenes no se granjeasen otro galardón, debería bastarles la ventaja de verse libres de las molestias del mundo para fijar exclusivamente en Dios su pensamiento. Las vírgenes, enseña san Ambrosio, no solo

disfrutarán de mucha gloria en el cielo, sino que también en la tierra gozarán del premio anticipado de una continuada paz... Jesús se alimenta de azucenas, así como el demonio se nutre con las inmundicias de la impureza. Por eso el canto de las vírgenes es el que agrada al divino Cordero más que el de los santos, pues no hay otra cosa que pueda compararse al valor de una alma casta... Por esto la Reina de las Vírgenes, hija mía, repuso al ángel: ¿Cómo ha de ser eso, pues no conozco varón? Mostrando con estas palabras que prefería renunciar a la dignidad altísima de Madre de Dios antes que a su virginidad... Levanta tus ojos al cielo, hija mía, y mira al castísimo y brillante coro que formamos las vírgenes... ¿No nos ves? En todas nuestras sienes brilla una aureola especial de honor y de gozo, y nadie puede cantar ni entender el cántico que nosotras cantamos... Contempla nuestra alma. Jesús, nuestro Esposo, nos concede, a las castas vírgenes goces exclusivos que no concede, según san Agustín, a los otros bienaventurados que no fueron vírgenes... Huerto cerrado, fuente sellada somos las vírgenes que robamos la atención y el amor del Corazón de Dios... La generación de las vírgenes ¡oh cuán hermosa y agraciada es! Su memoria es inmortal, conocida y alabada de Dios y de los hombres, porque los hombres la respetan y la veneran, y Dios la premia con larga mano en el cielo, después de haberla hecho semejante a Sí en la tierra por la incorruptibilidad y pureza... ¿Qué piensas de esta joya excelentísima de la virginidad, hija mía?... ¿La amas?... ¿La aprecias como debes?... ¿La guardas con honor?

Punto tercero. Considera por fin, hija mía, la condición de este tu Esposo celestial Jesucristo si te elige para su esposa, y te da este don tan soberano, esta dádiva tan preciosa que no es de muchos... Sepas que Jesús es el Esposo más hermoso entre todos los objetos del cielo y de la tierra... Aquel Señor a quien anhelan servir los ángeles del cielo es tu Esposo... tu Criador se ha desposado contigo, y siendo Rey de todas las cosas te ha dado corona de reina... es de trato delicado, de condición nobilísima, de atenciones y miramientos sin igual... Es rico con todas las riquezas de Dios..., sabio con todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios... y habita en Él la plenitud de la divinidad perpetuamente... Flor y hermosura del campo, recreo de los ángeles, alegría del cielo, paraíso de Dios; es su pecho florido... Nunca desampara a sus esposas y nada les puede faltar... En ternura y cariño, y en amor y blandura excede al de todas las madres y amantes, y el amor más subido de todos los hombres es en comparación del suyo asco y basura y desamor... De corazón compasivo, sabe este celestial Esposo de las vírgenes perdonar y disimular los defectos y miserias de sus esposas, y como las conoce pobres, cubre su pobreza al desposarse con Él con preseas y joyeles de inmenso valor... Atavíalas con gargantinas de oro taraceadas de plata, que no son otra cosa sino la pureza y caridad... Ciñe su cabeza con diadema imperial como muestra de su poder sobre todas sus pasiones, y adorna su diestra y su garganta con piedras preciosas, y cúbre las con manto recamado de oro con un sin número de joyeles... Tal es tu Amado, hija mía, cándido por la pureza, rubicundo por el amor... Feliz mil veces si sabes oír su voz y consagrarte sin reserva a su servicio y amor... ¡Qué feliz serás!, ¡qué santa!, ¡cuán honrada te verás!...

¡Oh Jesús mío! veisme postrada a vuestros pies... me confieso vuestra esclava... no soy digna de serlo aún, porque os he ofendido... ¡cuánto menos pretender vuestra mano y desposarme con Vos!... No obstante, no desecharéis un corazón contrito y humillado y

que se ofrece todo a Vos... Dadme vuestro amor y gracia, que esto solo me basta... Vuestra soy, para Vos nací; ¿qué mandáis, Señor, de mí?... Decid, dulce Amor, decid, que a todo diré que sí; ¿qué queréis, Señor, de mí?

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Amar padeciendo por Jesús, y padecer amando por Jesús.

Meditación LXVIII (para el viernes)

Amemos al Corazón de Jesús

Composición de lugar. Contempla a Jesús que, mostrándote su Corazón, te dice: “Mira este Corazón que tanto te ha amado”.

Petición. Dadme a conocer, Padre mío, las insondables riquezas del amor de mi Jesús.

Punto primero. Como hija de María Inmaculada y Teresa de Jesús, que aspiras como tus santas Madres a ser toda de Jesús, debes, hija mía, consagrarte a hacer conocer y amar a tan divino y hermoso Corazón. Exclama conmigo contemplando las excelencias de este Corazón Sagrado: He hallado el Corazón de padre... de hermano... de amigo... de esposo... de Dios... ¡Bien hayas, lanza cruel, que abriste el arca de mi refugio!... he hallado un agujero en la peña, donde me guareceré de la tempestad, y nada ni nadie podrá dañarme... Caerán a mi lado mil, y diez mil a mi derecha; más el azote de Dios no llegará a mi mansión... ¡Gracias, Jesús mío, gracias!, ¡gracias, Amor mío, gracias!, ¡gracias, Amado mío y Bien mío! Porque subido a ese árbol santo, tengo ya un lugar escogido donde podré colgar con toda seguridad el nido de mis castos amores... Aquí no llegará el gavilán infernal, ni las tempestades o vientos de seducción del mundo podrán destruirlo... ¡Ave, Corazón abierto de mi Dios!... Esta es mi morada... esta será mi habitación en los siglos de los siglos... aquí moraré y descansaré, puesto que la elegí... Tú serás mi casa de refugio en vida... mi mansión en la hora de mi muerte... mi sepulcro y mi cielo por toda la eternidad... ¡Oh amor mío, Corazón de Jesús mío!... ¡Quién no amaré a tan amante y amabilísimo Corazón!

Punto segundo. He buscado un corazón que anduviese acorde, que comprendiese el mío... miles le han ofrecido amistad, le han jurado amor eterno... Más ¡ay! Que no saben cumplir lo que prometen, ni entienden mi secreta necesidad... falsos amadores los del mundo... Tú, Dios mío, Tú solo has formado, tu solo conoces mi corazón... Tú solo eres el Dios de mi corazón. *Deus cordis mei* ¡Qué palabra tan dulce: *Dios de mi corazón!* ¡Qué palabra tan regalada: *Dios de mi alma, Dios de mi amor!* Por ello a Ti voceas, por Ti suspiras, a Ti solo pretendes amar, pues Tú solo puedes henchir de amor sus inmensos senos... ¡Oh!, ¡qué bien se está aquí... dentro del Corazón de Jesús... a la sombra del árbol de la cruz, donde cuelga mi Amado!... Hasta hoy, dilo, pobre corazón mío, hasta hoy ¿no es verdad que solo desengaños o tormentos has bebido en los charquillos turbios de aparente felicidad que te ofrecieron las criaturas?... Mas hoy, sentada a la sombra de Aquel a quien ama mi alma, del único Amador de las almas, sus frutos son dulcísimos a mi paladar... Saboréalos, pues, alma mía, penetrando con la

consideración en la anchura, longitud y profundidad del amor de este divino Corazón... Huélgate con Él, en Él y por Él... No te estrecharán otros miles de corazones generosos amigos que, como tú, dichosos, han escogido por morada, por su lugar de refugio y delicias y descanso tan hermoso, tan amable y divino Corazón.

Punto tercero. ¡Oh mi amado Corazón de Jesús!, ¡quién me diese el imitarte con toda perfección! Este será mi estudio; tú mi escuela... escuela de mi corazón para ser semejante al tuyo... humilde... manso... sufrido... magnánimo... generoso... abrasado con el divino amor... Por eso mi oración continua será: *Jesús mío, haz mi corazón como el tuyo; aquí mis lágrimas, aquí mis obras, estas mis peticiones: Jesús mío, dame un corazón como el tuyo.*

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Antes de hablar a alguna persona, al dirigirme a algún corazón que deseo mover al amor de Jesús, diré la siguiente oración: *Divino Corazón de Jesús, omnipotente Dios y Amado mío, en cuyas manos están los corazones todos de los mortales, inclínad el corazón de N. a las luces de vuestro amor, para que en todo os conozcamos y amemos, oh Jesús, mí Dios y Redentor. Amén.*

Meditación LXIX (para el sábado)

Jesús mío, ¿por qué me amáis tanto?

Composición de lugar. Contempla a Jesús que mostrándote su cruz, su Corazón y la Hostia Santa te dice: "Así te amé".

Petición. Dadme a conocer, Jesús mío, la inmensidad de vuestro amor y la gracia de corresponder a él.

Punto primero. Si no fuera atrevimiento quisiera, Jesús mío, preguntaros y que me respondierais: ¿Por qué me amáis tanto?... Que me amáis más de lo que yo puedo amar y entender es cosa cierta. Que vuestro amor no tiene medida para mí es evidente. No dudo, Jesús mío, ni puedo dudar de vuestro infinito amor hacia mí al veros mostrándome vuestra cruz, vuestras llagas, vuestro Corazón alanceado, y vuestro Cuerpo convertido en manjar para mi alma... Me amasteis, Jesús mío amorosísimo, y os entregasteis a la muerte más cruel e ignominiosa por mí... No dudo, Jesús mío, ni dudar puedo de vuestro infinito amor, porque si las obras son las pruebas más irrecusables del amor verdadero, veo esas obras tan grandes, tan amorosas que superan la fuerza de mi comprensión. Mas ¿por qué me amasteis, y sobre todo, me amasteis tanto?... ¿No bastaba, por ventura, el amarme lisa y llanamente creándome y conservándome, que habéis querido amarme padeciendo y redimiéndome?... ¡Oh verdadero y generosísimo mador de mi alma! Haz que te ame con todo mi corazón ahora y siempre. Amén.

Punto segundo. ¿Por qué me amáis tanto, Jesús mío? Que me améis no lo hallo extraño, porque no podéis menos de amar las hechuras de vuestras manos. ¡Mas que

me améis tanto! ¡Para salvarme bastaba y sobraba una sola gota de vuestra Sangre, o una sola lágrima de vuestros ojos, o un solo suspiro o súplica de vuestro Corazón, porque esta lágrima, este suspiro ofrecido por un hombre Dios al Padre Eterno para salvarme, hubiese sido de infinito valor, y bastaba no solo para salvarme a mí y a todo el mundo, sino para infinitos mundos!... Mas ya veo, Jesús mío, que lo que bastaba para salvarnos no bastaba para probarnos vuestro inmenso amor, y ganarnos por este medio nuestro escaso amor... ¿Qué más podíais hacer para probarme vuestro amor, que dar vuestra vida por mí? Más ¿qué digo, amorosísimo Jesús? Creo que Vos habéis muerto por mi amor, ¿y puedo amar otra cosa fuera de Vos o más que Vos? Antes de haceros hombre por mí podía dudar si Vos, Dios mío, me amabais con ternura; mas ¿cómo puedo dudar ahora, al veros encerrado por mí nueve meses en el seno de María, y nacer niño agraciado, pobre y humilde en la cueva de Belén, y vivir y morir por mí?... Si un rey por amor a un vil gusanillo se hiciese gusano, ¿cuánto amor le mostraría? Más ¡ay! amor infinitamente mayor me mostrasteis Vos, Rey de cielos y tierra, humillándoos hasta haceros hombre por mí... ¡Por qué se anonadó a Sí mismo tomando forma de siervo, hecho semejante a los demás hombres! ¡Oh! ¡Ver a todo un Dios vestido de carne! ¡Y el Verbo se hizo carne!... ¿Puede comprenderse el exceso de este amor?... ¡Oh Jesús mío y Señor mío! ¿Por qué me amáis tanto? A lo menos correspondiese dignamente a vuestro amor.

Punto tercero. Jesús mío, ¿por qué me amáis tanto? Si la prueba del amor son las obras, ¿por qué tanta pobreza, tanta humillación, tantos trabajos y desprecios, tantos tormentos, vida tan amarga, muerte tan cruel e ignominiosa?... ¿Por qué me amáis tanto, que os veo atado como un malhechor con cadenas?... ¿Qué hay de común entre Vos y las ataduras? ¿Qué hicisteis, inocentísimo Jesús, para que así hayáis sido juzgado y sentenciado a muerte y muerte de cruz? ¿Quién ha hecho esto?... ¡Oh! Es el amor. Sí, el amor, que no conoce dignidad; el amor, que triunfa del mismo Dios... Sí, Dios mío, Vos que no podéis ser vencido por nadie, habéis sido vencido por mi amor. Porque me amaste, te entregaste a la muerte por mí... Más ¿por qué me amáis tanto, Jesús mío? Vimos al sabio infatuado por su exceso de amor: eres loco de amor, Jesús mío, pues siendo el autor de la vida mueres crucificado por mi amor... Tú no quieres, Amor mío, otra cosa sino que yo conozca el amor inmenso que me tienes. Tú viniste a poner fuego en la tierra de mi corazón, y nada deseabas tanto como verlo abrasado en las llamas de tu divino amor... Ya veo, pues, por qué me amas tanto. Tu pecado es tu amor, os diré con san Bernardo. Este amor, y no Pilato, es el que os condenó a muerte y os hace morir... ¡Ay de mí! ¡Mi Amor, herido, crucificado por mí! ¡Mi Amor ha muerto por mí!... Y yo Jesús mío, Amor mío, ya que Vos moriste por mí, yo no debo vivir para mí, sino para Ti, que moriste por mí. ¡Oh Jesús mío!, ¿por qué me amáis tanto, pues parece que yo soy Dios de Dios, y que no podéis vivir feliz sin que yo lo sea por vuestro amor?... Si yo fuese vuestro Dios, Jesús mío, ¿qué más hubierais podido hacer por mí, que vivir y morir tan penosamente?... Mas yo ¿por qué os amo tan poco?... Acábase aquí mi vida fría e indiferente, y viva y muera abrasado de vuestro amor.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. No amar más que a Jesús, por Jesús y con Jesús.

Meditación LXX (para el domingo)

¡Pobre Jesús!

Composición de lugar. Contempla a Jesús, Rey de cielos y tierra, que pide a las puertas de nuestro corazón una limosnita de amor y no se la damos.

Petición. Corresponda a tu amor, Jesús amantísimo, con todo mi amor.

Punto primero. Una de las cosas más de maravillar que puede haber sobre la tierra es sin duda alguna el contemplar, hija mía, la conducta de Dios con los hombres, y la de estos con su Dios. Dios, que para nada necesita de sus criaturas, y que eternamente era absolutamente feliz sin el amor del hombre, después de haberlo criado graciosamente, parece no puede pasarse sin ser amado de él... A pesar de haber criado al hombre en gracia y haberlo puesto en el paraíso terrenal colmado de dones, y haberle este despreciado, desobedeciendo sus mandatos; a pesar de haberle redimido, y vuelto a su amistad y gracia, y prometídole el cielo si le amaba; a pesar de haber muerto en una cruz, y derramado toda su sangre y dadósele en bebida para mejor demostrarle su amor; no obstante de tan inauditas finezas, Jesús, Salvador de los hombres, no es amado por ellos... ¡Pobre Jesús!... Cualquiera que haga a los hombres un beneficio, un obsequio, no sabe cómo mostrarle su amor y págale con otro obsequio; mas solo Jesús es el que no recibe otra cosa que desatenciones, desdeños, desprecios, graves injurias y ofensas... ¡Pobre Jesús! ¡Pobre Jesús!... Para todos tenemos amor de sobra, menos para Ti, que nos amas con infinito amor; pues ni siquiera el justo amor te tenemos... ¡Oh! A lo menos ámete yo, amabilísimo Jesús, con todo mi corazón, y lléname de las riquezas de tu amor infinito, que este solo me basta para mi felicidad cabal y perfecta.

Punto segundo. ¡Pobre Jesús! ¡Pobre Jesús!... ¿Qué locura la de los hijos de Adán, que no te aman a pesar de estar en Ti todos los bienes del cielo y de la tierra, y se van tras las criaturas buscando los charquillos turbios del mundo, y no a Ti, que eres la fuente clara y abundante de donde todos los bienes proceden?

¡Pobre Jesús!... Andan las almas perdidas por la hermosura de las criaturas, por la nobleza y el poder y las riquezas; y no te aman a Ti, hermosura sin igual, eterna, siempre antigua y siempre nueva; y desprecian tu nobleza de Hijo de Dios, y desdeñan tu poderío de Rey de cielos y tierra, y se afrentan de servirte, y no precian tus dádivas y tus dones, ni a Ti tampoco, que eres la suma de todos ellos... ¡Pobre Jesús! Las bestias fieras y los leones agradecen los beneficios, las águilas y los delfines aman a quien los ama, los perros tienen cuenta con quien les hace bien, el buey conoce a su señor, y hasta el torpe asnillo reconoce a quien le da de comer; ¡mas solo el hombre no te reconoce a Ti!, ¡pobre Jesús! Dios vivo y verdadero, por su criador y libertador y dador de todo bien, y, más fiero que las fieras, no te ama a Ti, que infinitamente le amas, y con tu muerte le libraste de la muerte eterna.

¡Oh mi Jesús! ¡Pobre Jesús! Verdaderamente tengo el corazón más duro que la piedra y el bronce; porque tanta caridad y generosidad no me ablandan, ni tantas bondades me conmueven, ni la vergüenza me refrena, ni el temor del castigo me horroriza, ni tantos ejemplos de tus criaturas, ni aun de Ti mismo me convierten... Ten piedad de mí según tu gran misericordia, y vuélveme las riquezas de tu infinito amor, y cubre mi pobreza con el manto de tu infinita piedad. Amén.

Punto tercero. Los que no amáis a Jesús sobre todas las cosas, hija mía, quisiera me contaseis cómo podéis vivir felices; porque de tal suerte Dios ha criado tu corazón, que solo puede ser feliz amándole sobre todas las cosas, porque Dios solamente es y puede ser su fin, su centro, su descanso... Dígalo tu corazón, hija mía: ¿has sido por ventura feliz mientras no has amado a Dios?, ¿has tenido descanso ni paz?... ¿No es verdad, hija mía, que como el hijo pródigo has sentido renacer en tu pecho la sed de una vida mejor al gustar las comidas de animales inmundos? Ese fastidio... ese hastío... ese cansancio que se apoderaba de ti después de haberte entregado a los placeres de los sentidos, ¿no te recordaba los destinos celestiales de tu alma inmortal?... Ese gusano de la conciencia que no te dejaba gustar un momento de paz en medio de las ruidosas diversiones del mundo, ¿no te recordaba que tu alma es un suspiro del corazón de Dios, que de su pecho había salido, y que solo podía hallar la felicidad perdida volviendo a su principio y reposando en Él?... ¡Pobre Jesús! Mas, ¡ay de ti!... ¡Ay de los pobres pecadores! ¡Ay de los corazones que no aman a Jesús sobre todas las cosas!... Pobre de ti, si no amas a Jesús con todo tu corazón ¡Oh buen Jesús! Verdaderamente soy una pobre pordiosera, una pobre mendiga, y no obstante solicitáis mi amor; mas no porque lo necesitéis para vuestra felicidad, sino para mi bien y provecho, porque de todas veras me amáis... Apiadaos, pues, oh buen Jesús, de los pobrecitos pecadores, apiadaos de mi probrecita alma que tantas veces os ofendió... Pobre de mí, oh Jesús mío, que he pecado contra Ti... Me pesa de haberte ofendido, porque eres bueno en Ti y para mí, porque perdí las riquezas inestimables de tu gracia, y mi alma se halló en la suma miseria separada de Ti. Vuélveme tu gracia y amistad, y jamás me vea pobre sin tu amor.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Húndase todo antes que perder el amor de Jesucristo mi Dios y Señor.

UNDÉCIMA SEMANA

Meditación LXXI (para el lunes)

Amemos a nuestro padre y señor san José

Composición de lugar. Contempla a san José regalando al Niño Dios.

Petición. Bondadoso san José, protegédme en vida y en la hora de mi muerte.

Punto primero. Quiero darte, hija mía, una meditación de nuestro padre y señor san José, para despertar en tu alma y avivar una ilimitada confianza en su protección...

San José quiere socorrerte en toda necesidad... El amor a los hombres en el corazón de los santos es a proporción del que tienen a Dios... Y ¿qué santo amó más a Dios que san José?... Las pruebas del verdadero amor son las obras... Y ¿qué hizo san José para su Jesús?... Nazaret... Belén... Egipto... Jerusalén... basta recordar estos nombres para convencerse del finísimo amor de san José a Dios... Pues con ese mismo amor ama a los hombres todos, causa con sus pecados de pruebas tan rudas de amor... Yo soy José, paréceme decir este excelso patriarca al alma su devota al descubrirle su poder y gloria: yo soy José, no temas... cobra ánimo y ten confianza... ven a mí, ¡pobrecita alma pecadora!... arrójate con confianza ilimitada en los brazos de mi protección... ¿Eres huérfana? Yo seré tu padre. ¿Andas divagando sin tener fijos tus deseos?... Yo seré tu guía. ¿Estás triste?... ¿gimes?... ¿lloras?... yo seré tu consolador... Yo soy José... el guardián de los tesoros del Rey del cielo... el dispensador de todas sus gracias... No desmayes; invócame con confianza... Yo soy José, que puedo y quiero socorrerte en todas tus necesidades... ¿Desconfiarás aún de las bondades de san José, hija mía?... ¿temerás acudir a él en demanda de socorro?... Menester sería desconocer su paternal bondad.

Punto segundo. San José puede socorrerte en toda necesidad... A san José ha dado el Eterno Padre todo poder en el cielo y en la tierra al constituirle ayo y padre adoptivo de su divino Hijo, y esposo verdadero de la Madre de Dios... Él tiene cierta jurisdicción sobre Jesús y María, que le estuvieron sujetos... Nada les negó san José en la tierra; nada pueden negarle en el cielo... Las súplicas de san José tienen para el Corazón agradecidísimo de María y Jesús fuerza de mandatos... En gracia y gloria san José aventajó a todos los ángeles y santos... Sentado a la diestra de su virginal esposa María, debe ser honrado con el mayor culto que puede darse a un comprensor... ¿Quién, pues, no tendrá confianza ilimitada en el patrocinio de san José?

Punto tercero. San José debe socorrerte, si le eres de veras devota, en toda necesidad... El gran poder y dignidad que posee este glorioso Santo, no se lo ha dado el Señor para su propio provecho, sino para que lo emplee en nuestra salvación... San José es como padre y provisor común de todos los fieles, porque el Eterno Padre, al elegirle para hacer sus veces con su divino Hijo, quiso que fuese asimismo padre de los hermanos adoptivos del divino Jesús... Así, pues, como san José estaba obligado por su oficio a socorrer al Hijo unigénito de Dios Padre, así lo está también a atender a las necesidades de sus hijos adoptivos... La conservación de su buen nombre obliga además suavemente al Santo a socorrernos... Si alguno pidiese un favor con confianza a san José, y fuese desatendido, ¿no es verdad que podríamos argüirle diciéndole: ¡Oh excelso patriarca!, ¿qué se ha hecho de vuestro celebrado poder y bondad?... ¿Cómo quedan tantos santos y amigos vuestros, en especial la Doctora seráfica de la Iglesia santa Teresa de Jesús, que asegura no haberos pedido cosa que no la hayáis dejado de hacer?

Luego, pues, poderoso y bondadoso san José, estáis dulcemente obligado a alcanzarme de Jesús y María, que no saben negaros cosa alguna, el favor que os pido a

mayor gloria de Dios... No merezco, lo reconozco, por mis pecados ser oída del Señor; pero lo merecéis vos, Santo mío... A todos concedéis lo que os piden; ¿acaso seré yo la primera en experimentar vuestro desvío y desdén?... ¡Ah! No lo espero de vuestra reconocida piedad.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. En todo peligro y necesidad invocaré a san José con confianza. A él acudiré pidiéndole que me enseñe a hacer con provecho el cuarto de hora de oración. Todos los días le rezaré un *Padre nuestro*, y los miércoles sus siete Dolores y Gozos. *Bondadoso san José, esposo de María, protégenos y socorrednos, protegéd a la Iglesia y al Sumo Pontífice.*

Meditación LXXII (para el martes)

Amemos al santo ángel de la guarda

Composición de lugar. Representáte a tu ángel que te dice: "Sigue mis inspiraciones".

Petición. Ángel mío, guárdame.

Punto primero. Tienes un ángel que siempre está a tu lado y te guarda, hija mía. ¡Qué pensamiento, qué recuerdo, qué verdad tan consoladora, hija mía!... Aunque todos te desamparen, este ángel santo no te abandonará jamás... Es el tutor más fiel... tu amigo y compañero inseparable, que te preserva de infinitos peligros de alma y cuerpo... No estás sola, hija mía, pues en todo lugar y tiempo, en toda necesidad y tentación está a tu lado este ángel custodio... Presenta a Jesús en el cielo todas tus oraciones... suspiros... buenas obras... El ángel de la guarda te ayuda cuando trabajas... te hace sombra cuando reposas... te anima cuando peleas... te corona cuando vences la tentación... y se compadece de todos tus sufrimientos. ¡Oh hija mía! si vieses con los ojos de la fe, como yo vi muchas veces, al ángel del Señor cabe ti, ¡cuán buena serías... cuán modesta... cuán santa y perfecta!

Punto segundo. ¿Qué debes a tu ángel de la guarda por sus cuidados? Le debes reverencia por su presencia. Sí, de noche y de día... sola y acompañada... en las tinieblas y en la luz, siempre está presente a tu lado... todo lo ve... todo lo sabe... No hagas, pues, en su santa presencia lo que no te atreverías a hacer delante de tus padres. Le debes devoción y amor por su benevolencia... No hallarás amigo más fiel y solícito de tu bien que el ángel custodio... Desde la cuna al sepulcro... siempre te acompaña... inspira... protege... ¿Cómo podrás negar amor tiernísimo a tan insigne y constante bienhechor? Le debes gran confianza por su protección. Recuerda los peligros de que te has visto libre...; pues tu ángel fue el que te salvó... Recapacita las tentaciones que has vencido...; tu ángel te ayudó... Numera las inspiraciones... gracias... remordimientos que has sentido...; tu ángel te los envió... Y esto cuando no le amabas... ni le profesabas devoción... ni te acordabas de él... ¿Qué hará en lo sucesivo si le invocas con confianza... si le amas con cariño y filial amor... si le reverencias por su excelencia y dignidad?... ¡Oh! todo lo puedes esperar de tan insigne amigo y

protector... ¡Oh Dios mío! alabo la grandeza de vuestros beneficios. Nos habéis dado lo criado debajo del cielo, y todo os pareció poco si no añadíais lo que está sobre los cielos, que son vuestros ángeles... Gracias infinitas, Dios mío, por tanta dignación... Gracias mil, ángel mío, por tus bondades. Jamás me olvidaré de ti.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Cada día rezaré un *Padre nuestro* a mi ángel de la guarda, y en toda tentación me lo representaré a mi lado. Saludaré los ángeles de la guarda de las personas con quienes he de tratar, para que conozcan y amen a Jesús de Teresa y a Teresa de Jesús, y repetiré muchas veces: *Ángel mío, guárdame; de resistir a tus inspiraciones, líbrame.*

Meditación LXXIII (para el miércoles)

Amemos a san Miguel arcángel

Composición de lugar. Representáte a san Miguel que lanza a Luzbel al infierno al grito de “¿Quién como Dios?”

Petición. San Miguel arcángel, defiéndeme en la vida y en la muerte.

Punto primero. Debes ser devotísima, hija mía, y honrar a san Miguel arcángel, porque su devoción reportará innumerables y grandes bienes a tu alma... San Miguel es el príncipe de todos los ángeles; el ángel más noble del paraíso de Dios y que tiene bajo sus órdenes millones de millones de espíritus... Es la imagen de Dios, su representante o lugarteniente sobre la tierra, el secretario de sus consejos, y el primer ministro de su reino... Dios por medio de san Miguel habló y dio la ley a su pueblo escogido, y fue honrado muchas veces como el mismo Dios, porque en su nombre hablaba... Así como es san Miguel el primer general de los ejércitos de Dios, es el primer celador y defensor de la honra divina, villanamente ultrajada por los ángeles rebeldes... triunfó de Luzbel, que quería escalar el solio de Dios y ceñirse su corona; conservó a los ángeles buenos en la obediencia debida a su Dios en el cielo, y continúa combatiendo y venciendo a Satanás sobre la tierra... ¡Oh hija mía! invoca en todas tus tentaciones y peligros a tan fidelísimo arcángel, y no des entrada jamás en tu corazón a la soberbia, para no dar ocasión al demonio que se enseñoree de ti.

Punto segundo. San Miguel, hija mía, es el protector de la Iglesia, como antes lo fue de la Sinagoga; es el defensor de España, la que le profesa especial devoción; es el médico de los enfermos, el abogado de los pecadores, el consolador de los afligidos, el apoyo de los flacos, el esfuerzo de los tentados y atribulados... San Miguel, hija mía, en el instante de nuestro nacimiento nos señala un ángel para nuestra custodia; ofrece nuestras oraciones y nuestros sacrificios a Dios; impide que el demonio nos dañe y nos defiende de sus ataques y asechanzas... San Miguel arcángel, por fin, nos asiste en la hora tremenda de nuestra muerte, nos protege, nos alienta, nos consuela, y recibe nuestra alma, y la presenta al Señor después de pesar en la balanza de la divina justicia todas nuestras obras... ¿No es verdad, hija mía, que esta multitud de beneficios deben obligarte dulcemente a ser muy devota del santo arcángel, a honrarle, darle gracias,

invocarle a menudo e imitarle por sus virtudes?... Pondera, hija mía, que no hallarás más decidido valedor para ayudarte en todas las obras de celo que este primer y gran celador de la gloria divina ultrajada... Si quieres arrojar de tu corazón y del de tus prójimos el espíritu de soberbia de Satanás, invoca con fervor a san Miguel, y clamando con tus palabras y obras con él: *Quién como Dios*, obligarás a Luzbel a dejar la tierra y a sumirse otra vez en los abismos. ¡Oh Jesús mío! ¿Quién como Vos?... A Vos solo quiero adorar y con todas mis fuerzas servir y amar... Asistidme, como a san Miguel, con vuestra gracia. Amén.

Punto tercero. Ya que tienes, pues, hija mía, en el patrocinio de san Miguel tan poderosa ayuda, no dejes de aprovecharte de él, sobre todo en las tentaciones del demonio y para deshacer todas sus asechanzas... Ármate de su escudo, y cuando te tiente de soberbia di de corazón: *¿Quién como Dios? ¿Quién es semejante a Dios? ¿Quién soy yo en comparación de Dios? ¿Qué tengo que no lo haya recibido de Dios? ¿Qué puedo hacer sin su auxilio?...* Cuando te tiente el diablo de impaciencia o murmuración, dile con san Miguel: *¿Quién es semejante a Dios? ¿Debo hacer yo mi voluntad o la suya? Si Dios es mi Rey, debo servirle y obedecerle; si Dios es mi Padre, debo amarle y reverenciarle... Si te tienta el demonio de avaricia o de ambición, y te ofrece todos los reinos y gloria del mundo con tal que le adores; o te tienta de inmoralidad o deleites impuros, clama con el corazón y con la boca: ¿Quién es semejante a Vos, mi Dios? ¿Quién puede llenar los senos inmensos de mi corazón y satisfacer las aspiraciones infinitas de mi alma sino Vos, mi Sumo Bien?... ¡Ay del alma que cree y busca hallar verdaderos placeres y contentamientos fuera de Vos!... ¡Cuán desgraciada será!... Solo Dios basta, hija mía, y quien a Dios tiene nada le falta... ¿Quién como Dios?... Oh glorioso arcángel san Miguel, príncipe grande, defensor de los hijos del pueblo de Dios, ven siempre en mi auxilio y saldré vencedora del demonio, de su malicia y maquinaciones, y subiré un día a cantar eternamente las misericordias de Dios en tu compañía y de todos los ángeles y santos. Amén.*

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Cada día invocaré al santo arcángel diciéndole: san Miguel arcángel, defiéndeme; en vida y muerte, ampárame.

Meditación LXXIV (para el jueves)

Imitemos a santa Teresa de Jesús

Composición de lugar. Contempla a Jesús que dice a la Santa: “Ahora, Teresa, eres ya toda mía, y Yo Jesús soy todo tuyo”.

Petición. Haz, Jesús mío, que conozca los tesoros de vida y salud que se encierran en la devoción a la Santa.

Punto primero. ¿Quién era santa Teresa de Jesús? Dejemos, hija mía, a un santo hablar de una santa y ensalzarla. San Pedro de Alcántara, admirable por sus virtudes y sabiduría, dice así dando testimonio de las virtudes de la Santa, cuando aún vivía:

“Teresa de Jesús jamás pidió ni deseó sino cumplir en todo la voluntad de Dios... Tiene gran puridad de alma, gran limpieza, deseos ferventísimos de agradar a Dios, y a trueque de esto atropellar con cuanto haya en la tierra. Hanle dicho que todas las cosas que pidiera a Dios, siendo justo, se le darán. Muchas ha pedido, y todas se las ha comunicado nuestro Señor. Ninguno la trata, que sus cosas no le mueven a devoción. Cada día va creciendo en la mayor perfección de las virtudes con profundísima humildad y gran deseo de padecer, y de esto gusta tanto que espanta. Huélgase y consuélase con los trabajos, murmuraciones contra sí y enfermedades, y así las tiene terribles de corazón, vómitos y otros muchos dolores. Hace muy gran penitencia con todo esto, ayunos, disciplinas y mortificaciones. Las cosas que en la tierra le pueden dar contento alguno, y los trabajos, que ha padecido muchos, sufre con igualdad de ánimo sin perder la paz y quietud de alma. Tiene tan firme propósito de no ofender al Señor, que tiene hecho su voto de ninguna cosa entender que es más perfección, o que se la diga quien la entiende, que no la haga. Los gustos que ordinariamente tiene y sentimientos de Dios y derretirse en su amor es cierto que espanta, y con ellos se suele estar todo el día arrobada. En oyendo hablar de Dios con devoción y fuerza, se suele arrebatar muchas veces; y con procurar resistir no puede; y queda entonces tal a los que la ven, que pone grandísima devoción. No puede sufrir a quien la trata que no la diga sus faltas y no la reprenda; lo cual recibe con grande humildad. Está despegadísima de parientes, de querer tratar con las gentes; amiga de soledad. Tiene gran devoción con los santos, y en las fiestas y misterios que la Iglesia representa tiene grandísimos sentimientos de nuestro Señor. Hale dado Dios un tan fuerte y valeroso ánimo que espanta: solía ser temerosa; ahora atropella a todos los demonios. Es muy fuera de melindres y niñerías de mujeres; muy sin escrúpulo, es rectísima. Con esto le ha dado Dios el don de lágrimas suavísimas. Grande compasión de los prójimos, conocimiento de sus faltas y tener en mucho a los buenos; abatirse a sí misma. Y digo cierto que ha hecho provecho a muchas personas, y yo soy una. Trae ordinaria memoria de Dios y sentimiento de su presencia. Ninguna cosa le han dicho jamás que no haya sido así, y no se haya cumplido; y este es grandísimo argumento. Estas cosas causan en Teresa de Jesús una claridad de entendimiento y una luz en las cosas de Dios admirable”. Hasta aquí el Santo. ¡Qué alma! ¡Qué corazón! ¡Qué espíritu! ¿Dónde hallarás, joven católica, más acabado modelo de mujer fuerte que en tu santa Madre la sin par heroína española Teresa de Jesús? Medita, admira y obra según este perfectísimo ejemplar. Mas oigamos a la misma Santa.

Punto segundo. “Pasé, hija mía, como veintidós años en grandes sequedades, y jamás me pasó por pensamiento desear más. Cuarenta años hube, que no pasé día sin dolores, y aún dudo haya cuerpo humano que haya padecido lo que este mío: siempre jamás deseaba estar sujeta a lo que me mandaban. Mi oración y la de las monjas que fundé, siempre es con gran cuidado por el aumento de la fe; lo más humilde y mortificado es lo más espiritual. Procuraba, lo más que podía, en ninguna manera ofender a Dios, y siempre obedecía. Jamás con cosa de espíritu tuve cosa que no fuese toda limpia y casta. Por grandísimos trabajos que pasé en esta vida, no me acuerdo haber dicho palabras de aflicción: *que no soy nada mujer en estas cosas, que tengo recio corazón.* Me venían a veces unos deseos de servir a Dios, con unos ímpetus tan grandes, que no lo sé encarecer, y con una pena de ver de cuán poco provecho era. Entonces ningún trabajo ni cosa se me ponía delante, ni muerte ni martirio que no lo

pasase con facilidad. A los que veía más aprovechados y con estas determinaciones de servir a Dios, y desasidos y animosos, los amaba y amo mucho, y con tales quería yo tratar, y parece que me ayudaban. A las personas que veía tímidas parece que me acongojaban, y me hacían llamar a Dios y a los santos, porque ayuda Dios a los que por Él se ponen a mucho y nunca falta a quien en Él solo confían... Vanagloria, gloria a Dios, que yo entienda, no hay por qué la tener, porque veía claro que en las cosas que Dios da no poner nada de mí. Por todas partes me parecía que no ha habido otra peor en el mundo que yo: aunque yo lo procurase no podía pedir descansos ni desearlos de Dios, porque veo que no vivió Él sin trabajos, y estos le suplicaba me diese. Era mi súplica: *Señor, o morir o padecer, no os pido otra cosa para mí*. Esto sabe bien el Señor que ni honra, ni vida, ni gloria, ni bien ninguno ni en cuerpo ni en alma hay quien me detuviese, ni quise ni deseé mi provecho, sino su gloria... En lo de la pobreza, aun lo necesario no quería tener, si no fuese de limosna; y así deseaba en extremo estar donde no se comía de otra cosa. Hallábame con una fe tan grande de que no puede faltar Dios a quien le sirve, ni pueden faltar sus palabras, que no podía persuadirme a otra cosa. Tenía lástima tan grande y deseo de remediar a los pobres, que si hubiese mirado a mi voluntad, les hubiese dado lo que traía vestido. Ningún asco tenía de ellos... En cosas que decían de mí, de murmuración, que eran hartas y en mi perjuicio, no me hacían casi impresión, más que a un bobo. Ninguna enemistad me quedaba con ellos. Lo sentía tan poco, que aun no me parecía tener que ofrecer a Dios, pues me parecían todos los agravios de esta vida de tan poco tomo, que no hay que sentir; porque me figuraba andar en un sueño, y veía que en despertando, todo sería nada: como fuese por un tantito de servir más a Dios, lo dejaba todo con toda libertad y contento, y así en cada parte hallé la paz. Duró mucho tiempo que parecíame había menester a otros, y tenía más confianza en ayudas del mundo; mas después entendí claro ser todos unos palillos de romero seco, y que asiéndose a ellos no hay seguridad, que en habiendo algún peso de contradicciones o murmuraciones se quiebran. Y así tengo experiencia que el verdadero remedio para no caer, es asirnos a la cruz y confiar en Él que en ella se puso. Hállele amigo verdadero, y hallábame con esto con un señorío tan grande que me parecía podría resistir a todo el mundo, con no me faltar Dios, que fuese contra mí, porque solo Dios basta". ¿Eres tú así, hija mía?

Punto tercero. "Al principio solía ser muy amiga de que me quisiesen bien: ya después no me se daba nada, antes en parte me cansaba, salvo con los que trataba mi alma, si yo pensaba aprovechar; que los unos porque me sufrían, y los otros porque con más afición creyesen lo que les decía de la vanidad que es todo, querría que me la tuviesen. Con las personas que decían mal de mí les cobraba amor de nuevo... De mi natural solía, cuando quería alguna cosa, ser impetuosa en desearla, mas después iban mis deseos con tanta quietud, que cuando los veía cumplidos, aun no entendía si me holgaba. Que pesar y placer, si no era en cosa de oración, todo iba templado, que parecía boba... Los ímpetus de hacer penitencia eran grandes, y si alguna hacía, la sentía tan poco con aquel gran deseo, que me parecía era regalo particular. Érame grandísima pena el haber de comer, en especial cuando estaba en oración... Deseo grandísimo de que tuviese Dios personas que con todo desasimiento le sirviesen, y que en nada de lo de acá se detuviesen, como veía es todo burla, en especial letrados. Como veía grandes necesidades de la Iglesia, que estas me afligían tanto, que me parecía cosa de burla tener por otra cosa pena, y así no hacía sino encomendarlas a

Dios, porque veía yo que hacía más provecho una persona del todo perfecta, con hervor verdadero de amor de Dios, que muchas con tibieza... En las cosas de fe hallábame con tanta fortaleza, que parecíame que contra todos los luteranos me pondría yo sola a hacerles entender su yerro. Sentía mucho la perdición de tantas almas. Mil vidas hubiera dado por salvar una sola. Veía muchas aprovechadas por mis medios... Parecíame que aunque con estudio quisiera tener vanagloria, que no hubiera podido, ni veía cómo pudiese pensar que ninguna de estas virtudes era mía, sin servir yo, sino como la cosa más sin provecho del mundo: consideraba cómo todos aprovechaban menos yo, que para ninguna cosa valía... Esto no era cierto humildad, sino verdad. Fiaba de mis deseos, que estaba cierta y entendía eran de morir por Él y perder todo el descanso, y venga lo que viniere". ¿Piensas tú así, hija mía?

Punto cuarto. "Parecíame muchos días que ni vivía yo, ni hablaba, ni tenía querer, sino que estaba en mí quien me gobernaba, y daba fuerza, y andaba como fuera de mí, y érame grandísima pena la vida, y la mayor cosa que ofrecí yo a Dios por gran servicio, era cómo siéndome tan penoso estar apartada de Él, por su amor querer vivir... Esto quería yo fuese con grandes trabajos y persecuciones: ya que no era para aprovechar, querría ser para sufrir: y cuantos hay en el mundo hubiese pasado por un tantico de más, digo en cumplir su voluntad... Guardábame tanto Dios en no ofenderle, que cierto algunas veces me espantaba, que veía el gran cuidado que traía de mí, siendo un piélagos de pecados y maldades... y para que yo querría se supiesen, es, para que se entienda el gran poder de Dios. Sea alabado por siempre jamás. Amén". Hasta aquí la Santa. ¿Qué debemos añadir? Sea alabada por siempre jamás, admirada, honrada, amada e imitada por todos, en especial por sus hijas, tan gran Santa. Amén. Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. No pararé, a imitación de mi santa Madre, hasta poder decir con ella: *Yo no soy nada mujer, que tengo recio corazón.* Fuera niñerías y melindres de mujer.

Meditación LXXV (para el viernes)

La Hija de María y Teresa de Jesús, y la hija de Eva

Composición de lugar. Imagínate que el mundo y María te claman: "Ven y sígueme".

Petición. Dios mío, dadme gracia eficaz para renunciar para siempre a Satanás, sus pompas y obras.

Punto primero. Acabas de meditar, hija mía, las virtudes que adornaron a tus santas Madres María Inmaculada y Teresa de Jesús, y para que mejor te enamores de ellas y las imites y te apartes de los vicios de las hijas de Eva, voy a condensar en esta meditación los rasgos característicos que distinguen a entrambas. En la hija de María y Teresa de Jesús, a medida que avanza a imitación de sus Madres y se acerca a su perfección, se descubre que es alma de oración, verdadera en las palabras, franca en la conversación, enemiga de toda hipocresía, murmuración y curiosidad, desasida de todas las cosas del mundo, afable, varonil, en fin, perfectamente obediente: atenta a

cumplir sus deberes, da a Dios lo que es de Dios y al prójimo lo que es del prójimo, a la sociedad y al mundo lo que les corresponde: siempre igual de ánimo, se da a la práctica constante de las sólidas virtudes, prefiriendo siempre las cosas de obligación a las de mera devoción: celosa de la gloria de Dios y de extender el reinado del conocimiento y amor de Jesucristo por todo el mundo, aprovecha todas las ocasiones que se le presentan, y su influencia y condición social, para hacerle conocer y amar y esparcir el buen olor de Cristo por todas partes, y nadie la trata que no se vuelva mejor... Muy fuera de melindres y niñerías de mujeres, es rectísima en todo, muy sin escrúpulo. En fin, llega a poder decir con toda verdad, antes de morir, con su valerosa Madre: “Yo no soy nada mujer, que tengo recio corazón”. Animososa para todo lo bueno, magnánima, humilde, apacible, compasiva, modesta, caritativa... hace con Su Majestad aquel concierto admirable: “Que mi Amado es todo para mí, y yo toda para mi Amado; y mire Él por mis cosas, y yo por las suyas”. Y así pasa en paz este mundo haciendo bien, amada de los buenos, respetada de los malos, y admirada de todos. Una muerte preciosa a los ojos de Dios es la mejor corona de tan santa vida, y el cielo el premio eterno de tan heroicas virtudes. ¡Oh hija mía! ¿No envidias este bellissimo retrato modelo? ¿No te encanta? ¿No se va tras él tu noble y generoso corazón? ¿Desmayas? ¿Crees que no podrás llegar a la cumbre de este monte santo?... No seas cobarde: Jesús y su Teresa son amigos de ánimas animosas. Resuélvete. Con Dios todo lo podrás, y su gracia no te ha de faltar. Pide, pide con confianza; esfuéstrate, y se varón, que Dios ayuda a los fuertes, y de ellos es el reino de los cielos... ¿No podrás lo que tantos pueden y han podido? Determinate de una vez a ser santa de veras... No decaigas de ánimo... Jesús, María y Teresa de Jesús te ayudarán... María todo lo puede, Teresa es abogada de imposibles... luego... *todo por Jesús*, hija mía de mi corazón, y *adelante*; y *venga lo que venga, nada te espante*. Que quien a Dios tiene nada le falta; solo Dios basta.

Punto segundo. La hija de Eva. Si por la gracia eres hija de Dios y de María, hermana de Jesucristo, y por la Archicofradía Teresiana eres además hija de Teresa de Jesús; por el pecado original eres hija de Eva, desterrada en este valle de lágrimas, gimiendo y llorando por tus miserias y las ajenas. Es un dogma de fe y un hecho innegable que el corazón humano nace inclinado al mal y a la injusticia: rota la cadena de oro que sujetaba las pasiones a la razón, la razón a la voluntad y la voluntad a Dios, rebelose la carne contra el espíritu, y desde entonces llevamos en nosotros mismos el *fomes peccati*; el germen del pecado, del desorden, del egoísmo... El mundo soy yo, todo es yo, y a la satisfacción de este misterioso pensamiento e impulso perverso, sacrifica las más de las veces la hija de Eva su alma, su conciencia, su Dios. Amor de Dios hasta el menosprecio de sí misma; he ahí lo que hace hijas de Dios, heroínas de la gracia... Amor de sí misma hasta el menosprecio de Dios; he ahí lo que ha hecho y hace hijas de ira, de maldición, de Satanás... Esto es lo que pasa en tu corazón, hija mía, y lo reconocerás a cada instante. En tu interior resuena de continuo esta voz: Dios mío, Dios mío; y esta otra: Yo, yo. Y ¿qué sale de este perpetuo combate? Si vence la hija de María y Teresa, es un paraíso de delicias el corazón humano; ya has visto la hermosura de un corazón puro y recto: mas si vence la hija de Eva, es un infierno con todos sus horrores.

Punto tercero. Mira el retrato asqueroso de la hija de Eva: la hija de Eva es egoísta o llena de amor propio, orgullosa, vanidosa, curiosa, amiga de ver y de ser vista, de sobresalir en todo; ligera, frívola, inconstante, melindrosa, fingida, tramposa, perezosa, holgazana, apasionada, de poco entendimiento, mentirosa, celosa, envidiosa, caprichosa, veleidosa, que obra más por pasión o por la impresión sensible, que por razón y reflexión; amiga de hacer siempre su propia voluntad y de salir en todo con la suya; excusadora y encubridora de sus faltas; necia, boba, fatua, fácil de ser engañada y seducida, y diestra en el arte de engañar y seducir; presumida; un ser, en fin, en que todo son extremos, y cuya malicia es sobre toda malicia... frágil, pegajosa, débil, temerosa, honrosa, puntillosa, rencorosa, amiga de ser querida y preferida a todos, desobediente, mal mortificada, locuaz, gárrula, pusilánime, cavilosa, sin fijeza en lo bueno, hipócrita, solapada, murmuradora, critica, cuidadosa de vidas ajenas... un mundo, en fin, de menudencias y miserias.

¡Oh hija mía, hija de María y Teresa de Jesús! ¿No es verdad que no hay mujer sin alguno o muchos de esos achaques, y que todos son feísimos?... Mira, pues, cuál te domina; pon delante de los ojos de tu alma este fiel espejo, y trabaja para desarraigar estos vicios y achaques de hija de Eva, pues te hacen feísima, despreciable, y sobre todo te exponen a que caigas es el infierno y te pierdas para siempre... Vécete a ti misma, véncete a ti misma. Si no te haces violencia no serás santa jamás. Ten confianza, adelante siempre, que la paciencia todo lo alcanza... –Madre mía de mi alma, María y Teresa de Jesús, ayudadme en mi difícil y nobilísima empresa de quitar de mi alma lo que sobra, y de añadir lo que me falta para ser perfecta en todo y digna hija vuestra, grata a los ojos de Dios y de mis prójimos, y en fin, merecedora de la gloria eterna. ¡Viva Jesús por gracia! ¡Muera el pecado en mi corazón! O vencer o morir.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Traeré examen particular del vicio que más me domina, y no pararé hasta arrancarlo por completo de mi corazón, con la ayuda de mis Madres María y Teresa de Jesús, y podré decir con verdad con la heroína española incomparable: *Yo no soy nada mujer, que tengo recio corazón... Hija de María y Teresa de Jesús, todo por Jesús y adelante; y venga lo que venga, nada te espante.*

Meditación LXXXVI (para el sábado)

Archicofradía Teresiana

Composición de lugar. Contempla a tus santas Madres María y Teresa de Jesús, que mostrándote esta Arca de Salvación, te dice: “Entra en ella”.

Petición. Quiero ser digna hija de María y Teresa de Jesús.

Punto primero. Es la Archicofradía de Jóvenes católicas de María Inmaculada y santa Teresa de Jesús, hija mía, una de las gracias extraordinarias que el Señor en su misericordia dispensa a las almas para asegurar y facilitar su salvación. Nacida en

Tortosa en 15 de octubre de 1873, y propagada con asombrosa rapidez y fruto por muchos puntos de España, nuestro amantísimo Padre Pío IX se dignó elevarla a Archicofradía primaria en 17 de diciembre de 1875, concediéndonos gracia mayor que la que nosotros habíamos solicitado, y enriqueciéndola con muchas indulgencias plenarias y parciales, y con facultad de comunicarlas a todas las Asociaciones de España. En estos días, que con mayor verdad que en los de santa Teresa de Jesús, debemos exclamar que se “está ardiendo el mundo, que se quiere tornar a sentenciar a Cristo, y poner su Iglesia por el suelo” el Señor saca de los tesoros de su misericordia infinita esta gracia singularísima, y confía negociarla a la gran celadora de su honra, la heroína española santa Teresa de Jesús. ¡Cuán bueno es Dios, hija mía! ¡Cuánto ama a su querida España, patrimonio de su Madre María Inmaculada, pues en el momento que desprecia sus gracias, Él excogita dispensarle otras muchas!... Sé agradecida por tanto favor, hija mía.

Punto segundo. El árbol se conoce por sus frutos, hija mía. Los que hasta ahora habían dudado de la bondad de mi obra, o se habían mostrado indiferentes o tal vez hostiles a ella, pueden contemplar con satisfacción, si bulle en su pecho una centellica de celo por los intereses de Cristo Jesús, la multitud de doncellas que descansan en paz de su alma bajo este árbol frondoso, y viven vida de gracia desde que gustan de sus frutos de santidad. ¿Cuántas jóvenes han dado un adiós eterno al mundo y a sus pompas vanas porque ingresaron en la Archicofradía Teresiana?, ¿cuántas que eran piedra de escándalo en el pueblo, en la ciudad, son hoy modelo de jóvenes cristianas? ¿Cuántas que se ocupaban en robar almas a Cristo, hoy trabajan para atraerle miles de corazones? ¿Cuántas con lágrimas en los ojos y la gratitud en el corazón se ven forzadas a exclamar: Yo me hubiese perdido sin remedio si la Archicofradía Teresiana no me hubiese acogido en su seno? Por esto no han dudado afirmar los sabios y celosos prelados de Tortosa y Urgel, que la Archicofradía Teresiana está destinada a cooperar poderosamente al renacimiento de la fe en las familias, al restablecimiento del reino social de nuestro Señor Jesucristo y salvación de España: por esto los señores Arzobispo de Valladolid y Obispo de Salamanca aseguran que es necesaria esta arca santa para preservar la juventud femenil del diluvio de corrupción, y todos los prelados españoles la bendicen y dispensan su protección.

¿Y aún habrá pechos españoles que duden de la bondad o se muestren recelosos de esta obra de celo? Pruébelo, les diremos, quien no lo creyere, y verá por consoladora experiencia cuán buenos y grandes resultados de virtud da esta admirablemente oportuna y necesaria Archicofradía.

Punto tercero. Pondera, hija mía, los medios tan sencillos y eficaces de virtud que te ofrece mi Archicofradía. Oración, celo por los intereses de Jesús, magnanimidad, pureza. He ahí las armas de la bandera Teresiana. Como su objeto es tan sencillo, como no viene a innovar nada, sino a renovar todo, de ahí es que se propone esta santa Archicofradía que sea una verdad las promesas del santo Bautismo; que las doncellas seáis cristianas de veras, y cumpláis la palabra empeñada a Dios y a su Iglesia, de renunciar a Satanás, sus obras y pompas, de modo que, hija mía, buena Teresiana no quiere decir más ni obliga a más que a ser buena cristiana. ¿No estáis, hija mía, todas las jóvenes católicas obligadas solemnemente a ello?

Como hoy día la piedad es estéril en muchas almas, pretendo además, hija mía, con mi obra comunicaros el espíritu de celo por los intereses de Jesús y salvación de las almas, que me animaba a mí tu Madre, que por esto me llaman el serafín del Carmelo. Una buena Teresiana quiere decir alma que trabaja por no ir sola al cielo, sino para llevar otras almas allá. Por eso os ofrezco los medios más eficaces en mi Archicofradía, cuales son el cuarto de hora de oración diario, práctica y medio el más sencillito, más universal, más eficaz y seguro de salvación y perfección; la lectura de mis celestiales escritos, que nutren el alma y la excitan sobremanera al deseo de la virtud y de las cosas celestiales, según testimonio de la Iglesia; la visita semanal y la Comunión al mes para fortaleceros en la vida cristiana; y por si estos medios con el uso frecuente pierden un tanto su eficacia, os ofrezco los ejercicios espirituales una vez al año, que restauran las fuerzas perdidas y comunican nuevo fervor y bríos al alma. ¿Pueden darse medios más eficaces de salvación? ¡Ah, hija mía! dadme las jóvenes más distraídas y pervertidas del mundo, practiquen lo que mi Archicofradía prescribe, y si no se enmiendan, no se hable más de mi obra. Hemos curado a Babilonia, decía el profeta, y no ha sanado... abandonémosla. Pero no sucederá así. Un poco de celo de los directores, de la Junta y celadoras, cumplimiento fiel del Reglamento, y tengo para mí que ninguna hija de María y Teresa de Jesús se condenará; las parroquias de España serán de doncellas santas, o cuando menos muy virtuosas, y España se regenerará. ¡Cuán elevada es vuestra misión! ¡Cuán extraordinarias estas gracias, hija mía! ¡Qué cuenta tan rigurosa deberéis dar si no os aprovecháis de ellas! Ten, pues, buen ánimo, hija mía. Nada te turbe, nada te espante; todo se pasa... solo Dios basta.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Trabajar sin descanso hasta lograr que todas las doncellas españolas sean hijas de María y de Teresa de Jesús, y practiquen todos los días el cuarto de hora de oración.

Meditación LXXVII (para el domingo)

Rebañito del Niño Jesús

Composición de lugar. Contemplar al Niño Jesús abrazado a una ovejita que clama: “Yo soy Jesús, el Buen Pastor”.

Petición. ¡Oh Jesús mío! Quiero ser ovejita vuestra ahora y siempre. Amén.

Punto primero. Es el Rebañito del Niño Jesús de Teresa una flor delicada que brotó en el jardín de la Archicofradía Teresiana, espontáneamente, digámoslo así. Ocupadas en fervorosa meditación dos tiernas teresianas delante de Jesús Sacramentado, en la iglesia de la Archicofradía de Tortosa, después de hacer el cuarto de hora de oración, resolvieron repetirlo para consolar a Jesús en su soledad, pues solamente ellas dos se hallaban en la iglesia. ¿Qué meditación haremos? Se preguntaron. –Sea la del librito *Viva Jesús*, que tiene por título: “Una visita a solas al Niño de Belén”. Y al preguntar al Niño Jesús: “¡Oh mi divino Niño! ¿No podré saber yo la causa de vuestros suspiros? ¿Qué os falta para estar satisfechos vuestros deseos? Vuestra soy, Jesús mío; para Vos

nací; ¿qué mandáis hacer de mí?... Decid, dulce Amor mío, decid, pues preparado está mi corazón para contentaros. –¡Oh! entonces oí una voz que me decía (según confesión de una de estas dos tiernas teresianas): Para estar satisfechos mis deseos y contentar mi Corazón debes hacer un Rebañito del Niño Jesús, de las niñas que aún no comulgan, y enseñarles a hacer todos los días el cuarto de hora de oración...” Y así se hizo desde luego, propagándose con la bendición del Niño Jesús esta querida obra al lado de su Archicofradía, de la que es como una parte integrante.

¿Puede darse origen más humilde y que abra el corazón a más halagüeñas esperanzas? En la oración nació esta obra, y por la oración se consolida y se extiende.

Punto segundo. El Rebañito del Niño Jesús es una de las obras que más gloria ha de dar a Dios y ha de formar mejores teresianas. El Rebañito es como la escuela preparatoria, donde se van formando aquellos tiernos corazones en el amor de Jesús por el ejercicio de la oración. Avezadas a las caricias y regalos del Niño Dios, prevenidas con sus bendiciones celestiales de dulzura, cuando el mundo trate de robarles el amor con sus falsos y sucios deleites: “¡Atrás! gritarán con nobleza, que ya he sido prevenida en el amor por mi amado Niño Jesús. ¡Viva Jesús mi amor; muera el pecado traidor!” – Acostumbradas al trato suavísimo de Jesús en la oración, aprenderán desde su infancia a saber orar, que equivale a saber vivir bien y salvar su alma. –Gustando y viviendo por secretísima manera cuán suave es el Señor para el alma que le busca, se engolosinarán cada día más en la virtud y amor de Dios, y, como el Niño Jesús, se verán crecer estos tiernos arbolitos en gracia, edad y sabiduría, para ser con el tiempo perfectas cristianas, consuelo de sus padres, honra de la Religión y fervorosas teresianas que regenerarán el mundo, embalsamándolo con el buen olor de sus virtudes.

¿Cómo, pues, no amar a esos tiernos angelitos, en cuyo corazón halla sus delicias el buen Jesús? ¿Cómo no cuidar con todo esmero estas vistosas y regaladas flores, la mejor esperanza de la familia, de la Religión y de la Archicofradía Teresiana?

Punto tercero. Los medios para conseguir que el Rebañito dé copiosos frutos son muy sencillos. Un poco de celo de parte de las pastorcitas que cuidan estas almas; la práctica del cuarto de hora de oración, si no todos los días, a lo menos los festivos; alguna funcioncita extraordinaria para avivar su fervor, y alguna conferencia del director, y sobre todo premios, muchos premios y caricias para sostener su inconstancia... He aquí todo lo que se necesita para ir desarrollando y sosteniendo con vida perfecta esta obra de celo. ¡Oh cuánto debe animar a las teresianas a sostener y fundar donde no lo esté el Rebañito, el saber que es señal de predestinación el amor a la infancia! ¡Cuánto no debe complacerles el saber que todo lo que pidan al buen Jesús orando con sus niñas lo recibirán, como atestigua san José de Calasanz por experiencia! –Además, en ninguna otra obra se hallarán corazones tan bien dispuestos y que produzcan más y mejores frutos su trabajo. –Amén, pues, y cuiden de estas almas inocentes, tan queridas de nuestro divino Salvador, los directores y pastorcitas. Oigan lo que les dice: “Dejad que los niños vengan a Mí, y no se lo impidáis, porque de ellos es el reino de los cielos”.

¡Oh divino Niño Jesús de Teresa, robador de corazones, cándido y rubicundo, el más hermoso de los hijos de los hombres! todos los niños y niñas deseo traerte para que se enamoren de Ti. ¡Oh buen Pastor de las almas, que has dado la vida por su amor! No descansaré hasta lograr que en todos los corazones se lea: ¡Viva Jesús; soy toda de Jesús para siempre! Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Fundar el Rebañito del Niño Jesús de Teresa en todos los puntos donde no lo esté, en especial en todas las escuelas de niñas, para que en comunidad hagan el cuarto de hora de oración todos los días en el librito *Viva Jesús* y practiquen los regalitos que allí se indican.

DUODÉCIMA SEMANA

Meditación LXXVIII (para el lunes)

La Compañía de Santa Teresa de Jesús

Mil vidas daría yo por salvar una sola alma de las muchas que se pierden. (*Santa Teresa de Jesús*)

Composición de lugar. Contempla a la nueva Débora que clama a sus hijas escogidas: “Sed imitadoras mías, como yo lo soy de Cristo Jesús”.

Petición. Dadme gracia, Madre mía, para seguir el llamamiento de Dios.

Punto primero. Habrá llegado a tus oídos, hija mía, este nombre de Compañía de Santa Teresa de Jesús, y desearás oír de mis labios qué es esta Compañía, en qué consiste, toda vez que yo misma inspiré en Tortosa esta obra de celo, complemento de la Archicofradía Teresiana y del Rebañito del Niño Jesús.

La Iglesia me llama nueva Débora, que después de vencer al mundo, demonio y carne, meditando hazañas más sublimes, trascendiendo con mi ánimo la virtud de mi sexo, me ceñí de fortaleza, robustecí mi brazo, y me puse al frente de un esforzado escuadrón de varones y mujeres ilustres que guerrear por la ley y causa del Dios de Sabaot. Este escuadrón son mis hijos los Carmelitas descalzos.

Pero hoy que el mundo va desertando de las filas de Cristo, y le dejan solo, y toda la multitud sigue a Satanás, constándome que las jóvenes españolas sois generosas y esforzadas, me propuse formar un ejército aguerrido de todas las doncellas españolas que vivís en el mundo, para mover guerra a Satanás, renunciando sus obras y pompas, y para que viva y reine Cristo Jesús en vuestros corazones. Y este ejército sois vosotras, las que os llamáis Hijas de María y Teresa de Jesús.

Mas no bastaba esto a mi plan general de conquista. En todo ejército bien organizado, hija mía, hay siempre una compañía escogida o de preferencia, dispuesta a volar en primera línea al lugar del peligro para defender a su rey y su bandera. Fórmanla la gente más esforzada y aguerrida, la que pretende distinguirse en el trabajo y en el premio, puesto que tiene por lema: O vencer, o morir vendiendo cara la vida. Aquí tienes, hija mía, la razón de la Compañía que lleva mi nombre. De entre todas las teresianas y doncellas católicas más animosas voy escogiendo las mejor dispuestas para trabajar *con todo ahínco*, no solo en la propia salvación y perfección con el favor de Dios, sino para celar, al propio tiempo, con sumo interés la mayor honra de Cristo Jesús, extendiendo el reinado de su conocimiento y amor por todo el mundo por medio del apostolado de la oración, enseñanza y sacrificio.

Su petición única es ser las primeras en el mundo en conocerse y conocer a Jesús, amarle siempre, y hacerle conocer y amar por todos los corazones con María, José y Teresa de Jesús. *¡Viva Jesús, solo Dios basta!* he ahí su divisa. Oración, enseñanza, celo por los intereses de Jesús, magnanimidad, sacrificio: he ahí las armas de su bandera. ¿Puede darse objeto mejor, ocupación más divina, misión más sublime?

Punto segundo. Mi Compañía aspira, hija mía, a ocupar el lugar preferente en el Corazón de Jesús y de Teresa... Mi Compañía es obra de celo, que con el deseo aspira a lo mejor, a lo más santo, a lo más perfecto, a todo lo que haya de dar mayor honra a Jesús y a su Teresa... Mi Compañía quiere gastar todo el caudal de sus bienes naturales y sobrenaturales en lo que haya de fomentar más y mejor los intereses de mi Jesús. Mi Compañía quiere *restaurar en Cristo Jesús todas las cosas*, regenerar al mundo y en especial a nuestra España, educando a la mujer según el espíritu varonil, franco, verdadero, que me animaba, porque formada la mujer según este modelo, todo se mejorará. Los hombres todos, hija mía, han sido siempre lo que han querido las mujeres... *Educar un niño es educar un hombre; mas educar una mujer es educar una familia...* Ya en mis días de fe traté y procuré que mis hijas educasen jóvenes en la virtud y letras, a pesar de ser cada casa como un templo por su religiosidad. Pero hoy que los padres son tan descuidados en la educación de sus hijas; hoy que se pretende desterrar a Cristo Jesús, Rey y Salvador del mundo, no solo de la sociedad y de la familia, sino aun del individuo, secularizando la enseñanza, haciéndola atea, o cuando menos indiferente, la existencia de esta obra de celo es de suma necesidad... ¡Oh! ¡Cuántas batallas se le esperan!... ¡Cuántas contradicciones y persecuciones!... Mas también ¡cuántos triunfos!, ¡cuántas victorias!, ¡cuántas coronas!... Tengo para mí que, si es fiel a su vocación, ha de ser en estos últimos tiempos la Compañía que lleva mi nombre una de las obras de celo más perseguida y más honrada, porque ha de ser de las que han de dar más gloria a Dios.

Punto tercero. Pondera la excelencia de esta mi obra de celo. De las obras de misericordia ha escogido la primera, que es enseñar al que no sabe... De las religiones aprobadas por la Iglesia ha tomado la oración y la acción, que es lo más excelente, pues, como enseña santo Tomás, es más perfecta la vida contemplativa que produce la activa, que no la vida simplemente contemplativa. A la manera que es más perfección iluminar a otros que brillar simplemente, así también es más perfección enseñar, comunicar las cosas contempladas a otros, que contemplar simplemente... Por eso,

añade el Santo, tiene el grado sumo o más excelente entre las religiones las que están ordenadas a la oración y enseñanza... Además, la mejor religión no es la más estrecha, dice el santo Doctor, ni la de mayores austeridades, sino la que tiene las Reglas ordenadas al fin con mayor discreción y suavidad, y entre estas está sin duda mi Compañía, donde se hace todo por amor a Jesús... Los medios que emplea esta obra de celo son los más suaves y eficaces para lograr su fin. Trabajan con todo ahínco para adquirir las virtudes que yo les dejé en herencia, y así deben procurar ser en la oración asiduas, verdaderas en las palabras, francas en la conversación, enemigas de toda hipocresía y singularidad, desasidas de deudos y de todas las cosas, afables, varoniles, en fin, perfectamente obedientes. He ahí lo que va formando el corazón de mis queridas hijas de la Compañía, y las irá transformando en heroínas. Santidad y sabiduría tomándome a mí por modelo: he aquí lo que las prepara para ejercer provechosamente su apostolado. La santidad sin la sabiduría es poco menos que inútil, según el sentir de los doctores de la Iglesia: la sabiduría sin la santidad hace orgullosos o presumidos. Las dos cosas a la vez forman los grandes héroes del Cristianismo... La Compañía escoge, después de la oración, el apostolado de la enseñanza, por ser el que mejor favorece a la extensión del reinado del conocimiento y amor de Jesucristo. No deben ser mis hijas de la Compañía como las fuentes, que solo riegan y fertilizan un limitado espacio de tierra, sino como las nubes, que después de haber fertilizado un punto, una comarca, pasan a otra para fecundizarla con sus benéficas aguas... Deben imitar a su seráfica Madre, que era tildada de mujer inquieta, andariega y revoltosa por mirar la mayor honra de su Esposo Jesús. ¿Te agrada este espíritu?

Punto cuarto. Esta nueva milicia femenil, como la apellidó el arzobispo de Valladolid Fr. F. Blanco, logrará mejor su fin valiéndose de mi intercesión, extendiendo mi devoción. Porque yo, hija mía, soy imán poderosísimo para atraer las almas al amor de mi Jesús. En vida llamábanme la robadora de corazones, gran baratona, bullidora de negocios y negociadora de los intereses de Cristo, la mujer que todo lo puede y la más agradecida del mundo. Con mis gracias, virtudes, ejemplos y celestiales escritos voy delante de las hijas de mi Compañía, y les preparo el terreno a fin de que sea más fecundo su apostolado.

La misión de mis hijas es formar a Cristo Jesús en las inteligencias por medio de la instrucción; formar a Jesús en los corazones por medio de la educación, para calmar la sed ardorosa del Corazón agonizante de mi Jesús, salvándole el mayor número posible de almas... Por eso deben aspirar a ser almas reales, ánimas animosas, determinadas con gran determinación a ser las primeras en conocer y amar, y hacer conocer y amar a Jesús, María, José y Teresa de Jesús, y no cejar en esta nobilísima y divinísima empresa, cueste lo que costare, murmure quien murmurare, trabájase lo que se trabajare, siquiera se llegue allá, más que se hunda el mundo... La magnanimidad, pues, y fortaleza cristiana deben ser su distintivo... Deben procurar no ser nada mujeres ni parecerlo, sino tan varoniles que espanten a los hombres... ¿Qué dicen estas verdades a tu corazón, hija mía? ¿A lo menos deseas, pides a Dios que te dé este espíritu de celo y de magnanimidad que yo tuve y exijo en mis predilectas hijas?... Nada te turbe, nada te espante... La paciencia todo lo alcanza... Solo Dios basta... Medita estas palabras... ¡Feliz tú si sabes acomodar tu conducta a ellas!... No irás sola al cielo... miles de almas llevarás allá... ¡Cuánta gloria se te espera!... ¡Cuánto consuelo darás a Jesús!... ¡Cuánta

honra a mí, tu Madre!... ¡Cuánta rabia al infierno!... ¡Cuánta confusión al mundo!... Buen ánimo, hija mía, que Dios ayuda a los fuertes, y Jesús y su esposa Teresa son amigos de ánimas animosas como vayan con humildad y ninguna confianza de sí... Todo lo puedes en Dios que te conforta... No seas boba... no seas alma arrinconada y acorralada... sé varonil... Quien a Dios tiene nada le falta. Solo Dios basta.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Pediré continuamente a Jesús y a su Teresa que me hagan santa y sabia para salvar mi alma, salvando el mayor número posible de ellas por medio de la extensión del reinado del conocimiento y amor de Jesús, María, José y Teresa de Jesús por todo el mundo.

Oración de la Compañía de Santa Teresa de Jesús.

Amabilísimo Jesús, Padre nuestro muy amado, Tú lo dijiste, y tu palabra, no puede faltar; Tú lo re prometiste, Dios nuestro, y tu promesa se ha de cumplir; Tú lo juraste, Rey nuestro, y tu juramento no puede ser falso; Tú lo enseñaste, Maestro nuestro, y no lo puedes olvidar: que todo lo que pidiéremos al Padre celestial en tu nombre, nos lo dará: todo lo que con fe pidiéremos, lo recibiremos: que si dos de entre nosotras nos unimos sobre la tierra para pedirte cualquier cosa, lo que pidamos nos será concedido por tu Padre celestial; porque donde hay dos o tres congregados en tu nombre, allí estás Tú en medio de ellos. Aquí pues , nos tienes congregadas en tu nombre y en el de tu esposa Teresa por una misma fe, esperanza, amor y deseos, a las que venimos a formar la Compañía de Santa Teresa de Jesús, para pedirte por todas y cada una de nosotras, ¡oh Dios de verdad! en cumplimiento de tu palabra y juramento empeñados, la gracia especial de ser las primera en el mundo en conocernos y conocerte, amarte siempre y hacerte conocer y amar por todos los corazones con María, José y Teresa de Jesús, por medio del apostolado de la oración, enseñanza y sacrificio. Cumple, pues, oh fidelísimo Jesús, Padre, Rey y Dios nuestro muy amado, tu palabra, tu promesa, tu juramento, concediéndonos lo que te pedimos con fe viva, humildad y perseverancia. ¡Oh Cristo Jesús, Dios omnipotente! Necesitamos tus hijas tu gracia, porque sin Ti nada podemos hacer; mas contigo todo lo podemos. Dánosla, pues, copiosísima para ser las primeras en extender el reinado de tu conocimiento y amor por todo el mundo; salvarte el mayor número posible de almas, y así hacernos dignas de llevar con honra el dictado glorioso de Compañía de preferencia de Santa Teresa de Jesús, y mirar su honra y tus divinos intereses como verdaderas esposas tuyas hasta la consumación de los siglos. Amén.

Jesús, José, Teresa y María, guardadnos siempre en vuestra Compañía.

Nota. La precedente oración está indulgenciada por los Excmos. Sres. Arzobispos de Tarragona y Zaragoza y los Sres. Obispos de Tortosa y Barcelona, habiendo concedido los primeros 80 días de indulgencia, y los segundos 40 días por cada vez que se rece con devoción.

Meditación LXXIX (para el martes)

Atajo para hacerse santo.

Composición de lugar. Contempla a Dios nuestro Señor disponiendo todas las cosas con número, peso y medida.

Petición. Dios mío, dame la gracia de hacer bien todas mis obras.

Punto primero. Pocos conocen, hija mía, el secreto de hacerse santos. Pocos buscan y siguen el atajo para hacérselo brevemente, prontamente, seguramente. Y ¿sabes por qué, hija mía? Porque no andan con sencillez, con humildad, con verdad en la presencia de Dios. Buscan más bien su propio querer y sentir, lo que les gusta y no lo que gusta a Dios, y de aquí resulta todo su mal. No seas tú así, hija mía; no seas del número de las vírgenes necias, sino de las prudentes a mi ejemplo. Para ello, considera que toda la perfección y santidad estriba en hacer lo que Dios quiere y del modo que Él quiere... Toda la perfección y santidad está vinculada en conformar vuestra voluntad a la divina, en hacer la divina voluntad en todas las cosas, porque la voluntad de Dios es regla de toda santidad y perfección, por ser esencialmente santa... Ella se te manifiesta por sus preceptos, por sus consejos, por tus estatutos, por la obediencia a tus superiores, y por lo que su divina Providencia dispone, sea próspero, sea adverso. ¡Oh qué poco necesitas para ser santa, hija mía! Basta que en todas las cosas hagas la voluntad de Dios... Dios mío, Dios de mi corazón y de toda santidad, enseñadme a hacer vuestra voluntad santísima. Poned en mi corazón no otro deseo ni aspiración más que el de hacer en todas las cosas vuestra santísima voluntad. Amén.

Punto segundo. Considera, hija mía, la obligación estrechísima que tienes de hacer la voluntad de Dios en todas las cosas. Dios es tu primer principio y tu último fin. Dios te ha dado todo lo que tienes en el ser natural y de gracia, y te exige justamente que todo lo emplees en su servicio según su voluntad. Mira si hay en ti cosa buena que no la hayas recibido de Dios, y verás que todo lo bueno lo has recibido de su mano, y solo lo malo, los pecados, es ignominiosa propiedad tuya. Luego, ni en lo poco ni en lo mucho te puedes dispensar de servirle según su beneplácito... Pondera además que Dios es tu Padre, tu Criador, conservador, Señor y Redentor, y verás por todos estos títulos tu obligación de hacer su voluntad. Porque si todos reconocen que el hijo debe hacer la voluntad de su padre, y el siervo o criado la de su señor, y el vasallo la de su rey, ¿con cuánta más razón y justicia debes hacer la voluntad de tu Padre celestial, que a todos los beneficios dichos reúne el de haberte redimido y comprado con el precio de su sangre derramada en el madero de la cruz, en medio de indecibles tormentos?... ¿por ventura tu Dios y Señor y Redentor tiene menos derecho sobre tu voluntad que sobre todas las criaturas? ¡Oh insensata! mira cómo todas las criaturas irracionales cumplen exactamente la voluntad de Dios en todas las cosas: el cielo, la tierra, los animales... y solo tú abusando del don de tu libertad, por el cual te asemejas más a Dios, ¿no te sujetarías a lo que Dios quiere de ti? Ingrata serías y desgraciada si tal hicieras, hija mía. Cumple, pues, en todas las cosas la divina voluntad.

Punto tercero. Considera, hija mía, que Dios todo lo dispone con número, peso y medida, y que su consejo permanecerá, y su voluntad se hará, porque contra Dios no hay consejo, ni cosa que valga. Haz, pues, de la necesidad virtud, porque si no haces lo

que Dios quiere para tu bien como Padre bondadoso, habrás de hacer lo que Él quiere para su gloria como justo Juez.

Por su infinita sabiduría sabe lo que más te conviene; por su infinita bondad quiere siempre lo mejor, y no puede dejar de quererlo; y con su infinito poder puede llevarlo a cabo sin que nadie pueda impedirselo... ¿no son estos motivos más que suficientes para dejarte enteramente en las manos de Dios, y conformarte en todo con su santísima voluntad? ¿Qué temes?... ¿Qué puedes temer de próspero ni de adverso, si todo te ha de venir colado por las manos del más bondadoso de los padres?... Pondera cómo este es el camino que han seguido todos los santos, y cabalmente por eso fueron santos, y sobre todo el capitán de todos ellos, el buen Jesús. “Yo hago siempre, decía, lo que es del agrado de mi Padre celestial”. Nace Jesús, huye a Egipto, vive pobre y oculto hasta los treinta años en Nazaret; predica, trabaja, muere en una cruz... porque esta es la voluntad de su Padre celestial. Esta es su comida, su vida, su ser. ¿Qué debes, pues, hacer tú, hija mía, pobrecilla vil y miserable? ¿Qué razón podrás alegar para dejar de hacer lo que Dios quiere, por más difícil y repugnante que sea a tu orgullo o amor propio?... ¡Oh Dios mío! No quiero decir más con mis obras: Dios lo quiere y yo no lo quiero, sino diré siempre en lo próspero y adverso: Hágase, Señor, tu voluntad, y esté, Jesús mío, grabada siempre en mi corazón, y sea mi vida. Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. En todos mis trabajos diré resignada: Hágase, Dios mío, vuestra santísima voluntad. Alabado sea Dios.

Meditación LXXX (para el miércoles)

Cielo

Composición de lugar. Admira la hermosura de la celestial Jerusalén.

Petición. Oh hermoso cielo, ¿cuándo te poseeré?

Punto primero. ¿Sabes qué es el cielo, hija mía? Así como el infierno es el lugar de los tormentos, así el cielo es el lugar de las delicias, donde se tiene todo lo que se desea, y no se puede ya desear cosa mejor y que más satisfaga que lo que se posee... El cielo es el palacio de Dios, donde ostenta en toda su plenitud la magnificencia de su gloria y riquezas infinitas... El cielo es el conjunto de todos los bienes, con exclusión de todos los males... el reino de la paz, de la dicha, del divino amor... El cielo es día claro sin noche... agua cristalina sin cieno... luz sin tinieblas... salud sin enfermedad... hartura con deseo... y deseo con hartura... es el océano insondable de todas las felicidades que puede darnos Dios... ¡Oh cielo, o hermoso cielo! ¡Quién te pudiera ya gozar!... ¿Cuándo, Dios mío, vendré a tu presencia, y me saciarás con el torrente de tus delicias, que hace eternamente dichosos a los que moran en la celestial Sión?

Punto segundo. ¿Qué hacéis en el cielo, Madre mía? –En el cielo, hija mía, vemos... amamos... alabamos. Vemos a Dios y en Él a todas las cosas, quedando satisfecho

nuestro entendimiento comprendiendo la suma Verdad... Amamos a Dios, y el contentamiento y el gozo se derrama por nuestra alma, y queda harta nuestra voluntad..., y de esta visión y de este gozo, nuestra alma prorrumpie en un cántico sempiterno de acción de gracias, de amor y de alabanza, que durará lo que durare Dios... Ver sin enigma y sin reserva la suma Verdad... amar con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas a la infinita Bondad... alabar, ensalzar y glorificar a la suprema Majestad... y esto eternamente... y en compañía de nuestros más queridos amigos y hermanos, los ángeles... los santos... María Inmaculada... he aquí lo que forma nuestras delicias, nuestra suprema felicidad... ¿Puede darse cosa y ocupación más alta, más perfecta, más digna de una criatura racional?

Punto tercero. ¿Vendrás tú al cielo, hija mía? Examina tu vida, y si ves que es conforme a la vida que llevamos en el cielo, puedes tener fundadas esperanzas de que vendrás acá... ¿Ves a Dios a menudo con los ojos de la fe, esto es, te ejercitas en la presencia amorosa de Dios?... ¿Amas a Dios en la persona de sus ministros... de sus pobres... del prójimo en general?... ¿Alabas al Señor en sus santos y en todas las obras de la creación y de la gracia?... ¿Adoras, si no con alegría, a lo menos con resignación, su providencia cuando te prueba con trabajos... persecuciones... calumnias... pobreza... enfermedad?... ¿Qué responde a estas preguntas tu conciencia?... Pues de aquí podrás colegir si vendrás al cielo o irás al infierno. En la eternidad, hija mía, no harás otra cosa que continuar la vida que llevas en la tierra... Enmiéndate, pues, y ejercítate en la presencia de Dios, en amar y alabar a Dios, y ten confianza de que vendrás al cielo, hija mía... Yo te ayudaré, y entre los peligros del mundo te conduciré al puerto de salvación. –Así sea, Madre mía, así lo espero. Alcanzadme la perseverancia en el amor de Dios. Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Levantaré hoy muchas veces los ojos al cielo, y exclamaré: ¡Oh hermoso cielo!, ¿cuándo te poseeré?, ¿cuándo os veré con Jesús, María y José Madre mía Teresa de Jesús?... ¡Ay!, ¡qué larga es esta vida!, ¡qué duros estos destierros!...

Meditación LXXXI (para el jueves)

Infierno

Punto primero. Quiero darte, hija mía, una meditación provechosísima del infierno, para que, descendiendo a él a menudo con la consideración en vida, evites la suma desgracia de caer en él después de tu muerte.

Medita con atención esta verdad eterna, y fija tu atención en lo que yo tu Madre, que tanto te amo, voy a decirte, porque lo sé por experiencia.

Como quiso el Señor en su infinita misericordia, hija mía, en una visión que verdaderamente yo sintiese aquellos tormentos y aflicción en el espíritu, como si el cuerpo lo estuviera padeciendo, puedo darte mejor esta meditación. Yo no sé, hija mía, cómo ello fue, mas bien entendí ser gran merced, una de las mayores mercedes

que el Señor me ha hecho, y que quiso el Señor yo viese, por vista de ojos, de donde me había librado su misericordia metiéndome en espíritu en el infierno, en el lugar que los demonios me tenían aparejado, si no hubiese huido de las ocasiones peligrosas de pecar... Ven, pues, conmigo, hija mía, y entremos por unos momentos con la consideración en aquel lugar de tinieblas, de tormentos y de muerte eterna... Ten valor y no retrocedas, aunque a mí, tu Madre, me veas padecer... Parecíame, pues, la entrada del infierno a manera de un callejón muy largo y estrecho, a manera de horno muy bajo y oscuro y angosto... El suelo me parecía de un agua como lodo muy sucio y de pestilencial olor, y muchas sabandijas malas en él... Al cabo estaba una concavidad metida en una pared, a manera de una alacena, a donde me vi meter en mucho estrecho... Todo esto era deleitoso a la vista en comparación de lo que allí sentí: esto que he dicho va mal encarecido... Mas estotro que voy a decir, hija mía, me parece que aún principio de encarecerse cómo es, no lo puede haber, ni se puede entender. Figúrate, hija mía, que sentí un fuego en el alma que yo no puedo entender, ni cómo poder decir de la manera que es: los dolores corporales tan insoportables, que con haberlos pasado en esa vida gravísimos, y según los médicos, los mayores que se pueden pasar, porque fue encogérseme todos los nervios cuando me tullí, sin otros muchos de muchas maneras causados del demonio, no es todo nada en comparación de lo que en el infierno sentí... ¡y ver que habían de ser sin fin, y sin jamás cesar estos tormentos! ¡Oh hija mía! ¿Cómo podéis vivir sin gran temor y sobresalto los que andáis en medio del mundo cayendo a cada paso en pecado mortal? ¿Cómo puede vivir y holgar la gente regalada, que son los más que han de ir allá, viendo que solo un soplo de vida les separa de este lugar de todos los tormentos sin fin?... ¡Oh! Por amor de Dios, hija mía, quitaos de las ocasiones, arrepiéntete y confiésate bien de todos tus pecados, que el Señor te ayudará, como hizo a Mí, y no irás al infierno.

Punto segundo. Pondera, hija mía, como todos estos y otros tormentos corporales imaginables, como el atezar de los demonios, el fuego devorador, hambre, sed... por espantosos que sean, son nada en comparación del *agonizar del alma*... Un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sensible y con tan desesperado y afligido descontento sentí, hija mía, al ser metida en espíritu en el infierno, que yo no sé cómo lo encarecer, porque decir que es un estarse siempre arrancado el alma es poco; porque aún parece que otro os acaba la vida, mas aquí es el alma misma que se despedaza... El caso es, hija mía, que yo no sé cómo encarezca aquel fuego interior, y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores. No veía yo, hija mía, quién me los daba, mas sentíame quemar y desmenuzarse, a lo que me parecía: y digo y certifico que aquel fuego del alma, aquel agonizar el alma, aquel arrancarse el alma, aquel despedazarse, desmenuzarse el alma, desesperarse el alma, es lo peor del infierno... Estando, pues, hija mía, en tan pestilencial lugar, tan sin poder esperar consuelo, no hay sentarse ni echarse, ni hay lugar, aunque me pusieron en este como agujero de la pared, porque estas paredes, que son espantosas a la vista, aprietan ellas mismas, y todo ahoga... no hay luz, sino todo tinieblas oscurísimas... Yo no entiendo cómo puede ser esto, hija mía, que con no haber luz, lo que a la vista ha de dar pena, todo se ve... en fin, hija mía, como de dibujo a la verdad, y el quemarse acá en este mundo es muy poco en comparación de aquel fuego de allá, que Dios ha preparado expresamente para castigo de los demonios y de los réprobos... Pudiendo tú, hija mía, ir al infierno, ¿cómo no temes estas penas? ¿A dónde estás, hija mía?, ¿en qué

piensas?... ¿Cómo puedes tener descanso en lo que puede acarrear el ir al infierno? ¡Oh hija mía!, ¡cuánto más te quiere el Señor que tú te quieres!... ¡Qué de veces este buen Padre te ha librado de cárcel tan tenebrosa! No quieras ir al infierno, hija mía... ¿Aún tornarás tú por tus pecados a meterte en él contra la voluntad de tu buen Dios?... Teme, teme la ira y castigo de Dios si no te arrepientes, porque si es misericordioso también es justo, y te puede privar de la vida al momento que tornes a pecar gravemente, y sepultarte en el infierno... Arrepíentete, y haz una buena confesión, hija mía, y enmiéndate de tu mala vida pasada y no vuelvas a pecar... No quieras ir al infierno...

Punto tercero. ¿Qué es, pues, el infierno, finalmente, hija mía?... El infierno es el lugar de todos los tormentos imaginables para el cuerpo y para el alma, y estos continuos, invariables, eternos... El infierno, es el sumo trabajo de los trabajos del alma para sin fin. El infierno es, hija mía, y esto es lo que lo hace infierno, *es lugar único, donde no se puede amar jamás a Dios, suma Bondad... El infierno es el lugar donde se odia, aborrece, maldice y blasfema de Dios, sumo Bien, siempre...*

¿Has merecido tú, hija mía, el infierno?... Si hiciste un solo pecado mortal, es de fe que mereciste el infierno... Pues ¿por qué no estás tú ya en el infierno, como tantas jóvenes que están en él con menos pecados que tú?... No estás tú en el infierno por la misericordia de Dios, nuestro Señor Jesucristo... Mira a Jesús clavado en cruz por tus pecados... Mira a Jesús derramando toda su sangre por ti... Oye a Jesús rogando al Eterno Padre por ti... A la sangre, pues, de Jesús, a los clamores de Jesús, a la Pasión y muerte de Jesús debes, sí, hija mía, debes no estar tú ya en el infierno... ¡Oh, cuánto debes amar a Jesús tu más insigne bienhechor!... y ¿qué has hecho por Cristo Jesús?... ¿qué has hecho por Cristo Jesús?... ¿qué piensas hacer?

Punto cuarto. ¿Puedes ir al infierno?... ¿Irás al infierno, hija mía?... Sí que puedes ir al infierno, pues mientras dure esa vida temporal corre peligro la vida eterna... Mas, ¿irás al infierno, hija mía?... Si quieres tú irás al infierno; si tú no quieres, no irás... Ante ti está la vida y la muerte; lo que te agradare y eligieres, eso se te dará y eternamente... No quieras, pues, ir al infierno, hija mía; y no irás, porque para ir se necesita cometer pecado mortal con toda deliberada voluntad; pues donde no hay esa deliberada, plena voluntad, perfecto consentimiento, no hay pecado mortal... No quieras ir al infierno, porque allí no se puede amar a Dios, ni a Jesús, María, José, ni a los ángeles y santos, antes al contrario, se les aborrece y maldice y blasfema eternamente... Pero si no quieres ir al infierno, hija mía, no abras su puerta. La puerta del infierno es una sola, y esta es el pecado mortal; y nadie puede abrir esa puerta sino tu voluntad propia... No quieras tú, y no pecarás jamás. El portero del infierno es, pues, la propia voluntad; y quien empuja fuertemente, poderosamente y casi siempre victoriosamente a la voluntad son las pasiones, y a las pasiones las ocasiones de pecar... Si, pues, tú no quieres abrirte la puerta del infierno, nadie puede abrirtela; y cerrada esta no podrás entrar en él.

Huye, pues, no solo de los pecados, sino también con todo ahínco de las ocasiones de pecar. ¡Qué verdad es esta tan consoladora, hija mía! Nadie puede arrojarte en aquella región, la más infeliz, donde no se puede amar a Dios, si tú no quieres. No quieras,

pues, ir al infierno, y no temas, no irás. Mas, debes evitar, hija mía, que vayan otras almas allá. ¡Oh Madre mía, santa Teresa de Jesús! Yo soy un alma sacada del infierno por un amor de predilección de mi Dios, por un privilegio singular de la bondad y misericordia de Dios... Mayor gracia es no haberme dejado caer en el infierno merecido por mis pecados, que sacarme de él después de estar en él... Mas yo he echado sin duda con mis pecados y escándalos muchas almas al infierno... Yo debo, pues, salvar todas las almas que pueda, yo debo procurar con todo ahínco que no vayan las almas al infierno... ¿Cómo? orando, enseñando de palabra y sobre todo con el ejemplo, sacrificándome.

¡Oh Señor mío Jesucristo! Si tal día, tal hora, después de tal culpa, me hubieseis llamado a juicio, estaría ya condenada y en el número de los réprobos en el infierno... Allí derramaría lágrimas sin provecho, haría penitencia sin utilidad, padecería tormentos, trabajos, humillaciones, desprecios sin fin y sin gloria: no podría amaros ni alabaros, y en cambio os aborrecería, blasfemaría y maldeciría, y esta sería mi ocupación eternamente.

Yo quiero, pues, ahora llorar mis pecados con dolor para agradaros; yo quiero ahora padecer para aplacaros; yo quiero ahora sufrir trabajos, dolores, desprecios... para desagaviaros; yo quiero sacrificarme, sobre todo salvándoos almas, porque sé que es el mejor obsequio que os puedo hacer para agradaros; pero, sobre todo, yo quiero amaros con todo mi corazón, alabaros y glorificaros por siempre jamás. Amén.

Coloquio con Cristo nuestro Señor. Después de cantar el *Te Deum laudamus* a la boca del infierno, con más razón que Moisés después del paso del Mar Rojo, di con fervor a Cristo: Señor mío Jesucristo, ¡cuántas ánimas están en el infierno porque no creyeron en Ti, o no obraron según tus mandamientos!... Gracias te doy infinitas porque a mí no me has dejado caer en el infierno, acabando mi vida en pecado... ¡Cuántas almas han caído en el infierno antes de tu venida y después de tu venida, y cuantas están allá con menos pecados que yo!... Gracias infinitas te doy, porque hasta ahora siempre has tenido de mí tanta piedad y misericordia... tenedla siempre conmigo, Señor... yo os prometo, Señor mío Jesucristo, servirlos con todas mis fuerzas todos los instantes de mi vida, y amaros con todo mi corazón como a mi más insigne bienhechor. Ayudadme con vuestra gracia, que yo no quiero ir al infierno, porque allí no se os ama, ni se os puede amar jamás, sino se os maldice.

Padre nuestro y la oración final.

Meditación LXXXII (para el viernes)

Las puertas del infierno

Composición de lugar. Representate a los condenados que te dicen; “Estoy en el infierno por no huir de las ocasiones de pecar”.

Petición. Dame gracia, Señor, no solo para huir del pecado, sino de las ocasiones de pecar.

Punto primero. Las puertas del infierno son los pecados, pues por ellos se precipitan los hombres en él; mas quien abre esas puertas del infierno son las ocasiones de pecar, las malas compañías, malos ejemplos, malas lecturas, escándalos... El buen ejemplo hace buenos, el mal ejemplo hace malos... El candor y la vergüenza son los dos baluartes de la inocencia... Si no hubieses visto pecar, no hubieras pecado... El mal ejemplo parece que acredita el vicio, y le hace como lícito y necesario, hasta darte vergüenza de ser o parecer buena entre los malos, y católica entre los impíos... ¡Oh hija mía! no hay meditación que debas hacer con más frecuencia que esta, ni propósito más firme. Si tu ojo te escandaliza, sácalo y arrójalos de ti; si tu pie, tu mano, esto es, si las personas y cosas más amadas y necesarias te son ocasión de pecado, sepárate de ellas... No ames a los que no debes imitar, ni imites a los que no debes amar, ni procures agradar ni temas desagradar a los que no agradan a Dios... Huye, hija mía, de los malos y de las ocasiones de pecar con más presteza y horror que de la vista de la serpiente venenosa, y así vivirás en gracia y amistad de Dios.

Punto segundo. No fíes en tu virtud pasada, ni en los buenos propósitos presentes hija mía... Solo en la fuga de las ocasiones está el verdadero remedio para no caer en el pecado... Desconfía de ti, confía en Dios y pide su gracia... Desconfía de tus fuerzas, confíalo todo del auxilio de Dios y pídele su socorro... No eres más santa que David, ni más sabia que Salomón, ni más fuerte que Sansón, y no obstante cayeron estas columnas puestas en la ocasión del pecado, porque puestos en la ocasión está en la mano el peligro... Yo misma, hija mía, estaría en el lugar del infierno que el Señor me mostró, si no hubiese dejado las ocasiones de pecar en mi niñez, aquella mala amiga, aquellas lecturas, aquellos pasatiempos... Escarmienta, pues, en cabeza ajena... Huye de las ocasiones de pecar... Examina además tu vida. ¿Por ventura no perdiste la inocencia por meterte en ocasiones de pecar?... ¿Hablas por ventura una lengua que nunca has oído? No puedes ser buena amando el vivir entre malos... El mal, de su naturaleza es contagioso; tu corazón corrompido desde su origen está inclinado al mal: por eso imita lo que ve hacer, desea lo que le prohíben, y busca con mayor avidez la ciencia del bien y del mal que cualquier otro fruto del paraíso. ¡Qué santa serías, hija mía, si no hubieses tenido comunicación, ni trato, ni amistad con personas malas o viciosas!... Recuerda tu primer pecado, y la cadena de todos los pecados de tu vida... ¿No se hizo acaso por una ocasión, por una mala compañía? Ten horror a los que aborrecen a Dios, y aléjate de los que Dios se aparta. Tienes gracia, hija mía, para huir de las ocasiones de pecar; si involuntariamente te encuentras en ellas tienes gracia para apartarte de ellas, mas si tú amas las ocasiones peligrosas, si voluntariamente te metes en ellas, caerás, en el pecado, tu presunción será castigada, Dios no te dará su socorro que tú misma rechazas. Quien ama el peligro, perecerá en él, dice el Espíritu Santo.

Punto tercero. El que ama el peligro perecerá en él; el que tocara la pez, se manchará con ella, nos enseña el Espíritu Santo y nos lo confirma la experiencia de todos los días. El mal ejemplo es un maestro el más pernicioso, porque enseña con eficacia el mal a los que lo ignoran, lo permite insensiblemente a los que lo miran con horror, y obceca y endurece el corazón de los que lo siguen... Si no huyes de los malos y de las ocasiones, su conversación y trato te harán caer, porque la tentación arreciará más

fuerte, tu virtud se hallará más débil, el temor y el horror del pecado se disminuirán, la gracia se retirará y perderás el rubor de pecar... Si pecas, con la costumbre te harás como una necesidad, y de aquí pasarás al desprecio, tu entendimiento quedará obcecado, endurecido tu corazón, y tu gusto y tu honor será el disgustar a Dios y deshonorar su santo nombre. Por último caerás en el abismo de la obstinación y de la impenitencia final, fruto de los malos ejemplos, malas compañías, etc., y progreso y término de toda iniquidad... ¡Qué desgracia! Huye, pues, hija mía, no solo del pecado, sino de las ocasiones de pecar; cierra las puertas del infierno, y no caerás en él... de lo contrario, perecerás infaliblemente... ¿Puede, acaso, buscarse y amarse la ocasión de pecar sin pecar? ¿Puede ser casto el que gusta vivir entre impúdicos? ¿Puede un río conservar las aguas dulces entrando en el mar? ¿Puede conservarse la salud viviendo en lugares malsanos y alimentándose de venenos? Muerta debes estar, hija mía, si no temes enfermar con estas cosas.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Os prometo, Dios mío, hoy mismo huir de todas las ocasiones de pecar. Dadme vuestra gracia.

Meditación LXXXIII (para el sábado)

Confesión

Composición de lugar. Representate como la Magdalena a los pies de Cristo, y dile de corazón: Padre mío, pequé contra Vos.

Petición. Dadme, Señor, compunción y contrición verdadera.

Punto primero. ¿Qué es la confesión, hija mía?... Es el tribunal de la misericordia infinita de Dios... es la expansión del alma afligida en el amor... es la medicina más eficaz para curar de raíz todas las dolencias secretas del espíritu humano... bálsamo divino de celestial dulcedumbre para el corazón herido por los desengaños del mundo y por los pecados... luz, guía y consuelo para el alma tentada y atribulada... arco iris de paz para el pecador abrumado con la desesperante carga de remordimientos crueles... ¡Oh, hija mía! la confesión es la dádiva más preciosa que manó del Corazón de Cristo en la cruz... Sin ella ¿qué sería el mundo?... ¿qué ha sido tu alma cuando te has alejado de este lugar de refugio y de misericordia?... ¿No es verdad que has vivido triste... desasosegada... sin conocer la verdadera consolación?... ¿No es cierto que nunca has experimentado más pura alegría que después de haber hecho una sincera y dolorosa confesión?... Aunque no hubiese otra prueba de la divinidad de la Iglesia católica y de su divino fundador, bastaba la institución del sacramento de la Penitencia para probarla con evidencia suma... ¡Ah! No podía instituir práctica tan buena para curar todas las heridas del corazón humano, sino el que formó y conocía las secretas miserias de este corazón... ¡Oh!, ¡qué es verdaderamente divina la confesión!

Punto segundo. ¿Qué es para ti la confesión hija mía?... ¿Es un día de alegría el día que te confiesas, o de tormento?... ¿La miras como una pesada carga o durísima

obligación?... ¿Miras con amor este tribunal de reconciliación, de misericordia, de perdón y de paz?... ¿De dónde nace tu repugnancia?... Es que no quieres perfecta amistad con Dios... ¡jamás a las criaturas, la vanidad, los pasatiempos peligrosos del mundo, tus pasiones más que a Dios! No quieres aún ser amiga de Dios.... por eso miras con disgusto lo que te quiere tornar a su amistad, que es la santa confesión... ¡Infeliz de ti, hija mía!, ¡infeliz! vivirás triste y despechada hasta que te conviertas a Dios de todo corazón, y le digas como el hijo pródigo y con la arrepentida Magdalena: Padre mío, pequé contra el cielo y contra Vos... piedad y perdón; recibidme en el número de vuestros hijos, o a lo menos de vuestros siervos.

Punto tercero. ¿Cómo te preparas para merecer y recibir dignamente tan soberano beneficio?... ¿Pides a Jesús y a tu ángel custodio gracia para confesarte bien?... ¿Eres de las que nunca parece se examinan bastante, o de las que nada hacen a este fin?... ¿De las que creen que nunca se confiesan bien, o de las que nada temen de sus confesiones a pesar de continuar con los mismos pecados su ruin vida?... ¿Eres pesada y difusa, impertinente en las cosas que confiesas, que nunca acabas, o de las que dicen las cosas a medias callando pecados?... Pues sábetete, hija mía, que todas estas confesiones, si no son todas malas, a los menos son muy poco fructuosas... Las confesiones mejores no son las más largas, sino las más dolorosas... Las confesiones mejores no son las de más prolijo examen, sino las de más eficaz propósito... Confiésate, pues, con sencillez.... con humildad... con dolor... y da muchas gracias a Dios, después de haberte confesado, por tan singular merced... el dar gracias después de haberte confesado te alcanzará copiosa gracia para confesarte bien otra vez.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Lo primero que haré al presentarme a la presencia de Jesús, María, José y Teresa de Jesús, cuando quiera confesarme, será decirles con sinceridad: *Quiero confesarme bien, y no callar cosa alguna por vergüenza o malicia.* Ángel mío, tú que velas y conoces todos mis pasos, alcánzame de mis padres esta gracia. Jesús mío, misericordia. Por María, por José y Teresa de Jesús, dadme dolor de mis pecados. Me confesaré todas las semanas, y aun antes, si tengo la desgracia de hacer algún pecado mortal.

Meditación LXXXIV (para el domingo)

Comunión

Composición de lugar. Contempla a Jesús que dándote su Sagrado Cuerpo, te dice: "Toma y come; este es mi Cuerpo".

Petición. Dios mío, haced que os reciba siempre dignamente.

Punto primero. ¿Qué es comulgar, hija mía?... Es tener la dicha incomprensible de recibir a Jesucristo real y sustancialmente... Es tener la dignación de albergar personalmente en nuestra humilde morada al Hijo de María Inmaculada... y apretarlo contra nuestro corazón... y estrecharlo en nuestro seno... acariciarlo y regalarlo dentro de nuestro pecho mejor que el anciano Simeón... Es ser rico con todas las riquezas del

Hijo de Dios hecho hombre... ser dueño de su cuerpo, alma, divinidad y méritos infinitos... Es juntar, con la unión más íntima, nuestro corazón con el Corazón de Cristo, para divinizarlo con este sagrado contacto... ¡Oh qué dicha es comulgar dignamente!

Punto segundo. ¿Cómo te preparas para recibir al Dios de tu corazón, y al Corazón de tu Dios?... Uno, dos o tres días antes de comulgar, a lo menos desde la víspera, ¿envías a tu amado suspiros de amor,... peticiones,... oblaciones,... acción de gracias?... ¿Vas adornando tu corazón con afectos de humildad y confianza... con actos de virtudes de fe, esperanza y caridad?... ¿Arrojas de la morada de tu alma los afectos al pecado, aunque sea leve?... ¿huyes y evitas con todo cuidado los menores defectos e imperfecciones?... ¿Tienes hambre espiritual de recibir a tu amado Jesús?... ¿ansías juntar tu corazón al de Jesús para transformarte en Él?... ¿Meditas quién es Jesús... a qué viene a tu alma... qué exige de ti... qué debes tú ofrecerle?... ¡Oh Jesús de mi alma! yo creo que estáis en el augusto Sacramento del altar. Os amo, os adoro, y deseo mucho recibirlos. Dadme a conocer quién soy yo y quién sois Vos, para recibirlos dignamente en mi corazón. Amén.

Punto tercero. ¿Qué haces tan luego que comulgas?... ¿Adoras a tu Dios?... ¿le das gracias?... ¿pides mercedes?... ¿le ofreces cuanto eres y vales?... ¿cuál es el primer saludo que diriges a tu Dios al entrar por las puertas de tu corazón?... ¿Cierras los ojos del cuerpo para que las cosas exteriores no te distraigan de contemplar en tu pecho, prisionero de amor, al que los ángeles adoran, rodilla en tierra, por su gran Dios?... ¿Llamas a todos tus sentidos y potencias a fin de que rindan sus homenajes y se ofrezcan al servicio de Aquel que los crió?... ¿Desperdicias alguna partecilla del don de Dios, de estos preciosos momentos los más críticos, en los que obra con más eficacia la gracia de Dios?... ¿Qué haces... qué dices... qué piensas... qué deseas al apretar contra tu corazón al Corazón de Dios y al Dios de tu Corazón?... No dejes perder momento de ocasión tan oportuna, pues en un instante, si sabes negociar bien con Jesús, puedes hacerte rica con todas las riquezas de Dios... En tu mano está. Aprovéchate... No desperdicies momento tan precioso, como yo lo hacía; que si imitas mi ejemplo recibirás, como yo recibí, las más grandes gracias al momento de comulgar.

Cuarto punto. ¿Qué haces después de haber comulgado, hija mía?... ¿Te entretienes con tu Jesús a lo menos un cuarto de hora dando gracias... amando,... adorando,... pidiendo mercedes... ofreciendo tu alma... proponiendo la enmienda... pidiendo dones?... ¡Oh qué tiempo para merecer! basta una comunión para hacerte santa... y después de tantas ¡todavía tan pecadora!... ¡con el mismo genio y pasiones vivas... mal mortificadas... sin adelanto en la virtud... inmodesta... poco recogida!... ¡Oh si atentamente, hija de mi alma, aplicases los oídos de tu corazón, cuán distintamente oirías los latidos del Corazón de Jesús... los suspiros... las ansias... las quejas que da contra ti!... ¡Oh si ensanchases tu pecho!, ¡cómo derramaría sus dones en tu alma, pues viene para hacerte santa!... Mira a Jesús en tu corazón, como Rey en su trono, que con las manos llenas de gracias te clama con amor: Hija mía, ¿qué quieres que te haga?... Yo he venido a tu pecho para hacerte feliz, compadecido de tus miserias... Pide, pide, hija de mi corazón, cuanto necesites, que todo te lo daré... Me he dado a Mí mismo, ¿cómo podré negarte mis cosas? –Pide, hija mía, la victoria completa de tu pasión dominante... la perseverancia en tu amor... la conversión de los pecadores...

por el Papa y demás ministros de Jesucristo, para que todos sean santos y celosos... por las almas del purgatorio... Pide con fe viva y confianza, y ten por seguro serán oídas tus peticiones. Yo te ayudaré en ello.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Comulgaré cada ocho días o más a menudo con el consejo de mi confesor; preparándome antes con gran fervor, y dando gracias después por espacio de un cuarto de hora *a lo menos*.

TRES MEDITACIONES SUPERNUMERARIAS

Meditación I

De la Inmaculada Concepción de María

Composición de lugar. Representate a Dios creando el alma de María toda hermosa y sin mancha de pecado original.

Petición. Dame, Dios mío, el honrar dignamente a María por este privilegio.

Punto primero. Considera, hija mía, que entre todas las gracias la que más honra a María es el haber sido siempre pura e inmaculada a los ojos de Dios... Tanto ama María este privilegio, que gustosa hubiera preferido el ser inmaculada a la dignidad augusta e incomparable de Madre de Dios... Por este privilegio se cumplió el vaticinio del Altísimo, de que pondría enemistades entre la serpiente infernal y la mujer, entre su descendencia y la de aquella, y que la mujer quebrantaría su cabeza, a pesar de armar asechanzas a su calcañar. Esta enemistad perpetua entre la mujer y el demonio se cumplió en la Inmaculada Concepción de María, porque la Virgen cantó victoria completa y cabal del enemigo de todo el género humano, que fue inficionado con la primera culpa de nuestros primeros padres Adán y Eva... La Virgen María, al ser concebida sin pecado original y en el primer instante de su ser, cantó con el profeta, lleno de gozo su Corazón inmaculado: "En esto he conocido, Señor, que me has amado, porque no se gozó ni se gozará jamás el enemigo sobre Mí manchándome con la culpa... Todos los pecadores, Dios mío, han caído en este lazo; mas Yo soy la única preservada de caer en él por un efecto de tu misericordia y de tu amor de predilección hacia Mí". Asíciate al gozo de todos los fieles, y felicita por tan singular honra a tan purísima Reina que viene al mundo para ser tu Madre y Madre de Dios, y dale la enhorabuena por tan singularísima merced, y dile de corazón: "Toda hermosa eres, oh María, Madre mía, y mancha original no hay en Ti... Por eso todas las naciones te llamarán bienaventurada, porque Tú sola eres santa, purísima, concebida sin pecado... Bendita seas".

Punto segundo. Considera, hija mía, que es ya una verdad o dogma de fe la doctrina que enseña que la Virgen María fue concebida sin mancha de pecado original en el primer instante de su ser, por los méritos de nuestro Señor Jesucristo... Este misterio

de nuestra fe ya fue antes misterio del corazón del pueblo cristiano, y en especial del pueblo español, que es el hijo primogénito de la Inmaculada Concepción de María... Ya nadie puede dudar ni menos negar este dogma de fe sin ser hereje o perder la fe... Tantos siglos que os precedieron, no tuvieron la dicha que vosotros, hija mía, a pesar de haberlo deseado tanto y trabajado tanto para lograrlo... Los dieciocho siglos de existencia que cuenta la Iglesia andaban en liza perpetua para merecer esta gloria de colocar el mejor, más precioso y más apreciado florón sobre la corona de la Virgen María, y solo lo mereció el siglo decimonono, que a su mitad oyó de la boca infalible del Vicario de Jesucristo, el inmortal Pío IX, que era un dogma de fe lo que hasta entonces había sido una piadosa creencia... ¡Oh Virgen Inmaculada María! Yo te felicito por este singular privilegio, y creo y confieso con todo mi corazón tan sublime misterio, que es a la vez vuestra gloria más preclara y vuestro timbre más glorioso... Tú sola, oh María, eres inmaculada, predilecta, toda hermosa, sin mancha de pecado, ni de imperfección alguna... Bendita seas, y ruega por nosotras, tus hijas, para que merezcamos felicitarte un día en la gloria eterna. Amén.

Punto tercero. Contempla hija mía, con el mayor afecto, devoción y recogimiento que te sea posible, aquel instante el más glorioso para María, más humillante para el infierno y más honroso para el género humano, en que el Señor crió el alma inmaculada de María, y la infundió en aquel cuerpecito formado en el seno de su madre la gloriosísima santa Ana... El alma de María no solo fue llena de gracia en aquel instante, sino confirmada en gracia, impecable por gracia, no solo mortalmente, sino venialmente, libre de *fomes peccati*, adornada de todos los dones del Espíritu Santo, enriquecida de sabiduría y de verdad con perfecto uso de razón, y sublimada a mayor perfección que todos los ángeles y bienaventurados... ¡Oh qué gloria para María tan inmensa! Mas ¡qué confusión para Satanás, para el infierno! Al ver aquella alma purísima e inmaculada la serpiente infernal, quiso mancharla con su hálito inmundado, ciego de rabia y de furor, porque desde la caída de Adán no había visto espectáculo tan divino. Mas, en vano... María volvió su pie inmaculado, y puso su calcañar sobre la cabeza del dragón satánico y la magulló, la aplastó, la chafó completamente, cantando mejor y con mayor motivo que Moisés después del paso de mar Rojo al ver sumergidos en él a sus perseguidores: “Magnífica y engrandece mi alma al Señor, porque ha hecho en mí cosas grandes: ha hecho poder en su brazo, dispersó a los soberbios, abatió de su trono a los poderosos, y exaltó a los humildes, como tenía predicho”. ¡Qué confusión tan grande para el orgulloso Luzbel, verse vencido por una niñita en el primer instante de su vida, y tener que estar su cabeza debajo de su pie inmaculado, sin jamás poderle morder ni dañar en lo más mínimo!...

De aquí comprenderás, hija mía, el odio y rabia y furor que tiene el demonio contra la Inmaculada Virgen María y todas sus cosas y sus devotos, y esta consideración te ha de mover a ti a profesar especialmente devoción a María Inmaculada, especialmente en el misterio de su Purísima Concepción... Pondera, por fin, hija mía, cómo lo más hermoso para el género humano, su mejor gloria y su más preclaro ornamento es el que una pura criatura, hija de Adán pecador, concebida de hombre y mujer, haya sido sublimada a tanta gracia y tanta gloria ya en el primer instante de su ser, escogida para ser depositaria de todos los tesoros del Altísimo, más pura que el serafín y más

endiosada que todos los ángeles y santos, como convenía a la criatura que venía al mundo para ser Madre de Dios y quebrantadora de la cabeza de la serpiente infernal...

Gózate, hija mía, con el más cumplido gozo, y convidando a todos los ángeles y hombres y a todas las criaturas, pídeles que te ayuden a saludar a esta Virgen Inmaculada en el seno de su madre santa Ana, diciéndole: Yo te saludo, ¡oh María! Llena de gracia, toda hermosa, inmaculada y perfecta, sola predilecta del Altísimo en el primer instante de tu Purísima Concepción... Tú eres la honorificencia de nuestro pueblo, Tú la alegría de Israel, Tú la gloria de Jerusalén. ¡Oh María, Virgen prudentísima, Madre de Dios y mía misericordiosísima, abogada de los pecadores! Intercede por todos tus devotos, y consérvanos puros de alma y cuerpo hasta verte gloriosa en el cielo y cantar en tu compañía las misericordias de Dios. Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. No pasaré día sin rezar tres *Ave Marías* y el *Bendita sea tu pureza*, en obsequio de la Purísima Concepción de María, y para que me haga pura de alma y cuerpo. En las tentaciones contra la santa pureza repetiré muchas veces: *Ave María Purísima, sin pecado concebida*.

Meditación II

Anunciación de la Virgen María y Encarnación del Verbo

Composición de lugar. Representáte a María en oración saludada por el ángel llena de gracia.

Petición. Dame, Jesús mío, el honrar a tu Madre María como debo.

Punto primero. Contempla, hija mía, cómo habiendo decretado la Beatísima Trinidad que el Verbo se encarnase para redimir al hombre culpable, entre todas las mujeres que había de existir en todos los siglos escogió a la Santísima Virgen María, concebida sin pecado original, y preparada con todas las gracias para ser digna habitación del Hijo de Dios... Tantos millones de millones de doncellas que pasaron ante la mirada del Eterno, nobles, sabias, reinas, ricas, agraciadas, no agradaron a Dios, no puso en ellas sus ojos a pesar de ser ensalzadas y estimadas por los hombres, y solo escogió por su Madre a una Virgen humilde y desconocida a los mundanos, pobrecita y moradora en un rinconcito de la Judea, llamada María, desposada con un oficial carpintero, el glorioso san José, que vivía en modesta vivienda y ganaban el pan con el sudor de su frente... Esta Virgen humilde, pobre y desconocida del mundo, pero pura y rica de todas las virtudes delante de Dios, fue la escogida para ser su Madre, bendita entre todas las mujeres, y llena de gracia... ¡Oh cuán diferentes son los juicios de los hombres de los de Dios!... Admira, hija mía, las trazas de su Providencia adorable, que mira con amorosos ojos a sus fieles siervos, pobres, humildes y despreciados, y los levanta a sublime grandeza... y desprecia a los fastuosos del siglo, soberbios y encumbrados... Aprende, hija mía, en la humildad y recogimiento de María, tu dulcísima Madre, a abrazarte con la pobreza y humildad para merecer ser exaltada a la

eterna gloria, porque escrito está: “El que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado”.

Punto segundo. Contempla, hija mía, cómo estando la Virgen en su aposento en altísima contemplación de este misterio, entra el arcángel san Gabriel, e hincadas las rodillas en el suelo la saluda con grandísima reverencia y le dice: “Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo: bendita Tú eres entre todas las mujeres...” Admira cómo la Virgen, que en su profundísima humildad deseaba ser la esclava de la mujer que fuese escogida para Madre de Dios, se turbó al oír tal salutación y tales alabanzas, porque al verdadero humilde, así como le son música suave los desprecios, le son tormentos las alabanzas; y pensaba cuál podía ser tal salutación... Por esto el arcángel, para calmar la turbación de la Virgen, añadió: “No temas, María, porque has hallado gracia a los ojos de Dios: concebirás y darás a luz un hijo, y le llamarás Jesús”. ¡Oh cuánto tenemos que aprender en este paso! Primero, la humildad profundísima de la Virgen, que debiendo ser elevada a la más alta dignidad que puede tener una pura criatura, cual es ser Madre de Dios, se juzga indigna de esta gracia, como lo revela su turbación: segundo, la Providencia amorosa del Señor, que acude a socorrer a sus humildes siervos devolviéndoles la paz y el consuelo, porque es propio del espíritu de Dios cuando habla a las almas el quitarles toda turbación y temor: tercero, el bajo concepto en que nos hemos de tener nosotros, pobres y miserables pecadores concebidos en pecado, lanzando de nuestros corazones cualquier apego a las alabanzas y dando siempre a Dios toda la gloria de lo que hiciéremos, toda vez que sin su gracia nada bueno podemos pensar, cuando menos hablar o hacer... Con esta humildad, hija mía, atraerás las misericordias de Dios sobre tu alma, porque escrito está: “Dios resiste a los soberbios, y a los humildes de su gracia”. ¡Oh alma mía! sé humilde como María Inmaculada, y merecerás ser exaltada a los ojos de Dios y de los hombres, en la tierra y en el cielo. Amén.

Punto tercero. Considera, por fin, hija mía, la exquisita prudencia, modestia y obediencia que demuestra la Virgen Santísima en este paso, porque solo después de haber sido certificada por el arcángel de que no dejaría de ser Virgen aunque fuese Madre de Dios, porque sería por obra del Espíritu Santo, responde con profunda humildad: “Aquí está la esclava del Señor: hágase en Mí según tu palabra...” Y en este momento, al dar el *sí*, o su consentimiento María para ser Madre de Dios, el Hijo de Dios se encarnó en sus purísimas y virginales entrañas por obra del Espíritu Santo; y Aquel que antes tan solo era Dios, quedó hecho Dios y hombre verdadero, y María, sin dejar de ser Virgen, fue elevada a la dignidad casi infinita de verdadera Madre de Dios... ¡Oh Virgen benditísima!, ¡cuán agradecidos hemos de estar por vuestra obediencia a las órdenes del Altísimo! Por esta obediencia vos sois Madre de Dios, y Dios hermano nuestro, y vos también nuestra Madre y abogada, porque si erais tan solo hermana nuestra por la condición de vuestra naturaleza de Adán, desde este momento sois Madre de todos los hijos de Dios y hermanos de Jesucristo... Yo os felicito oh María, Madre mía, por tan altísima dignidad, y os doy la más cumplida enhorabuena por vuestra inmensa exaltación, y os pido no os olvidéis de esta pobrecita hija vuestra, que vive desterrada en este valle de lágrimas, rodeada de tantos enemigos y peligros que me quieren echar a la eterna perdición... Hacedme, pues, humilde, obediente, modesta, y casta, como corresponde a una hija vuestra...

alcanzadme la gracia de no resistir jamás a la voluntad de Dios manifestada por mis superiores y por las inspiraciones de mi ángel bueno, y diga siempre con resignación y amor, en salud y enfermedad, en riqueza y en pobreza, en la exaltación y en la humillación: “He aquí, Señor, tu esclava. Hágase tu voluntad en mí y en todas mis cosas, porque Tú eres mi Padre, que verdaderamente me amas, y todo lo ordenas para mi salud temporal y eterna”. Así, Dios mío, seré verdadera hija de María, y mereceré, después de haber vivido santamente en este mundo, alabaros y gozaros por toda la eternidad. Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. En todas las tribulaciones y trabajos de la vida repetiré: “Soy vuestra esclava, Señor y Padre mío: hágase en mí según vuestro beneplácito”.

Meditación III

Asunción de la Virgen María Nuestra Señora

Composición de lugar. Contempla a María subiendo en cuerpo y alma al cielo por ministerio de ángeles.

Petición. Dadme, Madre mía, desprendimiento de todas las cosas de la tierra.

Punto primero. Considera, hija mía, como la Virgen María siendo de avanzada edad, y estando ya la Iglesia dilatada por todo el mundo, sentía encenderse más y más sus deseos de verse desatada de este cuerpo mortal y estar con Cristo Jesús, su Hijo, en la gloria... Oyó sus ruegos el buen Jesús y envíole un ángel para prevenirle su tránsito glorioso, y milagrosamente reunió todos los apóstoles alrededor de su lecho... Al ver a sus hijos, díjoles tan dulce Madre: “Me voy al cielo, hijos míos muy amados, a prepararos el lugar: no lloréis mi ausencia, porque presto nos volveremos a ver... alegraos, porque voy a estar con mi querido Hijo Jesús”. Y mirando a todos con afecto maternal, y sintiendo desfallecer su pecho de amor divino, dioles la bendición... Antes de morir vio llegar a su Hijo Santísimo acompañado de innumerables ángeles para hacerle música muy suave en aquel trance delicioso y acompañarla a la gloria... Mostrole su Hijo su rostro festivo y amoroso, y díjole con blanda voz: “Levántate y date prisa, Madre mía, querida mía, hermana mía, paloma mía; date prisa y ven, que ya pasó el invierno trabajoso de esa vida, y las flores han aparecido en nuestra tierra... Ven, Esposa mía, ven del Líbano, y serás coronada con la corona de justicia y de gloria eterna”. Y dando júbilos de gozo en su corazón, sintió enardecerse su espíritu en más encendidas llamas de amor y deseo, y no pudiendo contenerlas por más tiempo su alma, se rompieron las ligaduras del cuerpo, y voló al seno de su Hijo Jesús, diciéndole: “A Ti voy, Jesús mío y Dios mío... En tus manos encomiendo mi espíritu...” Murió de amor, no de enfermedad, la Madre y Reina del hermoso amor... Contempla su cuerpo virginal después de muerto. ¡Qué hermoso está!... ¡Parece duerme el sueño plácido de los justos!... ¿Quién no envidia esta muerte de amor debida a una vida toda de amor?... Ama, pues, hija mía, y vive vida de amor como María, y morirás muerte de amor, porque la muerte es el eco de la vida...

Punto segundo. Considera cómo al tercer día de la muerte de la Virgen María, Jesús bajó del cielo con el alma de la Virgen, e infundiola otra vez en su cuerpo para nunca más morir... Contempla cuán hermoso quedaría aquel cuerpo, que tanto padeció en vida, al ser adornado con los cuatro dotes de impassibilidad, agilidad, sutileza y claridad... Considera qué gracias tan rendidas daría la Virgen a su Hijo, porque no permitió que su cuerpo permaneciese en el sepulcro, ni menos que fuese pasto de los gusanos como los hijos de Adán, aunque hubiese muerto de muerte natural... ¡Qué impresiones de ojos en ojos, de corazón en corazón!... No se miran ya el Hijo y la Madre tristes y eclipsados como en la calle de amargura y en el monte del dolor, sino alegres, gozosos, resplandecientes y hermosos más que el sol... ¡Oh qué castos abrazos daría tal Madre gloriosa a su gloriosísimo Hijo!... ¡qué plácemes y parabienes al verse glorificados para siempre, sin que pudiesen jamás separarse ni nunca padecer ni morir!... ¡Contempla a María en cuerpo y alma volar hacia el cielo en brazos de su divino Hijo Jesucristo, acompañada de innumerables coros de ángeles que le hacen música dulcísima tañendo sus vihuelas y cítaras y arpas de oro con cantares de gloria!... Oye estos cantares que dicen: “Abrid vuestras puertas, príncipes del cielo, y elevaos, puertas eternas, porque va a entrar la Reina de la gloria, la emperatriz de cielos y tierra, Madre de Dios y de los hombres”. Maravillados los príncipes del cielo al presenciar este nuevo y glorioso triunfo, exclaman: “¿Quién es esta Reina de la gloria que sube hoy del desierto de la vida y del valle de lágrimas con tan grande gloria, recostada sobre su Amado?” “María, cantan los espíritus angélicos, la Señora de las virtudes es la que sube; Ella es la Reina de la gloria”. Alégrate también, alma mía, y asóciate a este grandioso triunfo de tu gloriosa Madre María, y dale la enhorabuena por su exaltación inmensa y gloria inmortal, porque la gloria de la Madre gloriosa es muy preciosa de los hijos... ¡Oh Madre mía María, exaltada sobre todos los ángeles y bienaventurados! Gózome con vuestro gozo, y alégrome con vuestra gloria... Alcanzadme gracia eficaz para venir un día a glorificar con vos a mi Jesús en el cielo, después de haberle glorificado con mis buenas obras aquí en la tierra. Amén.

Punto tercero. Considera, por fin, hija mía, la gloria inmensa a que María ha sido exaltada en el cielo. Al entrar tal Reina y Señora a tomar posesión del reino que le tenía preparado su Hijo desde el principio del mundo, todos los celestes espíritus y bienaventurados le rindieron pleito homenaje. Míralos levantados de sus tronos, ofreciendo sus coronas y sus cetros a tan incomparable Reina... Contempla a la humildísima María cómo adelanta hacia el trono del Eterno por entre las filas de los justos del cielo, aclamada por todos los ejércitos de los ángeles y de los bienaventurados por su Madre y Señora... Contempla al anciano lleno de días cómo se sonríe al ver a su presencia a su hija la más amada, y cómo se goza porque es llegado el momento de premiar colmadamente todos sus trabajos y virtudes y méritos inmensos... ¡Cómo la abraza, y la acaricia, y la regala! Contempla cómo toda la Beatísima Trinidad corona a la Virgen. El Padre Eterno le da la corona de toda potestad en el cielo y en la tierra y en los abismos como a su Hija predilecta. El Hijo la corona con la corona de perfecta sabiduría y conocimiento de la divina esencia y de todas las cosas como a su muy querida Madre. El Espíritu Santo la corona con la corona del amor como a su privilegiada Esposa, infundiendo en su alma el más subido amor de Dios y del prójimo... y así coronada María y honrada con tales coronas, gracias y

prerrogativas, hizo sentarla a su derecha, en trono el más inmediato al de Cristo Jesús, sobre todos los nueve coros de los ángeles... Oye cómo luego manda que todos reconozcan a María por su Reina y Señora soberana y por su Madre... ¡Oh, qué acto tan conmovedor e imponente! ¡Qué cuadro tan sublime y arrebatador, nunca visto en los cielos! ¡Mira a todos los ángeles y santos, hincadas sus rodillas por los suelos, cómo prestan reverencia, obediencia y vasallaje a la humildísima María, y la aclaman otra vez por su Reina y Madre y su Amor en los siglos de los siglos! “Gloria, honor, bendición, reverencia y acción de gracias, exclaman, a la Hija más amada de Dios Padre; a la Madre más ensalzada de Dios Hijo; a la Esposa más privilegiada de Dios Espíritu Santo, María Inmaculada, nuestra Reina y Madre, por los siglos de los siglos. Amén”... Y este cántico de alabanza resuena eternamente junto con el del Cordero por los siglos de los siglos en las bóvedas del cielo... Penetra, por fin, hija mía, en el corazón de esta humildísima Reina y Madre, y admira y pondera los afectos de gozo, de admiración, de pasmo, de gratitud... que brotan de su alma amorosísima y agradecidísima... Óyela cómo renueva con mayor motivo en esta ocasión su cántico *Magnificat*, al considerar la corona y remate de todas las cosas grandiosas que ha obrado en Ella el que es Todopoderoso y su Nombre Santo... ¡Y viendo... y amando... y gozando... y alabando a la Beatísima Trinidad y a la Humanidad gloriosa de su Hijo Jesús, pasará María toda la eternidad feliz!... ¡Oh hija mía!, ¿no es verdad que envidias tanta gloria, y tantas coronas, y tanta felicidad?... Pues imita a tu Madre, la Virgen María, en la humildad y en los trabajos, y participarás de ella, pues porque María fue la más humilde y atribulada en la tierra, es la más ensalzada y glorificada en los cielos... ¡Oh María, Madre mía, coronadme en esta vida con la corona de vuestras misericordias y virtudes, para que un día sea coronada por vuestro Hijo Jesucristo con la corona eterna de la gloria, donde nos veamos todos! Amén.

Padre nuestro y la oración final.

Fruto. Lo sufriré todo en unión con Jesús y María, para merecer un día la gloria eterna en su compañía.

Meditaciones o exclamaciones del alma a su Dios escritos por la santa Madre Teresa de Jesús (se omite la transcripción)

Un día de retiro al mes

Acostumbran los que traen entre manos negocios temporales destinar un día de tanto en tanto para examinar la marcha de sus negocios, cotejar entradas y salidas, y averiguar por este medio si ganan o pierden. Lo que el afán de bienes caducos inspira a los negociantes, ¿no lo inspirará con mayor eficacia el deseo de los bienes celestiales y asegurar el único negocio importante, que es la salvación del alma? Por eso rogamos con el mayor encarecimiento a todos los que aspiran al doble título de hijas o devotos de la gran Doctora mística santa Teresa de Jesús, que consagren cada mes un día de retiro para examinar con más seriedad y atención la marcha o el estado del negocio de su salvación eterna, para corregir yerros, reparar quiebras y proporcionar nuevas ganancias.

El día designado a este fin debe ser el 15 de cada mes, haciendo la meditación especial de las virtudes de la excelsa patrona de las Españas santa Teresa de Jesús, que se halla en el librito compuesto a este fin

e intitulado: *El día 15 de cada mes*. Las hijas de María y Teresa de Jesús, que por sus ocupaciones no pudiesen consagrar dicho día a fin tan santo, podrán hacerlo el segundo domingo de cada mes, en que su Reglamento les prescribe la Comunión y ejercicios espirituales.

Para sacar con más provecho este día de retiro, damos a continuación los actos de consagración al Corazón de Jesús, a María, a José y Teresa de Jesús. Y como este día debe ser, además de recogimiento y soledad, de oración y larga meditación y de renovación de espíritu, ofrecemos los siguientes exámenes de conciencia, en los que se indican algunas cosas en que se suele aflojar o faltar con más facilidad.

Saquemos todos frutos copiosos de santidad de este ejercicio importantísimo, y sea para *nosotros solos* ese día, o día *nuestro* enteramente en cuanto sea posible, que por ese medio aseguramos más y más *nuestra* eterna salvación.

Así lo suplico a Jesús, María, José y Teresa de Jesús. Ellos que todo lo pueden nos hagan la gracia de conocernos y conocerlos, de amarlos y hacerlos siempre amar por todos los corazones y más que todos los corazones. Amén.

Acto de Consagración al Corazón de Jesús

Divino Corazón de Jesús, omnipotente Dios y Amado mío, yo me consagro eternamente a Vos, y os ofrezco, por el Corazón Inmaculado de María, por san José y santa Teresa de Jesús, todas las oraciones, obras y sufrimientos de este día, para que se cumplan en mí y en todas las almas los designios amorosos que sobre cada una de ellas tiene ese Corazón adorable. Amén.

Os la ofrezco en especial, oh Jesús de Teresa, por las necesidades particulares de las hijas de vuestro Corazón, que lo son de María y Teresa de Jesús, las Jóvenes católicas españolas, mis queridas hermanas. Amén.

Jaculatoria. Corazón de Jesús puesto en agonía, apiadaos de los que mueren en este día. (100 días de indulgencia)

Consagración a María Inmaculada

(De san Francisco de Sales).

Yo os saludo, ¡oh dulcísima Virgen María! Madre de Dios; yo os elijo por mi muy querida Madre; yo os suplico que os dignéis admitirme por hija y sierva vuestra; yo no quiero tener otra Madre ni Señora que a vos. Así, pues, os pido ¡oh mi buena y cariñosa Madre! que tengáis presente que yo soy vuestra hija; que vos sois todopoderosa, y que yo soy una débil, pobre y vil criatura. También os ruego, dulcísima y amantísima Madre, que me dirijáis y protejáis en todas mis acciones; porque ¡ay de mí! soy la mayor de las pobres, y una mendiga que tiene mucha necesidad de vuestra protección y auxilio. Pues bien, Virgen Santísima, mi dulce Madre, por gracia hacedme participante de vuestros bienes y de vuestras virtudes; sobre todo de vuestra santa humildad, de vuestra pureza y de vuestra ardiente caridad. No diréis, ¡oh Virgen bondadosa! que no podéis hacerme esta gracia, porque vuestro Hijo os ha dado todo poder en el cielo y en la tierra: no podréis alegar que no debéis hacerlo, puesto que sois la Madre común de todos los hombres, y singularmente la mía; luego si rehusáis prestarme vuestra asistencia, no tendréis para ello una excusa legítima que dar. Ved, pues, mi querida Madre, cuán obligada estáis a concederme lo que os pido y a rendiros a mis gemidos.

Jaculatoria. Guardad, Madre mía, a las hijas de vuestra purísima Concepción como a la niña de vuestros ojos, y protegednos bajo el manto de vuestro favor.

Consagración a san José

Santísimo patriarca san José, padre adoptivo de Jesús, virginal esposo de María, patrón de la Iglesia universal, tesorero y dispensador de las gracias del Rey de la gloria, el más amado y amante de Dios y de los hombres, a vos elijo desde hoy por mi verdadero padre y señor en todo peligro y necesidad, a imitación de vuestra querida hija y apasionada devota santa Teresa de Jesús. Descubrid a mi alma todos los encantos y perfecciones de vuestro paternal corazón; mostradme todas sus amarguras para compadeceros, su santidad para imitaros, su amor para corresponderos agradecido. Enseñadme oración, vos que sois maestro de tan soberana virtud, y alcanzadme de Jesús y María, que no saben negaros cosa alguna, la gracia de vivir y morir santamente, propagando vuestra devoción por todo el mundo con igual celo con que lo hacía vuestra benjamina y secretaria, y Madre mía dulcísima, santa Teresa de Jesús. Amén.

Jaculatoria. Bondadoso san José, esposo de María, protegednos, protegéd a la Iglesia y al Sumo Pontífice.

Consagración a santa Teresa de Jesús

(De san Alfonso María de Ligorio).

¡Oh seráfica Virgen, amada esposa del divino Verbo, santa Teresa de Jesús! Yo, N., aunque muy indigna de ser sierva vuestra, animada, sin embargo, de vuestra bondad y del deseo de serviros, os elijo hoy en la presencia de la Santísima Trinidad, de mi ángel custodio y de toda la corte celestial, por mi particular Madre, Maestra y abogada después de María Santísima, y propongo firmemente querer siempre serviros y hacer cuanto me sea posible para que seáis servida y honrada por todos. Os suplico, pues, seráfica Santa mía, por la sangre de vuestro divino Esposo derramada por mí, que me recibáis en el número de vuestras devotas para perpetua sierva vuestra. Favorecedme en mis angustias, y alcanzadme gracia para imitar de hoy en adelante vuestras virtudes, caminando por el verdadero camino de la perfección cristiana. Asistidme de un modo particular en la oración, y alcanzadme del Señor este don tan glorioso, que en vos fue tan grande, para que amando y contemplando al Sumo Bien no ofenda, ni aun ligeramente, con mis pensamientos, palabras y obras, vuestros ojos ni los de mi Dios. Aceptad esta pequeña ofrenda en señal de mi filial servidumbre, asistiéndome en la vida y particularmente en la hora de mi muerte. Amén.

Jaculatoria. Santa Teresa de Jesús, patrona de las Españas, rogad por nosotras, por la Iglesia y por León XIII.

Exámenes para un día de retiro al mes⁴

Para empezar como conviene estos exámenes:

1º. Ponte en la presencia de Dios.

2º. Invoca al Espíritu Santo, pidiéndole luz y claridad con que puedas conocerte bien como san Agustín, que decía humildemente en la presencia de Dios: Señor, conózcate a Ti y conózcame a mí; como san Francisco, que le preguntaba a Dios: ¿Quién sois Vos y quién soy yo? Protesta que el fin con que quieres conocer tu aprovechamiento, no es complacerte en ti misma, sino en Dios, ni glorificarte a ti propia, sino glorificar a Dios y darle gracias.

4 Estos exámenes están sacados a la letra de la preciosa obrita *Introducción a la vida devota* del gran devoto de Santa Teresa de Jesús y maestro dulcísimo de las almas san Francisco de Sales. —Mucho nos complaciera ver en manos de todas las hijas de María y Teresa de Jesús, con las obras de la Santa, este precioso libro de *La Vida devota* y todas las del mismo Santo, pues quien tiene por maestros de la vida espiritual a Teresa de Jesús y a san Francisco de Sales hallará amable la virtud, no será alma arrinconada, ni la tristeza y melancolía se apoderará de su corazón. Pruébalo quien no lo creyere y lo verá por experiencia.

Protesta también que, aunque halles haber aprovechado poco, como lo temes, o haber vuelto atrás, no por eso perderás el ánimo ni te resfriarás, dando entrada al decaimiento o flojedad de corazón, antes por lo contrario, procurarás esforzarte y animarte más, y humillarte y corregir tus defectos con la gracia de Dios.

Hecho esto considera despacio y con sosiego cómo te has portado hasta la hora presente para con Dios, para con el prójimo y para contigo misma.

Examen del estado de nuestra alma para con Dios

1. ¿Qué grado de aversión al pecado mortal tiene tu corazón?, ¿estás firmemente resuelta a no cometerle jamás, suceda lo que sucediese?, ¿ha durado constantemente esta resolución desde que hiciste la protestación hasta ahora? Pues sabe que esta resolución es el fundamento de la vida espiritual.

2. ¿Cómo mira tu corazón los mandamientos de la ley de Dios?, ¿te parecen buenos, dulces y agradables? Hija mía, quien tiene el paladar bueno y el estómago sano, gusta de los manjares buenos y desecha los malos.

3. ¿En qué disposición se halla tu corazón acerca de los pecados veniales? Aunque no es posible dejar de caer en alguno, ya por un lado, ya por otro, mira, sin embargo, si tienes particular inclinación a alguno, o si le miras con afecto y amor, que es peor todavía.

4. ¿En qué estado está tu corazón acerca de los ejercicios espirituales?, ¿te agradan?, ¿los miras con aprecio?, ¿te cansas de ellos?, ¿te dan disgusto?, ¿a cual de ellos eres más o menos inclinada?, ¿a oír la palabra de Dios?, ¿a leerla?, ¿a conferenciar?, ¿a meditar?, ¿a aspirar a Dios?, ¿a confesarte?, ¿a recibir instrucciones espirituales?, ¿a prepararte para la Comunión?, ¿a comulgar?, ¿a sujetar tus afectos?, ¿sientes repugnancia a alguna de estas cosas? Si vieres que tu corazón está poco inclinado a alguna de ellas, examina de dónde nace este disgusto, y cuál sea la causa.

5. ¿Cuál es el estado de tu corazón para con el mismo Dios?, ¿sientes complacencia en acordarte de su Divina Majestad?, ¿encuentras en ello agradable dulzura? *Acordádome he de Dios*, dice David, y *he tenido gran deleite*. (Ps. XXXVI, 4). ¿Sientes en tu corazón propensión a amarle, y particular gusto en saborearte con su amor?, ¿se recrea tu espíritu pensando en la inmensidad de Dios, en su bondad, en su dulzura?, ¿se abre paso por medio de las ocupaciones y vanidades del mundo la memoria de Dios, cuando te ocurre en medio de ellas, y se apodera de tu corazón?, ¿te parece que este se vuelve hacia aquel pensamiento, y por decirlo así, le sale al encuentro? Almas hay a quienes así les sucede.

Cuando vuelve de lejanas tierras un esposo, apenas sabe su llegada y escucha su voz la esposa, cuando por más que esté llena de quehaceres, y entre las ocupaciones poseída de una consideración profunda, no puede, sin embargo, contener su corazón, y abandonando los demás pensamientos, solo piensa en su recién llegado esposo. Lo mismo acaece a las almas que aman de veras a Dios: por más ocupadas que estén, cuando les viene el pensamiento de este Señor, es tanto el gozo que sienten con tan amado recuerdo, que casi abandonan todo lo demás, lo cual es señal muy buena.

6. ¿Qué siente tu corazón acerca de Jesucristo, Dios y hombre?, ¿te alegras de estar en su compañía? Así como las abejas se complacen de andar alrededor de la miel, y los moscones de revolotear sobre las inmundicias, así las almas buenas tienen contento de estar con Jesucristo, y sienten gran ternura en su compañía; pero las malas encuentran placer andando alrededor de las vanidades.

7. ¿Cuáles son los afectos de tu corazón para con María Inmaculada, san José, santa Teresa de Jesús y el ángel de la guarda?, ¿les profesas mucho amor?, ¿tienes particular confianza en su protección?, ¿te agradan sus imágenes, sus vidas y sus alabanzas?

8. En cuanto a la lengua, ¿cómo hablas de Dios?, ¿gustas de alabarle en cuanto permiten tu condición y fuerzas?, ¿encuentras placer en cantar cánticos espirituales?

9. Acerca de las obras mira si tomas con empeño glorificar exteriormente a Dios, y practicar alguna cosa a honra suya, porque los que aman a Dios aman también el decoro de su casa.

Repara si has dejado algún afecto y renunciado alguna cosa por amor de Dios, porque es señal cierta de amor privarse de algo en obsequio del amado; pues ¿qué es lo que hasta aquí has dejado por amor de Dios?

Examen del estado actual acerca de uno mismo

1. ¿Qué especie de amor te tienes a ti misma?, ¿te amas excesivamente para el mundo? Si es así, desearás permanecer siempre abajo, y procurarás con grande empeño establecerte sobre la tierra; pero si te amas para el cielo, desearás, o por lo menos te conformarás fácilmente, con salir de aquí en cualquier tiempo que el Señor lo disponga.

2. ¿Tienes bien ordenado el amor de ti misma? porque has de saber que la única causa de nuestra ruina es el desordenado amor propio: será, pues, amor, bien ordenado amando más al alma que al cuerpo, cuidando de allegar virtudes más que otra cosa alguna, apreciando más la honra celestial que la felicidad terrena y caduca: un corazón bien ordenado se pregunta a sí mismo: Si yo pienso en tal cosa, ¿qué dirán los ángeles? y no ¿qué dirán los hombres?

3. ¿Cómo amas a tu corazón?, ¿te cansas de servirle en sus enfermedades? pues sabe que debes tener cuidado de socorrerle y buscar quien lo socorra cuando las pasiones le atormentan, y que para esto lo has de abandonar todo, si es necesario.

4. ¿En cuánto te estimas delante de Dios? Sin duda que en nada; pero no es grande humildad que una mosca se tenga por pequeña junto a una montaña; que una gota de agua se crea nada en comparación del mar; que una chispa se juzgue nada comparada con el sol; la humildad consiste en no tenernos en más que los otros, y en no querer ser tenidos en más que ellos; pues ¿en qué estado te encuentras acerca de esto?

5. En cuanto a la lengua, ¿no te glorías nunca y de ningún modo?, ¿te alabas cuando hablas de ti propia?

6. En cuanto a las obras, ¿acostumbras divertirte en cosas contrarias a la salud, quiero decir vanas e inútiles, como trasnochar sin necesidad, y otras semejantes?

Examen del estado del alma acerca del prójimo

Has de amar a tus padres, amigas, bienhechores, y en general a tu prójimo con amor pacífico, constante, continuo, y ha de ser la principal razón porque así lo manda y quiere tu Dios.

Pero hablando en general, ¿cuál es el estado de tu corazón para con el prójimo?, ¿le amas cordialmente y por Dios? Para conocer bien esto has de traer a la memoria ciertas personas molestas y enfadosas; pues con tales objetos se ejercita el amor de Dios amando al prójimo, pero mucho más con las que nos hacen mal de obra o de palabras: examina si les das franca entrada en tu corazón, o si te cuesta mucho trabajo amarlos.

¿Eres propensa a echar a mala parte las acciones del prójimo, en particular de los que no te quieren bien?, ¿haces algún daño directa e indirectamente a tu prójimo? fácilmente conocerás todo esto, por poco entendimiento que tengas.

Afectos que se han de sacar del examen

Después de haber considerado poco a poco cada uno de los puntos del examen, y visto el estado en que te hallas, has de pasar a los afectos de este modo:

Da gracias a Dios de la tal cual enmienda que hayas encontrado en tu vida desde tu resolución, y reconoce que su misericordia sola ha sido quien la ha producido en ti y por ti.

Humíllate profundamente delante de Dios, reconociendo que el no haber adelantado más ha sido por tu culpa, porque no has correspondido con fidelidad, esfuerzo y constancia a las inspiraciones, luces y mociones que te ha dado en la oración y fuera de ella.

Ofrece darle eternas alabanzas por los auxilios que te ha dado para sacarte de tus malas inclinaciones o esta tal cual enmienda.

Pídele perdón de la infidelidad y deslealtad con que has correspondido.

Ofrécele tu corazón, para que se enseñoree de él enteramente.

Pídele que te dé fidelidad verdadera.

Invoca a los santos, a la Santísima Virgen, a tu ángel custodio, al Santo de tu nombre, a san José, a santa Teresa de Jesús y a los demás de tu devoción.

Después de haber dado a Dios gracias por los beneficios que te ha dispensado durante este mes, y pedídole perdón por tu mala correspondencia, podrás hacer la siguiente

Renovación de las promesas del santo bautismo que hacen las jóvenes católicas hijas de María Inmaculada y Teresa de Jesús al ser admitidas en la Asociación.

Viva Jesús de Teresa para siempre en mi corazón. Amén.

Yo, *N.N.*, en la presencia de Jesús sacramentado, a quien reconozco y adoro por mi Dios y Redentor, renuevo de todas veras las promesas del santo Bautismo, y por lo tanto protesto que creo todo lo que cree la santa Madre Iglesia católica, apostólica, romana, y que en esta fe quiero vivir y morir. Prometo obediencia a la santa Iglesia católica, apostólica, romana, fuera de la cual no hay salvación, y al Sumo Pontífice, Vicario de Jesucristo, su cabeza visible. Renuncio para siempre a Satanás, y a sus pomos y obras. Y prometo con la ayuda de Dios resistir a sus tentaciones y no avergonzarme de mi profesión de cristiana. Prometo guardar los mandamientos de Dios y de la Iglesia, y practicar la virtud. Y a imitación de mi especial protectora y patrona santa Teresa de Jesús, elijo por Madre a María siempre Virgen inmaculada, y propongo cumplir las reglas de la Asociación. —Acepta, oh Jesús de mi alma, estos sinceros propósitos; y por la intercesión de María y Teresa de Jesús, a quienes no sabes negar cosa alguna, dame ahora y siempre la gracia de perseverar en ellos y de cooperar a la extensión de tu conocimiento y del reinado de tu amor en el mundo con la oración y buenas obras. Amén.

Jaculatoria. Santa María y Teresa de Jesús, patronas de las Españas, rogad por nosotras, rogad por la Iglesia y León XIII.

Afectos generales sobre las consideraciones precedentes y conclusión del ejercicio

¡Oh amadas resoluciones! Vosotras sois el hermoso árbol de la vida que plantó mi Dios con su propia mano en medio de mi corazón, y que mi Salvador ha querido regar con su sangre preciosa para que fructifique: antes padeceré mil muertes que dé lugar a que algún viento le arranque: no, ni la vanidad, ni los placeres, ni las riquezas, ni las tribulaciones serán jamás capaces de arrancarme mi designio.

¿Con que Vos, Señor, plantasteis y guardasteis por toda una eternidad en vuestro paternal seno este árbol hermoso para mi jardín? ¡Oh, cuántas almas no han recibido semejantes favores! pues ¿cuándo podré yo humillarme bastante a vista de tanta misericordia?

¡Oh resoluciones santa y perfectas! Si yo os conservo, me conservaréis vosotras: si vivís en mi alma, mi alma vivirá en vosotras: vivid, pues, para siempre: ¡Oh resoluciones! que habéis sido eternas en la misericordia de Dios, permaneced y vivid eternamente en mí, y no permita el Señor que yo jamás os abandone.

Después de estos afectos has de señalar en particular los medios necesarios para guardar tan apreciables resoluciones, y has de proponer servirte fielmente de ellos: tales son la frecuencia de la oración, de los Santos Sacramentos y de las buenas obras, la enmienda de las faltas que has echado de ver en el segundo punto, la fuga de las ocasiones malas, y la observancia de los consejos que te dieran a este fin.

Hecho esto, como quien toma aliento y fuerzas, protestarás repetidas veces que quieres continuar en tus resoluciones; y como si tuvieses en las manos tu corazón, alma y albedrío, dedícale, conságrale, sacrifícale, inmóllale a Dios, protestando no volver jamás a recobrarle, sino dejarle siempre en manos de su Divina Majestad, para que en todo y por todo siga sus preceptos; pide a Dios que te renueve enteramente, que bendiga esta renovación de propósitos, y que la fortifique: invoca a la Virgen Santísima y santa Teresa de Jesús, tu mejor Madre, a san José y tu ángel custodio, y demás santos de tu devoción. Exclama por fin con todo el afecto de tu corazón con san Pablo, y tu Madre santa Teresa de Jesús: Ya no soy mía; o ya viva o ya muerta, soy de mi Salvador Jesús: Jesús es mi yo, y mi mío es ser toda suya. ¡Oh mundo, mundo! tú siempre eres el mismo, traidor e ingrato y mentiroso; pero yo en adelante no seré la misma. No, no seré vana, altiva, inmodesta..., porque tendré mudado el corazón, y quedará burlado en mí el mundo y el demonio que tantas veces me burlaron. Mi única aspiración, mi fin único en todos mis pensamientos, palabras y obras, será lo que constituye mi divisa y llevo escrito en mi corazón: *¡Viva Jesús mi amor! Todo por Jesús, María, José y Teresa de Jesús. Amén.*

Ejercicios espirituales una vez al año

Una de las más grandes y extraordinarias gracias que Dios puede hacer a un alma es sin duda el darle lugar y tiempo para hacer los santos Ejercicios. Asusta a muchos el nombre solo de Ejercicios, porque no han gustado lo que son: mas una vez se conoce por experiencia su bondad, se encuentran aquellos santos días de retiro como uno de los mejores y más deliciosos de la vida. Pruébelo quien no lo creyere.

Ejercicios espirituales, según san Ignacio, no son otra cosa que un modo de examinar la conciencia, de meditar y de contemplar, de orar mental y vocalmente, y de otras operaciones espirituales, porque así como el pasear, caminar y correr son ejercicios corporales, así también todo modo de disponer y preparar el alma, quitar de sí afecciones desordenadas, y después de quitadas, ordenar la vida para buscar y hallar la divina voluntad en las disposiciones de la vida para la salud del alma, se llaman ejercicios espirituales. ¿Puede pretenderse fin más alto que vencerse el hombre a sí mismo, ordenar la vida y elegir un estado o método de vida conforme a la divina voluntad? Pues eso se logra con los Ejercicios

Por decirlo en menos palabras, el fin de los santos Ejercicios es hacer que viva Jesús en el alma y muera el pecado: muera el pecado con la contrición y sincera confesión de las culpas pasadas; y viva Jesús por gracia en nuestro corazón, y en toda nuestra persona por la reforma de vida. De suerte que no debemos aspirar a otra cosa en los santos Ejercicios que a ser con verdad *todos de Jesús*, como lo era la seráfica Madre Teresa. Esto es, que viva Jesús en nuestra memoria por el recuerdo de sus inmensos beneficios; viva Jesús en nuestro entendimiento por el íntimo y perfecto conocimiento de su persona; viva Jesús en nuestro corazón por el amor de preferencia hacia Él, y por fin, viva Jesús en nuestro exterior por la mortificación y modestia cristiana. De suerte que el alma debe pretender salir de los santos Ejercicios revestida de Jesucristo, como dice el apóstol, en todas partes y en todas sus cosas esparcir el buen olor

de Jesús, atrayéndole nuevos corazones a su divino amor. Pues estas gracias se logran con la práctica de los Ejercicios espirituales, y por esto a toda clase de personas, y sobre todo a la juventud, son utilísimos, por no decir necesarios, al menos una vez al año. Porque ¿eres justa o santa, joven católica? Pues con los Ejercicios te santificarás más y más. Testigos san Carlos Borromeo, san Francisco de Sales, de Borja y Javier, san Felipe Neri, santa María Magdalena de Pazzi y tantos otros, pudiéndose asegurar que no ha habido apenas alma de gran santidad en la Iglesia después de san Ignacio, que no la haya alcanzado o aquilatado por medio de tan santa práctica. Pero en especial, oh jóvenes católicas, vuestra buena Madre santa Teresa de Jesús. Sí, Teresa de Jesús, como dicen los historiadores de su vida, a la práctica de los santos Ejercicios debió en gran parte el aumento de su fervor y perfección, y de su santidad heroica. ¿Podían, pues, sus hijas olvidar tan bello ejemplo? Imposible. Por ello tienen de reglamento hacerlo una vez al año por espacio, al menos, de tres días enteros y dos medios, para así poder ganar la indulgencia plenaria que Pío IX les concedió como a todos sus directores, los sacerdotes que las practiquen. A ejercitaros, pues, almas justas, y os santificaréis más.

¿Sois pecadoras? Pues los santos Ejercicios son el medio más eficaz para convertirnos a Dios. ¡A cuántas jóvenes hemos oído exclamar con las lágrimas en los ojos y la paz de Dios en el alma: yo me hubiera perdido sin remedio sin estos Ejercicios, mas ahora confío en la misericordia del Señor, y con la ayuda de mis buenas Madres María y Teresa de Jesús, que me salvaré! ¡Bendita Asociación Teresiana, que tantas gracias me ha dispensado! Aunque no tuviese otra cosa buena, por esta sola mercería miles de bendiciones de todas las almas. Venid, pues, a los santos Ejercicios, oh almas pecadoras; por mucho que lo seáis yo os aseguro que mudaréis de vida y hallará paz vuestra alma.

¿Sois tibios?, ¿lleváis vida lánguida? Pues en los Ejercicios se reanimará vuestro espíritu, y andaréis con paso ligero por el camino de la virtud. Tal vez tú, alma tibia, que provocas a náuseas las entrañas de Dios, como la higuera del Evangelio, el Señor te ha amenazado con cortarte el hilo de la vida, y en cuerpo y alma arrojarte al fuego del infierno. Pero María Inmaculada y Teresa de Jesús han intercedido por ti dándote estos días de salud, suspendiendo el decreto de la justicia de Dios airada, por ver si con este riego abundante te enmiendas y disfrutas de salud; y ¡ay de ti si no te aprovechas bien de ellos! Serán tal vez las últimas gracias y el último abono, y perecerás para siempre... ¿Quieres evitar tamaña desdicha? Pues sigue el consejo del Sabio. No desperdicies la menor partecilla de don tan grande, cumple con exactitud las siguientes advertencias, y lograrás fin tan alto.

1º. Recogimiento interior y exterior. El interior mortificando la curiosidad de tu memoria e imaginación que se derrama a mil cosas, refrenando tus deseos inmoderados y fijándote bien únicamente en los puntos o materias de meditación del día.

2º. Recogimiento exterior. Mortificando la vista y todos los demás sentidos, y sobre todo la lengua: quisiera que en estos días resonara de continuo a tus oídos una voz, la voz del Señor que te llama a la soledad y te grita: *Silencio, silencio, silencio*. Sin esta condición los Ejercicios no serán para ti Ejercicios. Mas no vayas a creer por otra parte que la virtud del silencio consiste en no hablar palabra; no, pues los mudos en este caso serían los más virtuosos; la virtud del silencio consiste en no decir ninguna palabra ociosa, de modo que puedes estar hablando todo el día y observar esta virtud; mas ten muy en cuenta que si con una palabra puedes satisfacer a la precisión de hablar en estos días, no digas dos o más. En el silencio te hablará el Señor al corazón, te descubrirá sus secretos, te enseñará a hacer su voluntad, y tu alma se elevará sobre todas las ruindades de este miserable mundo. Silencio, pues, con las criaturas, y atento oído del alma, y muchas palabras con tu Criador. A la observancia del silencio debes añadir la fidelidad a la gracia, procurando cumplir con toda la mayor exactitud posible la distribución de tiempo que señale el director de los Ejercicios, y siendo generosa con tu Dios, y así no dudes sacarás grandísimo fruto de estos días de retiro. *La generosidad con Dios*: he ahí la principal, la más esencial condición para sacar grandes tesoros del Corazón de Cristo Jesús en todo tiempo, y en especial en estos días de retiro. Regateamos con Jesús, somos escasos con Jesús, tememos, en una palabra, darnos, ser todas sin reserva de Jesús, y de aquí proceden todas las dolencias de nuestras almas, las miserias de nuestro corazón. Sé, pues, generosa con Dios cuan corresponde a una joven católica y española, sobre todo a una hija de María Inmaculada y Teresa de Jesús. No seas alma arrinconada, ni tengas el corazón apretado, ni seas apocada de espíritu, como dice la animosa heroína española, y cada día el Señor derramará sobre ti más abundantes gracias. Di siempre, y sobre todo en estos días repite muchas veces y con el mismo espíritu que tu magnánima Madre santa Teresa de Jesús: *Vuestra soy, para Vos nació: ¿qué mandáis hacer de mí?*

Para mayor comodidad damos aquí una distribución del tiempo tal cual la observan en Tortosa, Calaceite y otros pueblos, la que podrán seguir durante estos días de Ejercicios con mayor o menor exactitud, en cuanto su vida, salud y ocupaciones lo consientan, las jóvenes católicas de otros lugares.

Distribución del tiempo durante los días de los santos Ejercicios

Al toque de oración. –Levantarse: Ofrecimiento de las obras del día y el *Cuarto de hora de oración* en casa.

Media hora después del toque de oración, ejercicio en la iglesia, que consiste en lectura, meditación, Misa y plática.

A las ocho. –Desayuno y tiempo libre hasta las nueve.

De nueve a diez. –Lectura espiritual de las obras de santa Teresa de Jesús (*Vida o Camino de perfección o Fundaciones*), y visita a María Inmaculada y Teresa de Jesús.

De diez a once. –Meditación.

De once a once y cuarto. –Examen de la meditación.

Once y media. –El cuarto de hora de oración y examen particular.

A las doce. –Comida y descanso hasta las dos.

Tarde. De dos a dos y media. –Lectura espiritual. Podrán valerse de *Verdades eternas, Ejercicios de perfección* del P. Rodríguez, o *Kempis*. Pero en especial recomendamos la obrita preciosa de san Francisco de Sales, titulada *Vida devota*, la que deseáramos ver siempre con las obras de santa Teresa en manos de todas las jóvenes católicas, por ser este Santo dulcísimo uno de los que han sido más devotos de santa Teresa de Jesús, y cuyo espíritu de amor es tan semejante al de nuestra santa Madre; los cuales tienen la gracia especial de dar una idea exacta de la verdadera virtud, haciéndola fácil, amable a todos los que vivimos en el mundo.

De dos y media a tres. –Preparación para la Confesión.

De tres a tres y cuarto. –Visita a María Inmaculada y a Teresa de Jesús, y ejercicio del *Via Crucis*.

De tres y media a cuatro. –Visita a Jesús Sacramentado y de altares.

A las cuatro. –Ejercicio en la iglesia, que consiste en Rosario, plática, lectura y meditación.

De seis a siete. –Descanso y tiempo libre.

De siete a ocho. –Meditación.

A las ocho. –Cena y retiro hasta las nueve y media.

A las nueve y media. –El cuarto de hora de oración, examen general y lectura de los puntos de meditación del día siguiente.

A las diez. –Acostarse.

Advertencias. El tiempo libre es para dedicarlo a ocupaciones que no disipen el espíritu, a escribir las luces y santos propósitos que el Señor nos comunicare, y sobre todo a formarse un plan o método de vida, o el examen general de la conciencia, cuando el director espiritual cree conveniente que se haga

una confesión general. Se ha de abstener completamente de lecturas, conversaciones, o visitas inútiles, y sobre todo de diversiones profanas, procurando por medio del silencio y recogimiento prepararse a recibir las gracias y luces de Dios que comunica con tanta abundancia a las almas que practican bien los Ejercicios.

Las jóvenes católicas que no pueden cumplir perfectamente esta distribución por razón de su salud u ocupaciones, hagan lo que buenamente puedan, y Dios, que penetra las intenciones, suplirá con su gracia esta falta involuntaria, que para comunicar sus gracias a las almas de buena voluntad todos los tiempos son buenos; ni necesita el Señor de tiempo, pues en un momento el Espíritu del Señor envía sus inspiraciones cuando le place, no encontrando resistencia en el corazón.

Concluyamos, pues, esta instrucción, encargando sobremanera al alma que desea sacar mucho fruto de estos días de salud, que al empezar y durante los santos Ejercicios repita miles de veces, esforzando su corazón, como nuestra seráfica Madre Teresa de Jesús:

Vuestra soy, para Vos nací;
¿Qué queréis, Señor, de mí?
Veisme aquí, mi dulce Amor,
Amor dulce, veisme aquí;
¿Qué mandáis hacer de mí?
Decid, dulce Amor, decid,
Que a todo diré que sí;
¿Qué queréis hacer de mí?

Espejo del alma de la Hija de María Inmaculada y santa Teresa de Jesús

En la iglesia, devota.

En la Misa, atenta.

En la confesión, contrita.

En la Comunión, ardiente.

En la oración, ferviente.

En el retiro, contemplativa.

En casa, continua y nunca ociosa.

En la mesa, abstigente.

En la cama, compuesta.

En la conversación, vergonzosa.

En el hablar, considerada.

En el mirar, modesta.

En el andar, grave y sosegada.

En el tratamiento de cuerpo, penitente.

Entre las compañeras, callada.

En los trabajos, la primera.
Con los enfermos, caritativa.
Con los mayores, obediente.
Con los iguales, humilde.
Con los menores, apacible.
En todo, finalmente, ejemplar y recatada.

*Presente en todo lugar,
Alma, a tu Dios considera;
Ama solo lo que Él quiera.
Que es el verdadero amar.*

Ofrecimiento que de sí hacía a Dios santa Teresa de Jesús

Vuestra soy, para Vos nació;
¿Qué mandáis hacer de mí?

Soberana Majestad,
Eterna Sabiduría,
Bondad buena al alma mía;
Dios alteza, un ser, bondad,
La gran vileza mirad
Que hoy os canta amor así:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Vuestra soy, pues me criasteis,
Vuestra, pues me redimisteis,
Vuestra, pues que me sufristeis,
Vuestra, pues que me llamasteis,
Vuestra, porque me esperasteis,
Vuestra, pues no me perdí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

¿Qué mandáis, pues, buen Señor,
Que haga tan vil criado?
¿Cuál oficio le habéis dado
A este esclavo pecador?
Veisme aquí, mi dulce Amor,
Amor dulce, veisme aquí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Veis aquí mi corazón,
Yo le pongo en vuestra palma,
Mi cuerpo, mi vida y alma,
Mis entrañas y afición;
Dulce Esposo y redención,
Pues por vuestra me ofrecí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme muerte, dadme vida:
Dad salud o enfermedad,
Honra o deshonra me dad,
Dadme guerra o paz crecida,
Flaqueza o fuerza cumplida,
Que a todo digo que sí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme riqueza o pobreza,
Dad consuelo o desconsuelo,
Dadme alegría o tristeza,
Dadme infierno o dadme cielo,
Vida dulce, sol sin velo,
Pues del todo me rendí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Si queréis, dadme oración,
Si no, dadme sequedad,
Si abundancia y devoción,
Y si no esterilidad.
Soberana Majestad,
Solo hallo paz aquí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme, pues, sabiduría,
O por amor, ignorancia;
Dadme años de abundancia,
O de hambre y carestía;
Dad tiniebla o claro día,
Revolvedme aquí o allí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Si queréis que esté holgando,
Quiero por amor holgar.
Si me mandáis trabajar,
Morir quiero trabajando.
Decid, ¿dónde, cómo y cuándo?
Decid, dulce Amor, decid:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme Calvario o Tabor,
Desierto o tierra abundosa;
Sea Job en el dolor,
O Juan que al pecho reposa;
Sea viña fructuosa
O estéril, si cumple así:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Sea José puesto en cadenas,
O de Egipto adelantado,
O David sufriendo penas,
O ya David encumbrado;
Sea Jonás anegado,
O libertado de allí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Esté callando o hablando,

Haga fruto o no le haga,
Muéstreme la ley mi llaga,
Goce de Evangelio blando;
Esté penando o gozando,
Solo vos en mí vivid:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Himno de santa Teresa de Jesús

CORO

*¡Gloria, gloria sin fin a Teresa,
Que de Cristo vindica el honor,
Y a su grey, de dolores opresa,
Le devuelve paz, dicha y amor!*

ESTROFAS

Grandes hechos, gigantes hazañas,
Esclarecen la tierra española,
Mas su honor más preciado en ti sola,
Ha cifrado, Teresa inmortal.
Astros ricos de lumbre y de gloria
En su cielo radiar vio Castilla:
Más que todos hay uno que brilla,
Y es Teresa tan gran luminar.

“Velarás por mi honor que es el tuyo”,
A Teresa el Señor dijo un día,
Viendo al mundo que ciego se hundía
En las simas que abriera Satán.
Y Teresa a la voz de su Esposo
Se levanta, y con brazo gigante,
“¡Atrás!” dice al ruin protestante...
Y a la España no osó mancillar.

De Jesús los altares sagrados
El hereje en escombros convierte,
Deseando en tinieblas de muerte
A la tierra otra vez sumergir;
Mas Teresa, de celo abrasada,
Siembra el mundo de templos y altares,
Donde a Cristo se elevan cantares
De alabanza y de gloria sin fin.

De su pluma sin par brota un río
De sublime, inspirada doctrina,
Que las nieblas del alma ilumina
Con segura y clarísima luz:
Con su ayuda elevar podrá el alma
De *morada* en *morada* su vuelo
A la cima del monte Carmelo,
Que cultiva el divino Jesús.

El amor en que siente abrasarse

Y la ausencia de Dios, que la oprime,
Enardecen su mente sublime,
Y una cítara de oro empuñó.
De deleite y asombro embargados,
Sus cantares los hombres oyeron,
Los querubes sus arpas rompieron,
Y a su esposa Jesús sonrió.

Apoyada en el brazo potente
De su Dios, que la esfuerza y ayuda,
En hollar animosa no duda
Del infierno y del mundo el poder.
Al sentir soberanos alientos
Agitando su pecho, Teresa
Por menguada desprecia la empresa
Que no es alta, imposible tal vez.

Flor celeste, entre mil escogida,
Tanta gracia y perfume atesora,
Que la llaman gentil *robadora*
De las almas que haber acertó.
En su hechizo y donaire cautivos
Mil y mil corazones se vieron,
Y sus redes de amor bendijeron,
Siendo redes tendidas por Dios.

Orgullosa estar puede la España
De tener tan grande heroína,
Ante quien toda frente se inclina
Por sus luces, virtud y beldad.
Si olvidando la España a Teresa,
Los laureles ajó de su historia,
Aún le esperan jornadas de gloria
Desplegando su enseña triunfal.

Con ferviente entusiasmo la aclaman
Donde quiera por Madre y patrona,
Y la ciñen radiante corona
Las doncellas del suelo español:
Al olor de sus suaves perfumes
Van en coros pisando sus huellas,
Y Teresa inspirando va en ellas
Su pureza y seráfico amor.

Juan B. Altés, Pbro.

Plegaria de las hijas de Teresa de Jesús a su Madre

Desde el trono fulgente que ocupas
De diáfana luz circundada,
Vuelve a nos, vuelve a nos tu mirada
De celeste y divina expresión.

Tú que ocupas un solio de gloria
Y reposas feliz en tu Amado,
Tú que gozas dichosa a su lado,

Libre ya de mundana pasión;

Tú que amante sentiste tu pecho
Traspasado con dardo divino,
Y seguiste ligera el camino
Que conduce a mayor perfección.

Tiéndonos, Madre nuestra, tu manto,
Y cobíjanos bajo tu amparo;
Sé, Teresa, siempre el bello faro
Que ilumina nuestra Asociación.

Te lo piden tus hijas de hinojos
A tus pies donde lirios florecen,
Y del seno del alma te ofrecen
Un suspiro, un deseo, una flor.

Fecundiza, Teresa, esas flores
Con copioso rocío del cielo,
Y al partir de este mísero suelo
Llévanos a los pies del Señor.

Victoria Ribera

Despedida de las jóvenes católicas a sus Madres María Inmaculada y Teresa de Jesús

Tierna María, Madre adorada,
Bálsamo suave del corazón,
Al levantarse de esa tu grada,
Piden tus hijas una mirada,
prenda segura de protección.

Solo un suspiro que amor expresa,
Pueden tus hijas hoy exhalar,
Al despedirse de ti, ¡oh Teresa!
Solo un suspiro, que ardiente besa,
Besa tu rostro, rostro sin par.

Adiós, Teresa, Madre querida;
¡Cuán triste cosa decirte adiós!
Deja que entremos por esa herida
A vivir siempre tu misma vida
Dentro tu pecho, vida de amor.

J. A. y A.

ÍNDICE

Dedicatoria.

Advertencia a la presente edición.

Protesta que hacen todos los devotos de santa Teresa de Jesús para asegurar su salvación.

Diálogo primero. –Instrucción que santa Teresa de Jesús da a una de sus hijas sobre la oración.

PRIMERA SEMANA

Meditación I. –Del fin para que hemos sido criados.

Examen de la meditación.

Meditación II. –Fin especial de una joven teresiana.

Meditación III. –Fin de las criaturas.

Meditación IV. –Vanidad del mundo.

Meditación V. –Todo se pasa. Precio del tiempo.

Meditación VI. –Solo Dios basta. Valor del alma.

Meditación VII. –Importancia de la salvación.

SEGUNDA SEMANA

Meditación VIII. –De los pecados.

Meditación IX. –Malicia del pecado mortal.

Meditación X. –Castigo del pecado mortal.

Meditación XI. –Castigo del pecado venial.

Meditación XII. –Muerte.

Meditación XIII. –Muerte pésima de una joven pecadora.

Meditación XIV. –Muerte preciosa de una joven justa.

TERCERA SEMANA

Meditación XV. –Juicio particular.

Meditación XVI. –Juicio universal.

Meditación XVII. –Eternidad.

Meditación XVIII. –Aquella vida de arriba es la vida verdadera.

Meditación XIX. –Cómo se vence al demonio.

Meditación XX. –Cómo se vence a sí mismo.

Meditación XXI. –Vida feliz del alma que sirve solo a Dios.

Diálogo segundo. –Instrucción que santa Teresa de Jesús da a una de sus hijas sobre la oración de recogimiento.

CUARTA SEMANA

Meditación XXII. –Los dos señores.

Meditación XXIII. –Las dos banderas.

Meditación XXIV. –Jesucristo.

Meditación XXV. –Nacimiento de Jesucristo.

Meditación XXVI. –Jesús en el templo.

Meditación XXVII. –Elección de estado.

Meditación XXVIII. –Jesús en Nazaret.

QUINTA SEMANA

Meditación XXIX. –Ayuno y tentaciones de Jesucristo.

Meditación XXX. –Conducta de Jesús con el prójimo. –Conversión de la Magdalena.

Meditación XXXI. –Qué debe la mujer a Jesucristo.

Meditación XXXII. –Conducta de Jesucristo con su Padre celestial.

Meditación XXXIII. –Conducta de Jesús con los niños.

Meditación XXXIV. –Jesucristo, camino, verdad y vida.

Meditación XXXV. –La vida de Jesucristo es camino, verdad y vida.

SEXTA SEMANA

Meditación XXXVI. –Imitación de Jesucristo.

Meditación XXXVII. –Jesús en los años de su predicación.

Meditación XXXVIII. –Entrada de Jesús en Jerusalén.

Meditación XXXIX. –Del lavatorio de los pies.

Meditación XL. –Sermón último de despedida de Jesús.

Meditación XLI. –Últimos latidos de un Corazón divino.

Meditación XLII. –Oración de Jesús en el huerto.

SÉPTIMA SEMANA

Meditación XLIII. –Traición de Judas. –Negación de san Pedro.

Meditación XLIV. –Jesús ante Anás, Caifás y Pilato. –Silencio de Jesús.

Meditación XLV. –Jesús presentado a Herodes. –Flagelación de Jesús.

Meditación XLVI. –Coronación de espinas.

Meditación XLVII. –Del *Ecce Homo*.

Meditación XLVIII. –Sentencia de Cristo. –Cómo llevó Nuestro Señor la cruz a cuestas.

Meditación XLIX. –Crucifixión de Cristo Nuestro Señor.

OCTAVA SEMANA

Meditación L. –Pasión de Jesús.

Meditación LI. –Descendimiento de la cruz y sepultura del Salvador.

Meditación LII. –Dolores de María.

Meditación LIII. –Soledad de María.

Meditación LIV. –La madre de Dios es mi Madre. –Confianza en María.

Meditación LV. –Amemos a María Inmaculada.

Meditación LVI. –Amemos a santa Teresa de Jesús.

NOVENA SEMANA

Meditación LVII. –Resurrección de Jesucristo.

Meditación LVIII. –Vida gloriosa de Jesús sobre la tierra.

Meditación LIX. –Ascensión de Jesucristo a los cielos.

Meditación LX. –Vida de Jesucristo en los cielos.

Meditación LXI. –Vida de Jesús en la Eucaristía.

Meditación LXII. –Amemos al Espíritu Santo.

Meditación LXIII. –Amor de Dios.

DÉCIMA SEMANA

Meditación LXIV. –Amemos a Jesús sobre todas las cosas.

Meditación LXV. –Amemos a Jesús nuestro buen Padre.

Meditación LXVI. –Amemos a Jesús nuestro buen Pastor.

Meditación LXVII. –Amemos a Jesús Esposo de las vírgenes.

Meditación LXVIII. –Amemos al Corazón de Jesús.

Meditación LXIX. –Jesús mío, ¿por qué me amáis tanto?

Meditación LXX. –¡Pobre Jesús!

UNDÉCIMA SEMANA

Meditación LXXI. –Amemos a nuestro padre y señor san José.

Meditación LXXII. –Amemos al santo ángel de la guarda.

Meditación LXXIII. –Amemos a san Miguel arcángel.

Meditación LXXIV. –Imitemos a santa Teresa de Jesús.

Meditación LXXV. –La hija de María y Teresa de Jesús, y la hija de Eva.

Meditación LXXVI. –Archicofradía Teresiana.

Meditación LXXVII. –Rebañito del Niño Jesús.

DUODÉCIMA SEMANA

Meditación LXXVIII. –La Compañía de Santa Teresa de Jesús.

Meditación LXXIX. –Atajo para hacerse santo.

Meditación LXXX. –Cielo.

Meditación LXXXI. –Infierno.

Meditación LXXXII. –Las puertas del infierno.

Meditación LXXXIII. –Confesión.

Meditación LXXXIV. –Comunión.

TRES MEDITACIONES SUPERNUMERARIAS

Meditación I. –De la Inmaculada Concepción de María.

Meditación II. –Anunciación de la Virgen María y Encarnación del Verbo.

Meditación III. –Asunción de la Virgen María nuestra señora.

Exclamaciones o meditaciones del alma a su Dios.

Un día de retiro al mes.

Acto de consagración al Corazón de Jesús.

Consagración a María Inmaculada.

Consagración a san José.

Consagración a santa Teresa de Jesús.

Exámenes para un día de retiro al mes.

Renovación de las promesas del santo Bautismo.

Ejercicios espirituales una vez al año.

Distribución del tiempo durante los días de los santos Ejercicios.

Espejo del alma hija de María Inmaculada y santa Teresa de Jesús.

Ofrecimiento del alma que de sí hacía a Dios santa Teresa de Jesús.

Himno a santa Teresa de Jesús.

Plegaria de las hijas de Teresa de Jesús a su Madre.

Despedida de las jóvenes católicas a sus queridas Madres María Inmaculada y Teresa de Jesús.